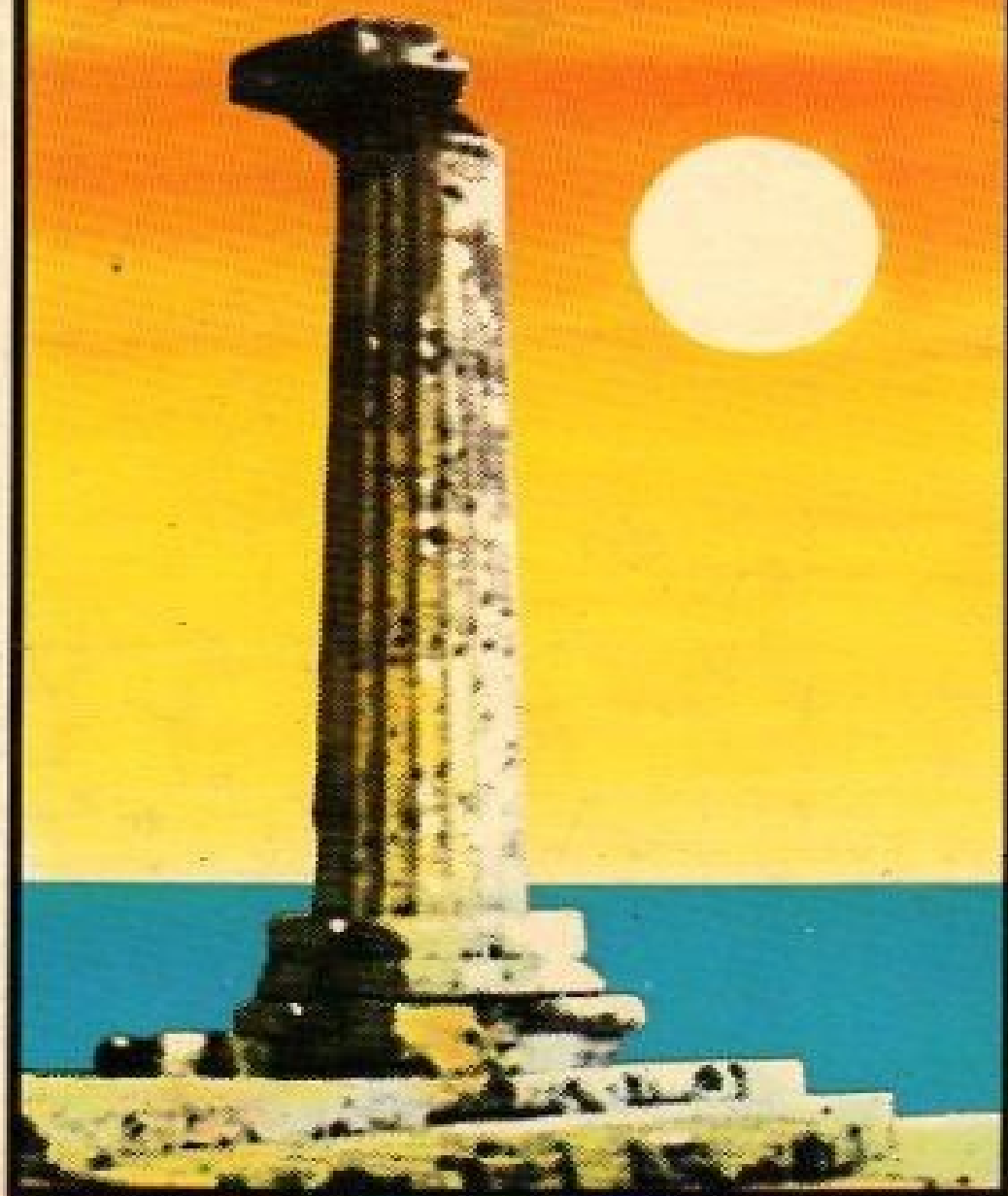


ROBERT GRAVES

Siete días en Nueva Creta



BIBLIOTECA DE BOLSILLO



www.todocoleccion.net



es una novela de ciencia-ficción arqueológica, de un futurismo que el autor sitúa en un pasado intemporal. Es la fantasía de un mitólogo, de un sabio que aprendió el deporte de la vida en el estudio de los mitos. En Nueva Creta hay, sobre todo, magos y archiveros: ello tal vez se debe a que en ese país se ha abolido el tiempo "en la misma ocasión en que se decidió a abolir el dinero; pues el poeta Vives rogó apasionadamente: "Puesto que el tiempo es dinero, al tiempo hay que destruir".

- [Robert Graves](#)
 -
 - [I](#)
 - [II](#)
 - [III](#)
 - [IV](#)
 - [V](#)
 - [VI](#)
 - [VII](#)
 - [VIII](#)
 - [IX](#)
 - [X](#)
 - [XI](#)
 - [XII](#)
 - [XIII](#)
 - [XIV](#)
 - [XV](#)
 - [XVI](#)
 - [XVII](#)
 - [XVIII](#)
 - [XIX](#)
 - [XX](#)
 - [XXI](#)
 - [XXII](#)

Robert Graves

Siete días en Nueva Creta

Titulo original: *Seven days in NewCrete*
Diseño cubierta: Néslé Soulé
Primera edición en Biblioteca de Bolsillo: junio 1984
© 1949, 1973 y 1984 by Robert Graves
© 1984: Editorial Seix Barral, S. A.
Córcega, 270 — Barcelona-8
ISBN: 84-322-3022-7
Depósito legal: B. 16.026-1984 Impreso en España

La evocación

—Soy una autoridad en la lengua inglesa-elijo el hombre del traje blanco en un acento extrañamente incoloro y con bastante titubeo, como si se tratase de una autoridad en sánscrito que intenta hablar sánscrito familiar—. Espero que usted nos perdonará por haberle traído tan lejos, v.gr., tantas generaciones más allá de su época. Es usted el señor Edward Venn-Thomas, ¿no es así?

Yo asentí con la cabeza, sintiéndome aún un poco confuso por el cambio tan repentino de escena, pero completamente despierto.
—¿Hablo con correctitud?-preguntó. —Con gran "correctitud"-le aseguré, intentando no sonreír—, pero sin las modulaciones de tono que nosotros, los ingleses, usamos para expresar o para disimular nuestros sentimientos.

—Es conveniente menospreciar tales insignificancias. Tengo entendido que los letrados de su tiempo menospreciaban del mismo modo las modulaciones del griego antiguo Mas no debo molestarle con detalles tan agudos como ¿te.

—No es molestia ninguna. Cuanto más agudo sea el detalle más feliz me sentiré. Incluso estaría dispuesto a discutir con usted sobre las modulaciones del griego antiguo.
—Es usted muy amable, pero desgraciadamente no soy una autoridad en griego. Sin embargo, señor, hay una cuestión sobre la cual mi colega Quant y yo hemos estado discutiendo estos últimos días-pues nos ha sido encomendado, debéis saber, la revisión del Diccionario Inglés—. A la luz del testimonio que ha llegado a nuestras manos con el hallazgo de las felicitaciones de Navidad de Liverpool, en las que podemos leer versos como este:

*y olvidaremos nuestras penas
en estas fiestas navideñas
o este:
Que cada noche sea amena
en esta pascua navideña*

yo mantengo que la palabra "navideña" se pronunciaba con frecuencia "navidena" y que se trata de una variación dialectal de "navidera" que sin duda es un adjetivo más antigua Quant me contradice con un entusiasmo muy poco corriente en él.

—Quant tiene razón.
—Oh, qué desilusión. Yo creía que había hecho un descubrimiento de gran valía.
—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

—¿Acaso no me he explicado claramente, a saber, que soy un estudiante de las lenguas europeas en la Última Época Cristiana y una autoridad en la lengua inglesa? En cuanto a su segunda pregunta, si mira por la ventana puede que reconozca esta comarca.

Sí, la comarca me resultaba conocida. Aquella punta rocosa, el pequeño monte con la iglesia de Sainte Véronique sobre su cima-sólo que ya no era la misma iglesia, o quizás ya no era siquiera una iglesia. Pero el Mediterráneo había retrocedido como un kilómetro o más, dejando que se extendiese, casi hasta el horizonte, una tira muy ancha de tierra de cultivos. Los montes desnudos se veían ahora cubiertos de árboles y me gustaron mucho más así. Se lo dije a aquel hombre.

-¿Cómo he llegado hasta aquí?-pregunté.
—¿No recuerda usted nada?
—Nada en absoluto.
—Se cantaron conjuros a la luz de una hoguera desde el amanecer hasta el mediodía, y cuando apareció usted fue invitado muy cordialmente a que nos visitase. Usted respondió que no tenía ningún inconveniente, aunque en realidad el futuro no le interesaba.
—Es verdad, no me interesa. Por cierto, ¿no estaré muerto, verdad?
—No, le hemos llamado del mundo de los vivos. Los muertos están, salvo error, muertos. A usted aún le quedan unos años de vida.
—Entonces, por favor, no me diga nada respecto a mi futuro inmediato. Echaríamos a perder mi historia, y yo tengo que vivirla día a día.
—Como usted quiera, señor.
—Y tampoco tengo demasiado interés en saber exactamente a cuántos cientos de años en el futuro me han traído. Si lo supiera puede que me sintiese incómodamente primitivo.
—Como usted quiera, señor.
—¿Para qué he sido llamado?

—Los poetas quieren hacerle unas preguntas sobre la Última Época Cristiana, que para nosotros tiene una especie de fascinación melancólica. Sus respuestas, si nos las quiere conceder, serán guardadas en nuestros archivos.

—¿Tienen por costumbre esto de evocar a la gente del pasado?
—No, señor. No hace mucho que nuestras brujas han perfeccionado esta técnica, y usted es la primera persona que ha sido evocada de una época tan lejana como la Última Cristiana, con excepción de su tío tocayo quien fue evocado, hace una semana, equivocándole por usted. Se quedó sorprendido y confuso ya que usted aún no había nacido entonces; pero nos contestó con bastante amabilidad.

—Apuesto a que el tío Edward no divulgaría nada; era un diplomático de la vieja escuela. Pero ¿por qué me han llamado a mí y no a cualquier otra persona?

-¿A qué otra persona de su época le hubiese gustado que evocara la bruja?
—Bueno pues, no sé... Alguien que tuviese unos conocimientos más profundos de asuntos contemporáneos. Yo no soy ni un científico ni un estadístico, ni el editor de, una enciclopedia. Ni tan siquiera soy un historiador instruido.

—Le escogimos a usted porque resulta que uno de sus poemas, a saber, "Retractación", ha sobrevivido hasta nuestros días, y se sabe que usted vivió por estos contornos.
—¿Es usted poeta?

Se quedó un poco cabizbajo al tener que repetirse una vez más.
—No-dijo-soy una autoridad en la gramática y la sintaxis de la Lengua Inglesa en la Última Época Cristiana. Las damas y los poetas os esperan en la próxima sala. Mi misión es la de presentarle a ellos y la de ser su intérprete. ¿Cómo se encuentra? ¿Está mareado?

—Estoy muy bien, gracias. Y me gusta esta habitación; me recuerda nuestro estilo georgiano. Sosegada, sólida, bien proporcionada, aunque, claro está, las proporciones no cambian con el tiempo, así que no me extraña mucho. Pero no hay cuadros. ¿Por qué no hay cuadros?

—¿Qué clase de cuadro desearía usted?
—Ah, pues no sé. Retratos de familia, por ejemplo.
—¿No le parece una tontería registrar una cara con su mirada de hoy, si dentro de unas estaciones su mirada será diferente?
—Pues entonces paisajes.
—Sin duda es más fácil y preferible admirar un paisaje en el original.
Dejé correr el tema.

—Veo que aún queman madera en sus hogares-dije—. —Los profetas de mi época han asegurado que en el futuro la energía atómica reemplazará la madera, el carbón y la electricidad en la calefacción doméstica.

—Aquél fue un futuro muy temporal, y además, según la *Historia breve*, un futuro nada feliz. ¿Le gustaría tomar algo?
—¿Qué es lo que tienen? ¿Un vaso de vino y una galleta? —Era una pregunta para ponerle a prueba.
—Consultaré con las damas de la casa. Ya que es usted una visita del pasado, sería poco hospitalario negarle vino, si lo necesita. Pero nos sentiríamos todos mucho más cómodos si aceptara usted beber, por ejemplo un vaso de cerveza, en lugar de vino. Esta no es la hora en que solemos beber vino. El vino, como la carne, lo reservamos para los festivales. Pero es buena la cerveza.

—¡Cielos-dije—, si a mí me da igual! Deme cerveza, no faltaba más.
Sonrió agradecido, salió de la habitación y pronto volvió con un vaso de cerveza y unas galletitas saladas dentro de un plato.
—Hoy hacen fiesta los sirvientes; de otro modo le hubieran servido ellos-me explicó—. Pero de esta manera ha sido un día más propicio para su evocación. Pronto volverán. La cerveza era buenisíma. Las galletitas también.
—Cuánto me gustaría llevarme este plato a mi época-dije—, y también este vaso. ¿Son de mucho valor?
Tardó un rato en a justar su mente a esta pregunta. Por fin dijo:
—Si usted quiere decir "¿son valorados como dignos de uso diario?" la respuesta será, que no usamos ningún objeto que no sea valorado de este modo, aunque cada estado

Es decir, cada clase de nuestra época reconoce y confiesa tener una serie de valores distintos a los demás. Es, en efecto, la discrepancia entre los valores lo que diferencia a los estados. Este vaso y este plato son del tipo que el estado de los magos valora como dignos de uso diario: yo personalmente no admiro estos objetos en lo más mínimo.

—Bueno, yo sí. Pero lo que quería decir es esto: ¿valen mucho dinero?

—¿Dinero?-dijo—. Oh, no. El dinero cayó en desuso hace mucho tiempo. Se portó mal, ¿comprende?

—¡Ya. lo puede usted decir! ¿Y qué usan en su lugar? ¿Cupones?

—Oh, ¡no, no, no! Cupones sí que no.

—¿Conchas de cauri?

Levantó las manos en signo de desesperación.

—Por favor, señor, ¿le molestaría pasar a la próxima sala, en donde esperan las damas y los poetas?

Entramos en la habitación donde dos mujeres y tres hombres estaban sentados alrededor de otro fuego.

—Presénteme, por favor-le dije al intérprete al tiempo que hacía una pequeña reverencia a los presentes.

Los hombres ya estaban de pie. Me devolvieron la reverencia. Las mujeres, tan guapas que casi me hacían sentirme molesto, se quedaron sentadas, sonriendo agradablemente.

El intérprete explicó:

—Ahora ya no llamamos a la gente públicamente por su nombre, como en su época; sólo damos el apodo o el título. Esta dama es una bruja. No, por favor, aquí no se da la mano.

La bruja, que me recordaba vivamente a Marlene Dietrich, parecía que se había divertido al verme tan decidido, pero no dijo nada.

—Su apodo es Hoja-de-Sarga o Sally en diminutivo.

—¿Señorita o señora?

—¿Cómo dice?

Le expliqué.

—Oh, no; las diferencias de este tipo solamente existen entre los comunes, pero aquí no.

—¿No existe entre poetas y otros magos, quiere decir?

—Sí, eso es. Aquí, como solemos decir, la casa escoge al hombre, no es el hombre quien escoge la casa; v. gr., las mujeres que gobiernan una casa no adquieren ningún título como resultado de sus relaciones con hombres.

—Asegúrele a la bruja que no era mi intención ofenderla, le dije al Intérprete.

—Esta dama relativamente joven es..., bueno, es una nin— la... una ninfa del mes. Pero quizá usted no comprenderá el significado de ninfa... La llamamos por su título de joya, a saber Zafira

Hablaban en una lengua basada en el catalán (mi madre era catalana), pero tenía también mucho de inglés, algo de gaélico y un poco de eslavo, y aunque pronunciaban con una lentitud majestuosa, al principio no pude entenderles bien.

Los tres hombres tenían apodos que me recordaban a los pieles rojas: Veo-un-Pájaro, Pan de Higo y Estrella de Mar. Eran poetas y magos. Veo-un-Pájaro era un hombre alto, amable, de cierta edad. Pan de Higo y Estrella de Mar, que debían tener cerca de los treinta años, parecían hermanos: los dos tenían las espaldas anchas, el cuerpo delgado y ojos oscuros de mirada sincera.

—Me han invitado ustedes para que les conteste algunas preguntas...-empecé diciendo.

Sally le hizo señas con la mirada a Estrella de Mar y él preguntó por ella:

—¿Le somos simpáticos?

—Mucho-y lo dije en serio. Hubo un murmullo de alivio. El Intérprete explicó:

—Ahora podemos continuar nuestra conversación. Si hubiese vacilado o si hubiésemos percibido una nota discordante en su voz, le hubiésemos ofrecido nuestras disculpas, devolviéndole a su época sin más preguntas.

—¿Por qué?

—Las conversaciones entre personas que no armonizan, siempre son estériles-dijo con la tos consiguiente.

—¿Quién hubiese percibido la nota discordante?

Parecía sorprendido.

—Todos. En este grupo todos son magos. Pan de Higo miró a su alrededor, como pidiendo permiso para hablar.

—¿Qué se siente al ser un poeta de la Última Época Cristiana?-preguntó.

La pregunta era tan amplia que me estuve medio minuto callado. Luego contesté con precaución:

—¿Quiere que haga la comparación con la Primera Época Cristiana o con la Época Pre-Cristiana? No puede usted pedirme que compare con su época; y por cierto, ¿cómo la llaman?

—Esta es la Época de Nueva Creta.

—Bueno, pues no puede pedirme que compare con su Época de Nueva Creta, de la cual aún no sé nada.

—Lo mejor sería dejar a un lado las comparaciones. Nadie ¡Hiede responder más que de su propia época.

—Entonces ¿puedo decir que no me gusta la mía? ¿O acaso le parecería una confesión de estupidez?

—Si es usted feliz en sus amistades personales y le sigue disgustando su época, entonces usted mismo la está acusando de un cambio muy violento. Y un cambio siempre debe ser doloroso.

—Gracias por explicármelo de este modo. Y por cierto, ¿cuánto ha de durar la Última Época Cristiana?

Se consultaron entre ellos, y luego el Intérprete informó:

—Según la *Historia breve*, señor, aún quedan varios papas por elegir. Señalamos el final de la Era Cristiana cuando termina el pontificado, aunque el cristianismo en sí persiste en formas múltiples durante muchas generaciones después de la suya.

—¿Ah, sí? ¿y quién suprimió el pontificado?-pregunté con un interés cada vez mayor.

—La sede fue trasladada de Roma a San Francisco en un momento crítico entre dos guerras, y fue suprimida una o dos generaciones más tarde por los Pantisócratas, o Niveladores, de Norteamérica. Adriano VIII y Pío XVI fueron los últimos papas. Entonces hubo un concilio Mundial de Iglesias, convocado en Pittsburg, en el cual se llegó al acuerdo de distinguir entre el Jesús israelita y Cristo el Dios, y de considerarle como el primer Pantisócrata. Cristo el Dios fue abolido por una mayoría de votos, del mismo modo en que había sido establecido por otra mayoría de votos en el Concilio de Nicea. A pesar de esto, se mantuvo entre los Mystiques, una secta secreta y hereje de habla francesa del Canadá, como la segunda persona de su trinidad; aunque le llamaban Paz en lugar de Cristo, en parte por razones de seguridad, y en parte porque querían librarse de la preocupación constante que les daba el Jesús israelita, y también porque las palabras Jesús y Cristo se habían convertido en sinónimas en el habla popular. Pero ahora me callo, ya que el futuro no le interesa, y ya que solamente me había pedido que le facilitara una definición temporal de la Última Epoca Cristiana.

—Quizás sea mejor así. Pero no debe pensar que, por lo que dije referente al futuro, quiera decir que no lo esté pasando bien en el futuro en que estoy ahora. Lo que quise decir es que, en mis tiempos, ponerse a especular sobre un porvenir al que no pertenecemos y que no podemos pronosticar por falta de medios (ni siquiera podemos pronosticar los vientos dominantes más allá de las veinticuatro horas) nos distrae del presente y a menudo perturba la mente de las personas. Si pudiese prever algunos acontecimientos, por poco importantes que fuesen, como los resultados de carreras de caballos que aún no han tenido lugar, me pondría en una posición muy ventajosa, pero al mismo tiempo molesta, en cuanto a mis contemporáneos.

—Ninguno de nosotros le ofrecemos voluntariamente cualquier información que pueda poner en desorden su vida-dijo Sally.

—Deben comprender-empecé a decir, algo nervioso-que el hecho de ser un poeta en mis tiempos es algo así como un anacronismo, porque ninguno de los principales intereses de la gente se relaciona, ni siquiera indirectamente, con la poesía. Me refiero por ejemplo al dinero, el deporte y la religión, la política y la ciencia.

—Y todos estos intereses, ¿son exclusivos?-me preguntó Pan de Higo, con voz pesada, inclinándose hacia adelante en su sillón de cuera

—Oh, no-le dije exclusivos, na Claro que no son exclusivos. —Los ojos serios y oscuros de Pan de Higo roe daban complejo de vendedor ambulante, charla que te charla—. En teoría, el hombre de negocios pone el dinero por éncjm? de todo lo demás en el mundo; en tiempos de guerra puede incluso llegar a vender armas a un poder enemigo para ser usadas contra su propio país. Un comunista declarado, que es el tipo de político más activo, pone al comunismo por encima de todo, incluso sería capaz de denunciar a sus propios parientes o hijos por "actividades burguesas". Un fanático de la religión podría dar todos sus bienes a los pobres y morir feliz en una cuneta. Un verdadero científico se sentiría contento si pudiese hacer volar el mundo en que vive sólo para demostrar una de las teorías de la energía atómica. Sin embargo, en la práctica, el comunista también puede ser un científico, el hombre de negocios puede que los domingos enseñe el catecismo en una iglesia cristiana, el cristiano también puede ser comunista, y el científico puede que tenga negocios. Reconozco que es un poco desconcertante. Pues bien; la poesía es algo que no vale la pena comprar ni vender a gran escala, así que al hombre de negocios no le interesa. El comunista la condena porque dice que es una divergencia individualística de los principios marxistas. El fanático de la religión la aparta de su vista, diciendo que es una frivolidad. El científico la descarta porque no se puede reducir a ecuaciones matemáticas y por lo tanto, según él, le falta principio. Y por estar al margen de concursos, tampoco tiene relación alguna con el deporte.

—Entonces, ¿cómo puede uno seguir siendo poeta?

—Yo mismo a menudo me hago esta pregunta. Pero al menos los intereses que se oponen no están unidos. Es la me canización de la vida lo que hace que nuestra época sea como es: la ciencia y el dinero se unen para hacer girar las ruedas más y más deprisa cada vez. En la teoría comunista se glorifica al tractor como emblema de la prosperidad; y por

hora ningún papa ha publicado una encíclica contra el motor de combustión interna o contra la turbina eléctrica. Sin embargo se teme que la mecanización, y lo que llamamos la tipificación, tengan sus desventajas y sus peligros, y por consiguiente se tolera al poeta porque es bien sabido que se opone a ellas. De este modo el arroyo en que fluye la verdadera poesía jamás se ha secado, aunque haya quedado reducido a un pequeño...

Aquí dejé de hablar repentinamente. Lo que había estado diciendo, me hacía sentir como si formara parte de un consejo de cerebros especializados, y realmente no tenía sentido. Yo siempre apago la radio cuando me balucea palabras como "tipificación" y "mecanización".

El viejo Veo-un-Pájaro rompió aquel silencio incómodo.

—Según nos dice el Intérprete, usted ha vivido dos guerras mundiales. ¿Han participado en ellas algunos poetas?

—Casi todos los mejores. ¿Eso le escandaliza?

—Entre nosotros, un poeta puede hacer lo que quiera mientras conserve su dignidad. Tanto Pan de Higo como yo hemos tomado parte en guerras. Pero parece ser que en la guerra de su tiempo había pérdida de vidas y daños materiales además de obras indignidades.

—Naturalmente. La misión de un comandante-jefe es la de destruir los ejércitos contrarios y forzar al gobierno enemigo a rendirse incondicionalmente.

—Pues es una manera muy poco agradable de hacer la guerra. Entre nosotros la guerra es siempre muy divertida, aparte de las luchas en defensa propia en las que algunas veces se ven envueltos nuestros viajeros al pasar la frontera de Nueva Creta, y si alguien muriera la concluiríamos inmediatamente.

—Nuestras guerras son realmente odiosas.

—Así pues ¿es cierto que sus ejércitos no muestran ningún respeto hacia mujeres y niños? No puede ser posible que un poeta mate una mujer... Esto no tendría sentido

—Yo nunca maté ninguna-dije débilmente—. Al menos, que yo sepa, no.

Siguió otro silencio, que finalmente rompió Pan de Higo, diciendo:

—Su voz está cargada de matices que no me son familiares. Supongo que la vida para usted es tan compleja que nunca le resulta fácil decir la verdad. Cuando está dialogando sobre las instituciones y los acontecimientos de sus tiempos, la falta de seguridad en su voz se contrasta de una manera extraña con el convencimiento con que nos habló al principio, cuando nos dijo que le gustábamos.

—Bueno, usted también nos gusta-dijo Sally.-¿Le apetecería quedarse un poco más con nosotros, o se encuentra incómodo tan por delante de su época?

—Si pudiese estar seguro de que mi ausencia no está preocupando a nadie, me quedaría hasta que se cansaran de mí.

—Por esto no se preocupe. En su época usted está dormido, y tiene entera libertad para quedarse aquí meses o años en un sueño que no durará más de lo que tarda en respirar dos veces.

—Muy bien entonces; pero no quisiera volver y encontrar mi casa en ruinas y mi hijo de dos años con una larga barba blanca sentado sobre un silla de ruedas.

Me acomodé en mi asiento y estuvimos hablando hasta la puesta del sol; entonces se oyó repicar una campana a lo lejos y encendieron unas velas. Estaban hechas de ceras de abeja y colocadas en unos candelabros de oro pesado. No sé porque, pero me había imaginado que encontraría un tipo de alumbrado más avanzado.

A la mayoría de la gente de mi época no le hubieran parecido bien mis nuevos amigos por ser, en una palabra, demasiados—do apuestos-físicamente de pura sangre-y con una intensidad intelectual desconcertante. Parecían no haber en su vida enfermos; tenían la cara apacible, sin arrugas y parecían tan felices que casi resultaba indecente. Y sin embargo les faltaba aquella cualidad que viene tras una horrible experiencia que hemos afrontado con nobleza y logrado superar. Intenté imaginármelos haciendo frente a los problemas de nuestro tiempo; no, pensé, en menos de una semana acabarían desfigurados y ojerosos. No solamente les faltaba personalidad, que las condiciones de su vida no les había permitido desarrollar, sino que también carecían de sentido del humor, la pizca de rapé que hace huir al toro cuando embiste, o la tarta de crema bien lanzada que también hace huir al policía cuando nos acomete. No tenían necesidad de estas cosas, y durante toda mi estancia con ellos no pude escuchar ni un solo chiste que tuviera gracia. La gente se reía, claro está, pero sólo ante una inesperada alegría, nunca de las desgracias de los demás. Si el ambiente se pudiese aclimatar a una época tan vil como la nuestra, lo describiríamos como un ambiente santurrón, palabra que transmite un reproche por su complejencia e indiferencia hacia los sufrimientos del resto del mundo. Pero esta resultaba ser una época de "buenos", sin lugar para humor, sátira o parodia. Recuerdo una ocasión en que Veo-un-Pájaro colgó un espejo distraídamente en lo que pensó que era un clavo, pero que en realidad era una mosca que se había posado sobre la pared. Todos se rieron a carcajadas, pero no por su error: se rieron del puro placer de ver cómo logró atrapar el espejo que se caía con el dedo de pie, salvándolo así de estrellarse contra el suelo.

Los cinco estados

No soy ningún estudiante de la moda y en general soy bastante descuidado en mi manera de vestir. Como en esta ocasión nadie iba desnudo ni tampoco llevaba ropa verdaderamente excéntrica, como serían una armadura de madera pintada, o una capa hecha de periódicos viejos, no presté mucha atención a sus vestidos, excepto a los de Sally. Llevaba puesto el traje de bruja con el cual había oficiado en mi ceremonia de evocación: un casquete cónico de piel de topo, sandalias de paja, y una túnica azul oscuro de falda larga y mangas largas, bordado en hilo de plata con un entrelazado de serpientes y guirnaldas de sauce, y recogido en la cintura por un cinturón con grandes pentágonos de lazulita montados en plata. Por razones rituales se había teñido los pies de azul oscuro. Se sentó frente a mí y estuve casi todo el rato hablando con ella. Pero fue la presencia de Zafiro, que estaba sentada entre el fuego y yo, con cabello oscuro, ojos grises, dedos delicados, lo que más me impresionó.

—Si mi ropa le hace sentirse incómodo-dijo Sally-podría cambiarme. No sería demasiada molestia.
—No, claro que no. Le sientan muy bien. Por cierto, eso que lleva en los pies, ¿no será hierba pastel, verdad? No me va a decir que ustedes, los neocretenses, han vuelto al uso de la hierba pastel...

Asintió con la cabeza.
—Huele bastante mal al mezclarlo, pero nosotras, las brujas, tenemos que usarlo de vez en cuando.
—¿Puedo preguntar qué clase de bruja teñida de azul es usted? ¿Negra? ¿O blanca?
—Nosotros no conocemos estas diferencias.
—Quiero decir: ¿está especializada en destruir o en sanar?
—No hay cura sin destrucción.
—Entonces alguna vez, ¿matan ustedes a las personas?
Estaba seria.
—Algunas veces. Es la parte menos agradable de nuestro oficio.
—¿A quiénes matan? ¿A enemigos personales? ¿A enemigos públicos?
—A gente mala.
—¿Qué quiere decir mala?
—Malo es cuando, por ejemplo, nace un becerro con dos cabezas, o cacarea una gallina sin poner huevos. O cuando un hombre se porta como una mujer...
—¿Cómo? ¿Matan ustedes a sus pobres homosexuales? Me parece un poco duro.
Sally continuó sin perturbarse.
—O cuando un hombre infringe deliberadamente las costumbres, y su estado, es decir su clase, le rechaza.
—Ah, sí, el Intérprete dijo algo acerca de los estados. ¿Cuántos hay?
—Cinco.
—Y por cierto, ¿tienen reyes? Siempre he tenido una debilidad por los reyes.
—Sí, desde luego. Sin reyes no puede haber verdadera religión. El mundo de Nueva Creta está dividido en reinos.
—¿Reyes de verdad, con coronas de oro?
Todo el mundo se rió.
—Sí, reyes con auténticas coronas de oro, que les son entregadas por sus reinas.
—¡Qué mundo tan estable debe de ser este! ¿Ningún estado sin clases? ¿Ninguna república?

—Ninguna.
—¿Cómo se eligen los estados?
—No acabo de comprender su pregunta.
—¿Se hace la clasificación, por ejemplo, por nacimiento y propiedad? ¿O acaso por méritos?
—Por capacidad, naturalmente. El nacimiento no es nunca una indicación clara de la capacidad; los padres de un es* tado pueden tener hijos que verdaderamente pertenezcan a otro. Y la propiedad indica el estado del hombre, y no sus cualificaciones para pertenecer a él. Y los logros son el resultado de la capacidad.
—Pero, ¿quién juzga la capacidad? ¿Unos comités locales nombrados por su Real Sociedad Psicológica? (No me dirá que aún utilizan la prueba de inteligencia de Funk-Hulme, aquella con rompecabezas y bombillas eléctricas de colores, y una máquina tragamonedas con trampa!

£1 Intérprete roe miró alarmado.
—Por favor, señor-protestó-tardaría un tiempo tristemente largo en traducir la segunda parte de su pregunta, cuya respuesta puedo darle yo mismo. Es *no*. ¿Me permite usted preguntarle a la bruja, de su parte, simplemente: ¿quién juzga la capacidad?
—Muy bien pues, dígame, ¿quién la juzga?
Tradujo esto, y Sally contestó:
—Los padres y compañeros de juego, y vecinos. El niño permanece en el estado de su madre hasta que haya un acuerdo general de que pertenece a otro lugar. Casi siempre se ve si un niño está desplazado, antes de que su educación empiece en sería Entonces vienen los representantes del estado a que pertenece a reclamarlo.

—¿Y nunca protestan los padres?
—¿Por qué tendrían que hacerlo? Es doloroso perder un hijo, pero es peor tener uno que no forma parte del hogar. Los padres son los primeros en rechazarlos. Generalmente consiguen otro que les vaya bien a cambio, un huérfano o un niño desplazado de otro estado. Yo mismo salí del cascarón en nido ajeno, como solemos decir aquí; mis padres eran archivadores. En general los magos somos de pura sangre; pero tenga en cuenta que nuestras familias no son numerosas y más o menos uno de cada tres hemos nacido en otros estados.

—¿Dijo usted que había cinco estados? Nosotros los ingleses también tuvimos cinco en una ocasión: nobles, clérigos, villanos, comerciantes y siervos ¿Cuáles son los suyos?
—Nosotros los contamos con la mano, comenzando con el dedo pulgar. Mire: *el pulgar*, los capitanes, quienes vagamente corresponden a sus nobles; *él índice*, los archivadores; *el del corazón*, los comunes, ¿me sigue?
—Entiendo por qué el pulgar es el capitán: es el primero y el más fuerte, y puede combinarse fácilmente con cualquiera de los otros dedos, y el índice es el archivador porque dirige la pluma. Pero ¿y el dedo del corazón?
—Es el del centro y el más alto; verá: los comunes forman el estado central y el más numeroso. Aquí le llamamos el dedo del tonto. El dedo anular representa a los sirvientes, pues de todos los dedos es el menos capacitado para moverse independientemente.
—Los quirománticos lo convierten en el dedo de Apdo.
—Lo sé; y Apolo, como recordará, fue en tiempos un sirviente. La poetisa Cleopatra dice en su terceto "Tres caros errores":

El primero, cuando Apelo olvidó que era un sirviente y jugó a ser amo.

Los sirvientes, estará de acuerdo conmigo, son amos pésimos. Bueno, esto nos deja con el dedo meñique que representa a los magos y es porque...
—¿Porque en los cuentos de hadas siempre está conectado con la magia?
^A—Si quiere, puedo explicarlo de este moda Y porque el nuestro es el más pequeño de los cinco estados. Todos son interdependientes, como las cinco divisiones en mía hoja de plátano. Cada reino tiene sus cinco estados, cada reino es una hoja del plátano de Nueva Creta; esa es una de las primeras cosas que aprendemos en el colegio.
—Muy bonito; pero me gustaría saber cómo un nifto revela su estado natural a sus compañeros de juega Me parece muy misterioso.

—No es nada misterioso. Ponga por ejemplo un juego de pelota. ¿Jugaban a pelota-base los niños de la Última Época Cristiana? No recuerdo. ¿O quizás no ocurre hasta que aparece el pantisocratismo?

—Sí que juegan, y bastante. Los hombres también.
—Bueno: pues en un juego de pelota, si el niño es tímido, poco emprendedor y callado, y si prefiere obedecer órdenes a tomar decisiones, y no le importa de qué lado juega, y prefiere parar y devolver la pelota antes que pegarle o arrojarla, entonces está claro que es sirviente. Si le interesa más discutir los detalles del juego o llevar la puntuación que jugar, entonces es un archivador. Si le interesa más organizar el juego que tomar parte en él, entonces es capitán. Si le gusta más pegar la pelota y arrojarla que pararla y devolverla, y se muestra muy partidario de su equipo, entonces es uno de los comunes. Pero si juega sin realmente participar en el juego, de manera que los demás jugadores se sientan incómodos por su presencia, aunque juegue bien, entonces es un mago.

—¿Qué entiende exactamente por mago?

—Los magos piensan de forma activa; todos los demás piensan pasivamente.

—Ya entiendo. Así los matemáticos, filósofos y científicos ¿son magos?

—No; la gente de esa clase, si los tuviésemos (pero no los tenemos), serían archivadores. No es necesario tener una mente activa para archivar.

—Pero ¿no distinguiría entre un hombre que se dedica a sumar columnas de cifras y otro que inventa una fórmula matemática compleja o que generaliza en 'torno a la naturaleza del universo?

—No hay magia en una fórmula matemática, por compleja que sea. No es más que la conveniencia de un archivador para sus compañeros archivadores: forma parte del cálculo o de la historia. Un concepto filosófico sobre la naturaleza del universo es igual: es parte de la historia.

—No la sigo, Sally. ¿Qué es el pensamiento activo, comparado con el pasivo?

—El pensamiento activo es al pasivo como di ritmo a la versificación, o como la melodía a la armonía. Es un acontecimiento, y no una condición. Es una prueba de la vida, y no una descripción de los límites entre los cuales se mueve la vida.

Lo dejé pasar, y cambié de tema.

—Vuestros reyes, ¿gobiernan activamente sus reinos?

—No, ¿y los suyos?

—Solo nominalmente. ¿Entonces, quiénes los gobiernan? ¿Los capitanes? ¿O ustedes, los magos?

—No existe ningún estado gubernativo. La costumbre es el principio gubernativo y cada estado tiene sus obligaciones hacia ella.

—A corto plazo todo esto está muy bien, pero ¿no se están buscando problemas a largo plazo? Imagínese que ocurre algún desastre natural imprevisto. ¿Aún existen las sequías, las inundaciones y demás?

Antes de contestar, Sally tocó madera para apartar la mala suerte, pero lo hizo de una manera seria y religiosa, y no con una sonrisa de disculpa.

—Los archivadores guardan relatos detallados de desastres pasados, y si ocurre uno nuevo, los capitanes en seguida les consultan sobre la mejor forma de afrontarlo. Siempre existe algún precedente u otro. Entonces ponen a los comunes a trabajar. Trabajan hasta que haya pasado el peligro. Las tareas de menos responsabilidad las llevan a cabo los sirvientes. Los magos se quedan a un lado; no se les consulta a no ser que el desastre concierna a la salud pública o la moral, en cuyo caso es su deber intervenir.

—¿Así que son ustedes como sacerdotes?

—Oh no. Todos los sacerdotes pertenecen al estado de los sirvientes. Esto parece sorprenderle, pero sin duda tiene su lógica. La función del sacerdote es la de dar a su deidad un servicio fiel. No necesita improvisar, o tomar decisiones, o efectuar magia. Se aprende el ritual de memoria y desempeña su cargo lealmente y sin pensar. Una vez fue propuesto que también nuestros reyes formaran parte del estado de los sirvientes, porque el rey es el siervo supremo, capaz del más completo sacrificio de sí mismo; pero esto fue una equivocación. El derecho fue cedido a los comunes, quienes mantenían, a modo de argumento a su favor, que "el dedo del tonto, lleva la corona" como había escrito el poeta Vives, y que el sacerdocio y la monarquía deberían mantenerse separados.

—Una decisión muy sensata. De esta forma se consigue una serie de reyes más interesante, y debe de darles a los comunes un sentimiento de vanidad.

—Es una buena tontería llevar una corona; mientras dura.

—¿Dónde se sitúan las mujeres en este sistema?

—Nosotras lo mantenemos porque actuamos en modo directo, por parte de la Diosa. Somos nosotras quienes estimamos el valor de cada hombre; no competimos con ellos. Naturalmente ellos nos tratan como sexo superior.

—Pero existen más hombres que mujeres capaces de pensamiento activo.

—Esto no tiene nada que ver. No consideramos a los magos más importantes que los archivadores porque piensen activamente, en lugar de pasivamente; simplemente los consideramos diferentes.

—Bueno, como sexo superior (al menos a los ojos de los hombres) no deben ustedes trabajar, ¿verdad?

—Claro que trabajamos. Pero en cada estado las mujeres tienen un campo de acción diferente al de los hombres. No existe la competencia entre los sexos.

—Y los hombres, ¿nunca juzgan el valor de las mujeres?

—No es costumbre.

—Me parece un arreglo algo unilateral.

—Sí, pero los hombres están satisfechos, y nosotras no nos quejamos.

Sintiéndome algo aplastado, le pedí a Sally que me explicara la diferencia entre mujeres y hombres magos. Me contestó que la magia evocatoria entraba en el campo de la mujer.

—Quiere decir ahuyentar los espíritus de lugares en donde no tienen derecho a estar.

—¿Por ejemplo?-pregunté.

—Por ejemplo, en casos de posesión demoníaca y encantamiento. O mandar venir a gente de otro lugar del tiempo o del espacio para consultar con ellos. La magia de invocación entra en el campo de los hombres. Esto significa llamar a la Diosa para atestiguar e inspirar algún acto de magia.

—¿Del mismo modo en que un poeta evoca a la Musa?

—¿Es una mujer viva su Musa?

—La veo como la mujer de la cual estoy enamorado mientras escribo.

—¿Es corriente esto en su época?

—Creo que no, pero al menos, así pienso yo.

—Me alegro; esto le ayudará a comprendernos mejor. Aquí la costumbre no está basada en una compilación de leyes, sino, en su mayor parte, sobre la palabra inspirada de poetas; es decir, que la costumbre está dictada por la Musa, que es la Diosa.

En aquel momento Estrella de Mar le hizo señas a Sally con los ojos y empezó a enrollar cigarrillos. Enrolló seis, rápida y cuidadosamente, utilizando no sé qué especie de hoja en lugar de papel. Nos entregó uno a cada uno, menos al Intérprete, y el último se lo quedó él.

—¿Así que aún fuman?-dije.

—Cada noche sobre esta hora-dijo Pan de Higo.

Zafiro se puso en pie, encendió cada cigarrillo con una mecha de madera, y dijo algo que parecía ser una fórmula tradicional:

—[Fumad, disfrutad, guardad silencio!]

£1 Intérprete fumó una ligera reverencia, sacó una pipa de espuma de mar de su bolsillo, y salió al porche a fumar. Luego averigüé que cada estado utilizaba un tipo de tabaco diferente, y que fumaban, o masticaban, como en el caso de los sirvientes, separados estrictamente. "Los humos no pueden mezclarse", fue un proverbio que tuve ocasión de escuchar muchas veces y en diferentes contextos durante mi estancia allí. £1 fumar tabaco sin pensar, nerviosamente, a cualquier hora, esto no existía. Todo el mundo fumaba o masticaba con calma, deliberadamente, sólo una vez al día. Antes de haber permanecido allí todo un día, ya sentí el hambre del tabaco y esperaba el atardecer con ansiedad.

Cuando hubimos terminado, quemaron las colillas en el fuego, y entonces dijo Zafiro:

—¡Ahora podemos hablar!

Veo-un-Pájaro por lo visto había estado pensando en lo que le había dicho anteriormente acerca de la población de Landres.

—¡Debe de ser terrible vivir allí-dijo-con unos diez millones de habitantes ocupando un territorio que aquí sólo albergaría a cinco o diez mil! Cada vez que deja su casa para visitar a un amigo en otra parte de la ciudad, debe de cruzarse con miles de personas nuevas.

—H qué tiene esto de terrible?

—Pues no me va a negar que cada vez que ve una cara nueva en la calle, aunque no se intercambien saludos, existe siempre una especie de contacto, un reconocimiento; no sólo tomará nota de la cara, sino que además la resumirá mentalmente y la almacenará en su memoria. Cada contacto personal es un gasto de energía mental. Aquí conocemos prácticamente a todo el mundo de vista, así que nuestros encuentros casuales poco les piden a nuestras energías, y en días de grandes festivales nos ofuscamos los sentidos bebiendo. Pero las visitas a otras regiones nos resultan agotadoras; el cerebro, al cabo de un rato, empieza a marearse por exceso de trabajo. Es por eso que viajamos poco, y es por eso también que cuando vamos al extranjero nuestros anfitriones ya procuran exponernos al menor número posible de contactos personales. Cuando intento imaginarme miles y miles de personas, todas con vestidos diferentes y mentes completamente desorganizadas entre sí, entrecruzándose por las vidas de los demás sin conocer ni saludar, cada uno buscando un camino propio, un camino competitivo, creo que esto me mataría.

—Oh, no. Uno puede acostumbrarse a casi todo. Los esquimales que trajeron a Londres en el siglo dieciocho, no murieron por haber visto demasiadas caras. Creo recordar que simplemente cogieron unos buenos resfriados, y murieron así.

—Nadie se muere por un resfriado-insistió Sally—. Ver demasiadas caras tiene que haberles debilitado las fuerzas.

—Pueden pensar como gusten. De todas formas, nosotros tratamos a la gente como si fuesen árboles: cuando se anda a través de un bosque, no se estudia cada árbol, sino solamente los más singulares que puedan servir de señal y guía a la vuelta. Del mismo modo nosotros no estudiamos las caras de las personas al pasar. Viejos amigos, familiares, incluso amantes, pueden cruzarse sin saberlo. Solamente nos fijamos en el policía que regula el tráfico, y en el cobrador del autobús o de la estación del tren. Pero a no ser que el policía nos llame la atención por romper algún reglamento de la circulación, no estudiamos su cara y nada sabemos acerca del cobrador, a no ser que ponga en duda la validez de nuestro billete.

Tardé mucho en explicarles esto de los policías y cobradores.

—Pero, ¿y si se cruzan con una mujer hermosa?

—La impresión es tan transitoria como un dibujo en un fuego. Las mujeres pasan con la cara fija en la misma máscara ciega que los hombres: no se vislumbra la verdadera belleza.

—Esta costumbre de no ver para la protección del individuo debe de adormecer sus sensibilidades poéticas y perjudicar su memoria.

—Puede que sí. Hay poca poesía que merezca la pena ser nombrada y que se haya escrito en Londres desde que dejó de ser una ciudad rural; pero los londinenses por regla general viven muchos años, y conservan sus memorias en cuadernos de apuntes y en libros mayores. Para mí, lo peor es el ruido. —¿Qué clase de ruido?

—No me refiero al ruido casual del tráfico, el vibrar de los motores, el rugir de los autobuses y trenes. Uno puede habituarse a esto tanto como se habitúa un sudanés que viva cerca de las cataratas al ruido del agua que cae. Es el timbre perturbador del teléfono, y la música que brama por un millón de radios desde por la mañana muy temprano hasta muy tarde por la noche. Jamás podemos escaparnos de esto por mucho tiempo

—¿Quiere usted decir que cualquier persona puede tocar la música que quiera a la hora del día que le parezca?

—Cualquier persona que posea un gramófono o que pueda tocar cuatro notas en un instrumento musical. De otro modo tiene que depender de los programas de radio. A casi todos los londinenses les gusta escuchar música mientras trabajan, y poco les importa la clase de música que escuchan. Cuando tienen que estar en un pueblo por más de una semana o dos, se aburren hasta desesperarse y se encuentran tan solos sin el ruido de la circulación y el interminable pasar de caras y las constantes llamadas al teléfono, que dejan puesta la radio todo el tiempo. Se quedaron todos muy serios, y durante mucho tiempo no volvieron a hacer preguntas. Luego preguntó Zafiro:

—¿Quiere irse a la cama ahora?

—¿No será peligroso que me vaya a dormir? ¿No podría deslizarme a mi propia época de nuevo?

—No. Estará completamente seguro.

Entonces dijo Sally, tuteándose de repente:

—Me has estado mirando casi todo el rato, y me has hedió hablar casi siempre a mi. Pero estás enamorado de Zafiro, a quien casi no has mirado.

Me sonrojé porque había sido tan repentino su desafío, pero no negué nada.

—Entonces, ¿qué estás esperando?-continuaba—. Tú eres tú, y no un fantasma. Zafiro es Zafiro, y no una visión. ¿Qué te detiene?

—Son compunciones de la costumbre-murmuré, con una mirada de súplica hacia Zafiro; pero luego me enfadé, picándome de mi dignidad:-¡No creo que tengas derecho a hablarme de este modo, Sally!

El efecto que tuvieron mis palabras sobre todos los presentes fue doloroso. A Sally la sacudió como un espasmo, y se le llenaron los ojos de lágrimas; vi un par de ellas caer por sus mejillas aunque ni sollozó ni lloró. Estrella de Mar dio un pequeño gemido, y creo que a Pan de Higo y a Veo-un-Pájaro también les afectó casi por igual. ¡Qué extraña mezcla de franqueza brutal y de sensibilidad poseía esta gente!

No me atreví a mirar a Zafiro, pero la oí decir en una voz bastante calmada a los demás:

—Dejadnos solos a los dos. Tenemos mucho que decimos.

Amor en Nueva Creta

Me fue difícil enfrentarme con Zafiro cuando nos quedamos solos, pero por fin conseguí hacerlo. El corazón me latía con fuerza y en el aire se oía un cantar salvaje. Sus ojos eran grises, claros y serenos. No parecía estar molesta por la situación en que nos encontrábamos y me estudiaba detenidamente, con la barbilla descansando sobre sus dos manos, y los codos en la mesa. Conozco a mujeres que adoptan esta actitud cuando quieren dar muestra de una profundidad de espíritu y parecer atentas, y al mismo tiempo presumir de la elegante manicura de sus manos; pero Zafiro no era una actriz y al cabo de un rato me sentí algo así como una insignificante forma de vida bajo un microscopio. Parecía tener poco más de la mitad de la edad de Sally, digamos diecisiete años, y me daba la impresión de que sus responsabilidades mágicas le pesaban mucho; no creo que hiciese mucho tiempo que las desempeñaba.

—Lo siento muchísimo-empecé hablando en catalán, ya que era lo más que me podía aproximar a su lenguaje. Encontré que me entendía bastante bien si le hablaba despacio—. Nunca supuse que ocurriría nada semejante. ¿Crees que Sally me perdonará algún día?

—¿Perdonarte por qué?-preguntó Zafiro, con una voz algo ausente.
—Por enfadarme. No me imaginé que se ofendería tan fácilmente.
—No entiendes. No estaba ofendida, sólo sorprendida; y le dabas pena. No ha pasado nada grave—. Continuó estudiándome.
—Déjame hablarte de ti-dijo al cabo de un rato—. Ahora sé que eres la clase de hombre que no esconde nada cuando se enamora; y esto está bien. Pero te contentas con ver lo que viste al principio. ¿Te ha ocurrido alguna vez que la mujer que estaba contenta con la primera imagen de ú misma en tus ojos, dejó de estarlo cuando encontró que esta imagen no cambiaba como cambiaba ella? ¿Y que finalmente la destruyó con un acto violento que no pudiste anticipar?

—Bueno, sí, esto sí que ha ocurrido-Admití. Me desconcerté un poco porque Madame Luna, una quiromántica, me había dicho casi lo mismo en el muelle de Brighton, en un canturreo pseudo-oriental, hada unos diez años—. ¿Acaso estás sugiriendo que podría volver a suceder?

—Ahora estás aquí, pero tu mujer, cuyo lado te hemos hecho abandonar, no lo está, porque pertenece a otra era completamente distinta. Y como durante toda tu vida has estado enamorado, salvo durante dos o tres días tristísimos, estás mirando a tu alrededor para ver dónde enfocarás nuevamente tu amor. Y lo enfocas sobre mí, y yo estoy contenta por la forma lúdda en que me ves. Pero ¿cuánto durará mi placer? Esto es lo que no puedo deddir.

—¿Fue así como me resumió Sally?

—Sí.

—¿Te lo dijo?

—No, lo oí en su voz.

—Así que ¿estaba jugando conmigo cuando preguntó qué me detenía frente a ti?

—No, nos estaba avisando a los dos.

—Y bien, ¿tenemos que prescindir del aviso?

—¿Por qué no dedr sin rodeos que te ofendí al decirte la verdad sobre ti mismo?

—Me resulta difícil ser tan directo como vosotros, los neo— cretenses; pero es verdad, sí que creo que vuestras generalizaciones son algo arrebatadoras.

—Es decir, ¿ya no me quietes?

No respondí a esto. La verdad era que me parecía la criatura más hermosa que jamás había visto, y me sentía como si siempre la hubiese conoddo; pero que no estaba enamorado de ella de alguna manera corriente; y que aún no podía decidirme sobre cuáles eran en realidad mis sentimientos, esto también era verdad.

—Cuando te recuperes del golpe en tu orgullo-dijo-te darás cuenta de que, como amante, eres así y de que a muchas mujeres les gustaría corresponder a tu amor durante un tiempo.

—¿Incluso tú?

—Incluso yo, hasta que la imagen dejase de ser verdadera.

—Y al final, ¿me odiarías?

—No, no llegaría a esto.

—Yo no puedo amar a una mujer si no puedo convencerme, a pesar de mis fracasos anteriores, de que la amaré durante el resto de mi vida. Así que siempre intento verla como la vi por primera vez. Puede que me engañe a mí mismo, pero soy así.

—Y cuando llega la separación es como una muerte para ti. Una mujer mata; otra reanima el cadáver.

Me desagradó la forma en que estaba conduciendo la conversación, de modo que tomé rápidamente la decisión de coger la iniciativa.

—Parece que hayamos atravesado varios años de intimidad en estos últimos dos minutos. ¿Quieres que supongamos que hemos tenido una aventura pasional y que poco a poco se ha terminado en la forma habitual, sólo que tú no has tenido que recurrir a la violencia? Y que ahora somos "muy buenos amigos" como a menudo son, en mi época, un ex-marido y su ex-mujer después del divorcio. Digamos que el amor ha terminado, ¿quieres? Pero queda un suave resplandor de crepúsculo.

—¡Ten mucho cuidado!

—¿Por qué? ¿Porque una pareja divorciada puede volver a enamorarse? Claro que si tú crees que sería hacer trampa omitir el principio...

—Quiero decir: no intentes definir tus sentimientos. Aún no están determinados. Si no vas con cuidado puede que VB te vuelvas a engañar a ti mismo.

—Pero ¿qué ocurre ahora que estamos solos los dos?-Su serenidad me desconcertaba. No la acababa de comprender.

—Nos sosegamos.

Mientras yo estaba sentado en el borde de la cama, tenso y sin poderme decidir, Zafiro fue a buscar un peine de púas anchas y se puso a peinarme a ritmo lento, moviendo sus labios silenciosamente con las palabras de una canción. Poco a poco mi tensión se fue relajando y me sobrevino una sensación de extraordinaria tranquilidad. Si llego a ser un gato hubiese ronroneado fuerte y durante mucho rato.

Me miró escrupulosamente, con la cabeza un poco a un lado, sin decir palabra. Entonces pareció haber llegado a una decisión; me indicó que me echara sobre la cama, se puso el dedo en los labios, y me dio un masaje en la rodilla izquierda que duró unos veinte minutos. "¡Allí estaba el problema!", murmuró cuando hubo terminado. "Ahora, duerme", y apoyó mi cabeza sobre su brazo, y me quedé dormido en el acto.

Me desperté de repente con la luz de la luna en la cara. Olvidándome de todo lo que había sucedido, y pensando que estaba en casa, dije, en voz baja y adormecido:

—Tonia, ¿qué hora es?

—¿Hemos sido injustos al hacerte venir aquí sin tu mujer?-preguntó Zafiro—. Cuando me viste por primera vez, te fijaste cómo me parecía a ella, ¿verdad?-Y añadió a modo de explicación, no como pregunta:-Tú no le guardas secretos.

—No. ¿Y eso te hace sentirte celosa?

—Dime primero: si aún te quiere, ¿estaría celosa de mí?

—Creo que sí. Pero me has asustada Ahora no sé cuánto durará su amor. Me había cogido desprevenido; una cama caldeada a medianoche es un confesionario estupendo.

—Sólo mientras la veas como es, y no como era antes.

—Lo recordaré-dije—. Pero me parece lo justo decirte que... mucho me temo que sólo pueda amar de veras a una mujer a la vez.

—Pero su tiempo y el mío no son los mismos. Puedes seguir amándola fielmente toda tu vida, y amarme a mí el tiempo que quieras.

Mientras intentaba, medio dormido, descifrar la lógica de sus palabras, me pellizcó la oreja afectuosamente.

—Ella y yo somos casi la misma persona-dijo.

Un poco más tarde, oí la risa de Antonia, que me confundió aún más, y la voz de Antonia, diciendo algo que en aquel momento me parecía muy importante; pero de nuevo intervino el sueño solícitamente, y perdí su significado.

Era de mañana, y Zafiro estaba a punto de salir de la cama.

—¿Quién eres realmente?-le pregunté, incorporándome por completo.

—La mujer que tú amas-respondió para no comprometerse, sin volverse hacia mí, pero a la luz del día vi que sólo vagamente se parecía a Antonia.

Debió de poner un hechizo para que yo la oyera reir y hablar con la voz de Antonia. "No, quizá no", pensé, "no necesariamente. Estaba medio dormido, y ahora estoy despierto. No estoy muerto, ni tampoco lo está Antonia; pero ya no soy el mismo de antes, o no del todo el mismo, porque Antonia no es Antonia, ahora es Zafiro. ¿No es eso?" Sí, eso parecía bastante razonable. Debería explicar que como tengo la fortuna de poder trabajar en casa, mi mujer y yo hemos llegado a estar más unidos de lo que es corriente, y después de varios

ños juntos nos echamos muchísimo de menos si alguna vez nos hemos separado por más de un día. Pero ahora yo estaba aquí, y aquí parecía estar también Antonia, aunque hablaba en otro idioma y tenía diez años menos y la barbilla más redonda y se peinaba de otra manera y era una ninfa del mes; no tenía ni idea de lo que esto significaba.

—¿Qué es una ninfa del mes?—pregunté—. Aún no me lo has dicho.

—Es demasiado complicado para explicártelo ahora—dijo—. Es contra la costumbre discutir antes del café lo que se puede esperar hasta después del café. Pero te diré que mi título tiene que ver con el Rey y la Reina y las doce damas de la corte.

Acepté esta situación provisionalmente. Era un consudo no tener que atravesar los habituales y torpes principios de un noviazgo, por los que no sentía ninguna inclinación; y poder pasar sin sentirme incómodo frente a mis nuevos amigos a la hora del desayuno, como si Zafiro y yo hubiésemos estado casados veinte años. De todos modos, no dejaba de sentirme algo así como el maquinista del expreso Royal Scot que tenía una mujer en Londres y la otra en Edimburgo. Y recuerdo que jamás llamó a una con el nombre de la otra. Quizás las amaba en formas completamente distintas.

Después de un desayuno consoladoramente civilizado de café, bollos con mantequilla, naranjada y un huevo pasado por agua, Sally me preguntó casualmente:

—¿Con cuántas mujeres te has acostado en tu vida?

—¿Estamos jugando al juego de la verdad?

—¿Cuál es el juego de la verdad?

Esta vez fui con cuidado de no herirle los sentimientos.

—Quiero decir: ¿tengo que contestar? En mi época ninguna mujer haría una pregunta así a no ser en la intimidad de un dormitorio, y aún entonces esperaría una respuesta evasiva.

—Pero, ¿por qué?—Esto sorprendió bastante a Sally.

—Porque, en teoría, a un hombre sólo le está permitido una mujer a la vez, la mujer que públicamente se compromete a querer y mantener hasta la muerte. Debo admitir que la teoría del matrimonio no corresponde en lo más mínimo a los hechos, porque no es frecuente que una pareja de casados elijan con sabiduría. O bien rompen su contrato después de unos años y consiguen un divorcio, o si no permanecen casados "por el bien de los niños" o por las apariencias, y se consuelan con aventuras amorosas ilícitas; generalmente con otras personas que también han fracasado en su matrimonio. O si no, permanecen casados sin estos consuelos y se odian. Pero el matrimonio aún tiene la fuerza de un convencionalismo, lo que hace que yo me sienta turbado ante tu pregunta. Las aventuras amorosas ilícitas tienen lugar a escondidas, y si un hombre y una mujer eligen vivir en pecado, como suele llamarse, la gente casada se siente tan incómoda que no se invita a la pareja culpable (se supone que se sientan culpables) a funciones públicas, y cuando viajan les resulta difícil encontrar alojamiento en un hotel respetable.

—¿Y si se descubren sus aventuras amorosas?

—Puede que haya un divorcio. Pero en general se mantienen secretas; es más fácil pasar por alto una infidelidad que separarse.—Me había propuesto no dejar entrever ningún secreto de mi pasado, al menos a Sally, así que me libré de contestar a su pregunta inicial preguntándole yo:

—¿Y qué me dices del matrimonio aquí?

—En los diferentes estados hay costumbres diferentes—dijo—. En el nuestro las mujeres son promiscuas hasta que tienen hijos.

—¿Puedo preguntar qué sistemas anticonceptivos empleáis?

Esto les desconcertó mucho a todos, y yo pasé la vergüenza de tener que darles una conferencia elemental sobre el control de la natalidad. Sally se mordió el labio, pero el viejo Veo-un-Pájaro dijo amablemente:

—Ella no quiso decir que los magos son promiscuos en el sentido físico. En este aspecto somos peculiares. Los otros estados presuponen que la consumación del amor no se puede separar del proceso de la reproducción; nosotros sabemos que sí puede separarse, y que, como escribió Cleopatra;

Tener cópula como las bestias es violencia y vergüenza.

Naturalmente, evitamos la unión a no ser que queramos hijos, y entonces sólo la tenemos con las personas que amamos y en quienes confiamos hasta tal punto que la violencia y la crueldad resulten inaplicables. Nos apartamos, y nuestros cuerpos se quedan encarcelados en tormento muy por debajo de nosotros. En otras ocasiones, la consumación se logra por un casamiento entre la mente y el cuerpo, mientras que los órganos de reproducción están inactivos, pero nuestros ojos internos están inundados por oleadas de luz. En casos de completa simpatía, reposamos uno al lado del otro, o tocándonos los pies, sin contacto corporal, y nuestros espíritus flotan hacia arriba y navegan con un movimiento de olas alrededor de la habitación. El honor más grande que una mujer pueda concederle a un hombre es permitirle ser el padre de su hijo; pero solamente accede a esto después de que haya pruebas perfectas de simpatía física y espiritual. Una vez que ha encontrado un hombre así se queda a su lado.

—Pero, ¿y si esta simpatía se disuelve antes de la muerte; si cualquiera de los dos consortes se enamora de otra persona?

—Esto no ocurre. Una vez que una mujer ha aprendido a conocerse a través de sus amistades con varios hombres diferentes, es imposible que haya un error.

—Y si un consorte se muere, ¿se vuelve a casar el otro?

—No, a no ser que el sobreviviente se someta a una muerte ritual y sea admitido a otro estado después de su renacimiento.

—¿Qué pruebas seguras tienen de esta simpatía duradera?—pregunté incrédulo.

—Las más sencillas son las mejores—dijo Zafiro con anhelo—,

lo, antes de que Sally tuviera tiempo de contestar—. Cuando mi madre tenía mi edad fue un día a la piscina de los desconocidos, sintiéndose atraída por aquel lugar, y se sentó sobre la hierba. Sabía que había alguien por allí a quien ella podría amar, pero sintió la necesidad de una prueba de amor. Así que dijo "Piel de Oso" en un tono indiferente y a ninguna persona en particular, sin saber por qué había pronunciado aquella palabra, y un joven que estaba en el otro lado de la piscina nadó hasta donde estaba ella y dijo "Me has llamado, yo respondo a este nombre". Entonces ella le reconoció: era un mago que vivía muy lejos, pasadas las montañas, y que no había visitado nuestro pueblo desde niño. Así que le dijo: "Piensa en un número, Piel de Oso". Y él contestó en seguida: "Treinta y dos", que era el mismo número que pensaba ella. Entonces le preguntó de prisa: "¿Treinta y dos qué?" Y él contestó: "¡Treinta y dos conejos blancos!" "¿Dónde?", preguntó ella. "Debajo de un al—baricoquero", dijo él. "¿Y qué hacen?", preguntó ella. "Mordisquean lechugas", dijo él. "¿Lechugas pequeñas?" "Lechugas con corazones", dijo él. "¿Cuándo?", preguntó ella. "Esta noche, mañana por la noche, y hasta que el árbol vuelva a florecer". Así que aquella noche, ¿comprendes? Piel de Oso vino a quedarse con ella y ella evocó un albaricoquero para que creciera sobre su lecho. Aquella misma noche, la primera noche, flotaron juntos por sus ramas. Él se quedó un mes, luego dos, y al final del tercer mes de una vida tranquila juntos, ella colocó un florero con primaveras sobre la mesa de la habitación donde tomaban el desayuno, y de todo aquel ramo grande sólo había uno con cuatro pétalos. Esta flor estaba medio escondida por una hoja; pero él se fijó en ella. Sin decir palabra, la sacó cuando ella estaba fuera y la cambió por una primavera de cinco pétalos. ¿Me sigues?

—Creo que sí—dijo—. Cinco es la mujer; cuatro es menos que la mujer; seis es la mujer monstruo. Esto lo aprendí de un poeta llamado Donne.

—Esto está bien dicho. Cuando mi madre vio lo que había hecho, tampoco dijo nada, pero cambió la flor por otra de cinco pétalos, sólo que ésta era roja; y aquella noche él compuso una melodía llamada "Los cinco pétalos rojos" demostrando así que sabía cuán profundamente la quería. (Cuando murió, dos días después de mi madre, la melodía fue grabada en oro, cosa que sucede poquísimas veces). Entonces se separaron por el mismo tiempo que el que habían permanecido juntos, como es costumbre; mientras tanto se escribieron. La prueba de la carta que tenemos los magos es muy severa. Cada amante escribe un mensaje en una tablilla, sin tocarla con la pluma, para que parezca que está en blanco; pero el otro puede leerlo presionándole contra su pecho.

—Y si la carta es interceptada, ¿podría leerla otro mago?

—No.

—Vaya, ¡qué extraño! Pero no me has explicado lo de los conejos blancos.

—Él quería decir que tenía el pelo de color amarillo—albaricoque y los dientes muy blancos (treinta y dos es una dentadura completa, ¿sabes?...) y que la amaría hasta que su pelo se volviese blanco como la flor del albaricoque.

—Ya veo. Bueno, ¿y qué pasó entonces?

—Piel de Oso vino a vivir con mi madre durante un año, y empezaron a compartir sus sueños y en él emprendían largos viajes juntos. Y por fin soñaron con una hija. Así que, después de la acostumbrada proclamación, le dio a Piel de Oso el derecho de paternidad, y yo nací el año siguiente.

—Una historia muy bonita—dijo, añadiendo en voz baja—, pero demasiada bonita para que sea verdad—. Y efectivamente, luego descubrí que los neocretenses contaban muchas historias que, aunque no eran exactamente mentiras, sólo eran verdaderas hasta cierto punto. En cuanto al "flotar", ellos creían en ello, sin duda alguna, como un fenómeno sexual corriente, y algunas parejas de amantes puede muy bien que se hayan creado esta ilusión juntos por su fe tan ciega en ella; pero yo personalmente nunca tuve ninguna experiencia subjetiva de este fenómeno durante mi estancia. También creían seriamente en la prueba de la carta, pero los mensajes que se mandaban debían de ser muy sencillos si de verdad los podían leer: la telepatía es una forma de comunicación bastante incierta por muy propicias que sean las circunstancias.

—Cuando nací yo—continuó Zafiro—, me pusieron el nombre que llevaba en su sueños, y este nombre siempre lo guardaré. Un hombre recibe un nombre nuevo cuando se convierte en padre, ¿comprendes? pero una mujer nunca se cambia el suyo, aunque puede cambiarse el apodo las veces que quiera.

—Zafiro, ¿cuál es tu verdadero nombre? Aún no me lo has dicho.

En su confusión volcó la taza de café.

El intérprete, olvidándose de su papel de impersonalidad solícita, emitió un grito agudo:

—Señor, ¡por favor, compórtese! Ya no está en su propia época. No podía haber hecho una pregunta más ofensiva.

—Lo siento mucho, muchísimo, aunque la culpa es suya por no haberme avisado. Pero ¿por qué? ¿Cuál es la razón?

—Todos los nombres son secretos—dijo Pan de Higo ansiosamente—. Hasta que muera, sólo mis padres, la Diosa, y la madre de mis hijos sabrán qué nombre tengo.

—En este caso, no veo para qué tener un nombre. No me negará que el principal objetivo de un nombre es el de identificar a la persona.

—Para eso usamos el apodo.

—Pero, ¿y el nombre?

—El nombre es la propia persona, su ser íntimo que solamente se revela públicamente después de su muerte. Hablamos abiertamente, por ejemplo, de Cleopatra, pero durante su vida tuvo un apodo, o dos, o quizás hasta tres, que hace mucho tiempo ya que están olvidados. Mi nombre se guarda en secreto para que nadie pueda lastimarme al usarlo.

—¡Tonterías! Si yo dijese Pan de Higo es un... es un... bueno, si dijera algo desagradable relacionado con usted, todo el mundo sabría que me refería a usted y no a su hermano Estrella de Mar.

—Si esto ocurriera, y estoy seguro de que no será así, podría cambiar mi apodo en seguida, y sus flechas se quedarían, como solemos decir, atravesando mi piel desechada. Pero si supiera mi verdadero nombre, entrarían en mi corazón y me moriría de vergüenza.

"¡Qué niñería!" pensé yo; "podría muy bien estar de vuelta en la edad de bronce, o entre las tapas de los cuentos de hadas de Grimm. Me pregunto si estos magos tienen montado algún negocio de adivinar los nombres de las personas y hacerles chantaje. Zafiro no, claro, pero no me extrañaría de Sally." No pude por más de reír. Estrella de Mar me preguntó gravemente cuál era la causa de mi placer.

—Nada de particular-dije, sintiéndome quizá algo culpable—. Sólo estaba pensando en un cuento de hadas de un tipo llamado Rumpelstiltskin, quien desafió a una princesa a que adivinara su nombre y luego se le escapó a él sin querer y, de la rabia, dio una patada tan fuerte que atravesó el suelo, se cayó a la bodega y se mató—. Y añadí en seguida— Un personaje mítico, sabe, y realmente no es muy divertido, claro está, cuando una persona se cae atravesando el piso hasta la bodega y se rompe el cuello, peco debe excusarme: Rumpelstiltskin era una persona muy desagradable en este cuento.

Todo el mundo parecía verdaderamente malhumorado, excepto Sally. ¿Es cierto que noté un ligero movimiento de sus labios, un brillo momentáneo en sus ojos, que la distinguía de sus amigos solemnes? No podía estar seguro del todo.

Vi que había que deslizarse con rapidez sobre el hielo

delgado. Me dirigí a Veo-un-Pájaro, con quien me resultaba más fácil tener conversación.

—¿Puedo preguntar cómo llegó a tener su apodo?

Estaba bien dispuesto a decírmelo.

—Ocurrió así: una mujer llamada Vuelo de Abeja estaba sentada un día en un porche con varios muchachos, entre ellos yo, enseñándonos los principios del contrapunto, cuando acertó a pasar por allí una sirvienta con una criatura en brazos. Vuelo de Abeja levantó el dedo en señal de silencio y preguntó: "¿Quién ve un pájaro?". Esperé, pero cuando vi que nadie más había comprendido, contesté en voz queda: "Yo veo un pájaro". "Anda, vete en seguida", dijo ella, "mientras tanto haremos un descanso; terminaré cuando regreses". Así que me fui corriendo tras la mujer, le cogí la criatura y le receté una cura. Entonces volví y Vuelo de Abeja continuó la clase.

—No le sigo.

—Ya que no se veía ningún pájaro desde donde estábamos sentados, debió de referirse a los buitres que huelen la muerte y que revolotean en la estratosfera, fuera de la vista. Miré la cara del niño que se meneaba sobre las espaldas de su madre y vi una nube premonitrice de enfermedad centrada entre la nariz y el oído. Me volví hacia Vuelo de Abeja y encontré su mirada, y sin decirnos palabra acordamos el tratamiento. El niño se puso bien. Aquella misma noche Vuelo de Abeja me invitó a su casa, y un año después me dio el derecho a la paternidad. Tuvo dos hijos míos, y los dos han permanecido en nuestro estado; uno es físico y el otro poeta. Pero ella ha abandonado ahora la Casa Mágica para volverse anciana.

¿Verdad, o verdad a medias? No podía estar seguro. Así que le pregunté a Zafiro:

—Dime, ¿ocurre alguna vez entre magos que se engendran niños como resultado de un impulso repentino, y sin los comienzos formales que se acostumbra a usar?

—Sí, ocasionalmente se conciben hijos en el primer encuentro de los padres. A estos niños se les considera muy afortunados. Se anuncian llamando tres veces a la puerta de la alcoba, que sus padres deben abrir en seguida, diciendo: "¡Bienvenidos!" y abrazándose después. Los llamadores de puertas, como llamamos a los niños que tienen ansias poco corrientes de venir al mundo, siempre se hacen famosos por una cosa u otra.

Después de esto me pareció innecesario preguntar si se practicaba el aborto. Pero pregunté:

—¿Cómo nacen las personas malas, las personas de la clase que Sally tiene que destruir?

—Nunca nace ninguno de magos, pero los otros estados tienen menos cuidado en sus uniones, y si los que van a ser los padres pasan por alto algún fallo de simpatía entre ellos dos, el niño podría nacer malo. Entonces el pueblo entero cae en deshonra porque tenía que haber desaprobado el casamiento. Esto pasó hace dos años a unas millas de aquí. El resultado fue una guerra: el pueblo vecino se sintió obligado a protestar por razones morales.

—Me hubiese gustado ver la lucha.

—Se habla de otra guerra que va a batirse la semana que viene no lejos de aquí. Si eso ocurre le llevaremos a verlo, si quiere.

—¡Qué amables son ustedes! ¡Que gane el mejor pueblo!

—Gracias. También nosotros usamos esta fórmula.

Entonces entraron los sirvientes quienes, con movimientos rápidos y mañosos, empezaron a recoger las cosas del desayuno. Hacían ver que no se fijaban demasiado en mí, pero yo pude observar que les interesaba mucho, aunque no había nada de particular en mis vestidos. Me habían evocado desnudo, y en seguida me puse los pijamas y la bata, pero ahora llevaba puesto un traje que me había prestado Veo-un— Pájaro: una camisa con cuello abierto, pantalones anchos de lino, un chaleco bordado y una chaqueta corta de frisa. También me había dado una gorra negra de piel de oso. En conjunto tenía un aire vagamente kurdo.

El origen de Nueva Creta

Poco a poco fui comprendiendo que me habían traído aquí por algún motivo especial. Estos neocretenses no eran una gente inquisitiva, y no creo que se hubiesen arriesgado a ofender sus sensibilidades tan bien equilibradas, con la evocación de un monstruo tan bárbaro como yo, simplemente para hacerme preguntas de rutina sobre mi época. ¿Y por qué tendrían que molestarse en enseñarme su país? ¿Podría acaso ser mera hospitalidad? Pero, ¿qué hospitalidad me debían a mí? ¿Por qué no me habían despedido en cuanto les dije lo que querían saber? Zafiro me quería, o eso parecía; pero ¿era amor verdadero al estilo de Nueva Creta? No podía tener esperanzas de llegar a la altura de sus elevadas normas de moral. Ni tampoco (si era esto lo que esperaba de mí) podía mantener con ella un intercambio de acertijos poéticos rebuscados por las noches. Sólo soy poeta en ocasiones, como creo que ocurre siempre con todo poeta; rara vez estamos sobre la cresta de una ola, y por mucha retórica que utilizemos o por mucho que nos esforcemos en nadar, no podemos permanecer allí más que un breve momento. *Pao* no sólo me había aceptado con todos mis defectos: si aquella risa que había oído a medianoche era suya, había personificado intuitivamente a Antonia para ganarse mi confianza. ¿Por qué? ¿Acaso tenía algún motivo secreto, público más bien que privado?

Quizás había alguna información que mis nuevos amigos querían de mí, no sobre mi época, sino sobre la suya propia. Solamente tenía una idea muy vaga de lo que podía ser, pero estaba bastante seguro de que tenían una pregunta que querían hacerme, y que le darían la misma importancia a mi respuesta como cuando me habían preguntado al principio: "¿Le somos simpáticos?". Bueno, yo no iba a obligarles a formular la pregunta prematuramente: esto sería sin duda lo último que harían antes de devolverme a mi contexto en el tiempo. Mientras tanto miraría con cuidado a mi alrededor. Estaba disfrutando de mis vacaciones, y en un sentido al menos, tenía conmigo a Antonia: un modelo mejorado, una Antonia neocretense, más joven, con ojos más brillantes, de lengua menos aguda, más enérgica, más elocuente, y hasta más hermosa, con un parecido mayor a la Antonia ideal de mi amor que la misma Antonia. Pero... y yo sabía que este "pero" estaba de algún modo relacionado muy de cerca con el misterio de mi afecto por ella, un afecto agudo pero poco práctico.

De todos modos ¿qué era lo que me estaba pasando? ¿Era que me estaba volviendo senil antes de tiempo? Me acordé de aquel ridículo viejo señor Charretier, el comerciante en sedas retirado, en quien había brotado una extraña pasión por una de nuestras juvenátas de Sainte Véronique y quería adoptarla. Le explicó a su madre, que tenía la confitería, que no era su intención hacer de ella su amante—, todo lo que pedía era el privilegio de proveerla de hermosos vestidos, besarla ocasionalmente en la frente, y peinar sus largas trenzas rubias. "Mais non, monsieur", le había dicho la madre, indignada. "C'ja, ce n'est pas convenable du tout Etre maitresse attirée, c'est toujours une chose certaine, mais être poupée platonique, qu'est que c'est que ça?"[en aurais grande honte, M. Charretier, je vous assure".

Mientras tanto, el problema de por qué me habían evocado crecía en mí, y decidí descubrir a través de qué proceso histórico los neocretenses habían llegado a su presente sistema pseudoarcaico de civilización. Les dije a los magos que había cambiado de parecer y que me gustaría saber, «a términos muy generales, lo que había sucedido en el mundo desde mi época. Y esto fue lo que aprendí.

Después de una serie de revoluciones y guerras pequeñas, el final de la Oltima Época Cristiana quedó marcado por una lucha extremadamente salvaje entre el llamado Bloque Romano que consistía en los estados comunistas y semicomu—nistas de la Europa Occidental y Norteamérica, y el llamado Bloque Ortodoxo que consistía en la Europa Oriental neo—comunista y el Lejano Oriente, siendo los dos bloques nominalmente cristianos. Esta guerra que, como de costumbre duró mucho más de lo previsto» asoló la mayor parte de Europa Occidental y se luchó con tal tenacidad en los campos de batalla de China e India del Norte que los líderes romanistas se sintieron alarmados por las marcadas tendencias neocomunistas entre sus propios hombres. En la crisis del conflicto, cuando los ejércitos ortodoxos habían invadido toda la India y la península Malaya, tuvo lugar una reunión de presidentes y primeros ministros romanos en las islas Malvinas. El resultado fue el Tratado de las Malvinas en la que se había acordado hacer una distinción entre lo que llamaban pantisocratismo, o comunismo primitivo romano basado en la verdad y el amor, y el falso neocomunismo sino—eslavo, basado en mentiras y odio. Los romanistas ganaron la guerra unos meses más tarde, e hicieron que una tercera parte del mundo resultara inhabitable por la introducción oportuna de una nueva arma, referida en la *Historia breve* como "brillante lliara del Cielo". (Yo imagino que significaba "lluvia inducida artificialmente por radioactividad", pero quizá esté equivocado.) Mientras efectuaban esta operación, se arruinaron; y como resultado estuvo al mando durante un tiempo una forma muy torcida del pantisocratismo, que casi no podía distinguirse del neocomunismo ortodoxo. Esto fue a su vez sucedido por lo que se llamaba localismo, economías pantisocráticas divorciadas de toda teoría religiosa o nacionalista.

El logicalismo, dependiente de la ciencia internacional, introdujo una edad sombría y antipoética. Solamente duró una o dos generaciones y acabó en un gran derrotismo, un sentido de absoluta futilidad, que poco a poco se apoderó de los directores y administradores del régimen. El hombre común había triunfado por fin sobre sus superiores espirituales, pero, ¿qué vendría ahora? ¿En qué podía poner su ilusiones con esperanza o con temor? Con la abolición de los estados soberanos y el desarme incluso de las fuerzas de la policía— la guerra resultaba imposible. A nadie que abrigase ninguna creencia religiosa, cualquiera que fuese, o que estuviese interesado en deportes, poesía o las artes, se le permitía tener una posición de responsabilidad pública: "la lógica fría como el hielo" era la cualidad cívica más valorada, y se menospreciaba a quienes no podían alegar que la tenían. La ciencia continuó expansionando laboriosamente su cuerpo de información, que ya era demasiado grande, y los temas de investigación se volvieron más y más hermosamente remotos y abstractos; y sin embargo la obsesión científica, tan fuerte al principio del tercer milenio después de Jesucristo, ya iba en disminución. Los oficiales logicalistas que no eran ni derrotistas ni secretamente religiosos, y que se sometían a un trabajo severo por su sentido del deber, cayeron presos de la Colabromanía, una perturbación mental que les hizo bailar como derviches por los pasillos de sus laboratorios de cristal, sacando espuma por la boca y haciendo pedazos a cualquier perro, gato o niño que se cruzase en su camino. Todos sufrían la misma alucinación: una mujer de cara blanca, nariz aguileña y pelo dorado que les hacía dar vueltas con un látigo cómo si fueran peonzas y les empujaba a cometer actos de violencia frenética. Los psiquiatras no pudieron encontrar ninguna cura; ellos mismos eran peculiarmente propensos a esta nueva forma de locura: todos les que la cogían tenían que ser "letalizados".

La colabromanía, que al principio fue esporádica, llegó a tener las proporciones de una epidemia que devastó espí—ralmente el mundo del logicalismo, y en seis semanas se había llevado consigo a los más sinceros y más helados logicalistas. Quedaron solamente los derrotistas y los logicalistas tibios que continuaron el sistema con bastante indiferencia hasta el principio de la época sofocrática, en la que la teoría pan ti socrática fue abandonada y la responsabilidad de formar una nueva ideología fue confiada a la Junta Antropológica. Sus miembros fueron encargados de decidir bajo qué condiciones sociales la humanidad, considerada desapasionadamente como ganado, aunque con la debida concesión hacia ciertos impulsos que no podían desarraigarse, como los artísticos, literarios y religiosos, vivía en el mayor acuerdo y en la mayor salud; y al mismo tiempo cómo limpiar el detrito de las dos épocas previas y proteger los recursos naturales del mundo que ya empezaba a menguar. Decidieron que sin una religión nueva no podría hacerse nada a gran escala para cambiar las costumbres de la humanidad; pero que una religión nueva sólo podía nacer de tierra primitiva, no podía inculcarse en la que ya estaba supercivilizada. Sin embargo, cuando intentaron deducir remedios prácticos de estas conclusiones, tuvieron que confesar que se daban por vencidos.

Entonces un sofócrata israelita llamado ben-Yeshu escribió un libro, *Una crítica de utopías*, que impresionó mucho a sus colegas en el sur de Europa, América y África. Partiendo de un detallado y erudito análisis de unas setenta *Utopías*, incluyendo el *Timeo* y la *República* de Platón, el *NewAir latáis* de Bacon, el *Cbritas solis* de Campanella, el *Voyage en Solente* de Fénelon, el *Voyage en Icarie* de Cabot, el *Coming race* de Lytton, el *News from nowhere* de Morris, el *Erewhon* de Butler, el *Brave newworld* de Huxley y otras varias obras desde el siglo veintiuno hasta el veinticuatro, trazó la historia del creciente descontento del hombre con la eivHzaón tal como se desarrollaba, y llegó a la conclusión práctica: "debemos retroceder los pasos andados, o perecer".

Recomendó "enclaves antropológicos", o sea la separación de pequeños territorios en Lituania, Gales del Norte (que había escapado de la devastación de Gales del Sur e Inglaterra), Anatolia, los Pirineos Catalanes, Finlandia y Libia, para volver a establecer allí, lo mejor posible, las condiciones sociales y físicas tal como habían existido en tiempos prehistóricos y en tiempos de la primera historia. Estos enclaves debían representar etapas sucesivas del desarrollo de la civilización, desde un enclave paleolítico en Libia, hasta uno de la Última Epoca de Hierro en los Pirineos; y tenían que cerrarse por completo al resto del mundo durante tres generaciones, aunque bajo la vigilancia constante de los trabajadores encargados del experimento quienes eran directamente responsables ante la Junta Antropológica. La teoría de ben—Yeshu era que "estos experimentos proporcionarán los datos necesarios para saber cuándo y porqué el tren de mercancías de la civilización se descarriló".

Su sugerencia fue adoptada oficialmente, pero encontraron que era imposible reclutar el número suficiente de voluntarios para los enclaves, y la Junta Antropológica denegó la sugerencia de que estos enclaves se convirtiesen en colonias penales para delincuentes de ambos sexos: señalaron que "la inadaptación a la vida sofocrática no era ninguna garantía de adaptación a formas menos desarrolladas" y que a no ser que se pudiese producir un tipo mejor de ser humano, como resultado de los experimentos, éstos no valdrían nada. En aquel momento una epidemia de parálisis de picor (parece ser que instigada deliberadamente por la Junta) dejó a las islas Oreadas y Shetlands inhabitables, y persuadieron a los supervivientes para que entrasen en los enclaves de la Epoca de Bronce y de la Época Primera de Hierro, con una garantía de puesta en libertad al cabo de quince años si las condiciones resultaran intolerables. En realidad nunca fueron ocupados los enclaves paleolíticos y neolíticos, pero los de la Edad de Bronce y la Primeren de Hierro tuvieron tanto éxito que resultó fácil reclutar colonos, casi todos de Cataluña, para los enclaves de las Edades Media y Última de Hierro; la Última de Hierro se daba por terminada antes del invento de la pólvora, de la imprenta y del descubrimiento de América. No se permitía ninguna infiltración en estos enclaves; pero después de tres generaciones, quedaron superpoblados y se invitó a los ocupantes a que enviaran colonos a una región mucho más grande que mientras tanto había sido preparada para ellos, y que consitía en la totalidad de la isla de Creta. Aquí les hicieron adoptar productos tan naturales como el tomate, la patata, el tabaco, el pimiento rojo, la soja y un grano parecido al arroz llamado "daña", todo lo cual les había sido privado hasta entonces por considerarlos anacrónicos, y les dieron instrucciones para su cultivo y uso.

Bajo su ocupación la isla se hizo extraordinariamente fértil, y pronto se cerraron los enclaves originarios y sus habitantes fueron llevados a Creta. Las cinco comunidades juntas desarrollaron una nueva religión, muy parecida a la religión precristiana de Europa, y ligada a los festivales de su año agrícola y a los misterios antiguos de su artesanía "(que les fue

impuesta a sus abuelos por la Junta, después de una larga y áspera discusión en el comité); pero con la Diosa— madre Mari como reina del cielo. A los neocretenses, que ya no estaban sujetos a la investigación antropológica, se les consideraba ahora "la siembra de la Edad de Oro", y cuan- do sus galeras de madera con cuello de cisne tocaban en el puerto de Corinto, donde cambiaban comida y artesanía por mena de metal, arcilla de porcelana y ganado de raza, les resultaba muy difícil a los marineros apartar a los que querían ser inmigrantes. A pesar de todas las precauciones, se hizo frecuente que hubiesen desembarques en la propia isla, y una vez allí, al inmigrante o se le destruía o se le aceptaba; jamás los devolvían a su lugar de origen. La población creció rápidamente, y la extensión del sistema neocretense fue estimulada aún más con el aprendizaje: se mandaban huérfanos de buen físico e inteligencia de todas partes del mundo, pero los neocretenses tenían derecho a rehusar cualquiera que no les gustara. Una generación más tarde, las islas de Rodas y de Chipre fueron reservadas para su colonización.

Las limitaciones en el uso de aparatos mecánicos que habían sido impuestas sobre los primeros colonos por razones históricas, las conservaron celosamente sus descendientes. Como nunca habían tenido ocasión de acostumbrarse a explosivos, vehículos movidos por fuerza motriz, teléfono, luz artificial, fontanería doméstica y prensa tipográfica, no tenían necesidad de legislar sobre su destrucción, como, hablando de Utopías, hacían los Erewhonians de Samuel Butler; y su opinión sobre los muelles de Corinto— donde no les estaba permitido desembarcar— nada hacía por recomendar una forma de vida más progresista. Es más, los marineros hacían este viaje con creciente disgusto; llamaban a Corinto "la ciudad terrible", oponiéndose a ella por razones morales y estéticas. Finalmente, se acordó que todo comercio se efectuara en Stalinopol— un pequeño puerto a cierta distancia de Corinto—, a la hora más tranquila de la noche, cuando no estuviesen expuestos al zumbido de la maquinaria del muelle, el estruendo constante de música amplificadas para bailar, las feas siluetas de los edificios portuarios y las deslumbradoras, roncadas, y tridimensionales comedias de dibujos animados que se teleproyectaban cada hora en el aire encima del puerto.

Esta consideración por sus sensibilidades fue sublimada al principio religioso de "nada sin la mano del amor"; queriendo decir que ningún producto o procedimiento sería aceptable si el amor no formaba parte de él. Ningún producto, por ejemplo, fabricado por una máquina, por inocente que pareciese, ni un jarro de confitura, ni un destornillador o una caja de chocolates, tenían amor, ni tampoco lo tenía ningún producto hecho a mano solamente para fines comerciales. Un acontecimiento importante en su nueva mitología fue la "Secesión de los Abejones", quienes dejaron su colmena, rechazados por la abeja reina (su diosa) y se fueron a vivir en un lugar secreto donde fabricaron una abeja reina mecánica en perpetuo desamor. En este mito, quienes guiaban a los abejones eran Machna el dios de la ciencia, Dobeis el dios del dinero y Pili el dios del robo. Ben-Yeshu habla puntualizado la necesidad de reestablecer la teoría, muerta hacía mucho tiempo, de la monarquía sagrada, y de separar el lado eclesiástico de la religión, del lado mágico; este último debería alentarse por todos los medios posibles. Realizó que ningún autor de cualquier Utopía se había propuesto arreglar el daño hecho por Platón, cuando expulsó los poetas de su República y predicó una indiferencia desdeñosa hacia el mito poético. "Si reforzamos a los poetas y les dejamos convertirse en los legisladores reconocidos del nuevo mundo", escribió Ben-Yeshu confiadamente, "la magia volverá nuevamente a ser lo que era, trayendo consigo paz y fertilidad".

Hubo un intento de presentar "un sistema neocretense mitigado" en California y en Nuevo Méjico; pero ya que estas mitigaciones incluían la fontanería doméstica, máquinas de hacer helados, relojes, géneros de goma y una larga lista de drogas patentadas, los neocretenses se negaron a tener nada que ver con ello. Más tarde aún se les invitó a colonizar parte del estado de Nueva York bajo sus propias condiciones; pero una avanzada encontró que era imposible eludir el contacto con la prensa, los turistas y otras circunstancias de la civilización. Tampoco se les había advertido que estarían sujetos a las leyes estatales y federales, como a las visitas periódicas de los inspectores sanitarios y agrícolas, y que una autopista pública atravesaría el centro de su territorio. Volvieron navegando en sus galeras de madera con el informe de que el clima de Norteamérica era demasiado estimulante, y la tierra demasiado desnaturalizada por fertilizantes artificiales, para un mantenimiento próspero del sistema neocretense aunque las condiciones políticas fuesen favorables, que tampoco lo eran.

La *Historia breve* fue reticente en cuanto a lo que ocurrió en el mundo sofocrático una vez que el sistema estaba bien establecido en Nueva Creta. Parece ser que gradualmente se dieron cuenta de que había terminado una edad y de que en adelante cualquier cosa que se hiciera o se pensara fuera de Nueva Creta sería anacrónico, ya que la humanidad ahora había renacido, por bien o por mal; pero con esta visión de las cosas hubo también una buena parte de envidia, resentimiento, y hasta hostilidad activa. No obstante, no hubo ningún intento serio de destruir el sistema hasta que los sofócratas perdieron el control y la gente recayó al salvajismo; por aquel entonces Nueva Creta ya era lo bastante fuerte como para defenderse de sus agresores, no ya con fuerzas armadas, sino con magia: un ejercicio combinado de poder moral que debilitaba la voluntad de los jefes de guerra enemigos y hacía que los soldados dejaran caer sus armas. En la *Historia breve* se conmemoran "tres invasiones que fallaron": dos de América y una del Norte de África.

Al cabo de quinientos años el sistema se había extendido sobre gran parte del mundo que todavía era habitable y había absorbido muchos inventos de edades anteriores que se consideraban de acuerdo con el principio de "nada sin amor". Se rechazaron algunas regiones como Australia, Rusia, América Central y Asia Central por inadecuadas para su ocupación permanente, pero se les despojó de sus habitantes y quedaron fichadas como "Tierras de Misterio"; otras, como China Occidental, Malaya, África Central, la India y la mayor parte de Norteamérica quedaron abandonadas a formas de sociedad degeneradas y llamadas "Tierras Malas". China Oriental y el Japón habían sido devastadas y sus habitantes destruidos por Iliara, pero sus efectos mortales no habían sido permanentes, y aunque no estaban habitadas, con excepción de una colonia neocretense en el distrito de Pekín y otra en el sur del Japón, quedaban dentro de las fronteras del nuevo sistema, como también la mayor parte de África.

Eche una mirada a nuestro mundo

—Salga afuera y eche una mirada a nuestro mundo-dijo Veo-un-Pájaro más tarde aquella mañana.

—Será un placer-contesté:

—¿Quién viene con nosotros?

—Sally viene, pero Zafiro no, y los hermanos tampoco. Zafiro tiene asuntos en la Corte y los tres han emprendido el viaje juntos.

—¿A la corte judicial?

—¿Qué es la corte judicial? No: a la Corte Real, en Durena; se tarda una mañana en llegar andando por el pie del monte. Zafiro se está despidiendo del rey.

—¿Va a renunciar a sus obligaciones de ninfa?

—No, es él quien va a renunciar a sus obligaciones de rey,.

—¿Abdica?

—Puede llamarlo así si le parece: el mes que viene le toca la muerte y el despojo.

—¡Qué lástima!-dije cortésmente.

—No da ninguna lástima. Zafiro y las otras ninfas van a darle la enhorabuena.

—¿Hace tiempo que está enfermo?

—Oh no, tiene una salud perfecta, que yo sepa; pero todo lo bueno se acaba.

No hice más preguntas por temor a decir algo que pudiese herir sus sentimientos. "¿Va a suicidarse el rey?", pensaba. "¿O acaso muerte y despojo no son más que una forma de decir que ha terminado su reinado?". A veces estos neocretenses tenían una forma extraña de expresarse.

Sally abrió las hojas de la ventana, y el Intérprete, Veo-un— Pájaro y yo, la seguimos hasta el jardín. Los caminos estaban empedrados con baldosas de arenisca cubiertas de musgo, y ninguno de estos caminos atravesaba los céspedes verdes y suaves en líneas bien rectas. Era un jardín muy sencillo: unos cuantos manzanos con nudos, rosales frondosos, dos o tres macizos con flores de colores vivos, con zinnias pero de tallo más corto y más profusas al florecer, un vallado de tejo en forma de curva, un enorme roble, una morera, tres o cuatro bancos de piedra macizos y gastados por la intemperie, y un pequeño arroyo que corría sobre piedrecitas de pizarra. No había filas de plantas o de arbustos, ni tampoco una sola superficie plana (todos los céspedes ondulaban un poco) excepto el agua del pequeño estanque con peces en donde desembocaba el arroyo. Sally explicó que las superficies planas y una gran variedad de flores fatigaban la vista, y que este jardín estaba destinado al relajamiento.

—En nuestros jardines solamente tenemos la rosa de damasco con espinas y la rosa blanca musgosa, y todos nuestros azulejos son azules; no plantamos dalias dobles ni guisantes de olor de flor gigante ni ninguna de estas cosas.

—Entonces ¿quién las cultiva?

—Encontrarás rosas de té sin espinas y enormes rosas mil— hojas de color carmín y azulejos de colores variados, y cosas así, en los jardines de otros estados-dijo Sally—. Esto de aquí sólo es para los magos. La huerta y los trozos de jardín destinados a cultivar verduras están detrás de la casa; el jardín de hierbas, donde tenemos plantas con virtudes mágicas, está allí, detrás del vallado.

—Me gustaría verla

Me llevaron por un túnel que había en el vallado de tejo, luego bajamos unos escalones y subimos de nuevo hasta llegar a un cercado poligonal rodeado de paredes, cada lado construido con un tipo de piedra diferente, y con hileras de árboles diferentes; unos caminitos convergían desde los ángulos de la pared a un espacio central redondo y entre ellos crecían unos grupos de arbustos y hierbajos de apariencia desilusión— nadamente aburrida.

—Están colocados en trece divisiones según sus virtudes de estación-explicó Sally.

—¿Por qué trece?-pregunté intentando interesarme.

—Porque nosotros seguimos el calendario de trece meses y recogemos la hierba para su uso según la edad de la luna y el día de la semana.

—¡Encantadoramente anticuado! ¿Y pronunciáis hechizos en voz baja sobre vuestras hierbas, machacándolas con una mano de oro en almirez de plata?

—Esto depende de la hierba. Con bastante frecuencia utilizamos otros metales.

—No veo letreros clavados en el suelo para distinguir las hierbas.

—No, y tampoco escribimos "manzana" sobre las manzanas que nos comemos; ya se habrá dado cuenta de ello en el desayuno.

Veo-un-Pájaro miró con severidad a Sally y ciñó la frente con preocupación. Su respuesta había sido muy picante para una neocretense.

—Es un lástima-contesté tranquilamente—. Confieso que no puedo distinguir entre la albahaca morena y la escabiosa, o entre un matalobos y la mandrágora. No me enseñaron botánica en mi colegio (y de lo demás, bien poco, te lo aseguro) así que sin letreros, por favor no esperes que admire vuestro organizado jardín. Vale más que me saques de aquí otra vez y me enseñes el huerto. Las verduras sí que las conozco bastante bien.

—Dígame ¿qué medicinas emplean los médicos en su época?—. Era Veo-un-Pájaro que con tacto estaba cambiando el tema de conversación.

—Extractos animales, vegetales o minerales preparados en laboratorios esterilizados generalmente después de haber experimentado con ratas, conejos y monos, y envasados en cajas de pastillas, o frascos de cristal, o en pequeñas tarrinas de porcelana.

—¿Nada de hierbas?

—Algunos herbolarios hacen negocio en poblaciones rurales, pero no se clasifican como médicos de verdad. La medicina pública es científica, y como casi toda la gente confía ciegamente en la ciencia, en casi todos los casos tienen buen resultado. Funciona tan bien, o quizás mejor, que la medicina precientífica. Cuando no tiene buen resultado, la explicación que se da es que no es suficientemente científico: no se consideran todos los factores morbosos con los que se relaciona. Pregúntele a un doctor honrado si tal o tal droga es una cura de la ciática digna de confianza y le dirá: "Úsela mientras le siga curando". No prestamos ninguna atención a la luna o al día de la semana (sería supersticioso). Y muy poca al temperamento, o a peculiaridades morales o a la condición espiritual del paciente: la mayoría de médicos están demasiado ocupados firmando certificados, llenando impresos y llevando sus cuentas para encontrar tiempo para tales finuras.

—¡Cuánta falta de amor!-dijo Sally con un pequeño escalofrío.

—Oh, no podemos quejarnos. Cuando se introdujo el sistema en países subdesarrollados como la India, Egipto, funcionó casi demasiado bien. Los sistemas indígenas disuadían la supervivencia de los niños débiles o de las personas demasiado viejas para efectuar trabajos útiles. Ahora la población se está incrementando absurdamente, y seguirá incrementándose, supongo, hasta que la guerra o el hambre la reduzca a un número razonable.

Más allá del jardín de hierbas había un parque con algunas vacas pastando en él.-Las casas mágicas siempre están rodeadas de parques-explicó Veo-un-Pájaro.-No podemos concentrarnos en nuestro trabajo si una carretera principal pasa cerca de nosotros o si se edifica una fila de casitas a nuestras puertas. No sólo son los ruidos casuales los que nos distraen, sino además la agitación que surge por los ritmos de pensamiento y de sentimientos ajenos.

—Son ustedes muy peculiares.

—¿Qué clase de mago sería uno que no fuese peculiar? —preguntó Sally.

—Sí, y tanto.

Deseaba que hubiese venido Zafiro con nosotros. Cuando estaba Sally, sentía la tentación de criticar todo lo que veía, casi hasta el extremo de sentir una lealtad hacia mi época que era claramente inferior. Con Zafiro, hubiese sido diferente: por ella lo hubiese aceptado todo sin discusión al igual que en una ocasión había aceptado el hogar y la familia de Antonia valorándolos tan altamente como a ella misma.

—Me sorprende que permitáis que hayan vacas en los parques-dije, después de una pausa.

—¿Por qué no? No molestan en absoluto.

—No me entiendes. No estaba pensando en sus ritmos mentales y emocionales; quería decir que sus patas y sus suciedades estropean el césped.

—Si miras de cerca, verás que llevan unos zapatos anchos de cuero, y que no hay suciedades casuales. El ganado está enseñado a hacer sus cosas en hoyos (hay uno allí al lado de la pared), y el estiércol es devuelto a la tierra una vez al año, rociado por toda la superficie, para que la hierba crezca uniforme.

—¡Qué encantadoramente científico!

Sally hizo ver que no oía.

Nos estábamos acercando a un grupo de casas, cada una con su jardín y verja; en la parte más baja de los jardines corría un riachuelo, y había niños de cabello oscuro que se bañaban y pescaban en él. Las casas estaban hechas de piedras con tejados de teja y persianas pintadas en colores vivos. Casi todas las fachadas estaban blanqueadas, pero algunas estaban pintadas de amarillo, gris-humo o rosa. Un hombre de aspecto abatido, que llevaba pantalones cortos de cuero y sandalias con tiras entrecruzadas, estaba colocando palos para guisantes en un jardín cercano. Alzó la mirada cuando pasamos, haciendo la bendición latina con los dedos a modo de saludo, y le gritó algo a su mujer. Ésta se asomó a la ventana, claramente ilusionada, luego desapareció y pronto salió corriendo a nuestro encuentro con un cesto de ciruelas. Llevaba una blusa blanca de lino con mangas

cortas y botones de oro, y una falda con muchos bordados. Tenía un aspecto bastante moruno.

—En el nombre de Mari, ¿todo va bien?—Esto parecía ser el saludo formal.

—Todo va bien—contestó Sally con una amable sonrisa.

La mujer me miró como preguntando.

—Un poeta del pasado que ha consentido visitarnos.

—Ofrézcale una de mis ciruelas y pídale que se trague la pepita—. Hablaba con gravedad pero hacía muecas con la boca.

—Y eso ¿por qué?

—Para que se lleve la pepita a su propia época y pueda con el tiempo llegar a ser el antepasado de mi ciruelo.

Era un alivio comprobar que los comunes al menos hacían sus pequeños chistes; pero Sally, Veo-un-Pájaro y el Intérprete no se rieron. Por la mirada de Veo-un-Pájaro, me imaginé que estaba estudiando la posibilidad lógica del experimento.

—¿Y su pequeño?—preguntó Sally.

—¡Bendita sea Mari! Hice lo que me dijo usted, bruja, y anda sin cojear. Hizo una carrera con la gata hace un momento y le ganó fácilmente. Ella se subió a un árbol.

—Este es un pueblo de los comunes—explicó Veo-un-Pájaro mientras seguíamos nuestro paseo—. Se llama Cordero Cornudo. Cada pueblo tiene fama por algo; éste tiene un estanque con carpas y una forma poco corriente de bardar los graneros con brezales y juncos. Allí en la pradera está su columna totémica, el centro de su adoración.

—¿Cuáles son las costumbres matrimoniales aquí?—pregunté. "Es lo primero que se debe descubrir", me había dicho una vez Knut Jensen, el antropólogo danés. "Hay algunos sitios, ¿sabes?, donde un hombre muere de vergüenza si accidentalmente llega a ver la falda de hojas de su cuñada tendida al sol; y otros en donde se espera que se la lleve a los matorrales tres veces al día. Se pueden cometer terribles equivocaciones si no se descubre en qué clase de sitio se está."

—Cordero Cornudo es estrictamente monógamo—me dijo Veo-un-Pájaro—; los chicos y chicas no tienen ninguna experiencia sexual antes del matrimonio a no ser que decidan emigrar a otros pueblos monógamos en donde ésto está permitido, o a uno polígamo. Son libres de marcharse si lo desean.

—Y si se marchan, ¿tienen que enajenarse de sus familias?

—Nada de eso. Las visitan todas las veces que quieran y no hay malquerencia entre pueblos con moralidades diferentes. Sólo que, cada residente permanente de un pueblo tiene que ajustarse a las costumbres locales.

—¿Qué es aquella casa grande pasado el puente?—Estaba construida en ladrillo rojo, con cuadrángulos, como un colegio de Cambridge, y rodeado por una hilera doble de plátanos.

—Allí es donde viven los archivadores. Los comunes prefieren vivir en casitas con jardín y tener vecinos al otro lado de sus verjas. Los archivadores prefieren pisos en un edificio grande, con comedores comunales, una guardería comunal y una rutina ordenada. El lado norte es la biblioteca y la oficina de archivos. Aquella llanura es su campo de croquet. Entre nosotros es una tradición que los archivadores jueguen al croquet, al contrario de los otros estados: croquet y bolos.

Vi un par de viejos archivadores que bajaban por un ca— minito en el pequeño monte. Llevaban abrigos de falda ancha, calzones hasta la rodilla, y zapatos con hebillas, que les daban un aspecto de mercaderes cuáqueros del siglo dieciocho.

—¿Aquél es el jardín de los archivadores?—pregunté—. Allí, a la derecha de los plátanos.

Veo-un-Pájaro asintió con la cabeza.

—Como puede ver desde aquí, es muy formal. Tulipanes agrupados en ordenados macizos: uno negro, uno blanco, uno rojo: las matas cortadas para que queden planas, estanques de lirios, delfinios, perales con espaldar, rosas de té; podan sus rosales y árboles frutales sin piedad para conseguir los mejores frutos y flores, en lugar de dejarlos en paz como nosotros; relojes de sol y un pavo real. Los pavos reales los reservamos para el estado de los archivadores.

—¡No me diga! ¿Por qué?

—Se supone que un archivador es todos ojos, como la cola de un pavo real, y sin un pavo real un jardín así resultaría un poco demasiado severo. La severidad de los macizos de tulipanes la mitiga la costumbre de que cada macizo tiene que contener una flor de un color diferente a los demás.

—¿Qué pasaría si a un archivador no le gustase el croquet, los pavos reales, los delfinios y los tulipanes?

—Entonces no sería un archivador—dijo Sally dándonos la espalda. Dijo "adiós" muy arisca, y se marchó. ¿Qué le pasaría a la mujer?

Empezaba a sentirme menos en casa que antes: ésto parecía una visita a la Exposición del Hogar Ideal y también un capítulo queajaran de incluir en *Alicia en el país de las maravillas*. (Unos días antes de mi evocación había cogido un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* y lo había leído por primera vez desde hacía no sé cuantos años. "Qué bueno es", pensé, y las memorias de una infancia feliz resurgían en mi mente. "Qué entretenido, y está escrito exquisitamente", hasta que de repente llegué a las cuatro últimas páginas del capítulo que habla del campo de croquet de la Reina. Siempre me las había tenido que saltar porque mi hermano mayor las había arrancado de la copia que teníamos en el cuarto de los niños, para hacer barcos de papel. "Qué pesado", pensé al leerlas, "qué soso, qué fuera de tono". Así que me encontré preguntándole al Intérprete lo que la Reina de Corazones le había preguntado a Alicia:

—¿Juega usted al croquet?

—Me apasiona. En mis sueños juego partido tras partido.

—¿Con flamings en lugar de mazos, erizos en lugar de pelotas y soldados tocándose los pies en lugar de aros?

—¿Perdóneme? No le entiendo.

—Así fue como lo jugaba Alicia.

—Ah sí, claro.

Pero no podía estar seguro si en verdad entendía la referencia o si lo estaba simulando para luát su erudición. ¡Vaya hombre tan torpe! Me daba lástima su colega Quant

—¿Dónde viven los capitanes?—pregunté a Veo-un-Pájaro.

—¿Ve aquellos claustros que comienzan en La Casa de los Archivos y terminan en cuatro o cinco celdas? Allí viven. Mire, ahora sale uno de ellos.

Salió un tipo alto, un héroe con caía de hacha vestido con algo que parecía un uniforme naval, abriendo la puerta con ímpetu, y estaba bajando por los claustros con zancadas imperiosas. Podía haber salido de un tebeo americano.

—¡Ahí va Ñervo el Audaz, siguiendo las huellas de la Chica Enmascarada!—exclamé.

—¿Ñervo?—repitió el Intérprete, dudando.

—Parece como si estuviese sindicado en unos cinco mil periódicos de provincia.

—¿Sindicado?

—Oh, ¡no he dicho nada! Simplemente estaba admirando su perfecta virilidad. ¿No tiene su mujer mucha causa para los celos?

—No tiene mujer—dijo Veo-un-Pájaro—. Los capitanes no hacen vida de hogar porque están tan ocupados con los asuntos de los demás; y aunque algunas jóvenes enérgicas pertenecen a este estado, no se casan dentro de él. En cuanto deciden tener hijos y asentarse, renuncian a su cargo y se convierten en miembros corrientes de los comunes.

—Entonces, ¿par qué no termina sin gente el estado?

—Los capitanes tienen un acuerdo matrimonial con los pueblos de los comunes donde se practica la promiscuidad premarital. Como son hombres de un físico vigoroso y carácter compulsivo (como notó usted en seguida) siempre nacen nuevos reclutas para este estado. Es más, en un tiempo era un problema conseguir que el estado no se hiciese demasiado grande. La solución que encontraron fue prohibir que los capitanes tuviesen relaciones con mujeres cuyos padres o cuyas madres hubiesen pertenecido al estado, o que hubiesen sido ellas mismas capitanes.

—Y los archivadores, ¿se reproducen satisfactoriamente en proporción a los otros estados?

—Están tan conscientes de la necesidad de una reproducción proporcionada que regulan su natalidad con gran exactitud.

—¿Y los comunes? ¿Y los sirvientes?

—Estos son los estados más susceptibles a lo que en épocas pasadas se llamaban "factores imponderables de la genética": pero "imponderable" simplemente quería decir que no podían pesarse en las balanzas de la ciencia. La natalidad puede acelerarse o decelerarse con bastante facilidad por métodos sencillos. Los sirvientes presentan un problema menor que los comunes; siempre son sobradamente fértiles, así que les reducimos la velocidad del pulso, y su inclinación sexual, dándoles coca para mascar. Esto tiene la ventaja adicional de hacer que se contenten con desempeñar tareas monótonas, día tras día, sin diversión. Y no nos preocupamos por pequeñas variaciones en la natalidad de los comunes: si un pueblo tiene unas cuantas casas vacías, o más tierras de las que necesita, invita que vengan pobladores de otro pueblo con el mismo sistema matrimonial que el suyo, y estos "injertos", como les llamamos, les dan movimiento y animación. Pero si un distrito entero queda despoblado o superpoblado, esto ya es otra cuestión. Ya que la coca la reservamos para el estado de los sirvientes, el remedio que más se usa es un cambio en los trajes regionales, o música.

La música melancólica estimula la reproducción y la serena, ja disuade. En cuanto a los trajes, cuanto más sombríos y restrictivos son, mayor es la natalidad.

—¡No puede ser!

—¡Oh, sí! La música melancólica produce una vaga ansiedad en sus oyentes, la vaga ansiedad trae consigo un presentimiento de la muerte, y el presentimiento de la muerte sugiere la necesidad de criar hijos. Los trajes sombríos y restrictivos tienen un efecto parecido en quienes los llevan. Cuanto mayor es el sentimiento de libertad corporal y de alegría, menor es la natalidad.

—Jamás lo hubiera pensado. ¿Quién receta estos cambios?

—Nosotros los magos. Esta es una cuestión que no podemos dejar en manos de la costumbre. Podemos confiar en los archivadores para que encuentren el tratamiento apropiado para pequeñas desgracias locales, como son una plaga de orugas, o que se queme todo un pueblo, o una erupción de fiebre tifoidea. Pero las fluctuaciones en la natalidad

se pueden deber a tantas causas que siempre se nos consulta antes de emprender alguna. Nosotros diagnosticamos y recetamos. Los sacerdotes anuncian las recetas, cosa que les da fuerza religiosa. No se les dice a los comunes el por qué del cambio en sus costumbres, pero ellos aceptan las órdenes por respeto a sus sacerdotes, y los capitanes se encargan de que las cumplan.

—¿Envidian los comunes los poderes y talentos superiores de los capitanes?

—Al contrario, les da pena un hombre como el que acaba de ver usted ahora mismo por tener que vivir sin hogar ni familia; y saben que ha entrado en el estado solamente por un talento o una obsesión hacia la jefatura, a la que sienten la necesidad instintiva de obedecer. Me imagino que en su época los sacerdotes solteros también deben de despertar este tipo de sentimientos.

—Bueno, sí, supongo que sí; aquellos que se toman su profesión en serio y viven fuera del escándalo. ¿También son solteros sus sacerdotes?

—Algunos. Como solemos decir, una ligera capa de aceite separa al sacerdote de su congregación, aunque sólo sea porque pertenece a otro estado. En la clase de sirvientes, ¿comprende?, el sistema predominante es el matrimonio de tres clanes; la mujer se acuesta con miembros de un clan asociado, sin tener una pareja constante. Sus hijos se quedan en su propio clan, pero hacen alianza con un tercer clan, para evitar uniones incestuosas. Los niños de los sirvientes, una vez destetados, no se quedan con sus madres, aunque el lazo de afecto sigue siendo bastante fuerte, y no conocen a sus padres: son propiedad comunal y empiezan su vida de servicio a una edad muy temprana. Los más devotos, los de pulso más lento, y los más manejables y sencillos de todos, son dirigidos hacia el sacerdocio. En regiones en las que los comunes son excepcionalmente alegres y necesitan una influencia apaciguadora, les damos un sacerdote soltero; parece que tienen más respeto hacia un sacerdote soltero que hacia uno de matrimonio de tres clanes. —¿Existen mujeres sacerdotas?

—No, solamente altas sacerdotisas. Todos los sacerdotes corrientes son hombres; pero la instrucción religiosa, que consiste en enseñar a los niños las oraciones, mitos y otras fórmulas religiosas, solamente la dan mujeres, que son también del estado de los sirvientes. Todos los niños, sin excepción, tienen que aprenderse de memoria estos rudimentos, y las maestras se los enseñan siempre con las mismas palabras fijadas, que se revisan cada tres generaciones más o menos, para ajustarse a los cambios en el idioma. —Me gustaría ver un colegio de este tipo en acción. —Hay uno allí detrás de aquellas casas, más allá del arroyo. Los niños acaban de entrar.

Las paredes de la clase estaban blanqueadas y desnudas —ni pizarra, ni mapas, ni dibujos—nada que pudiese distraer la atención de los niños de sus lecciones, que eran orales. Se sentaban en un semicírculo alrededor de la maestra—los niños con delantales negros, y las niñas blancos y azules—y detrás de ellos se abría una ventana que daba a un monte coronado por un círculo de árboles. La maestra estaba instalada en una silla con respaldo alto; a un lado tenía el hogar de fuego, lleno de flores estivales, y al otro una estatua esculpida y pintada de la diosa Mari, con vestidura blanca y capa azul. La diosa le daba el pecho a un niño rubio de ojos azules sosteniéndolo con el brazo derecho, y a otro niño de cabello oscuro y ojos marrones que sostenía con el izquierdo; sobre su hombro aparecía la cabeza y las manos de una vieja hechicera llena de arrugas; una niña de unos doce años se acurrucaba en su falda. Llevaba los pechos descubiertos; en la mano izquierda aguantaba una serpiente y en la derecha una manzana cortada al través, y sobre su cabello amarillo había una pequeña corona de estrellas. La hechicera llevaba un casquete cónico como el que llevaba Sally en mi evocación; la niña llevaba una guirnalda de flores y sostenía un arco con flechas.

La maestra, una mujer gruesa de mediana edad y de voz grave y falta de emoción, parecía más que instruir, ser la delegada de una instructora invisible (quien, como pronto pude descubrir por sus frecuentes miradas a un lado, era la diosa Mari). Los niños, que estaban entre los cinco y odio años, dirigían sus respuestas a la estatua, en lugar de dirigirlas a la maestra.

—¡Cantad, niños, repitiendo mis palabras, la historia de Dobeis y Nimué!—dijo la maestra.

Golpeó la campana más baja de un juego de campanas que estaba atado a su silla y que hacía de diapasón para el cántico. La historia estaba en verso, del cual hice esta versión algo aproximada. No es culpa mía que suene, en partes, como un pasaje de uno de los libros proféticos de Blake.

Dobeis era un joven gordo, calvo y malo. Dobeis hizo magia con ruedas de oro y les puso retratos de criaturas y hombres. Echado en su cama, junto a la ventana abierta, les dijo a las ruedas: "Fuera, al mundo, ¡sed la ruina del mundo!"

Por todo rodaron, en cada casa y granja, hechizando a la gente, incitándola a odiar; en las ruedas había muerte, plaga y miseria. Rodaron contra la costumbre, por encima del amor y cayeron los cinco estados en una confusión; las ruedas se volvieron capitanes, las ruedas todo lo archivaban, ataban a los comunes con cadenas de oro, forzaban a los sirvientes a servir sin amor, y anulaban la magia de los magos.

Dobeis, tumbado ante la ventana abierta se rió al ver la ruina de las tierras cortadas y perdidas por las ruedas de oro, se rió al ver las ruinas de la ciudad machacada por las ruedas, convertida en ripio, se rió al oír los gemidos discordes de odio y desconsuelo a su alrededor.

Despertó Nimué, la hija de Mari, de su sueño en las ramas del ciprés de amanto, pronto vio lo que Dobeis había hecho. Su cara tan bella, tomóse pálida y severa, echando su arco por su esbelta espalda, marchó por el camino de la casa de Dobeis, las ruedas mareándola con su girar, y uniéndose así, rueda con rueda, formaban un escudo en la casa de Dobeis.

Nimué soltó el escudo de oro, tocando la ventana con su blanco pie, dirigiéndose a Dobeis con esta reprimenda:

"Dobeis, Dobeis, ¿qué maldad es ésta? ¿Qué has ideado contra los cinco estados? Haz que las ruedas repesen, —pues aún estás a tiempo, si no perderás el perdón de Mari y Ana".

Dobeis rió con fuerza en su cama de seda, reclinándose despacio en su codo izquierdo: "Soy nudo, soy malo, soy malo", dijo él. "Quisiera que todo el mundo se pareciera a mí. Vete pequeña Nimué, por si te hago daño". Nimué llamó al endrino: "Endrino, por favor, déjame una rama de flores blancas para humillar la fuerza de Dobeis el malo". El endrino le prestó la rama de flores blancas; una urraca se la dio a Nimué.

Dobeis miró riendo cómo recortaba la punta con cuchillo de pedernal como luna creciente. "Vuelve a tus muñecas, pequeña Nimué, vuelve a tus muñecas, no te pase nada malo". De pronto le golpeó, llorando de pena, pues ella jamás quitó vida alguna. Le golpeó en el hueco debajo de su pecho. Sin atravesarle, sin hacerle sangrar, la magia estaba en el viento del golpe.

Dobeis se tumbó en la cama de seda, su cara con dolor, su ceño profundo, narices dilatadas, oscuros ojos apagados, hundidos profundamente en sus órbitas; sombras negras acudieron a su alrededor, sus labios se tomaron azules, su frente con sudor frío, un escalofrío corrió por su cuerpo y miembros. Entonces con voz débil y vacía, "¡A!", exclamó, "Pequeña Nimué, ¿quién hubiese pensado que el viento del golpe dado por una niña, me causaría la muerte?" Nimué, llorando, le habló a Dobeis:

"Que caiga tu venganza en el endrino aquél, en las garras de la urraca, en el cuchillo de luna; mas detén el curso de tus ruedas de oro, yo te conjuro en el nombre de mi madre, hazlo, y así te enterraré."

Dobeis hizo volver las ruedas doradas, y así se detuvo la ruina del hombre. Cuando la última rueda brillante rodó hasta su casa murió, y Nimué le enterró.

Se llevó las ruedas a la reina de las brujas, quien las libró, con una larga evocación, de la magia nuda de Dobeis. Los herreros con martillos las aplanaron, haciendo hojas de oro, y libros de oro, de los que usan los poetas nobles para registrar la historia de Nimué de Ana, Mari y Nimué.

No pude juzgar qué cantidad de este poema mitológico (que fue repetida tres veces) fueron capaces de comprender los niños. Desde luego parecían sabérselo a la perfección cuando hubo terminado aquella lección. Me fijé en una niña del estado de los magos que lloraba de lástima por Nimué cada vez que se repetía aquel verso:

Pues ella jamás quitó vida alguna

El estado de cada niño se sabía por la cantidad de cintas en los puños de sus delantales. Los estados se agrupaban juntos aunque noté una o dos niñas que estaban mal colocadas. A una señal de la maestra todos gritaron un saludo a la diosa, y corrieron al patio, donde empezaron a jugar en la misma forma desorganizada en que juegan los niños de ahora. La maestra quedaba detrás, y rezaba. Sin embargo, no se arrodillaba, ni rezaba muy derecha con las palmas de las manos extendidas a la altura de las caderas, como vi más adelante que hacían los sacerdotes, sino que se quedaba de pie con los brazos en jarras y una agradable sonrisa en su cara, como si charlara respetuosamente con la diosa. Me recordaba a la gorda Fanny, la leal cocinera de mi madre, pidiéndole respetuosamente que le diese permiso para hacer la salsa de champiñones según la receta favorita de mi bisabuela. Descubrí que era una costumbre general que los hombres se dirigiesen a la diosa con una adoración compuesta de amor y temor, mientras que las mujeres se dirigían a ella familiarmente, como a una amiga, colega o ama, según su estado.

Veo-un-Pájaro me dijo que la educación a partir de los ocho años ya era asunto de los estados a los que pertenecían los niños. Para entonces generalmente ya estaba claro por el comportamiento del niño y por sus preferencias, si debía continuar en el estado en el que había nacido; aunque algunos niños desarrollaban poderes o inclinaciones inesperadas algunos años más tarde, cuando ya habían sido aceptados provisionalmente como miembros trabajadores de un estado en particular. Se trataba de una educación práctica fuera del colegio, en la que los niños eran libres (dentro de los límites de la costumbre, que les exigía un nivel muy alto de buena educación) de pasearse por los pueblos y observar todo lo que ocurría en el campo, el taller, en la oficina o cocina, y conocer sus vecinos a varios kilómetros a la redonda. Esta libertad sólo les era concedida durante unas horas al día; durante el resto del día aprendían, oralmente, las tradiciones de sus estados y hacían recados, o ayudaban a sus padres o guardianes. Cuando llegaban a la pubertad se hacían aprendices de algún oficio o, si pertenecían al estado de los magos o de los archivadores, se les enseñaba a leer o a escribir. (A los capitanes, los comunes y los sirvientes se les prohibía, por costumbre, hacer cualquiera de estas dos cosas, y tanto los magos como los archivadores tenían limitaciones estrictas en el uso de la escritura.) Más o menos a los dieciséis años se les daba libertad para empezar su vida de amor, y cuando ya estaban del todo crecidos eran libres para viajar a tomar parte en guerras, convirtiéndose entonces en ciudadanos completos. Cuando tenían "más cabellos blancos que de color", podían convertirse en ancianos si lo deseaban, y entonces se les trataba con un respeto especial; cuando estaban en sus casas de reunión quedaban emancipados de la costumbre, pero en cualquier otro sitio se les exigía comportarse con una dignidad y una reserva adecuadas.

Cuando volvíamos a casa, le pregunté a Veo-un-Pájaro:

—¿En qué año estamos?

En el año antes del bisiesto.

—Sí, pero, ¿qué fecha es?

Intervino el Intérprete. Le explicó a Veo-un-Pájaro que en mi época contábamos los años públicamente y que celebrábamos cada día uno de enero con una autopsia del viejo año y con especulaciones sobre el nuevo.

—¡Aquí no tenemos fecha pública!-me dijo Veo-un-Pája— ro—. El Archivador-jefe lleva una cuenta de los años en los archivos. Pero no se publica, y nadie más que él y sus ayudantes podrían calcular cuántos han pasado desde la fundación de Nueva Creta. También consideramos que es altamente indecoroso mencionar la edad de cualquier persona, o contar los años que hace que desempeña un cargo o que está casado. Del mismo modo no registramos las horas y los minutos; distinguimos la mañana de la tarde, y la tarde de la noche; conservamos los días de la semana; marcamos el paso de las estaciones; y las dos partes de nuestro año doble terminan en la primera luna llena después del día más largo y en la primera luna llena después del día más corto. Pero el tiempo en un sentido absoluto, fue abolido en la misma ocasión en que se decidió abolir el dinero; pues el poeta Vives rogó apasionadamente:

*Puesto que el Tiempo es dinero
al Tiempo hay que destruir:
su hoz y su ampolleta
son garantía de maldad
sálvanos con tu arco, Nimué.*

—Entonces, a qué hora entran los niños al colegio por la mañana?

—Cuando toca la campana.

—Y ¿cuándo toca?

—Cuando han llegado los tres primeros niños.

—Y, ¿cuánto rato hierven ustedes un huevo?

—Hasta que la arena termina de caer por el reloj de arena.

Erica

Aquel mismo día, que era domingo, sucedió algo alarmante y completamente inexplicable, justo antes de que almorzase con Veo-un-Pájaro y Sally.

Por cierto, era una comida vegetariana: descubrí, con disgusto, que la costumbre prohibía a los magos comer carne o pescado; solamente queso fresco y ocasionalmente un huevo, y nada de especias o envinagrados o siquiera cebollas. No era de extrañar que tuviesen una mente tan clara, una piel tan clara, ¡y tan poco sentido del humor! Su dieta irreproachable explicaba en gran parte sus teorías fantásticas sobre el amor y la simpatía amorosa. Y también la facilidad con que se les caían las lágrimas: una vez me operaron de una fistula, y a continuación estuve una semana tomando nada más que agua del grifo y azúcar de cebada; cuando ya el médico consintió en dejarme tomar leche y purés estaba tan cambiado en mi forma de ser, que una noche me cayeron las lágrimas al escuchar una súplica en la radio para personas sin hogar. Luego me quedé en la cama, llorando aún incontroladamente, y pude observar una batalla, imaginaria pero muy realista, que tuvo lugar en las cortinas de mi ventana entre ciervos y cisnes. Y no es que ahora estuviese a una dieta insuficiente: la comida era abundante y probablemente contenía todas las calorías y vitaminas necesarias para una salud perfecta, y el vaso de cerveza (aunque no se ofrecieron a llenarme el vaso vacío) era tan potable como el que había bebido antes. Pero lo que mi estómago esperaba era una auténtica comida de domingo, con roast beef, pudding de Yorkshire y patatas asadas, y todo introducido con un par de martinis secos; pero no obtuve nada de esto, y me sentí como alguien que ha entrado en un restaurante vegetariano por equivocación.

Lo que había ocurrido es lo siguiente. Le dije a Sally que tenía intención de darme una vuelta solo por el parque durante unos minutos, si es que eso estaba permitido. No tuvo inconveniente, así que tomé la dirección contraria a la que habíamos tomado aquella mañana, crucé la huerta, me dirigí hacia un alomar bajo que estaba a unos cien metros de la casa, y una vez allí me detuve para orientarme.

"Vamos a ver", pensé. "Allí es donde estaba el «Coq d'Or», allí está aún el riachuelo, y mira, allí hay un molino nuevo exactamente donde estaba el nuestro; así que debo de estar situado donde se hallaba la *mairie*, que estaba en la cima de este alomar; y mi casa debe de haber estado allí en el hueco donde está pastando aquella vaca". Me dio como una sensación de pesadilla mirar el suave césped verde y darme cuenta de que en algún sitio debajo de la vaca, si lo excavase, podría encontrarme con los cimientos de mi casa, y muy probablemente el suelo de hormigón del sótano, pero absolutamente ninguna otra huella más de mi vida por estos contornos. A no ser, quizás, que hubiese sobrevivido un fragmento de mi propia lápida sepulcral; sí, seguramente habría muerto aquí, y me habrían enterrado en el cementerio inglés que mi padre, un clérigo retirado, había comprado y consagrado él mismo. O ¿quizá habría dejado el pueblo para irme a vivir en Oxfordshire, como Antonia siempre había querido que hiciésemos, y muerto allí?

Me llamó la atención otro edificio grande, no lejos del molino. Los dos viejos archivadores que había visto aquella mañana, salían de una puerta lateral y se dirigían al puente. Allí era donde se había levantado la casa del médico, y suspiré sintiéndome un poco culpable, recordando que Erica Turner había vivido lili. Erica era una muchacha salvaje, la sobrina medio americana del médico. Ella y yo habíamos tenido una. aventura amorosa apasionada, que estaba en su fase final cuando Antonia, con sus dos hermanos, vino a quedarse al "Coq d'Or". Antonia me cogió de rebote, y me casé con ella casi en seguida. Claro que ella sabía todo acerca de Erica por la chismería del pueblo y por lo que le dije yo mismo (o casi todo, porque existen ciertas cosas que no se dicen, y de todos modos, ya habían quedado en el pasado, y Antonia no hubiese disfrutado oyéndolas). Había decidido olvidar a Erica. No solamente me había tratado despreciablemente sino que además había conseguido que las culpas cayeran sobre mí y que me sintiese un verdadero grosero antes de romper conmigo de repente y marcharse.con un hombre que yo detestaba y odiaba. También había retirado todo el dinero de nuestra cuenta conjunta en el Crédit Lyonnais, y me había dejado sin blanca. No tuve noticias de ella en muchos años, y entonces me enteré por un amigo, unos meses antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, que se la había visto en Florencia acompañada por un conde italiano y que parecía bastante más vieja y más delgada que cuando la habíamos conocido. Desde entonces ninguna noticia. Mientras me dirigía hacia la casa del doctor, o así la llamaba yo, la sorpresa fue mía al descubrir que había sido reedificada sobre los cimientos originales. Se hallaba en la misma posición, aunque de piedra esta vez, y no de ladrillo, con ventanas de faldón extrañamente curvadas y una parra muy vieja que habían hecho trepar por la pared sur. Incluso había un descendiente del nogal del médico detrás de la casa, dando sombra al patio del establo. Fue aquí donde, por primera vez y de modo totalmente inesperado, cuando iba a ver al médico con un dedo infectado, al doblar la esquina, había chocado de frente con...

—¡Erica! ¡Dios mío! ¡No puede ser cierto!

—¡Ah, hola, Teddy!-dijo casualmente—. Ya me enteré que estabas por aquí. Iba a venir a verte ayer.

—Pero..., pero...

—Pero ¿qué?

Me quedé boquiabierto.

—Peto ¿qué?-repitió con su habitual sonrisa de esfinge. Parecía mucho más joven ahora, y no más vieja, y peligrosamente saludable y hermosa.

—Pensé que yo era la única persona de mi época a quien habían evocado. ¿Eres real?

—Pellízcame y lo verás. O pellízcate a ti mismo. ¿En qué estás pensando, Teddy? Parecías enfadadísimo.

Automáticamente busqué un cigarrillo por dentro de mi bolsillo.

—Ah, ¿sólo es eso? ¡Toma uno de los míos!-Sacó un estuche lleno de cigarrillos franceses de aspecto muy normal—.Contrabando-me explicó—. Si no te importa romper los reglamentos, estás completamente a salvo. ¿Te doy fuego? También tenía un Ronson en su bolso.

—Habla tú, Erica-le dije-para que yo pueda disfrutar al máximo mi "Gauloise Bleue". Esta situación está fuera de mi comprensión...

—Dime primero por qué te sentías tan enfadado, no era sólo por falta de cigarrillos. No pudo ser eso. Aún estás enfurruñado.

—Estaba pensando en ti, claro está. —Ya veo. Así que quieres que te hable de los viejos tiempos... Sabes, Teddy, si no fuera tan ridículo él tiempo que hace que ocurrió, creo que no te hubiese perdonado por la forma en que me decepcionaste. No creí que fueses así. Todo el vulgar barullo que armaste por el pobre Emile, como si para mí significase algo.

—Significó lo suficiente para que te escabulleses con él a Cannes un fin de semana, cuando debías estar visitando a tu madre en Ginebra. —Fue tu castigo por ser tan celoso. —

Entonces yo no sabía nada acerca de Emile. —No, tienes razón. Estabas celoso de aquel irlandés alto y moreno con el yate. Capitán No-sé-qué, no recuerdo su nombre. Tonto, pero un bailarín estupendo.

—Se llamaba Henty. Y no era un capitán, sólo un timonel de yate y un petimetre. Y de tonto no tenía nada porque era un bribón y personalmente era asqueroso. Y yo se lo dije en unas cuantas palabras bien elegidas.

—Sí, ¡ahí fue donde te equivocaste! Si sólo me lo hubieses dicho a mí, no hubiese sido tan terrible, pero hacer una escena en el bar de Harry exactamente como si fueses mi marido...

—Estaba borracho. El también. ¡Y tú también!

—Bueno, ¿y qué?

—Oh, por Dios, Erica olvidémoslo. No hablemos de Emile ni de Henty ni de la visita a Cannes...

—No podría estar más de acuerdo contigo. Ni dé mi benevolencia.

—No te acabo de comprender. ¿Qué benevolencia me demostraste?

—Pensaba que habías estudiado historia en Oxford... Una benevolencia fue como el Rey Fulano, como el Rey Fulano el no sé cuantos, solía describir un préstamo forzado. ¿Has olvidado aquellos cien mil francos de los que te alivié? Pero debo admitir que nunca fuiste avaro con el dinero. Así que no hablemos de mi benevolencia. Y no hablemos de Antonia tampoco: siempre me aburrías mucho hablando de ella o de cualquier tema que no fuera nosotros. Todo eso ocurrió hace siglos, literalmente. Estás hospedado con la ninfa Zafiro ahora, según tengo entendido...

—Así es.

—Y ya te has enamorado de ella, ¿no es así? A eso le llamo yo robar de la cuna. Tiene una bonita figura, claro, como la tienen la mayoría de esas niñas, pero no puedo decir que me guste más de lo que me gustaba Antonia.

—Y ahora ¿quién es la que aburre?

—Está bien, toma otro cigarrillo.

—Te aseguro que no me iría mal. Pero escucha, cariño, tengo que saber lo que estás haciendo aquí.

—¿Yo? Nada de particular. Vivo en este pueblo, esto es todo.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Oh, pues años y años, y de tiempo en tiempo.

—¿Cómo te llamas ahora?

—Erica Yvonne Turner, claro; sólo que jamás uso el Yvonne.

—Solamente como alias en un caso de divorcio.

—¡Eres odioso! No sabía que habías seguido mi carrera con tanta atención. Pero aquí no tienen tribunales de divorcio.

—No, supongo que no. ¡Qué suerte la tuya! ¿A qué estado perteneces?

Me miró con indignación.

—¿Estado? ¡Estado! No vuelvas a usar jamás esta palabra delante de mí, o gritaré.

—Pero, ¿por qué no? Si vives aquí seguro que perteneces a un estado u otro...

Empujó la barbilla hacia adelante y dio un chillido largo y agudo, como un expreso saliendo de un túnel. Me debía haber figurado que lo haría.

—Calla, por Dios, para en seguida, ¡más que tonta! Nos vas a meter a los dos en un lío. —Puse mi mano bruscamente sobre su boca. Paró en seguida y se puso a reír.

—Teddy, ¿recuerdas aquella vez en Ronda cuando te había dicho que haría pedazos el reloj de pulsera de oro que me acababas de regalar si volvías a reírte de otro de tus chistes?

—Sí que lo recuerda Y sí que reí de otro chiste, y sí que lo hiciste pedazos. Y eso me dio tanta rabia que te tiré encima de la cama y luché contigo y te golpeé la cabeza contra la pared una y otra vez.

—Y yo corté tu muñeca con un trozo del cristal del reloj y casi te desangraste hasta morir.

—No me hubiese importado desangrarme hasta morir. Ni tampoco si te hubiese sacado los sesos. En mi vida me he sentido tan furiosamente desdichado...

—Deja de tenerle lástima a ti mismo, idiota... Dime, ¿te gusta este sitio?

—Me estaba gustando mucho, en general, hasta que apareciste tú y complicaste las cosas. La vida aquí es un poco demasiado buena para ser real, claro está.

—Me alegra oírte decir esto. ¿Qué te parecen, entonces, los hombres?

—Me recuerdan vagamente a los galanes de Jane Austen. Son como de cartón. Oh, ya sé, como los chicos mayores de un colegio mixto.

—No sé si recordarás que yo fui a uno de esos colegios en Suiza. Era la encargada de las chicas.

—Exactamente; eso fue lo que me hizo mencionar a tus víctimas. Allí donde las mujeres tienen absoluta libertad para beberse la sangre de los hombres en copas de calaveras...

—Como la tienen aquí, ¿eso quieres decir?

—Y es así, ¿no?

—Ah, claro que sí. Este es un mundo de mujeres, y es por eso que estoy aquí.

—Estos poetas, Estrella de Mar y Pan de Higo, ¿qué clase de poemas escriben?

—No valen nada. Hasta las cosas que escribes tú son brillantes comparadas con las suyas. Pero dime, ¿qué tal te llevas con Sally?

—No demasiado bien. Creo que tienen algo contra mí.

—¿Ya te ha hecho alguna pregunta embarazosa?

—Sólo una. Quería saber con cuántas mujeres me he acostado en mi vida.

—¿Por casualidad mencionaste a Erica Turner?

—No.

—Muy caballeresco de tu parte. Pero ¿por qué no?

—No mencioné ningún nombre. Me pareció que su pregunta era de un gusto deplorable.

—¿Quieres decir? Porque Sally está enamorada de ti, y está locamente celosa de Zafiro...

—Estás diciendo tonterías Erica, y tú lo sabes! Las mujeres aquí no se ponen celosas, y si lo hacen, no lo demuestran.

—¿Alguna vez te he mentado, Teddy?

—Muchas, pero sólo con evasivas y verdades a medias; supongo que no necesitabas malgastar tus grandes mentiras conmigo. Pero ¿no estarás diciendo en serio lo de Sally y Zafiro?

—Seguro. Es un hecho. Pregúntale a Sally si no lo es.

—No voy a hacer nada de eso. Y de todos modos, ¿cómo sabes tú cuáles son sus sentimientos?

—Oh, tengo espías por todo, y yo también me paseo mucho. Pero escucha, Teddy, ahora no hay tiempo de hablar más. Tienes que volver en seguida, esta campana es la que llama para comer. Ya te veré. No, no vendré por aquí durante uno o dos días; podría ser inoportuna. Pero ya sabes donde encontrarme.

Me bajó la cabeza, me dio un beso rápido, se giró y desapareció en la casa del médico.

Me quedé mirando por donde se había ido hasta que la campana dejó de sonar. Naturalmente no les dije nada a Sally ni a Veo-un-Pájaro cuando regresé; y decidí no decirle nada a Zafiro tampoco. Pero ¡qué lío era este! De todas las personas en el mundo-mi mundo-encontrarme con aquella Erica de tres caras, la rubia platino, ¡la muy zorra! No podía haber sido peor; en los viejos tiempos su salvajismo y temeridad habían despertado en mí una respuesta de la que no me hubiese creído capaz. Me sonrojé al pensar en las cosas que habíamos hecho juntos; y que podríamos volver a hacer si no iba con cuidado. No tendría que haberle llamado "cariño" hace un momento, a pesar de que me había dado un par de cigarrillos; ni dejar que me besara; ni discutir sobre Sally y los hermanos con ella. Quizás debiera pedir la revocación, si era esa la palabra, y volver a casa en seguida.

Una vez en la mesa me alegré de la costumbre neocreten— se que prohibía a la gente hablar mientras comían. Me dio ocasión para poner en orden mis impresiones. Aturdido, me tragué un plato lleno de *daña* hervido, servido con judías verdes y salsa de tomate. Aún no podía encararme con el problema, o con el juego de problemas conectados: cómo había venido aquí Erica, cuál era su posición, por qué nadie me la había mencionado, cuál debería ser mi actitud, y por qué era ahora mucho más joven que antes-no parecía tener ni un día más que veintiún años, y sin embargo sólo tenía dos años menos que yo, así que tenía treinta y cuatro, no, treinta y cinco. En lugar de eso, me impuse una tarea menor, que yo presentía que de algún modo se relacionaba con estos problemas; y era acordarme del nombre exacto de aquel abrigo de reborde blanco que llevaba puesto. Valecón... cotellot... talallón una palabra así. Yo me acordaría en seguida. Era un vestido de tela basta, pero extrañamente atractiva que se menciona en una balada fronteriza, o en un cuento tradicional escocés, o algo así.

Pero, ¡qué hubiese dado por un plato de roast beef con salsa de ¿baño picante y media botella de Pommard, con coñac seguido de un buen cigarro habano!

Sally le dio permiso.

—Vamos a verlo.

—Y ¿qué más?

—No ha contestado a mi pregunta. ¿De verdad les gusta que se les ordene?

—¡La paz es virgen!-repitió, en un tono más firme que el anterior.

A dos campos de distancia, cerca de la casa del medico, la estupenda voz de baritono de Nervo se elevaba en protesta y amenaza.

—Una emanación local de mal suerte. Ocasionalmente es el resultado de un hechizo contemporaneo, pero casi siempre se trata de una reliquia del pasado lejano.

—Quizá. Pero si yo fuera un granjero y Nervo me hablara en este tono, sería para mí un deber ser deshonesto. Quizá me preguntó ¿soy un Bécara consillamente, cogiéndome de la mano... y no querré realmente decir su...

—Ah, ¿está! Sí, ahora lo recuerdo. La *Historia breve* dice muy poco sobre este Hitler, excepto:

—Algo me puso de mal humor-le explique—. Perdón.

No hizo ningun comentario, pero pude ver que le fatigaba mi compañía.

Señalé casualmente a la casa del médico.

—¿Puede decirme quién vive allí?

—Nadie vive allí permanentemente. Es lo que llamamos una casa de disparates: una casa de reunión para ancianos.

—Y ¿por qué ese nombre?

—Se lo acabo de explicar: es la casa de reunión de los ancianos.

—¿Quiere usted decir que los ancianos dicen disparates por costumbre, que aquí los cerebros se ablandan alrededor de los sesenta años?

—No, no es eso; pero tienen el privilegio de poder decir y hacer casi todo lo que les venga en gana entre las cuatro paredes de su casa de disparates: entonces dejan de estar atados a la costumbre. Pero la condición de esta "libertad interior", como la llamamos, no es sólo que deben de portarse con una gravedad ejemplar en todos los otros sitios, sino que además ninguna de sus opiniones o dichos pueden pesar en el mundo más joven de la costumbre.

—¿Podría visitar la casa en algún momento?

—Siento decirle que no. Nadie que no sea anciano puede entrar en una casa de disparates; está estrictamente prohibido.

—Pero si esta misma mañana he visto una chica entrar en aquella casa.

—Está equivocado.

—Le digo que la vi entrar, justo antes de volver de mi paseo. Era joven y hermosa; iba de blanco con un... un... —luché por encontrar la palabra.

—Está equivocado. Lo que vio fue un disparate. Aquí nadie presta atención a lo que ve ni a lo que oye cerca de la casa de los disparates.

—Pero esta chica estaba afuera y entró. Estuvo un rato al lado de aquel lugar pantanoso donde el bruch...

Me cogió del brazo y me alejó de allí con firmeza.

Caminamos, sin prisas, por el sendero que conducía a la Casa de los Archivos, y Veo-un-Pájaro me dio una idea de lo que encontraría allí. Nada de carpetas, ni guías oficiales, ni impresos, ni papeles secantes, ni papeleras; porque Vives, un famoso poeta neocretense que había florecido hacia el final de la época sofocrática, había escrito:

*El papel se alimenta del papel
y de la sangre de los hombres.*

Grabad lo durable

en tablas de oro y plata,

por si la memoria vacilase.

Lo demás, imprimidlo en arcilla,

o recortadlo en tarjas,

pero incluso en esto sed parcios.

Cretenses, acabad con el papel

y con el pergamino, su inflexible hermano.

Este poema, que tenía por intención prevenir a los neocretenses contra la civilización burocrática, les impresionó tanto que sus consejos cobraron la fuerza de la costumbre. Se detuvo la manufactura del papel y del pergamino casi al instante—el papel ya no se utilizó ni para envolver ni para usos de toilette—y a partir de entonces todo dato de verdadera importancia se grababa en tablas de oro o de plata. Para lo demás utilizaban pizarras, tableros de arcillas, tarjas y sus memorias; pero principalmente sus memorias.

"¡Verdadera importancia!"—exclamé—. Hace tiempo que pienso que sería una bendición reducir el cuerpo del saber a unas proporciones manejables. Cuatro siglos antes de mi época, una persona de inteligencia e industria poco corrientes podía lograr estar bien educado en todas las materias del saber entonces disponibles. La iglesia siempre había limitado y coordinado los conocimientos humanos; pero cuando la autoridad papal fue despreciada en Alemania e Inglaterra, estas materias crecieron en número y en complejidad hasta que pronto nadie podía aspirar a más que un conocimiento superficial de alguna de ellas, y quizás a un conocimiento especializado de una sola. Esto, claro está, llevó a la desunión intelectual; no sé si se dará cuenta usted de lo mucho que sufre mi época por el desarrollo sin relación entre sí y a veces contradictorio de temas como, por ejemplo, biología, física, estética, filosofía, teología y económicas. Esto a su vez llevó a la desunión moral, a la intranquilidad social, a guerras civiles y guerras comerciales que gradualmente crecieron en sangre y en horror. Muchas veces he pensado que si se pudiesen preservar los datos esenciales de cada materia, desechando lo demás, podría volver a ser posible que la gente estuviera bien educada, y que desaparecieran las contradicciones entre materias, y que se restableciera la paz internacional.

(Y ¿por qué no podría ocurrir tal cosa?, me pregunté.)

—¿Por qué no ocurrió?

—Las cartas ya estaban apiladas y los dados ya estaban cargados contra cualquier proyecto de este tipo. —Estaba hablándome más a mí mismo que a Veo-un-Pájaro, quien, como mucho, sólo podía captar el rumbo general de mis palabras—. Para empezar, cada especialista sería leal a su propia rama del saber e insistiría en que cada pequeñísima parte era de una importancia vital, y que prácticamente nada podría desecharse. Discutirían amargamente, como lo hacen los profesores auxiliares en un colegio privado cuando el director les dice que ha decidido simplificar el programa de estudios como consecuencia de las protestas de los padres de que estaban haciendo trabajar demasiado a los chicos. ("Señor director, si me pide usted que renuncie a mi clase de francés especial voy a dimitir". "Señor director, si cree usted que puedo hacer que mis alumnos lleguen al nivel del *Certificate* con sólo tres horas de matemáticas a la semana, (está bien equivocado!)") De modo que en sus esfuerzos competitivos por llenar cada campo de una manera digna hincharían el cuerpo del saber en lugar de desincharlo. (Y ¡qué "buenos días" tan agrios se cruzaban entre mi profesor de ciencias y mi profesor de latín y griego, y qué

comentarios tan maliciosos hacia cada uno del otro en la clase!) Pero si se encomendase el trabajo de desinflar las materias a un comité de simples conocedores superficiales, hombres que no se inclinaban en favor de ninguna materia en particular, no tendrían la menor idea de donde clavar la aguja ni cómo recoger luego los cabos sueltos. ¿Cómo solucionó su gente este problema?

—Para nosotros fue más fácil. Cuando llegamos a Creta por primera vez no llevábamos el peso muerto de la cultura; los sofócratas ya se habían cerciorado de eso. Y una vez bien establecido nuestro sistema, sin ninguna desunión intelectual o moral, porque todos estábamos unidos en el temor religioso de la diosa, empezamos a importar conocimientos útiles del mundo exterior. Pero lo importamos en forma concentrada, un poco cada vez. Por ejemplo, el mundo exterior se vanagloriaba de su poeta Shakespeare. Al informarnos, encontramos que se habían escrito doscientos setenta y cuatro mil libros sobre él, de los cuales dos o trescientos existían, aparte de no sé yo cuántos artículos y folletos. Pedimos sólo tres libros. Éstos eran un texto original e íntegro de las *Obras teatrales* y *Poemas*, con concordancia, glosario e interpretaciones y notas de diversos comentaristas; una *Vida* bien documentada; y una *Recopilación de críticas sobre Shakespeare*. Más tarde la *Vida* y la *Recopilación* se redujeron a tres páginas, y las *Obras teatrales* y *Poemas* a treinta, aparte de la traducción neocretense. Solamente conservamos lo que Shakespeare escribió cuando estaba inspirado. Generalmente, ya sabe, escribía como un dramaturgo mercenario de talento.

—¿Así que no sobrevive ninguna obra completa?

—Sería contrario a la costumbre ponerlas en escena.

—Pero podrían ustedes leerlas. Son estupendas leídas.

—Una comedia, por su naturaleza, no tiene existencia más que en la escena.

—No parece admirar mucho a Shakespeare.

—No admiramos a ningún poeta. Decimos: "Sólo la diosa es digna de admiración". Pero Shakespeare aún figura bastante extensamente en los *Estatutos ingleses*. Allí se dice de él: "Escaló dolorosamente de noche una escalera rota, iluminada tan sólo por la cruel sonrisa de la diosa; él la amaba, aunque contra su voluntad".

—¿Cómo empiezan los Estatutos ingleses?

—Con Tomás el Rimador, quien escribió los primeros villancicos en honor a la diosa, y Robín de los Bosques, el arquero* quien escribió baladas del mismo estilo, alguna de las cuales trataban de su propias aventuras. Luego viene el poeta ingenioso Enrique Tudor, quien desafió al Papa y murió refugiado en un santuario. Luego...

No me molesté en corregirle. Los judíos del postexilio habían demostrado el mismo menosprecio por la verdad histórica al atribuir toda poesía antigua religiosa al rey David y todo verso amatorio antiguo al rey Salomón, y al reescribir sus anales nacionales con el propósito de edificación moral. Más tarde descubrí que los neoCretenses, que jamás daban la fecha de nada, condensaban la historia siempre que querían. Habían creado personajes históricos tan mixtos como el del poeta de la corte Enrique Tudor, a quien atribuían, por lo que recuerdo, las mejores obras de Wyatt, Skelton y Dunbar, además de un par de poemas escritos por Enrique Octavo, y sobre el cual escribieron una *Vida* de principios de la época Tudor, de una brillantez plausible. Robín de los Bosques era el Homero inglés (los griegos, del mismo modo, habían achacado toda poesía temprana de baladas al semilegendario Homero) y fue convertido en el amante secreto de la reina Berengaria, a cuyo galante esposo, Ricardo Corazón de León, le fue atribuida la anécdota moralista de *Alfredo* y las tortas, la de Bruce y la araña, la de Sidney y el trago de agua, y muchas más. También se tomaron esa clase de libertades con la vida de Shakespeare, que incorporaban a las de sir Francis Drake, el conde de Essex, sir Walter Raleigh y Christopher Marlowe. Y no puedo decir que aprobaba todo esto. Como hijo que soy de un shakespeare— rianista que invirtió cuatro años y mucho dinero en un libro llamado *Letras rotas como ayuda al establecimiento de la fecha de ciertas falsificaciones shakespeareanas del siglo dieciocho*, me parecía que esto ya era llevar la simplificación a un extremo exagerado.

—Dígame, ¿qué contienen sus Archivos de Oro, más o menos?

—Exactamente cien volúmenes. *Los mitos de Creta*, *Los mitos del mundo antiguo*, *La historia breve del mundo* en nueve volúmenes, *Los estatutos de la poesía* en quince,

cuatro libros sobre melodías antiguas, dos sobre melodías recientes, *El libro de sumas y números*, veintiocho *Registros* de plantas, pájaros, peces, estrellas, etc., trece *Manuales*, sobre cirugía, tintura, metalurgia, navegación, meteorología, apicultura etc., doce diccionarios, tres *Libros de mapas*, cinco volúmenes del *Libro de los secretos*, y el *Libro de la muerte*. Y eso es todo. Se tardó un siglo o más en recoger estos datos, y en ordenarlos, simplificarlos y grabarlos en láminas de oro, pero una vez que estuvo hecho, las adiciones posteriores y las enmiendas no fueron muy numerosas. Los editores se dedicaron tanto a discutir lo que no necesitaba incluirse como lo que se incluía. Sostenían que era mejor registrar demasiado poco que demasiado.

Cuando seguí interrogando a Veo-un-Pájaro, me dijo que los archivos no daban información alguna sobre filosofía, matemáticas avanzadas, física o química, ni tampoco sobre la motivación de cualquier máquina que fuera más complicada que la turbina, la polea o el tomo de carpintero. Se utilizaban láminas de plata, me dijo, para registros que, aunque se creía que serían duraderos, estaban aún a prueba. Por ejemplo, a cada poeta, con ocasión de su "aceptación", se le entregaban veinte pequeñas láminas de plata sobre las cuales tenía que registrar los poemas de toda su vida; quedaba entendido que ningún poeta podría escribir suficiente cantidad de verdaderos poemas para llenar más de veinte. Se esperaba de él que apuntase todo lo que escribía en tablas de arcilla y que consultase a sus amigos, de vez en cuando, sobre cuáles de sus poemas, si es que alguno lo merecía, debería transferir a una lámina de plata. Podría seguir su consejo o no, como gustase, y todos le respetaban si "conservaba brillantes sus láminas" hasta que estaba a punto de convertirse en poeta, edad en que podría juzgar el valor de su trabajo con más objetividad. Si conservaba sus láminas brillantes hasta el final, esto le merecía una admiración póstuma, tanto si se encontraba o no algún poema digno de ser registrado en plata o en oro entre sus tablas de arcilla. Veo-un-Pájaro citó la historia de Solero: la diosa le atormentó mucho, y cuando fue muerto por la caída de un álamo en el altar de Mari la Silenciosa, se descubrió un montón de tablas de arcilla en lo alto de su armario. Ahora hay cuarenta láminas de oro de Solero, el cual había conservado brillantes sus láminas de plata.

—No escribir ningún poema en plata, parece ser una manera fácil de adquirir una reputación poética. Y en la práctica, ¿hay alguien acaso que utilice la totalidad de sus láminas?

—El poeta Robnet ha utilizado las veinte en un año a partir de cuando las recibí.

—La diosa le debe haber atormentado mucho.

—Pues sí. Y también hizo que sus amigos poetas pensaran en prestarle veintiuna láminas más, tres de cada uno, para que pudiese atormentarle aún más.

—Pero ¿no me dirá que no podía guardar sus poemas en tablas de arcilla como Solero?

—La ninfa Fand, de quien estaba enamorado, no le dejaba hacerlo. —Entonces, ¿qué pasó?

—Antes de seis meses ya había llenado todas sus láminas

nuevas; y luego se quitó la vida y se convirtió en el sirviente de Fand.

—¡Replita eso!

—Cuando la diosa atormenta a un hombre más allá de sus fuerzas para resistirlo, entonces se dirige a su altar principal, borra su nombre del registro de la diosa y expira. Luego renace bajo un nuevo nombre en el estado de Jos sirvientes; a no ser que, como ocurre algunas veces, haya expirado completamente.

—¿Y qué hizo Fand entonces?

—Convirtió a otro joven poeta en su amante; y poco más tarde desapareció.

—¿Quiere decir que el celoso Robnet la estranguló y se deshizo de sus restos?

Pero otra vez había dicho lo que no debiera y tuve que disculparme. No; parece ser que Fand simplemente desapareció.

Descubrí que los neocretenses no extraían de las minas los metales preciosos, sino que aún los sacaban del enorme acumulamiento en Fort Knox, en Norteamérica, que había sido descubierto y excavado por los sofócratas. Es más, no tenían necesidad de minar para ningún metal. Su población se mantenía estable en números bajos, y quedaban grandes existencias de cobre y de acero inoxidable y maleable de las épocas de pantisócratas, logicalistas y sofócratas, que les servían para todo uso doméstico y agrícola.

Nuestro sendero pasaba por un puente de ferrocarril y nos apoyamos en la barandilla mientras seguíamos hablando. Al cabo de un rato, pasaron a paso de tortuga y silenciosamente por debajo de nosotros tres vagones de cuatro ruedas suce— diéndose de cerca. Tenían la estructura graciosa, en fama de barca, de madero pintado y trabajo de oestería ovalado hasta abajo, a tres o cuatro centímetros de la vía. Un hombre del estado de los sirvientes (se les reconocía por su cabello cortado al rape) iba sentado en la proa de cada vagón, los cuales llevaban cargas de mucho peso, y no iban propulsados por fuerza motriz, sino que unos bueyes tiraban de ellos. Veo-un-Pájaro me dijo que la costumbre prohibía que viajaran pasajeros en estos vagones, a no ser en circunstancias especiales, y solamente para distancias cortas. Se viajaba a pie o en burro, o en carro tirado por burro, como en el caso de los ancianos. Los caballos se reservaban para los magos y los capitanes.

—Los ferrocarriles-me explicó—son un legado del pasado. Se discutió el tema de los vagones y de las vías en el consejo de los Cinco Estados en el tiempo de Cleopatra. Estaba claro que su construcción no iba de acuerdo con la ley del amor, y sin embargo su principio era humanitario. La misma Cleopatra intervino en el debate: "Si el principio, que está representado por la vía y las ruedas con reborde, se juzga humanitario, entonces que sea preservado. Sólo queda ejercer amor sobre lo demás, es decir, sobre la estructura del vagón y las vías e incorporarlo en nuestro reino". La manufactura de nuevos vagones se encomendó a los carroceros, quienes copiaron el reborde de las ruedas originales.

Cuando bajé por el terraplén y empecé a hurgar por allí con un palo, encontré que no habían quitado las traviesas de acero, sino que las habían tapado con unos centímetros de tierra en la que luego habían plantado una hierba que parecía musgo, resistente a la sequía. Los vagones se parecían un poco a las góndolas, y efectivamente, a los conductores se les llamaba gondoleros.

—¿A qué se debe la restricción en el uso de los caballos?

—La gente que anda siente un respeto instintivo hacia los que van montados, y es por eso que les damos el privilegio de montar a caballo a los capitanes; por costumbre los suyos son de cualquier color menos blanco. Los magos montan en caballos blancos, porque la magia está relacionada con la luna, para quien el caballo blanco es sagrado. Los burros blancos están reservados para altos sacerdotistas, sacerdotes y maestras de escuela.

—Pero ¿para qué esta restricción en el viaje de pasajeros? Y ¿por qué no utilizar caballos rápidos y vagones más ligeros?

—El poeta Vives escribió:

*Con ruedas, dios y cohetes
los extranjeros han encogido su terreno
(que es mil veces más ancho
que el vuestro, nobles neocretenses)
a un simple prado con estanque de patos.*

*Mas no corráis más de lo que corre el hombre
ni os elevéis más de lo que un hombre salta,
contad las distancias por jornadas a pie o sobre el mar,
respetad la espaciosidad fértil de la tierra
igual que la respetáis a la que aquí reina.*

—Entre ustedes parece que la política es la de cortarse las narices para mostrar resentimiento hacia su caras.

—¿De veras disfruta de viajes largos y agotadores?

—No, pero no me gustaría pensar que si quisiera ir, digamos, de Nueva York a Hollywood, tendría que hacerlo en treinta y nueve etapas en lugar de atravesar el continente en un salto de avión en unas cuantas horas.

—¿Y por qué habría de tener usted tanta prisa en ir a Hollywood?

Antonia me había hecho exactamente la misma pregunta hacia sólo cosa de una semana y no pude pensar en mejor respuesta que un débil: "Pues no sé".

—Pues no sé-le dije a Veo-un-Pájaro.

La sorpresa fue mía cuando encontramos que Sally ya estaba en la Casa de Archivos. Estaba en la habitación de los archivos dando cuenta de mi evocación fría y detalladamente al archivador jefe. Pude entreoír: —/¿pieles blancas de toro estiradas sobre zarzos de avellano; madera de fresno alpestre y troncos de parras encendidos con... en un hoyo de grava... sonó la llamada de la sirena, nueve gotas de sangre sacadas del pecho izquierdo del evocador, y se dejaron caer sobre el instrumento de inducción. El sortilegio: "Viviente, viviente, vive, y depris", repetido cinco veces... Después de la primera aparición de su fantasma, su encarnación con Ja poción sagrada; también la hierba Edward, anémona de mar y una malla hecha de pelo de caballo blanco.

Bajó la voz un poco al verme entrar, y una o dos de las frases de la historia las relató en lenguaje digital; todo este asunto era mis siniestro de lo que me habían permitido imaginar. Odio ser la materia de experimentos hipnóticos, y lucho contra la anestesia cada vez que me someto a una operación; pero incluso el éter o el cloroformo hubiesen sido menos humillantes que estas bobadas druidicas. Pasé por un momento de intenso asco; ¿por qué habría consentido en visitar este lugar? La curiosidad había aplanado mi sentido común; pero yo no me sentía parte de ellos, y me desagradan las utopías.

El archivador jefe tomó nota del relato en taquigrafía sobre una tabla de arcilla y se lo entregó a Sally para que lo repasara. Ella lo leyó con cuidado, hizo algunas alteraciones dijo secamente: —Para mañana a mediodía ha de estar grabado en plata. Cuando se marchó Sally, el archivador jefe se volvió hacia mí haciéndome una grave reverencia.

—Señor-dijo—, creo que los acontecimientos de ayer, están destinados al oro. —Luego se acarició la barbilla meditativamente^a y me miró de arriba abajo—v Este es un día de cambios. Nuestros grabadores hacía casi dos años que estaban desocupados.

—Me alegra saber que mi llegada haya servido de ayuda para corregir el desempleo.

—Me ha comprendido usted mal-contestó, un tanto rígido—. Cuanto menos haya para registrar, mayor es nuestro honor.

—Muy bien pues; en este caso siento mucho que mi llegada haya causado trabajo innecesario a sus grabadores.

—No tiene usted por qué sentirlo-dijo en el mismo tono rígido de antes—. Los grabadores aman su trabajo.

—¿De veras? ¿Aman su trabajo, y sin embargo esto le causa a usted deshonor? ¿Podría explicarme esta paradoja?

—Será un placer. El acontecer de hechos registrables no causan verdadero deshonor, aunque las láminas relucientes causan verdadero honor. A los grabadores les place desempeñar un trabajo necesario, igual que en su tiempo los directores de pompas fúnebres se enorgullecían de su profesión, aunque no tenían más amor hacia la muerte que cualquier otra persona.

—Gracias por la explicación, aunque no creo que su analogía sea muy alegre; me hace sentirme como un cadáver exquisitamente arreglado en un ataúd acolchado.

Cinco comunes de pelo abrigado y con batas blancas, subieron en tropel por las escaleras; llevaban palanganas de cobre muy brillante colgadas del cuello.

—Me disculpará-dijo el archivador jefe—, pero aquí llegan los barberos. Vienen cada domingo por la tarde de sus pueblos para repetir los chismorreos de sus barberías. Nosotros comparamos estos relatos y cada barbero se lleva un resumen, que llamamos el *proveía* (una palabra de origen oscuro, que se supone es una supervivencia de la época pantisocrática), a su propio pueblo para ser reatado públicamente. Una vez al mes se combinan los pravdas de distrito para formar uno regional; y este a la vez es devuelto al pueblo del mismo modo. Con los pravdas mensuales de nuestras numerosas regiones se recopila una historia anecdotal de todo el reino, a intervalos irregulares. La costumbre tiene por ley que no debe de tardar en recitarse más de tres horas ni menos de dos. Entonces llega a formar parte de las mercancías almacenadas orales del historiador de distrito, que es un archivador. Las historias de los diferentes reinos se revisan y comparan otra vez a intervalos irregulares, y sus elementos dorados, si es que los hay, combinados con los de nuestros relatos de magia, meteorología, agricultura y cosas similares, se incorporan en la *Historia breve* o en los *Registros* o los *Manuales*.

—Y lo demás, ¿se pierde?

—A no ser que lo preserve la tradición local. Uno de los deberes de los barberos es aprenderse de memoria las anécdotas más divertidas del distrito: poseemos crónicas locales, en rimas algo toscas, que provienen de varias generaciones atrás.

—¿Y recitan estas anécdotas mientras cortan el pelo?

—Naturalmente que no. La costumbre no nos permite hacer dos cosas a la vez. Nosotros los archivadores, por ejemplo, nunca discutimos nuestros asuntos ni escuchamos música durante las comidas, como tengo entendido que se hace en su época.

—No siempre-dije—. Pero ¿no silban sus labradores al seguir sus yuntas? Esta sugerencia pareció sorprenderle y escandalizarle.

—Aquí sólo silban ciertas mujeres-contestó—, y éstas sólo en ocasiones solemnes.

Poco después del toque de queda ox ruido de cascos de caballo en la calle y me asomé por la ventana de mi dormitorio. Zafiro y los dos hermanos volvían de la corte. Iba montada de lado y estaba maravillosa: no se parecía en nada a aquellas mujeres de cara de fresón con trajes largos de montar que montaban en sillón en los días de mi infancia, sino más a "la señora montada en caballo blanco" del libro de dibujos de Caldecott La simplicidad infantil del panorama neocretense y los reglamentos severos sobre el decoro que la protegían, invitaban constantemente a citar frases de libros clásicos de niñez: "¡Anillos en sus manos y cascabeles en sus pies!"

Saludé a la expedición con la mano, pero nadie alzó la mirada; estaban todos demasiado ocupados tranquilizando a sus caballos, que estaban muy nerviosos. "Qué extraño", pensé. "Después de un viaje bastante largo a la corte por la mañana y de vuelta otra vez por la tarde, esos rocines tendrían que estar bastante mansos. Parece como si de repente hubiesen chocado contra una apisonadora-y ¡cómo odian los caballos las apisonadoras!-pero sería muy raro que hubiese alguna en la carretera en esta edad poscivilizada".

Entraron en el patio, desmontare», y entregaron los caballos a los mozos. Veo-un-Pájaro y Sally había salido a saludarles en el nombre de la Diosa y Sally preguntó: —¿Pero qué les ocurre a las bestias? —Nos hemos topado con un bruch-contestó Pan de Higo al poco rato. —¿Dónde? ¿Supongo que no será cerca de casa? —En el mismo pueblo, justo afuera de la Casa de los Disparates-contestó Zafiro—. Atajamos por la curva del campo del molino y de repente mi yegua se levantó como si la hubiese mordido una serpiente. Y luego las demás bestias empezaron a encabitrarse como locas. A Estrella de Mar le arrojó su caballo, y tuvimos que correr tras el animal dando dos vueltas al parque antes de poderlo sujetar. Sally asintió con la cabeza. —El granjero me dice que hace algún tiempo que sospechaba que había un bruch en aquel lugar: vino a dar cuenta de ello formalmente poco antes de que regresarais. Dice que de pronto se ha encolerizado. Le dije que inspeccionáramos el lugar en cuanto llegaseis. —Vamos todos allá cuando hayamos fumado-dijo Zafiro frunciendo un poco el ceño. Pasé aquel cuarto de hora silencioso con mi cigarrillo, pensando en el bruch. ¿Acaso era el bruch un hechizo malévolo puesto deliberadamente? No, no creo que pudiese ser esto, porque Sally me había dado a entender claramente que aquí las brujas eran benévolas por naturaleza. O ¿acaso podía ser lo que, en nuestra época, llamamos un fantasma? Siendo cono soy un poeta y no un científico, poseo una actitud muy racional hacia los fantasmas. Creo que se deben de aceptar del mismo modo que aceptamos el fuego, un fenómeno más común pero igualmente misterioso. Después de todo, ¿qué es el fuego? No es realmente un elemento, ni un fundamento de movimiento, ni una criatura viviente, ni siquiera una enfermedad, aunque una casa puede contagiarlo a sus vecinos. Es más un acontecimiento que una cosa o una criatura. Los fantasmas, similarmente, parecen ser acontecimientos en lugar de cosas o criaturas y casi siempre acontecimientos desagradables.

Entre los fantasmas cuento también aquellos embrujos sin nombre y sin cuerpo que existen en algunos tramos de carretera en particular o en claros de los bosques, o en cumbres rasas de algunos montes. En dos ocasiones me he encontrado con ejemplos poderosos de este fenómeno. La primera ocasión fue en un alomar en el norte de Gales, coronado por un antiguo terraplén; la segunda fue en las Baleares en una carretera solitaria de la costa, cerca de un pueblo donde en un tiempo había existido un templo de Diana. En las dos ocasiones era al anochecer con una luna creciente, y sentí aquel tenor repentino e inexplicable que te hace poner el pelo de punta como la piel de un gato enfadado y las piernas se te echan a correr sin sentir el esfuerzo, como patinando. Anteriormente a esto, había pensado que cuando Shakespeare escribió sobre aquel buque embrujado en *La tempestad*:

...ni un alma
Mas sintió la fiebre de los locos y
desesperado intentó burlarse... Ferdinand,
cabello erizado-como cañas, no cabello-
gritó: "¡ Vacío está él infierno, todos los demonios están aquí!".

estaba escribiendo un disparate poético. Desde entonces, sé que estaba relatando, sin exagerar, un desagradable hecho físico. Los griegos tenían una palabra para esta clase de terror: "pánico", que quería decir el miedo que súbitamente les entraba en los bosques o en los montes cuando el dios Pan andaba suelto. En el caso de Ferdinand no se trataba de Pan, naturalmente, sino de san Telmo; y la única forma en que puedo explicame mis dos hechizos es que los dos lugares habían sido en un tiempo la escena de unos ritos religiosos horribícos, y que las rocas y las piedras aún seguían sudando aquel horror periódicamente.

Y luego hay las casas encantadas. Parece como si encerrasen un horror individual muy agudo que se centra en alguna habitación en particular, o si no, un sentimiento general de tristeza, pena, aburrimiento o vicio que llena todo el edificio. Las personas sensibles pueden apreciar la diferencia entre una casa feliz y otra infeliz en cuanto han cruzado di umbral. Pero, en nuestra época, la mayoría de ellas se avergonzarían de decirle al agente de la inmobiliaria: "Preferiría tener que pagar mil libras que alquilar este sitio; tiene un ambiente maligno". En lugar de esto dirían; "Me temo que mi marido encontraría aquel gabinete demasiado pequeño, y no hay bastante sitio para sus libros en la sala de estar. Además el jardín es demasiado grande para sólo nosotros dos". Pero quizás el hechizo del tipo incorpóreo es una cuestión de grada Cada casa que ha sido previamente ocupada, está, en cierto modo, hechizada.

Aquel horrible piso en Heliópolis, que el señor Angelides, el agente de la inmobiliaria, me encontró cuando fui a Egipto a escribir un libro. Antonia y yo se lo alquilamos a una viuda siria, porque era el único que encontramos desocupado, el último piso de un bloque moderno construido por una empresa belga. Estaba repleto de muebles llamativos hechos de bambú y brocado rojo y recuerdo en particular una librería de vidrio que contenía libros hebreos y una pequeña biblioteca legal francesa. Hassan, nuestro sirviente sudanés, dijo en seguida que no le gustaba aquel lugar y, más tarde, se quejó de que por allí rondaban *efrites*. Le dije que sólo nos quedaríamos un mes, así que no se despidió; dormía fuera de la casa, claro. Pero el sentimiento de maldad se volvía más y más palpable al pasar los días. Pronto los *efrites* casi podían verse, en forma de altos fantasmas luminosos que aparecían entre el dormir y el despertar, o en forma de pequeñas criaturas negras, que yo sólo podía ver de reojo, y que hacían cosas desagradables al anochecer en la sombra de la librería o del sofá. El fenómeno más alarmante era la vaharada repentina que olía a quemado y que se esparcía constantemente por el apartamento aun cuando no había fuego en la cocina. Hassan me dijo luego-no sé cuánto había de cierto en sus palabras-que el marido asirio había muerto al quemarse en el piso hacia algunos años, y que desde entonces se había utilizado como casa de citas. Pero incluso esto no bastaba para explicar la fuerza de nuestras impresiones. Quizás alguien había estado haciendo monadas allí con magia negra; la magia negra es una forma de revivir y enfocar maldades antiguas, y cualquier persona lo suficientemente desocupada, cruel y curiosa puede obtener resultados horrendos con poco esfuerzo. Como no valía la pena pedir una reclamación del piso, nos marchamos al cabo de diez días y cogimos una habitación en un hotel.

Sin embargo hubo aquel château encantador que ella y yo y un par de amigos alquilamos una vez cerca de Rennes. Aunque cinco de las chimeneas estaban llenas de abejas, y había grillos detrás del hogar de fuego de la biblioteca, murciélagos en el ático y ratas en la bodega, el ambiente era excelente. Un día encontré una hoja de recetas de cocina vieja en una caja llena de trastos, que empecé a descifrar y traducir. Había una de *blancmanger*, que empezaba: "La noche anterior, poner dos trozos de colapez tan grandes como el dedo pulgar (o si no de gelatina) a derretir sobre las ascuas. A la mañana siguiente hacerlo hervir. Coger un *quintan* y medio de almendras dulces y medio *quinton* de almendras amargas..." Aquella noche, muy tarde, al agacharme frente al fuego de la cocina, soplando las ascuas con mi fuelle para calentar un puchero de café, me dije a mí mismo: "Derrita la colapez sobre las ascuas..." pero la gelatina creo que sabría mejor... y me pregunto cuánto es un *quinton* de almendras cuando de repente una voz de mujer detrás de mí llamó severamente: "Marthe" *Oui, madame*, contesté automáticamente. Pero naturalmente, no había nadie allí. Y como no creo en la realidad absoluta del tiempo, esto no me sorprendió mucho. De algún modo, al pensar en la colapez, las ascuas y las almendras, había vagado hacia otra región del tiempo. £1 ama de Marthe, al verme agachado frente al iuego a media luz y dándole la espalda, naturalmente pensó que yo era Márthe. Debe de haberse asustado cuando me levanté y vio un hombre alto y rubio con pantalones de pana negros. Es más, probablemente era yo su fantasma y no ella el mío...

En general, decidí que los fantasmas carecen de importancia y son un fenómeno mucho menos misterioso que muchos otros-por ejemplo, la poesía y el amor. Las personas que dirigen bien su vida, sólo dejan tras ellas emanaciones bondadosas. Son los golfos, los latosos y las personas deliberadamente malas que dan mala fama a una casa: estos y aquellas personas que se han torturado a sí mismas, víctimas de su propia locura. No habría que hacer caso de los fantasmas que dejan tras ellos, de la misma forma en que no hacemos caso de los borrachos que nos paran en la calle y empiezan a contarnos una vaga historia mezclada con amenazas e hipos. En ninguno de los dos casos habría que mostrar ni comprensión, ni vergüenza, ni alarma.

Quizás este bruch en el campo al lado de la casa del médico no era más que una crónica concisa de toda la desdicha, vergüenza y desesperación de mi aventura amorosa con Erica, pues había dirigido esta parte de mi vida realmente mal, que había quedado desmido durante qué sé yo cuántos siglos hasta revivirse por nuestro encuentro repentino. No: ¡esperen un momento! Parece ser que el granjero había descuidado el drenaje de aquel campo durante algunas semanas antes de mi evocación. Pero así y todo seguía teniendo sentido; la llegada de Erica había hecho revivir el bruch lo bastante para que el granjero eludiese este rincón del campo, aunque no había formulado sus razones para hacerlo hasta

que llegué yo y se había encolerizado el encantamiento. No obstante, era una tontería estar especulando sobre la naturaleza de este bruch hasta que pudiese formar una teoría general sobre Erica. ¿Como llegó aquí y qué estaba haciendo aquí? Desde luego parecía real, o al menos tan real como lo era yo: me había bajado la cabeza y me había besado con labios firmes y calientes. Realmente no podía descartarla por coincidencia cósmica. Sin embargo estaba claro que Veo-un-Pájaro no sabía nada acerca de ella, y se había empeñado en no creer que yo la había visto entrar en la Casa de los Disparates.

Por otra parte, podría muy bien ser que estuviese utilizando aquel lugar como su escondite. Una vez que se las hubiese arreglado para entrar, y jamás había existido nadie con menos vergüenza para colarse en cualquier sitio, ¿quién del mundo exterior podría darse cuenta? Parecía ser que lo que hacían y decían los ancianos, y a quién tenía invitado, era sólo asunto suyo. Me imaginaba que si siquiera entraría en los chismorreos de la barbería. Quizá, cuando llegara el momento oportuno, tendría que contarle a Zafiro lo del encuentro, después de todo.

Ya se había quemado la última colilla en el fuego, y podíamos hablar de nuevo. Zafiro se volvió hacia mí, y me ¿jo suavemente:

—He estado pensado en el bruch. ¿Por casualidad has cruzado el parque mientras yo estaba fuera?

—Sí-contesté—, justo antes de comer. Sally me dio permiso.

—¿Y cuales eran tus sentimientos entonces?

—Me sentía algo perdido sin ti: estaba pensando en los viejos tiempos, cuando mi casa aún se alzaba en el centro de lo que ahora es vuestro parque, y cuando solía bajar a los niños al mar a bañarse, donde ahora no hay más que campos de trigo. Y también estaba enfadado...

—¿Y entonces tuviste una visión de una joven que entraba en la Casa de los Disparates?-me apuntó Veo-un-Pájaro.

—Una visión no. Era bien real.

—¿Cómo era?

—Llevaba una especie de... devecón... wilitón... blanco, ojalá pudiera recordar la palabra. Y zapatillas verdes.

—¿Zapatillas verdes? ¿Estás seguro?

—Verde hierba. Me fijé particularmente en ellas. Bueno, está bien entonces: aquí tienen una descripción educada de la mujer en cuestión: rubia, él pelo un poco rizado, la barbilla puntiaguda, el labio superior largo, ojos azules del color de huevos de gorrión, de buen tipo, altura mediana, pierna de bailarina, manos cuadradas, y se muerde las uñas cuando está enfadada...

—¿Estaba enfadada entonces?

—No, cuando la vi no lo estaba. Al contrario, se encontraba muy alegre. Si les interesa, puedo hablarles más de ella. Tiene una cicatriz en la cabeza donde un hombre una vez intentó romperle los sesos con un pico para hielo; y una rozadura de bala en la parte más baja de sus costillas donde una mujer intentó una vez matarla con una pequeña pistola automática. Se educó en Ginebra; prefiere fumar "Gauloises"; es experta en hacer dulces de chocolate y es campeona de patinaje artístico; tiene un código moral muy particularmente suyo; y dice que vive en vuestra Casa de Disparates al lado del molino. Les conoce a todos, dice haber leído los poemas de Pan de Higo y de Estrella de Mar, y tiene intención de visitarlos pronto. Se llama Erica Yvonne Turner, aunque el Yvonne no lo usa, y yo me pregunto por qué será que aún no me habían informado de que la habían traído aquí. Yo la conocía bien. Un poco demasiado bien; pero quizás ya lo saben y esta es la razón por la que me la habían ocultado.

Todos parecían perplejos y un poco asustados. Zafiro le dijo a Sally:

—Ya lo creo que es un bruch: algo que me temo se haya traído consigo accidentalmente. ¿En un sueño quizá? No, no lo creo, ¿y tú? En su evocación otro espíritu, el de una mujer, se habrá agarrado a su cabello y habrá hecho el viaje a través del tiempo en su compañía. Un caso parecido a este se cita en el tercer Libro de Magia, en el capítulo de Alde—rabán, como ya recordará. Pero no me gusta nada esto de las zapatillas verdes y me sorprende que no viésemos ni rastro de ella cuando se manifestó el fantasma de él. ¿A lo mejor se escondió detrás del hoyó?

Luego me dijo a mí:

—Juro en nombre de la Madre que no sabíamos nada acerca de esta ¿Crees tú que esta mujer ha osado acompañarme?

—¿Agarrada a mi cabello? Es posible. Se enredaría en el cabello de cualquiera. Fíjate, que una vez esta chica se coló en el recinto real en Ascot, por una apuesta, cogiéndose del brazo del arzobispo de Canterbury y haciéndose pasar por su hija.

Esto pareció convencerlos a todos y se levantaron para irse. Mientras cruzábamos el parque hacia la casa del médico estaban discutiendo las maneras de detener y de deportar a Erica. Cuando llegamos a la esquina del campo del molino, Estrella de Mar de pronto se detuvo y señaló.

—Esto es lo que asustó a tu yegua, Zafiro-dijo gravemente

—¿Qué es?

—Una colilla, pero está envuelta en papel, en lugar de hoja.

Todos vacilaron antes de tocar aquel objeto de mal agüero, así que lo recogí yo y dije:

—Sí, ¿no les dije que Erica Turner funa "Gauloises"?

Se apartaron.

—Hay que quemarlo pronto. Y luego tendremos que purificar sus dedos.

—Pero ¿y el bruch?

—Haremos fumigar el campo con azufre que echaremos sobre una hoguera de olivo salvaje, y luego barreremos en ambas direcciones con una escoba de adedul.

—Pero supongamos que Erica sigue tirando colillas por todo el pueblo sólo para molestarles.

—Sí, como dices, se alberga en la Casa de los Disparates —dijo Sally—, tendremos que esperar hasta la medianoche cuando los ancianos se hayan ido a casa; ya me ocuparé de ella entonces.

Me quedé atrás y a hurtadillas recogí la otra colilla de donde la había tirado justo afuera de la huerta; luego las machaqué y las quemé detrás de la parrilla de hogar del comedor. Zafiro me purificó los dedos con agua de rosas en una taza de plata y con una pequeña oración.

Nos acomodamos y pasamos una velada agradable alrededor del fuego. Parecía que había un acuerdo general de no tocar el tema del bruch, y Sally dejó de hacer preguntas trascendentes y de dar respuestas vulgares. Por la forma amistosa en que se comportaba conmigo y con Zafiro decidí que como de costumbre Erica había estado enredando las cosas, y que no había nada de verdad en aquella historia de amor y celos.

Pregunté si había ido bien la ceremonia de despedida en la corte.

—Muy propicia-contestó Estrella de Mar—. La dignidad del Rey ha sido soberbia; cualquiera hubiera pensado que sólo iba a tomarse unas vacaciones cortas.

—Pero realmente ¿que le va a pasar?

—Va a morir, claro.

—¿Y por qué?

—Poi que su plazo termina este viernes cuando esté llena la luna.

—¿Se matará?

—Na Le matará su otro ser.

—¿Y no es eso más o menos lo mismo?

—En absoluto. Gomo decimos: "Lo mano derecha no se puede meter en el guante izquierdo". Cuando hube descifrado esto, pregunté:

—Dígame, ¿quién es el próximo rey?-Su otro ser, que reina hasta la mitad del invierno; su mano izquierda da paso a la derecha.

—Quizá lo entendería mejor si Zafiro consintiese en explicarme qué es una ninfa del mes.

—Es así-dijo Zafiro—. El reinado del rey empieza en la mitad del invierno y tiene trece consortes, que se llaman ninfas del mes. Todas son comunes menos yo y otra, y todas somos reinas por turno y compartimos su cama durante nuestros meses respectivos, midiendo sus méritos. El ritual es algo complicado y no podemos permitirnos ofender a la Diosa omitiendo ningún detalle. En el séptimo mes se muere, y su otro ser reina hasta el treceavo mes, en que éste también muere.

—¿Y tu mes es el sexto?

—Terminó hace nueve días. Ahora estamos en el séptima

—Así que el mes pasado ¿eras la reina?

—Sí.

—¿Y el rey tu amante?

—En un sentido camal, no. El sexto mes es el mes de castidad forzada, así que él y yo permanecíamos tumbados sobre la cama separados por una labra, un hacha de doble hoja. No se le permite cortarse el pelo o las uñas o ponerse ropa nueva, y tiene que pasearse con una escoba de espinas en la mano y guardar la dieta de los magos. Pero ahora lo está pasando fenomenal otra vez: la reina le da todo lo que le pida, trae mala suerte negarle cualquiera cosa, aunque sea algo contra la costumbre.

—¿Nada de hachas de hoja doble ahora en su cama?

—Claro que no.

—¿Vino, mujeres y tabaco a su alcance día y noche?

—Sí.

—¿Se le permitiría a un rey, en su último mes, hacer un viaje largo en tren, si quisiera, o aprenderse el abecedario, o hablar durante las comidas, o silbar en la bañera?

—Supongo que sí.

—Y para cuando llega la hora de la caída, está tan borrachín, harto y reventado que le importa muy poco si será o su otro ser quien reine en la segunda mitad del año... ¿no es eso?

—La Diosa siempre es piadosa con los tontos.

El Santrepod

Mb dijeron que habría música a la puesta del sol. Ya había comprendido que la música no se utilizaba nunca como un entretenimiento casual, sino que se reservaba para ocasiones especiales. Así que pregunté:

—¿Qué es lo que celebran?
—¡La Diosa, señor, siempre la Diosa!-dijo Estrella de Mar—. Será una representación del *Santrepod*.

—¿Y puedo preguntar qué es el *Santrepod*?
—Una agrupación de tres canciones para demostrar su poder triple.
—Y ¿par qué van a tocarlas esta noche?

—Para dar paso al lunes, el día de los magos, el día del encantamiento. Los archivadores utilizan la música del mismo modo para dar paso al miércoles, el día del saber; los capitanes para dar paso al jueves, el día de la autoridad; los sirvientes para dar paso al sábado, el día de la humildad; y los comunes para dar paso al domingo, el día de la soberanía. Empezamos nuestros días en el toque del anochecer previo.

—¿Y qué pasa con los viernes? ¿Y los martes?
—No los celebra ningún estado en particular. El viernes es *el día del amor*, y *el* martes es el día de la guerra. En amor, como en guerra, cuando un mago podría formar parte del mismo bando que un común, las diferencias de estado ocasionalmente pueden superarse.

—¿Quiere usted decir que en viernes hay libertad para tener un amorio con una mujer de un estado diferente?
—Sí. Sólo que nosotros lo decimos al revés: una mujer puede escoger a un amante de otro estado. —Y ¿lo hace alguna vez?

—Muy pocas veces, exceptuando la unión acostumbrada de los capitanes con los comunes. «Los humos no pueden mezclarse» como ya sabe, y si, por ejemplo, una mujer maga se enamora de un archivador, o un archivador de una sirviente, y forman una unión de viernes, quedan «sin beneficio de estado», mientras dura la unión. Este es él tema de muchos de nuestros relatos, pero es una posición muy incómoda de sostener. Cuando llega el sábado los amantes van a consultar a la Diosa, a quien deben de obedecer, cualesquiera que sean sus órdenes. Algunas veces los deja marchar sin llegar a hacerles nada; otras veces los atormenta. Bueno, como estaba diciendo, habrá un Santrepod cuando suene el toque. Por cierto, me dice Veo-un-Pájaro, que no marchan bien las cosas entre usted y Sally. Seguramente el Santrepod pondrá remedio a esto.

Me moví inquietamente en mi silla.
—Hubo un pequeño malentendido esta mañana-dije.

Fue culpa mía, me imaginé. Me gusta mucho Sally-y mirándola a ella le dirigí lo que pretendía ser una sonrisa de amistad, pero fue un error intentarlo. Las flechas de Erica habían penetrado más profundamente de lo que yo mismo quería admitir, y debe de haber resultado bastante obvio que mi sonrisa era forzada. Hasta es posible que Sally hubiese leído mis pensamientos y que sintiese que la estaba pellizcando.

—Eres muy generoso-me dijo, irguiéndose notablemente.
Estrella de Mar se agachó con la mirada preocupada, le quitó el zapato y empezó a amasarle suavemente el pie. Ella suspiró de satisfacción. No pregunté si esto era un ejercicio sedante corriente entre los magos, o en Nueva Creta en general, o si era una peculiaridad de Sally que le gustase que le amasaran los pies. No volví a ver a nadie practicándolo.

Con una mirada de gratitud hacia Estrella de Mar, le pregunté a Zafiro si había alguna diferencia fundamental entre la música de los diferentes estados.

—Claro que sí-me dijo—, y me explicó que a los comunes les gustaban las canciones melódicas, las marchas militares y las melodías para bailar, tocadas por violín, caramillo y tambor, y otros tipos de música popular tradicional, ningunos de los cuales estaban registrados en los archivos: tocaban únicamente de oído y no recibían ninguna educación musical formal. Pero la práctica de la música variaba geográficamente, de modo que algunos instrumentos en uso popular quedaban limitados por la costumbre a diferentes reinos, Deducí que la flauta pertenecía a lo que ahora llamamos Francia, la mandolina a Italia, la guitarra y las castañuelas a España, y el acordeón a Alemania.

—Si Bach lo oyera-exclamé—. ¡El acordeón!
—El clima de Alemania es propicio para el orgullo espiritual, y el acordeón es el más llano de los intrumentos.
—¿Y a quién le corresponde el saxofón?

Pero no había oído hablar del saxofón.
Los archivadores, me dijo, ni bailaban ni cantaban, y se limitaban a recitales de piano (pero el piano neocretense tenía un teclado reducido) y a cuartetos de cuerda. Su música era intelectual y falta de pasión, al estilo del siglo dieciocho; nada ocurría en esta música (Zafiro quería decir que se excluía celosamente la melodía) pero derivaban una gran satisfacción de ella mediante una explotación ingeniosa de la teoría musical. Ya habían llegado lo suficientemente lejos con la teoría y ya habían adquirido un cuerpo de música lo suficientemente grande como para satisfacer sus necesidades; sus *Estatutos* ya estaban completos. Los capitanes compartían la música con los comunes, aunque se especializaban en la trompeta. Los sirvientes cantaban canciones sencillas de un repertorio limitado y no tocaban ningún instrumento de ninguna clase.

—¿Y los magos?
—Podrás juzgarlo tú mismo en un momento. No bailamos y tampoco tenemos coros ni orquestas. Nos concentramos en la melodía pura y nos acompañamos del arpa o del laúd; sólo una voz y un instrumento, y nunca en presencia de más de cuatro o cinco personas. Nuestra educación musical es algo austera está basada en las canciones de nuestros *Tres libros de música* y un estudio detallado del contrapunto.

Estaba oscureciendo. Las cortinas estaban corridas y las velas encendidas. Todo el mundo dejó de hablar cuando Zafiro abrió un cofre y sacó su laúd. Pronunció unas palabras de dedicación reverente, hizo una pausa de medio minuto y luego comenzó a cantar acompañándose de él. Las palabras eran neocretenses, pero me asombré de ver que la música era isabelina: la reconocí enseguida por el "No corráis tanto fuentes", de John Dowland,

*...cuyo toque celestial
sobre el laúd arrebató los sentidos humanos*

como escribió Barnfield (o algunos dicen que Shakespeare) acerca de él.

Sally estaba sentada completamente inmóvil, pero los hombres se habían levantado y tenían las manos extendidas con las palmas estiradas en actitud de rezo. El consejo de Knut Jensen me vino grotescamente a la mente. "Y recuerda, cuando empiezan a dar brincos y a mover sus genitales y a restregarse el pelo con fango y a poner en blanco los ojos, atraerás mucho menos la atención si te unes al juego que si te quedas sentado mirándolos con ojos grandes y jugueteando con tu libro de notas. ¡Únete siempre al juego, amigo mío, únete siempre al juego! Es lo más seguro". Me levanté también, y extendí las manos. Es más, me sentí dispuesto para rezar; la voz de Zafiro y su pulso sobre las cuerdas estaban tan perfectamente controlados que toda la tristeza de la música, las *lacrymae*; como las llamaba Dowland, fluía sin distorsión y sin pérdida. Pronto los ojos me empezaron a escocer y lloré sin vergüenza, con el alivio de saber que no había necesidad de luchar contra este impulso en la forma heroica inglesa.

Cantó dos canciones más: la primera escrita por la célebre Cleopatra, muy solemne y desdénosa, pero con unas notas pequeñas muy graciosas y divertidas cuando menos se esperaban, llamada "El brezal se burla del acebo", en la que todo el mundo debía reírse. Y en efecto, todo el mundo se rió, incluyéndome a mí mismo, porque de nuevo Zafiro dejó que la canción hablase por sí sola. No había necesidad de ninguna clase de pantomima para señalar su humor seco.

La última canción, llamada "Los amantes soñolientos", estaba escrita por Alysin, el músico más célebre de los últimos tiempos. No es que pretenda saber mucho acerca de la música, pero, como puntualizó Barnfield en aquel mismo soneto, la música y el poema son la hermana y el hermano", y encuentro que si aplico los niveles poéticos a la música casi nunca me equivoco mucho en mis juicios. La canción de Cleopatra, aunque de un tipo diferente al de Dowland, era del mismo orden maestro; pero "Los amantes soñolientos" me dejó impasible. Debía hacer que nos sintiésemos adormecidos, y Zafiro nos dio la clave disimulando un bostezo. Todos menos yo reaccionaron como había sido su intención. Los tres hombres se tambalearon y finalmente cayeron elegantemente al suelo, Sally dejó caer la cabeza sobre su pecho, y cuando por fin Zafiro paró en mitad de un compás, ya estaban todos debidamente dormidos.

Yo continué de pie con las palmas extendidas; en actitud irreproachable de respeto hacia la Diosa, pero en crítica por la música, pues le faltaba mucho para ser buena. Técnicamente puede que fuera intachable, y sin embargo me parecía sintética: Alysin, al escribir la canción, no se había sentido amorosamente adormecido del modo en que Dowland se sentía lagrimoso, o Cleopatra secamente humorística; se había sentido bien despertó, deduciendo laboriosamente de su memoria de nanas populares qué combinaciones de tono, ritmo l demás, lograrían el efecto más soporífico. Sin duda había evocado a la Diosa en forma apropiada, pero ella no estaba presente en la canción, como lo estaba en las otras dos (sí, recordé que Dowland había vuelto la espalda al protestantismo y se había dirigido a la Virgen Bendita para su inspiración) y me negué a ser defraudado. No obstante, como todos los demás, incluyendo a Zafiro, se había dormido, por autosugestión, nadie se dio cuenta de mi desvelo obstinado. Decidí que ahora podría, con decoro, volver a mi silla, y allí me quedé sin saber qué hacer. Instintivamente eché la mano al bolsillo en busca de un cigarillo.

Una risita me hizo sobresaltar. Me volví con rapidez y vi a Erica entrando de puntillas en la habitación. Le hice señales desesperadas con la mano para que se fuera, peor no me

hizo caso.
—¿Por qué no duermes?-me preguntó con un susurro teatral—. Estaban tocando Alysín, ¿verdad?
La miré con mala cara.
—Sí, así es.
—¿Te parece horrible?
—Sí. Si es que bostecé sería de puro aburrimiento.
—Es un bajón después de Cleopatra, ¿no crees? Ella sí que sabía lo que hacía. ¿Un cigarrillo?
—No, gracias. Los dos últimos me metieran en un buen lío, así que te culpé a ti por las colillas.
—Tendría que haberte avisado de que no las echases por los alrededores. Pero ¿por qué no coges algunos de estos y los fumas en el hogar de fuego cuando estés solo en tu dormitorio?
—No quiero arriesgarme a ofender a mis anfitriones; son muy amables.
—Haz lo que quieras. Retiro la cierta. ¿Te importa que fume yo?
—¡Por Dios, mujer, déjame solo! Van a despertar en un momento, y les va a dar cinco ataques distintos.
—No lo harán. Hasta que yo esté bien a punto para marcharme.
Se sentó en la silla de Pan de Higo y encendió el cigarrillo. La miré con indignación pero eso no le hizo ningún efecto, así que lo intenté con palabras dulces.
—Cariño-le dije—, me parece justo avisarte de que han decidido deportarte.
—Sí, ya me he enterado de eso. Pero, ¿por qué? ¿Les diste mi expediente?
—Solamente un perfil muy sencillo, pero así y todo les puso muy nerviosos. Dicen que viniste cuando me evocaron, agarrándote perversamente a mi cabello. Y por no se qué razón mi relato sobre tus zapatillas causó una verdadera sensación.
—¡Qué idiotas! Ahora, me supongo, vendrá Sally por la mañana temprano a hacer un diseño en torno a la Casa de los Disparates para intentar sacarme como a un caracol marina
—¿Qué es un diseño?
—¿No lo sabes? Se desvestirá hasta quedar completamente desnuda y dará vueltas a la casa en dirección contraria a las agujas del reloj emitiendo sonidos extraños. Si yo fuera tú, la vería actuar; tiene unas caderas y hombros preciosos y merodea como una tigresa.
—No, gracias. Estaré lo suficientemente contento compartiendo una almohada con Zafiro; oh, gracias-añadí ausente, aceptándole un cigarrillo y encendiéndolo del suyo—. Pero me imagino que probablemente no estarás en casas esta noche...
—¿Por qué no habría de estarlo? Tengo un apartamento a prueba de sonido en el último piso de la casa y Sally puede rugir y merodear toda la noche por lo que a mí me concierne. A mí no me importa que intente deshacerse de mí. No puede ser peor que un pelotón de polis parisinos.
—¿Por qué viniste a este sitio?-pregunté. Me miró inescrutablemente y cantó:

*Hubo un tiempo en que también hablaba»
las abejas, y yo abeja fui;
de comer tomillo mi corazón se quebraba.*

—Otra de Dowland-me explicó—, pero la letra es del conde de Essex. ¿Crees tú, que si te quedas aquí lo suficiente comiendo tomillo, tu corazón se quebrará? También Essex se volvió rabiosamente loco al final y la reina le cortó la cabeza.
—¿Cuándo viniste tú? ¿Me dirás al menos eso?
—Hace siglos. Te lo dije esta mañana.
Pero persistí:
—Tus provisiones de cigarrillos parecen haber durado muy bien.
—¿Quieres la dirección de mis estraperlistas?
—No, muchas gracias—. Y luego me di cuenta de que, después de todo, estaba fumando, y tiré un "Gauloise" estupendo al fuego.
—Fuma un "Oid Gold" si prefieres-me dijo, abriendo su pitillera—. Los obtuve especialmente para ti. Toma dos, o tres, ho tómalos todos!-A pesar de mis protestas vació su pitillera por el cuello de mi camisa.
Los pesqué todos y los quemé con resolución.
—Hay otra cosa que quería preguntarte, Erica-le dije—. ¿Cuál es el verdadero nombre de este abrigo blanco que llevas?
—¿Cómo quieres que lo sepa? Lo único que te puedo decir es que lo compré hecho, en una tienda de Princes Street, en Edinburgo, hace años, cuando vivía con Andrew; ¿te acuerdas de Andrew Mann, el que escribía versos apocalípticos para *Transición* y para la *Pequeña Revista*? Piénsalo tú miao; yo me tengo que ir. Adiós, Teddy. Tengo una cita con un par de ancianos en el sendero. Ahora sé buen chico, cierra los ojos y hazte el dormido, y te aconsejo que no menciones mi visita a alma alguna. Si lo haces, se creerán que estás chiflado y te encerrarán.
—Adiós, ¡maldita seas!
Salió de puntillas, justo cuando Zafiro se movió en su sueño, se estiró, se frotó los ojos y despertó a los demás.
Todos parecían ignorar el interludio y yo no les desengañé y ni siquiera le insinué a Sally que podría coger frío inútilmente si hiciera su diseño en la pradera húmeda. Nos deseamos todos un feliz lunes, y Zafiro y yo nos marchamos a nuestra habitación.
Estuvimos despiertos mucho rato hablando de los acontecimientos del día, pero sin tocar el tema de Erica o del bruch. Me dejó que le acariciara el pelo y los hombros, pero mientras tanto continuaba hablando y no revelaba por ningún cambio de tono si estaba satisfecha o insatisfecha con mis mimos. Al final la conversación se desvaneció, ella colocó mi cabeza sobre su brazo otra vez, y me quedé dormido al instante.
El único acontecimiento de la noche fue que justo antes del amanecer alguien me estiró del brazo y oí a Antonia diciendo: Sally acaba de volver del diseño, Edward. Dice que no hay nadie en absoluto en la casa del médico. ¿Verdad que es una buena noticia?
Cuando me acordé de estos a la mañana siguiente, en seguida después de despertarme, no pude verle el sentido. No se trataba de un sueño y estaba seguro de que había oído la voz de Antonia. Y sin embargo, ¿cómo pudo Antonia haber *sabido lo* de Sally y el diseño? O, si Antonia era ahora Zafiro, ¿por qué la habría llamado "la casa del médico"?
—¿Por qué llamaste a la Casa de los Disparates "la casa del médico" anoche?-le pregunté a Zafiro con enfado, despertándola. Abrió grandes ojos.
—Pero si oo lo dije-me dijo.
—Sí que lo dijiste. Lo dijiste con la voz de Antonia, pero lo dijiste. Me despertaste para hablarme de Sally y su diseño.
Se incorporó, con la mirada salvaje.
—No te desperté, no te dije nada en absoluto después que te durmieras.
—Claro.
—Pero anteanoche, ¿no te reiste y no dijiste algo importante, no recuerdo el qué, con la voz de Antonia?
—No.
—Pues alguien lo dijo. Tienes que haber sido tú. No puede haber sido nadie más. Me tendiste los brazos.
Zafiro se puso pálida.
—Alguien nos ha estado gastando broma-dijo.
—¿Quién quieres decir? ¿Sally? ¿O acaso hay alguna otra bruja por aquí?
Me miró de fijo llena de confusión y honor.
—¿Sally? Pero si Sally es mi mejor amiga. ¿Qué te hace pensar que haya sido Sally?
—Te diré por qué, si me prometes no decírselo a nadie más.
Se quedó callada, pero continuó con la expresión de horror, con la boca bien abierta, como un niño. Así que pregunté:
—¿No es cierto que se ha enamorado de mí y que está locamente celosa de ti? No es bonito que lo pregunte un hombre, pero tenemos que poner las cosas en su sitio antes de volver a verla.
Como aún seguía callada, continué:
—Yo soy un extraño aquí y no comprendo vuestras maneras ni podría decir qué poder tiene vuestra magia. Pero si alguien nos ha estado gastando bromas (y es una mujer, esto lo sabemos) entonces todo señala hacia Sally. Al menos parece tener un motivo, y no veo quién más puede haber sido.
No sugerí que pudiese ser Erica. Después de todo Erica no era ninguna bruja, y era absurdo suponer que podía haber personificado a Antonia.
Por fin dijo Zafiro:
—Estamos rompiendo la costumbre. No tendríamos que estar hablando así antes del desayuno. Pero una cosa sí: ha habido un hechizo en torno a esta casa desde el anochecer, y debería de haber impedido la entrada de cualquiera sin la contraseña que sólo conocemos Sally y yo. Pusimos el hechizo juntas a propósito para guardarnos del bruch.

¿Debía decirle que su hechizo había sido singularmente ineficaz? No: necesitaba aún más tiempo para ordenar las cosas en mi mente.

—Me debo de haber equivocado-le mentí para tranquilizarla—. Debo de haber tenido un sueño particularmente realística Olvida todo lo que he dicho. Pero me di cuenta de que esto no convenció del todo a Zafiro, y su trato con Sally durante el desayuno y después Fue notablemente reservado.

Día de mercado en Sanjon

Estábamos a lunes y mis amigos se vieron obligados a pasar el día de trabajo en estudio privado de poesía, música o magia. Muy afortunado, pensé yo: le daría a Zafiro la ocasión de poder meditar con la diosa antes de que le dijera nada a Sally, y quizás resolver el misterio de Antonia de este modo. Después del desayuno, Sally me dijo que ya que no nos veríamos hasta la hora de fumar, en el atardecer, tenía libertad para salir con el Intérprete y visitar otros estados, a no ser que quisiera cumplir con la costumbre quedándome en casa y estudiando.

Le señalé que simplemente estaría perdiendo el tiempo si me quedara, ya que no podía leer la taquigrafía en que estaban escritos sus libros.» Además, quería ver más a los comunes. Así que me recomendó una visita a Sanjon, un paseo de unas millas por la costa-o lo que en un tiempo había sido la costa-donde había un mercado. Me imaginé que Sanjon debía ser aquella pequeña ciudad de St Jean— des-Porcs donde Antonia y yo solíamos ir en autobús, cada sábado, para hacer las compras: sería divertido ver en qué lo habían convertido los neocretenses.

Una vez más me contrarió la costumbre. El Intérprete tenía que ir a pie porque pertenecía a un estado desmontado, y si yo tenía que ir con él todo el camino no quedaría muy bien pedir prestado un caballo, como había sido mi intención.

—No-dijo Sally—. De todos modos no podrías hacer esto. Si los comunes te vieran montado en un caballo blanco en lunes, se escandalizarían hasta la médula. Te obligarían a desmontar y volver a casa a pie.

Empezamos juntos el viaje por la vía del tren. Era un día muy cargado, pero el césped hace el caminar ligero y no tenía nada que llevar conmigo. El Intérprete llevaba un yugo de lechera sobre los hombros con grandes cestas de mimbre colgando a cada lado. Esto tenía al menos la ventaja de impedirle que me cogiese del brazo, como hubiese sido su obligación, de no ser así, por gentileza hacia un compañero de viaje. Me gusta bastante pasear del brazo de una mujer, aunque me hace acortar los pasos incómodamente, pero tener a un hombre entrelazado en hermandad tierna me pone violento.

—¿Para qué es el yugo?-pregunté.
—Voy a comprar en el mercado-dijo—. Espero encontrar ciertos productos vegetales de los tipos que no cultivamos en nuestro pueblo, a saber, avocados y patatas coloradas.

—¿Comprar? Creía que aquí no utilizaban dinero.
—Esto es cierto. Pero utilizo la palabra deliberadamente. Los lugareños no van al mercado de Sanjon con las manos vacías.
—¿Quiere usted decir que cambian, por ejemplo, guisantes por avocados, y cestos de fresones por cerveza embotellada?

—Le explicaré el sistema. Ayer y esta mañana los gondoleros han transportado vagones llenos de productos de los pueblos que rodean a Sanjon. Es todo lo que los habitantes de los pueblos encuentran superfluo a sus necesidades, pues la costumbre dicta la cantidad de comida que debe retenerse para el consumo del hogar. En Sanjon se descargan los vagones y sus contenidos son transportados al mercado donde todo se exhibe, y a todo el mundo se le permite llevarse el producto que casualmente necesite. Lo que queda cuando se cierra el mercado a mediodía lo recogen y lo ordenan los archivadores de Sanjon; y todo lo que puede almacenarse para una futura distribución, o avinagrarse, o ponerse en conserva, se entrega a las personas cuya obligación es la de mantener los almacenes repletos; lo demás es para los cerdos o las gallinas. Casi todos los lugareños se proveen ellos mismos de comida, y los que no, tienen algún otro producto que ofrecer, por ejemplo, lana, o lino, o carbón, o cestas, o zapatos, o jabón, que envíen al mismo mercado. Pero no se registra la cantidad de géneros que se entregan o que se consumen, ya que la costumbre se asegura de que todo el mundo cultive de acuerdo con los principios más avanzados y que a nadie le falte lo necesario para vivir. Los comunes proporcionan a los otros estados los productos necesarios antes indicados; pero éstos necesitan algún pago simbólico, que consiste en un regalo a la diosa, para demostrar que no están "comiendo la sopa boba". En mi cesto izquierdo traigo un obsequio, a saber, una pluma de pavo real; en el derecho otro, a saber, un ramo de delfínios. El reglamento dice: "Un obsequio por un obsequio". Por esta razón utilizo su palabra "comprar".

—¿Yo también podré comprar? No tengo nada que dar.
—Puede usted pagar, si lo desea, con un poema o una oración.
—¿Y a cambio de mi oración puedo servirme de cualquier cosa que esté a la venta?
—Puede servirse de cuanto quiera. Lo que no quiera llevar en la mano se lo puede dejar al gondolero para que lo deje en nuestro pueblo en su viaje de regreso.
—Esto es extremadamente generoso. Pero ¿no ocurre que algunas personas toman más de lo que les corresponde con este sistema?
—¿Por qué tendrían que hacer tal cosa? Forma parte de nuestra religión no malgastar nunca la comida u otro producto de la tierra; y como hay suficiente para todos, nadie se lleva más productos del tipo perecedero del que necesita para él mismo y para su familia hasta el próximo día de mercado.

—Todo esto está muy bien, pero es difícil creer que el escrúpulo religioso, o incluso el sentido común, pueda hacer que una familia se comporte sin egoísmo: que no echen mano a más de lo que les corresponda, por ejemplo, de azúcar y fruta y que no hagan más confitura de la que puedan comer. La confitura se conserva durante años.

—Pero ¿para qué harían más confitura de la que se pueden comer?
—Para cambiar por algo de valor duradero que no pueda comprarse en el mercado: joyas quizá, o cucharas de plata, o una vajilla de porcelana.
—Está usted en lo cierto al pensar que las joyas, las cucharas de plata y la porcelana no están a la venta en el mercado; se pueden conseguir en las calles de tiendas de la ciudad, en casa del joyero o del platero o del vendedor de porcelanas.

—Pero ¿no serán gratis?
—Tan gratis como la fruta y el azúcar. Si una mujer necesita media docena de cucharas de plata y tenedores cuando se casa, o una aguja de oro para el pañuelo, si es que ha perdido uno, no tiene más que definir sus necesidades y éstas se ven satisfechas. No vacila en absoluto al hacerlo. Dice "un obsequio por un obsequio" segura de que ni el platero ni el joyero comen la sopa boba.

—Pero, ¿y si pidiera tres docenas de cucharas y tenedores de plata?
—¿Para qué quería tanto, a no ser que, por ejemplo, ha habido una inundación y un gran número de personas sin hogar se hayan venido a vivir a su casa?
—Podría darse el caso de que simplemente quisiera ser más que sus vecinos.
—¿Cómo iba a ser más con tres docenas de cucharas y de tenedores de plata cuando no necesita más que una docena? La plata ha de limpiarse. Es contrario a la costumbre dejar que se deslustre.

—Bueno, pues pongamos media docena de agujas de pañuelo. Esto no se deslustraría.
—Pero solamente tiene necesidad de una.
—¡Vamos! No me dirá que no hay mujeres a quienes les gustaría llevar una aguja diferente cada día de la semana...
—En nuestro círculo no. La aguja de pañuelo lleva un dibujo que incorpora el apodo de quien lo lleva. Siempre lleva la misma aguja a no ser que, por ventura, se cambie el nombre.

—Bueno pues, entonces ropa. ¿Puede una mujer comprarse todos los vestidos que quiera?
—Puede comprar las telas, pero tiene que hacer todo el trabajo ella misma, o con ayuda de sus vecinas. La costumbre tiene por reglamento que todo lo que necesite y se moleste en confeccionar ella misma se lo puede poner, después de pedirle permiso a la diosa en las ceremonias de trajes que tienen lugar en el sexto y en décimo mes. Pero a una muja de los comunes se le limita a poseer sólo dos vestidos de domingo de tela fina, dos vestidos de domingo de tela gruesa y un vestido de gala, cinco en total, además de batas sencillas para trabajar, cuya cantidad no la limita la costumbre.

—Hablando de todo, ¿quién le hace a usted la ropa?
—Me la hago yo mismo.
—Ya me lo figuraba.
Se lo tomó como un cumplido y se miró su traje de lino blanco, de corte muy extraño, con satisfacción.

—He llevado éste y su compañero durante siete años. Pero ¡tendría que ver mi traje de gala! Es de Hno gris-lluvia, cubierto de botones de nácar. Hoy voy a comprar media docena más para reemplazar los que han caído en la parte trasera.

—¿Qué más va a comprar?
—Para mí, nada más. Pero tengo instrucciones para encargar un par de puertas de hierro forjado para nuestro jardín nuevo; llevo las medidas en una tarjeta en mi bolsillo. El herrero jefe de Sanjon me las forjadará.
—Perdone mi crítica de su gramática, que aparte de esto no tiene falta, pero no se dice forjadará, sino forjará.

—Oh, ¡qué contento estará Quant de saber que está en un error!
—¿Contento?
—Sí, ¡contentísimo! Son tan pocas las veces en que se equivoca. Igual que son muy pocas las veces que gana un juego de croquet. Y cuando gana, todos le galardonamos con las margaritas que hay entre la hierba de los bordes.
—Volvamos a vuestro sistema económico. ¿Dice usted que aquí todo el mundo trabaja duramente sin esperanzas de recompensa?

—Señor: ¿qué mayor recompensa le otorga el saber que la diosa lo aprueba y que los vecinos se beneficiarán?
—Todo esto está muy bien. ¿Y qué me dice de uno mismo?
—Todo hombre es su propio vecino, valga la frase, como ha dicho Cleopatra astutamente.
—Es exactamente lo que quise decir. La caridad empieza en casa. ¿Qué puede impedirle a la gente que se vuelvan perezosos y no manden lo suficiente al mercado?
—Es el deber del capitán asegurarse de que todo vaya bien este respecto.
—¿Agitando el bastón largo?
—No llevan bastones; simplemente exhortan a la virtud y a la vida buena.
—Puede que yo sea perverso, pero en el colegio siempre preferí al maestro que me tiraba el libro por la cabeza al que me exhortaba a la virtud. Creo que le» capitanes son poco más o menos la peor faceta de vuestra sociedad.
—¡Vamos! ¡Vamos! Aún sabe muy poco acerca de nuestra sociedad. Los capitanes son las personas más amigables y las más entregadas.
—En parte, esto hace que sea peor.
Pero naturalmente, se negó a ver mi punto de vista.
—¿Cómo puede ser que prefiera los tiranos a los amigos?— me preguntó con grandes ojos.
—No, pero prefiero un buen chiste a un sermoneo. Mientras él intentaba descifrar esto, yo le pregunté:
—Pero ¿qué pasaría si los capitanes fallasen en su trabajo de mantener los comunes a raya?
—Entonces se consultaría a los magos. Diagnosticarían la enfermedad y recetarían una cura.
—¿Y si también eso fallara? ¿Si hubiese un malestar general? ¿Si incluso los magos perdiesen su interés por mantener la buena vida?
Se detuvo, quitándose el yugo, y se sentó debajo de un serbal.
—Perdóneme, señor-dijo—, pero me resulta difícil contestar a esta pregunta mientras camino.
—Tómese su tiempo.
Abrió y cerró la boca tres veces, como si tuviese miedo de divulgar un secreto, y al mismo tiempo estuviese ansioso por decirme la verdad. De repente su mirada alcanzó algo en la distancia y su cara se incendió.
—¡Mire!-exclamó nerviosamente—. ¡Mire en la lejanía!
—No veo qué es lo que me está señalando.
—¡Agitándose por el aire, atraviesa aquel monte, con las patas estiradas hacia atrás!-inclinó luego la cabeza nueve veces.
—Ah, aquella garza. Bueno ¿y qué?
—No es ninguna garza. Es una grulla. —Bueno pues, aquella grulla.
—Trae la respuesta a su pregunta.
—Soy muy denso. Explíqueme.

—Es la diosa.
—¿La grulla es vuestra diosa?
—No, pero es la evidencia de su presencia. Cuando cuatro estados caen enfermos espiritualmente y el quinto no puede curarlos, la diosa debe intervenir en persona.
—¿Cómo? ¿Con una tormenta, o una inundación, o un terremoto, como hacían los dioses en los viejos tiempos?
—No, ya le digo que aparece en persona, tomando la forma que más le plazca. Sólo ella queda libre de la costumbre. En su primera manifestación declaró desde una acacia: "Yo soy lo que elijo ser".
—¿Quiere decir que podríamos encontrarlos con la diosa caminando disfrazada por esta vía de tren?
—Sí tal fuera nuestro honor.
—Esperemos que la reconozcamos en seguida. Pero quiero entender esto bien: en pocas palabras, lo que hace que funcione vuestro sistema es la fuerza de la costumbre, basada en su mayor parte en palabras inspiradas de poetas y reforzada por el temor de la aparición caprichosa y repentina de la diosa, ¿verdad?
—No sólo temor, sino amor que responde a su amor. Como escribió Cleopatra, hablando en nombre de la diosa:

*Cuando el agua apesta, rompo la presa,
con amor la rompo.*

que es un comportamiento completamente distinto al del Dios-Trueno a quien durante un tiempo delegó su autoridad. Según nuestros *Mitos del mundo antiguo* él solía causar catástrofes naturales por puro enfado, tanto si la gente vivía virtuosamente o no.

—Sí, este sí que era espantoso, ¿verdad? Yo siempre me lo imagino como M. le Générale le Vicomte de Martinbault, el casero que tenía antes, un monstruo barbudo con la escarapela de la Legión de Honor en el ojal, que lanzaba a su criados escaleras abajo cuando estaba borracho y masticaba las copas de coñac hasta que la sangre de su boca le manchaba la camisa de vestir y el chaleco blanco: M. le Vicomte, sentado en una nube, borracho y agitando su rayo, con un Ganimedes vestido de terciopelo blanco apresurándose a servirle más Hennessy. A mí que me den diosas: al menos conservan la paz.

Continué explicándome que el comercio entre los reinos estaba organizado de una forma muy parecida al negocio entre los pueblos: cada reino exportaba sus productos super—fluos por mar y enviaba compradores para que trajeran, a cambio, cualquier producto que fuera bien recibido en casa. No había regateo; solamente un agradecido cambio de obsequios. Un principio neocretense era que el deber de hospitalidad que uno tenía hacia una persona se incrementaba con la distancia que éste había viajado, así que solamente los productos más escogidos se consideraban suficientemente buenos para exportar. Parece ser que el sistema funcionaba bastante bien, supongo que porque la población del mundo se había estabilizado en un número razonable y no había falta de comida, metales, textiles, ni trabajo-y tampoco, claro está, facturas, recibos, libros mayores, aduanas, tarifas, impuestos, balances de comercio ni cualquier otro obstáculo técnico que librara al intercambio de superfluidades. Económicamente hablando, se trataba del sistema menos estable jamás inventado: ni siquiera daba pie a estudios económicos por carecer totalmente de estadísticas.

Mientras descansábamos, nos adelantó un grupo de cinco aldeanos, dos mujeres y tres hombres. Iban vestidos de fiesta, las mujeres iban delante y los hombres, con los yugos sobre las espaldas las seguían en fila india. Estaban cantando una canción a coro melancólica sobre las penas del amor, pero dejaron de cantar al vernos y nos llamaron con un saludo. Era evidente que sabían quién era yo, porque uno de los hombres dijo:

—¡Niego que sea un fantasma, hermana; no puedo ver a través de él! Y la mujer que iba en cabeza le reprochó: —¡Silencio! Dicen que entiende nuestra lengua. Se hubieran quedado, pero el Intérprete les hizo señas de

que estábamos manteniendo una conversación importante, así que siguieron andando pero se dieron la vuelta y caminaron hacia atrás, mirándonos todavía, hasta que se perdieron de vista al doblar la curva. Llevaban las cestas llenas de pequeños rábanos colorados.

—Son de Rabnon-dijo el Intérprete—. Buena gente, pero de sangre muy ardiente y tan enamoradizos que su equipo de fútbol se pasa el intervalo de la media parte en cama con sus novias, cuando el partido es importante.

—¿Quiere usted decir "incluso cuando el partido es importante?"

Pero sacudió la cabeza como si no comprendiese:

—No, no quise decir tal cosa-luego dijo: —Cuando lleguemos a la ciudad, me temo que será usted la Cinosura de cada ojo a no ser que se proteja desapareciendo.

—Parece un truco útil. ¿Cómo se hace?

Sacó una barra de pintura de grasa de uno de sus múltiples bolsillos y me pintó algo en la frente.

—¿Qué es esto?-pregunté.

—Es una boca con la lengua sacada, la señal que utilizamos para decir "¡Mire a otro lado!". Si un hombre está apenado, o pensando profundamente, o no se encuentra lo suficientemente bien como para conversar con los que pueda encontrar, se pinta esta señal en la frente y desaparece, ya que nadie se atreve a prestarle atención mientras va así marcado.

—¡Excelente! Tengo que intentar introducir esta costumbre en mi época cuando vuelva.

Se levantó, recogió su yugo, y seguimos andando. Comenté la riqueza de huerta en los campos.

—Nunca se toma nada de la tierra sin una restauración subsiguiente-dijo el Intérprete—. Lo que por poco no destruyó a la raza humana en la época cuya fue el sistema de alcantarillado. La mitad de la población del mundo vivía en ciudades grandes; la otra mitad les proveía de comida a cambio de productos fabricados. La comida, en forma de excremento, fluía por las alcantarillas hasta el mar, y se perdía. A los campos se les daba, a cambio, fertilizantes artificiales y con el proceso del tiempo se llegaron a desnaturalizar. Siguió una escasez de comida, que dio pie a las guerras; y las guerras hicieron aún más daño a la tierra. Fueron los sofócratas los primeros en darse cuenta de que los mayores enemigos de la raza humana eran tres, a saber: el inodoro, el horno de incineración que le robaba a la tierra su riqueza, y el tractor, que permitía a los labradores arrear y convertir en desiertos vastos terrenos de clase inferior que deberían de haberse dejado para que creciera hierba o se formara bosque en honor a la diosa. Pero dejaron que fuéramos nosotros con nuestra religión quienes diéramos cuerpo al principio de la adoración a la tierra. Nosotros nos vanagloriamos de que con cada nueva generación la tierra se vuelve más negra y más profunda.

Sobre las costumbres agrícolas continuaba hasta el final de la vía. Parece ser que los agricultores neocretenses tenían mucho en común con los moros de Granada, los más inteligentes labradores de la edad media, cuyo trabajo echaron a perder los cristianos españoles con un celo tan fanático; y Nueva Creta también había sido lo bastante afortunada como para heredar las mejores clases de frutos, forraje y verduras de la edad científica intermedia. Pero algunos de sus métodos me parecían a mí perversamente anticuados. Desafió las alabanzas del Intérprete hacia el buey, como bestia de tiro, aunque, como de costumbre, me citó a un autor indiscutible, esta vez un poeta bastante moderno llamado Dodet:

*El buey aunque levto
es complaciente e incansable.
Sus pasos van al compás
con que respira la Tierra.
Tiene fuertes las espaldas,
dulce es su aliento,
y ricamente estercola los campos.*

—Pero si el caballo es un animal de granja mucho mejor en todos los aspectos-le dije.

—Los caballos se reservan para que los monten los capitanes y los magos-dijo ásperamente—. ¿Se atrevería a poner un caballo entre las limoneras de un carretón de heno? ¡Un caballo, nada menos! ¡Qué idea!

Siguió murmurando para sí mismo con indignación:

—¡Pero qué idea! ¡Caballo, carretón de heno!

La ciudad de Sanjon, cuando llegamos allí, era más pequeña, más ordenada, y edificada más a lo alto de la colina que en los viejos tiempos. También era bastante más limpia, y el Alys, el riachuelo que la cruzaba, parecía sorprendentemente potable. La sucia costumbre francesa de tirar toda clase de basura y desperdicios a los arroyos se había dejado por razones religiosas. El agua corriente era particularmente sagrada para la diosa. Pero cuando subíamos la cuesta eché de menos la estación de tren de ladrillo amarillo, el cuartel de la policía, el Cinéma Moderne, la fábrica de cemento, la fábrica de gaseosa, la iglesia de San Nicolás con su cementerio demasiado amontonado, el château del siglo catorce, y el Asilo Lunático Departamental, todo lo cual había contribuido el encanto rico y confuso de St. Jean-les-Porcs. No obstante, pasamos por un campo de fútbol magnífico, y el Intérprete me dijo que desde que los juegos habían sido traídos dentro del marco de la religión, el fútbol de rugby se había convertido en una obsesión entre los comunes. "No puede haber nada de malo con un lugar donde se juega seriamente al rugby", me aseguré a mí mismo. Ni tampoco podría pelearme con la arquitectura de las casas en las calles y en las plazas. Eran sólidas y estaban bien proporcionadas, hechas con la piedra del país y sin excrecencias insensatas ni *petit bourgeois fantaisie*. No había dos iguales y como los comunes no sabían leer, cada portal tenía su tablilla pintada, o cabeza esculpida, o grupo de estatuaría.

El símbolo en mi frente era tan eficaz que de camino al mercado tuve que estar continuamente saliéndome del paso de la gente tonta que de otro modo hubiese intentado atravesarme. El mercado en sí sugería una exposición de flores montada en una iglesia. Toda clase de verduras y frutos maravillosos estaba artísticamente apilada en puestos pintados; pero como no había premios, ni precios, ni regateos, ni competencia, y como la gente encargada de los puestos eran empleados públicos, y no los dueños, y no tenían nada que hacer aparte de abastecer las existencias cuando se terminaban, faltaba el elemento dramático. Nosotros los compradores entrábamos por una puerta, dejando nuestros obsequios en un altar conveniente situado cerca de la entrada arqueada, dábamos vueltas como atolondrados con nuestras cestas, sirviéndonos silenciosamente de cuanto queríamos, ni siquiera molestándonos en pesar nuestras compras; y cuando habíamos completado el círculo, salíamos de nuevo. El procedimiento recordaba el utilizado por un supermercado americano, sólo que al salir no nos detenía ningún contador vigilante en la barrera para sumar nuestras compras y recoger nuestro dinero. A mí personalmente no me gustaba regatear los céntimos frente a las verduleras. Siempre había dejado que esto lo hiciera Antonia, pues se le daba muy bien, mientras yo compraba en los puestos de *prix-fixe*. Pero aún menos me gustaba pensar que me daban cosas por nada; me hacía sentir como si mi libertad personal estuviese amenazada.

No, el mercado no tenía nada de la vida que había tenido en un tiempo. ¿Dónde estaba la Veuve Koko, la vieja cicatrizada por la viruela que solía traer consigo un mono doméstico y un pato turco para ayudarla a vender las medicinas patentadas de su ya fallecido marido? ¿Dónde estaba el niño cojo, Vulcain, que vendía fuegos artificiales y juguetes mecánicos? ¿Dónde estaba el viejo Monsieur Démos— thène con sus cajas de libros de segunda mano, y su bonita nieta que vendía periódicos en el kiosco? La costumbre neo—cretense se había desecho de todos ellos. Por otra parte, se había desecho también de idiotas congénitos, de borrachos, de perros de la calle, policías, suciedades, olores, peleas a puño, y de *pissotrs* a nivel de la rodilla recubiertos de animaos de preparados antisifilíticos. Pero vaya...

Silenciosamente ayudé al Intérprete a llenar sus cestos, y silenciosamente le seguí, saliendo del mercado y llegando a la Plaza del Refectorio, preparada con unas doscientas mesas, donde los empleados públicos proporcionaban cerveza y galletitas saladas y gratis a los visitantes de los pueblos. Nos sentamos en una mesa y escuchamos la conversación a nuestro alrededor, tan extraordinariamente educada y musical; pero el único tema que realmente había interesado a la gente de St Jean en los viejos tiempos, el dinero y los precios, no surgía ahora; y aunque los agricultores intercambiaban información sobre el tiempo, la cosecha del heno y cerdos, sus comentarios tenían poco filo. Ni siquiera cuando salió a la discusión el partido de ayer de rugby, jugado con tanto ahínco, y la carrera de caballos de los capitanes; porque en un mundo sin dinero no existen, naturalmente, las apuestas.

Nunca hasta entonces me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba gastar dinero; siempre me había enorgullecido de estar por encima de estas cosas. Aunque intelectual—mente estaba de acuerdo con los neocretenses que el sobreesimiento del motivo religioso por el motivo del beneficio en los negocios humanos había sido un desastre de primera magnitud, emocionalmente estaba de acuerdo con el viejo Tonto en la antigua comalia inglesa de Navidad quien les gritaba a su hijos: "Arenque escabechado", calzones de pimienta y calzones de jengibre: "Chicos, ¡los tiempos están duros! ¡Me gusta llevar dinero en ambos bolsillos!".

Y, sin embargo, qué ancianos y qué ancianas tan graves, qué muchachas tan serenas, qué jóvenes tan apuestos y corteses estaban sentados por todo mi alrededor con su cerveza y galletas saladas. Mis tátara, tátara, etc., nietos, ¡benditos sean! Equivalentes humanos de las exposiciones merecedoras le galardón que estaban agrupadas artísticamente en los puestos del mercado. Recordé los versos de Coleridge:

*Y aunque granujas inveterados seamos,
descendencia virtuosa aseguramos
y en el estercolero de nuestras malicias
crecerán hombres como pitías y delicias.*

—Vamonos ya a casa-le dije al Intérprete—. No me siento digno de beber en esta compañía.

Se fue a comprar sus botones de nácar y encargar sus puertas de hierro forjado, mientras yo miraba en las vitrinas de una tienda de porcelana y de una joyería. Era un alivio ver cosas nuevas a la venta que no estuviesen producidas en serie, bajo un patrón vulgar y sin conciencia; en mi época cualquier persona con sensibilidad se había visto forzado a comprar en el pasado. Si sólo pudiese adquirir aquel pequeño medallón de una paloma en un arbusto, o aquel broche de oro ovalado con taracea en esmalte rojo y verde, y llevármelo de vuelta conmigo como un regalo para Antonia... "El rojo y el verde, que jamás sean vistos, más que en una reina irlandesa". Antonia, que es irlandesa, aunque no exactamente una reina, tiene una pasión sincera por el rojo y el verde por lo que siempre le hago bromas. ¡O aquel estupendo plato de aspecto español con rayas amarillas, azules y color chocolate con un velero en el centro y tres atunes divirtiéndose a su alrededor! Eso de verdad le encantaría. Pero cuando apreció el Intérprete, me dijo que estaban diseñados para los comunes. Comprendí que, como poeta, no debería de admirarlos.

Al pasar por el campo de fútbol de regreso a casa, tomándonos para cargar con el yugo, estaba a punto de empezar un partido. Los jugadores iban desnudos, con excepción de unos shorts de color, y no llevaban botas. El equipo visitante, que lucía un amarillo narciso, estaba cantando un himno que me era familiar, en honor a la diosa, mientras se pasaban la pelota de uno a otro.

—¿Por qué está riendo?-preguntó el Intérprete.

—Por placer-le contesté—. El mejor partido que jamás he presenciado fue en Murroryfield, cerca de Edinburgo, donde Gales ganó a Escocia por un gol caído a un ensayo en el campo más pegajoso que jamás haya visto. Los visitantes también cantaban "Oh, tierra de nuestros padres".

—Oh, tierra de nuestra madre, la reina de los futbolistas-me corrigió—. Pero no se entretenga aquí a no ser que quiera ver el partido entero. No es respetuoso quedarse solamente un rato corto...

Y seguíamos el camino.

—¿Qué población tiene Sanjon ahora?-pregunté al cabo de un rato

—Esta es una pregunta que no debería de formular, aunque yo pudiese contestarla.

—¿Por qué?

—Trae muy mala suerte hacer un recuento de cabezas, o incluso una aproximación a un recuento. Verbigracia, nunca decimos "una multitud de unas mil personas". Decimos "más o menos tantas personas como las que llenarían la iglesia de Sanjon". Lo que el poeta Vives escribió hace mucho tiempo ha adquirido una fuerza legislativa. Su "Sátira sobre los números" empieza:

*Contar cabezas era una felonía
era darle a cada hombre un número*

*y robarle su nombre,
el nombre que era su alma.
Cuando todos se conocían por números,
he aquí una masa sin facciones,
cada cara un desventurado cero
¡lleno de la ciega emoción
de la colectividad!*

Vives había llegado a una solución razonable, a saber, que la fuerza social más destructiva de las pasadas épocas había sido una emoción en masa que se exhibió en el nacionalismo, el fascismo, el comunismo, el neocomunismo, el pantisocratismo, el logicalismo, etc., y que se derivó de pensar en términos de intereses colectivos en lugar de términos individuales. En períodos en los que el hombre rico oprimía a sus vecinos pobres, quienes en vano aclamaban la justicia, estos intereses colectivos habían parecido más virtuosos que los individuales, y también había parecido necesario contar las cabezas para demostrar que esta pobre gente superaba con mucho en número a los ricos y que por lo tanto eran merecedores de consideración. Pero una vez que la gente aceptó este principio, a saber, que el individuo, tanto el rico como el pobre, debía subordinarse a un Gobierno de un millón de facetas, considerado como el depósito de intereses colectivos, entonces, señor, todo se torció. Como que el Gobierno era un concepto social, y no religioso, y estaba basado sobre la ley y no el amor, no tenía ninguna cohesión natural. Era un agregado de diversos y no relacionados elementos y demasiado difícil de manejar para que cualquier persona sola lo comprendiera; y por lo tanto solamente los charlatanes se prestaban a gobernarlo:

*Se adelantaron los charlatanes
adoptando audazmente títulos
de virtud matemática.
Raíz Cuadrada de Menos Uno
proclamóse dictador
y aumentó una rencilla personal
por progresión aritmética
convirtiéndola en insensata cruzada.*

Así pues, a través de la influencia de Vives, nuestro mundo se ha conservado como una red de pequeñas comunidades en donde cada hombre es conocido por su vecino por apodo y cara, y en donde nunca se hace un recuento de cabezas. Los gobiernos solamente existen en cuanto que estas comunidades están unidas unas a otras por los lazos comunes de la costumbre y reconocen al mismo rey.

—Pero ¿supongo que cuentan ustedes el número de distritos, regiones y reinos?

—Como contamos los días de un mes o los puntos en una hilada de calceta. Pero no se debe contar a las personas, excepto en la forma en que uno aprecia, sin enumeración, cuánta gente está presente en una habitación. Así pues, al no ser millones sin cabezas sino individuos conocidos con nombres, no nos dejamos influencias por teorías políticas o económicas apasionadas, como en su época. Únicamente los acontecimientos locales suscitan nuestras emociones.

—Ahí va de nuevo aquella grulla-le dije—. Mire, está volando por el arroyo del molino y, ¡espere!, sí, está posada en el tejado de la Casa de los Disparates. ¿Qué significa esto?

La cara del Intérprete estaba gris de tan alarmada.

—¡Madre mía, madre mía, madre mía!-dijo, haciendo reverencias como una marioneta—. Oh mi buen señor, ¡espero que el corazón de la diosa nos sea piadoso!

Intenté enterarme del por qué de su alboroto, pero en su angustia se puso a hablar con incoherencia, y cuando llegamos al puente se sentó sobre la baranda con la cabeza hundida entre sus manos.

—¿Puedo ayudarle a subir la cuesta con el yugo?-le pregunté.

El tan sólo me clavó la vista acongojado, como si nunca en su vida me hubiese visto; así que le dije adiós y volví a la Casa Mágica, donde los sirvientes me habían traído una solitaria comida de pan, queso y ensalada.

Después intenté escribir un poema en mi mente, pero encontré que sin papel ni lápiz no podía pasar de los tres primeros versos.

Se declara la guerra

Mis amigos tenían un aspecto sumiso y pálido cuando entraron a fumar en el atardecer, sobre todo Zafiro, pero lo achaqué a sus agotadores estudios. Me saludaron en el mismo tono cariñoso de siempre.

—¿Qué te ha parecido Sanjon?-preguntó Veo-un-Pájaro, cuando hubieron quemado totalmente las colillas de los cigarrillos.
—Es perfecto a su manera-le dije, sin mucho entusiasmo—. Si yo fuese un viejo oficial del ejército retirado con una pensión insuficiente, que nunca leyese ni fumase, que evitara la compañía de otros viejos oficiales del ejército retirados, que valorase mucho los buenos modales y el buen humor, le gustase tomar su vaso de cerveza al sol, y tuviese por *hobby* estudiar costumbres indígenas, me imagino que Sanjon me sentaría ni que pintado... ¿Cómo han ido sus estudios?

Veo-un-Pájaro sacudió la cabeza con resignación. —Una nube pequeña oscureció el sol a media mañana y lo persiguió por el cielo todo el día.
—Por eso no he podido componer el último verso de mi poema-añadió Pan de Higo tristemente—. Tenía esperanzas de que hoy me vería favorecido; me ha eludido lunes tras lunes desde lo más frío del invierno.

—¿Es muy largo su poema?
—Los cinco versos acostumbrados. En estos días de paz, nunca intentamos escribir poemas de mayor duración. Trata de unas estrellas vistas a través de las ramas de un olivo.
—Ninguno de nosotros pudimos adelantar nada-dijo Estrella de Mar—. Mis cuerdas estaban desafinadas. La diosa retuvo su presencia.

Sally frunció el ceño.
—Hubiese sido de tontos esperar otra cosa, con estos problemas en la casa-dijo.
—¿Hay algún enfermo?-pregunté.
—Nadie está enfermo, ¡bendita sea Nimué!
—¿Algún problema con la servidumbre?
—Los sirvientes no causan problemas: los alivian.

Miré sus caras con escrutinio. La de Sally parecía indignada, la de Veo-un-Pájaro preocupada pero amable, la de Pan de Higo claramente asustada, la de Estrella de Mar excitada, y 1ª de Zafiro plenamente angustiada.

Me pareció mi deber, como invitado, tranquilizados.
—Caramba, vaya reunión más malhumorada-les dije bromeando—. Parecen los familiares en un funeral francés cuando el abogado acaba de darles la noticia de que la vieja le ha dejado todo su dinero al joven cura, el del ceceo.

Nadie siquiera me sonrió cortésmente.
Me dirigí a Zafiro:
—Supongo, cariño, que tendría que haberte traído un regalo de Sanjon-le dije, algo nervioso—. Alguna que otra joya. Había algunas cosas preciosas en las tiendas. Pero el Intérprete me dijo que tendría que pagar con una oración o un poema y, aunque me imagino que la diosa hubiese aceptado uno en inglés, no quería arriesgarme a ofender al cura de turno, así que no dije nada. De todos modos, no tenía ni idea de lo que te gustaría; puede que te hubiese comprado algo que no te fuera bien en absoluta Sois todas tan convencionales aquí en cuestión de gustos.

—No todos-dijo Sally, procurando no mirar a Zafiro.
—Vamos, por lo que más queráis, decidme qué le pasa a todo el mundo esta noche-les dije exasperado—. ¿Es que ha vuelto el bruch?

Sally hizo señas a los demás de que quería hacer la revelación ella misma sin interrupción; pero no había dicho más que tres palabras cuando entró un sirviente con un mensaje verbal, que repitió por segunda vez para asegurarse de que lo había transmitido correctamente. Era una petición para que todos ellos cabalgasen en seguida al parque de Rabnon para asistir a un Consejo de los Cinco Estados.

—Pero, ¿qué está pasando allí?
Veo-un-Pájaro dijo:
—Seguramente la guerra de la que le estuvimos hablando estallará ahora. Entre Rabnon, el pueblo después del próximo por la vía del tren, y Zapmor, que queda a medio camino entre nosotros y el mar. Siento decir que realmente no podemos negarnos a ir, aunque la petición llegue en un momento inconveniente. ¿Le gustaría acompañarnos?

Así que la revelación fue aplazada.
Me prestaron un caballo y nos marchamos en seguida. Pasábamos al trote por el camino de herradura sombreado por árboles, y Estrella de Mar se aclaró la voz y empezó:
—Parte primera: Rabnon es un pueblo poliandro alegre, de teja roja y persianas verdes.
—¿Famoso por sus rábanos y su sangre ardiente?-añadi.
—Sí, esto está muy bien expresado; y Zapmor es un pueblo monógamo hosco, con tejados de pizarra, persianas marrones, famoso por su manufactura de zapatos de punta cuadrada.

El asunto era como sigue. Tres chiquillos se habían fugado un atardecer de sus hogares de Zapmor, hacía como quince días, y fueron hallados vagando por un bosque cerca de Rabnon mucho después de la hora de cenar. Cuando les interrogaron, dijeron que no querían volver a casa para cenar.

—Pero, ¿por qué no?-les preguntó el leñador de Rabnon que les había encontrado—. ¿Acaso vuestros padres no os tratan con cariño?
Levantaron los hombros cortésmente.

Entonces ¿qué era?
Parecía ser que siempre les daban la misma cena de pan, leche y confitura de rosas de damasco, y que ya estaban más que hartos de comerla.
Rabnon envió a un corredor a Zapmor en seguida con el mensaje de que los niños estaban al salvo y que serían devueltos después de que les hubieran dado de comer. Les dieron té, pajitas de queso, lechuga y rábanos, y se los llevaron a casa contentos y demasiado llenos justo antes de la medianoche. Fin de la parte primera.

Parte segunda. Una semana más tarde, a la hora de cenar, los niños volvieron a aparecer en Rabnon en la casa donde les habían dado de comer antes.
—¿Qué? ¿Otra vez confitura de damasco para cenar?
—Sí, siempre la misma confitura de damasco.
—¿Os gusta un poco más ahora?
—Nos sale por las orejas cuando la comemos.

¡Así que sus padres no habían comprendido la insinuación! Ahora habría que hacerles darse cuenta de la seriedad de la situación. Rabnon estuvo cavilando sobre el asunto durante una semana y luego organizaron un Consejo de los Cinco Estados al cual, por ser los magos neutrales más cercanos, estábamos ahora invitados.

—Fin de la Parte Segunda-dijo Estrella de Mar, y de nuevo se quedó callado.
—Si me permite hacer un comentario-dije—, sin prejuicios hacia las deliberaciones del Consejo, esta historia me parece un poco dudosa.
—¿Qué quiere usted decir con eso?
—Los niños pequeños son muy conservadores en lo que respecta a la comida; si el caso fuera únicamente de un niño problemático con una queja, esto tendría sentido, pero tres son demasiados.
—Como visitante, mucho me temo que no podrá usted traer este comentario a discusión en el Consejo.
—Quizá lo haga otra persona.

Parte tercera. Encontramos a todo Rabnon reunido en el parque, sentados en cucullas en un semicírculo frente a la columna totémica, y hablando en voz baja, los ancianos sentados detrás, en sillas con asientos de junquillo. Un sacerdote de apariencia austera que llevaba una túnica blanca, faja dorada y capa encamada, rompió la rama de un árbol y se paseó por dentro del semicírculo rociando a todo el mundo con agua de un jarrón esmaltado de verde. Cuando hubieron cantado una canción melódica en honor a la diosa, el capitán del lugar abrió la sesión, señalando con el dedo pulgar a un hombre llamado Pies-de-Martillo:

—¡Hable!-dijo secamente.
Pies-de-Martillo era el leñador. Se puso de pie de un salto e hizo una declaración apasionada de cómo se había encontrado a los niños vagando por el bosque comiendo zarzamoras. Dio cuenta dramáticamente del diálogo que se estableció después, empleando tonos graves y solemnes para sus propias preguntas y una voz chillona para las respuestas cautelosas de los niños. Su estribillo principal era "confitura de damasco", repetido cada vez más, apasionadamente.

Llamaron a otros testigos por turno, hasta que toda la historia quedó relatada. El silencio largo que siguió lo rompió por fin el joven Abre-por-favor, el guardameta de Rabnon, alto, suelto en sus coyunturas, quien dijo en una voz reflexiva:

—La confitura de damasco es buena cuando se come dos o tres noches a la semana. Los entusiastas podrían incluso decir "cuatro noches".
Cuando este comentario se hubo estudiado, una mujer gorda y placentera con un sombrero de pluma de perdiz se golpeó las caderas con decisión y dijo:

—Es una vergüenza que se abandonen sus hogares a la hora de cenar para todo el vecindario! ¿Ha pasado algo parecido alguna vez aquí en Rabnon?

No hubo respuesta. Por lo visto no había pasado nunca nada tan terrible en Rabnon.

Poco después un viejo llamado Cachondo, que parecía lo suficientemente venerable como para ser un anciano, pero que seguía siendo el playboy más incorregible del pueblo, introdujo el tema que nadie aún se había atrevido a discutir.

—En Monte Verde, en tiempos de mi abuela, estalló una guerra por una provocación mucho menor.

El capitán señaló al archivador jefe, quien se levantó para dar un resumen desapasionado de la Guerra del Monte Verde que había tenido lugar por causa de un perro que ladraba. Cachondo complementó el resumen con una lasciva escena muda que fue acogida con grandes carcajadas. Entonces el capitán hizo poner orden y señaló a una jovencita bonita con trenzas que se llamaba Melocotones, quien se puso en pie y dijo tristemente:

—Hay mucho peligro en la guerra, tanto para quienes la declaran como para aquellos contra quienes se declara.

La mujer gorda con el sombrero de pluma de perdiz la reprendió:

—Mayor es el peligro, mucho mayor, cuando se dejan pudrir las aguas estancadas.

—Personalmente, antes que causarles un disgusto a mis padres-continuó Melocotones—, me hubiera contentado con pan y leche en las noches en las que me cansara de confitura de damasco.

Aquí la madre de Melocotones la interrumpió:

—Olvidas, hijita, lo difícil que era darte de comer cuando eras pequeña. No querías comer verduras, ni fruta, ni siquiera dulces si no me estaba encima de ti con la cuchara durante horas. Hasta te disgustaban los rábanos y las pajitas de queso.

Hubo una risa general en la que participó Melocotones. La tensión se relajó, el capitán se sentó y se puso a sacar brillo a sus uñas con meditación; pronto la gente empezó a charlar sobre fútbol y boliche. Los ancianos volvieron cojeando a sus casas.

—¿Eso es todo?-pregunté con desilusión.

—¿Qué más quieres?-saltó Sally.

—Esperaba que decidiesen si iban o no iban a declarar la guerra.

—Pues claro que lo decidieron.

—¿Cuándo?

—Cuando hubo hablado la madre de Melocotones.

—Pero no levantaron las manos ni nada así.

—¿Y para qué iban a levantar las manos?

Le expliqué el sistema de votación por mayoría en juntas parroquiales inglesas.

—¿No fue sólo ayer que nos dijiste que en tu país sólo una persona de cada cinco está lo suficientemente bien educada para pensar razonablemente sobre un problema político? Eso quiere decir que, cada vez que hacéis votación por manos levantadas, es más probable que tenga razón la minoría, ¿verdad? Y de todas maneras, no veo cómo una junta parroquial puede esperar que una decisión se cumpla debidamente cuando la votación demuestra que no ha sido tomada con unanimidad de entrega. Hace unos instantes, si solamente una persona, por cualquier razón, se hubiese opuesto a la proposición de Cachondo, la hubieran abandonado en seguida. Todos sabemos que a no ser que un pueblo sea unánime en su declaración de guerra, ya la ha perdido antes de empezar la lucha.

—Pero, ¿cómo se tomó la decisión?

—¿No lo notaste? En cuanto se rieron, la discusión naturalmente terminó. No había nada más que decir. A no ser que Zapmor admita su falta, la guerra empezará en el amanecer. Siempre luchamos nuestras guerras en martes.

—¿Ocurre alguna vez que un reino declare la guerra a otro reino?-pregunté.

—Naturalmente que no. Sólo los vecinos se conocen lo suficientemente bien como para batirse en guerra. Los habitantes de un reino son completamente extraños a los de otro, e incluso en un reino los lazos de vecindad entre un distrito y otro no son lo bastante fuertes como para permitir la guerra a gran escala. Es una lástima, porque la guerra a gran escala sería muy divertida.

Entonces el capitán anunció que la declaración formal se liaría aquella misma noche. Le pregunté a Zafiro si podría asistir a la ceremonia. Quería escaparme del ambiente incómodo y tenso del salón, e hice ver que no notaba que me estaba dando permiso claramente de mala gana.

—Podrás dormir muy poco si vas, a no ser que estés decidido a perderte la etapa inicial de la guerra-me dijo.

—Si no te importa me gustada verlo todo, desde el principio hasta el final.

Cuando Estrella dé Mar se ofreció a acompañarme, los otros se volvieron a casa. Quise preguntarle acerca del problema, pero me dijo que sus labios estaban sellados. Lo único que pude deducir era que concernía a Zafiro. Bueno, si así era, prefería escuchar su propia explicación antes de que Sally me viniera con la suya.

Después de una media hora de preparativos, los luchadores de Rabnon, encabezados por el capitán, el equipo de fútbol, el barbero, y varias otras personas de importancia del pueblo, marcharon en fila india hacia Zapmor, con banderas e insignias desplegadas. Cada quinto hombre llevaba una antorcha encendida y todos llevaban puestos sus trajes de gala de seda acuchillada. Una banda de clarines tocaba una marcha que me resultaba familiar; no recuerdo su nombre, pero las palabras que la acompañan en nuestra época son éstas:

*¡ Brigada de chicos va!
con confitura-ra
una bolsa de real y medio
y un metro de lazo-zo.
¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!
¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!*

Había muchos gritos, vivas, y jolgorio, a todo lo cual el sacerdote del pueblo que se encargaba de la parte posterior de la procesión sonreía distraidamente, santiguándose de vez en cuando. Estrella de Mar y yo caminábamos detrás con nuestros caballos a una distancia discreta.

Cuando, media hora más tarde, nos detuvimos en la frontera de Zapmor, el ejército de Rabnon empezó a retumbar sus tambores y a soplar conchas, hasta que los combatientes de Zapmor, que ya estaban prevenidos de lo que les esperaba, marcharon a su encuentro, vestidos con sus trajes de gala de terciopelo negro. Los sacerdotes rivales avanzaron el uno hacia el otro, se besaron, e intercambiaron obsequios (una figurilla de la diosa con un rábano ceñido entre sus dos manos por una de la diosa agachándose para admirar sus zapatos negros de punta cuadrada) mientras que ambos pueblos cantaban un himno de amistad universal al unísono.

El barbero de Zapmor (los barberos también eran los portavoces de los pueblos) preguntó entonces cortésmente:

—3-¿Por qué habéis traído tambores y conchas a esta frontera, queridos amigos cultivadores de rábanos?

—Amables zapateros-contestó el barbero de Rabnon—, hemos tocado las conchas para hacer una pregunta a la cual, naturalmente, no necesitan contestar: "¿Siguen encontrando placer en comer confitura de damasco en la séptima noche de siete?*

—Esta es una pregunta que nos sentimos orgullosos de contestar. Su gusto se va incrementando en el que la come: la confitura de damasco es aún mejor en la cuarentanueveava noche de cuarenta y nueve.

—Pero tres chiquillos de vuestro pueblo no parecen compartir su opinión.

—Se sintieron atraídos por la reputación de vuestros rábanos y pajitas de queso. Cuando volvieron, temimos que podrían dejarnos para siempre, apartándose de nuestra austera costumbre del pueblo y seducidos por vuestra delicada forma

de vivir. Intentamos persuadirles

de que la confitura de damasco es lo mejor de todo, y que cuanto más uno la prueba, más agudo se vuelve su apetito por ella.

—Pero, ¿lo consiguieron?

—Aún no hemos perdido las esperanzas. Una costumbre de antigua reputación no se puede romper con ligereza.

—Pero, ¿no es una costumbre algo falta de amor?

—Nos es absolutamente imposible aceptar este punto de vista. Zapmor es un nido de amor constante y duradera

No había nada más que decir. En cuanto quedó claro que Zapmor seguía firme, el sacerdote de Rabnon devolvió el obsequio de amistad con la fórmula: "Hermano, al amanecer, habrá guerra entre vuestro pueblo y el nuestro. Proteged vuestros puentes y vuestras encrucijadas, y guardad vuestros niños a salvo en las ventanas altas de vuestras casas".

Entonces los capitanes rivales discutieron los límites de la lucha, qué huertas y campos estaban fuera de los confines por razones agrícolas, y por cuánto tiempo había que cumplir la tregua a mediodía y en la hora de la oración de la tarde. También decidieron en qué puntos dominantes debían de estacionarse los archivadores, y cuántos magos harían falta para separar a los combatientes que se dejaron llevar por la emoción de la batalla.

En cuanto se hubo acordado amigablemente todo esto, volvieron a sonar con estrépito las conchas de Rabnon, pero no hubo ningún trompeteo de respuesta por parte de Zapmor; los hombres de Rabnon ejecutaron una danza de guerra salvaje, blandiendo armas imaginarias y haciendo horribles muecas a sus oponentes, quienes saludando impasibles, les volvieron la espalda y majestuosamente abandonaron el lugar.

Cuando llegué a casa sobre las once y media no había nadie en el salón. Me encontré a Zafiro en el dormitorio, sentada en un sillón, los ojos hinchados y angustiada.

—¡Zafiro! ¡mi pobre Zafiro!

—Es una bendición volver a tenerte aquí-me dijo—. Tenía tanta necesidad de hablar contigo, pero no quisiste comprender la indirecta. Éste ha sido un día horrible para mí, el peor de toda mi vida.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado?-le pregunté—. ¿No te habrás peleado con Sally?

—Claro que la Nunca nos peleamos aquí. Pero justo después de marcharte a Sanjon le pregunté si podría explicarme el misterio que rondaba en nuestro dormitorio a medianoche, y ella me dijo que no sabía nada acerca de tu Antonia, pero que no le sorprendía que pasaran cosas extrañas; y me preguntó si no había sido algo irreflexiva al admitir una persona tan poco refinada como tú en mi cama. "¿No hubieses hecho lo mismo si te hubiese dicho que te amaba?", le pregunté. Se sonrojó, pero no era mi intención herir sus sentimientos como tampoco era la suya herir los míos.

—Estoy seguro de ello, preciosa. No puedo imaginarte siendo rencorosa; sólo diciendo las cosas con completa inocencia, haciendo salir ampollas en la más curtida de las caras.

¿Qué pasó entonces?

—Me preguntó si podría buscar la existencia de algún problema antes de marcharnos a nuestros estudios; y claro, le dije que sí, aunque realmente tendría que haber hecho la búsqueda yo misma, puesto que se trataba de mi propio dormitorio. Así que se puso su traje de bruja, se fue al jar— din de hierbas a coger un adivinador de problemas, de endrino, y lo peló. Entonces entró, lo equilibró sobre su dedo índice y dijo las (naciones necesarias. Pronto el adivinador empezó a dar vueltas. Dio tres vueltas y cuando se detuvo la punta fina señalaba aquel armario en la pared, justo encima de tu cabeza. Allí es donde encierro mis objetos más privados: ni bola de cristal, mis platos de plata, mi joya del mes y los nueve objetos secretos que me fueron dados en mi iniciación. Dije: "Sally, pronto, dame eso", no pudiendo creer lo que veía. Me lo entregó con una extraña mirada en su rostro. Repetí las oraciones y cuando coloqué el adivinador sobre mi índice, en seguida se puso a dar vueltas y volvió a señalar el armario. Preguntó: "¿Qué hay allí dentro, Zafiro? ¿Lo sabes?". Y le dije: "Oh, sólo mis platos de plata y mis cosas sagradas". "Bueno", me dijo, "si hay algún problema en aquel armario, está allí por tu consentimiento. Solamente hay una llave y tú la llevas atada al cuello". Yo le dije: "Sí, claro, Sally, es mi armario. Déjame este asunto a mí, por favor". Salí y cuando abrí el armario y encontré lo que había dentro sentí verdadero asco: era tan horrible, Di un chillido y Sally entró en seguida (debía estar esperando afuera) y vio lo que era. Nunca olvidaré cómo me miró.

—Escucha, Zafiro, antes de que continúes-le dije—, tienes que comprender que no me he acercado a tu armario y que no sé absolutamente nada de todo este asunto.

—Claro que no lo sabes, amor mío. Por mucho que puedan decir, esto no tiene nada en absoluto que ver contigo.

—Pero, ¿qué fue exactamente este hallazgo tan horrible?

—Está allí-dijo, señalando con una expresión de repugnancia hacia una especie de tapadera de fuente de porcelana con tres caras feas pintadas encima, que estaba colocada en una mesa en la esquina más apartada de la habitación.

—¿Qué, aquella tapadera?

—No: la cosa que hay debajo. Puse la tapadera de las Tres Caras Feas encima como preventivo, hasta poder hablar contigo de esto. Levanta la tapadera, echa un vistazo, y luego vuelve a colocarlo en seguida, por favor.

Me acerqué a la mesa y cautelosamente levanté la tapadera por su asa de serpiente. Luego solté una carcajada.

—¡Caramba! ¡Vaya chasco!-le dije—, ¡qué anticlima! Pero, ¿cómo demonios consiguió Erica plantarte esto?

—¿Erica? ¿La mujer del bruch?

—Erica Yvonne Turner, sobre la cual ya te he hablado más que suficiente. Es su odiosa pitillera.

La cogí descuidadamente y la abrí. Era la que había estado usando la noche anterior: de metal blanco deslustrado con el broche muy duro y un dibujo de appliqué en latón estampado de una desnuda mirando de reojo y sacándose leche de uno de sus pechos en un vaso de champagne gigante. Dentro había doce cigarrillos.

—Debe de haberlos dejado para mí-dije—. Sabe que me gustan los "Old Golds". Sí, ¿verdad que es un objeto de aspecto maligno? También a mí me hizo sentirme mal cuando lo vi por primera vez. Te lo puedo contar todo. Hubo un tiempo en que Erica me parecía maravillosa y le daba los regalos más costosos que podía: uno de ellos fue una pitillera de oro puro de una joyería de Londres llamada "Cartier's". Se la regalé en Marsella, justo cuando nos marchábamos a Argel. "Gracias, Teddy", me dijo. "Siempre podré sacar dos o trescientos dólares con esta herencia. Pero en realidad no me va. Me has comprendido mal; no soy una gentwoman inglesa". Aquella tarde se marchó al Basin y compró aquel horror en una tienda del barrio negro. "Sí, ¿verdad que es deliciosamente espantoso?", me dijo, "pero va con mi personalidad, mi verdadera personalidad. La vulgaridad despiadada es americana; la obscenidad afectada es francesa". Desde entonces siempre la llevaba consigo, sólo por despecho. No volví a ver la pitillera de oro; seguramente se la daría a un perdido llamado Emile.

—Pero, ¿cómo y cuándo puede haber entrado en mi dormitorio, y colocado la pitillera en mi armario?

—No estoy muy seguro. Lo que mejor se me ocurre es que lo haya hecho cuando te hiciste dormir al final del San— trepod. De todos modos, no lo tomes tan contra ti. La broma va para mí. Me ofreció toda una caja de cigarrillos la última vez que nos vimos, y yo no los quise aceptar.

—Pero, mi amor, {parece que no te des cuenta de lo que esto significa!

—Si quieres que me deshaga de la pitillera, es muy sencillo. A mí no me horroriza en lo más mínimo; la he conocido demasiado tiempo para que me ocurra esto. Mañana cabalgaré hasta el mar (no, mañana es la guerra); muy bien, pues, muy temprano pasado mañana, y allí lo echaré. "El mar todo lo limpia" (¿no he oído a alguno de vosotros citar esta frase de no sé qué poeta?). No creo que el caballo dé botes, y de todos modos seguramente me darás algún hechizo contra esto. Cuando llegue a casa puedes rociarme las manos con agua de rosas, y asunto concluido.

—Pero tú no tienes la menor idea de lo que significa. Significa que estoy deshonrada para siempre. Por haber tenido aquel objeto horrible en mi armario pierdo el derecho al respeto de todo el estado; mi único camino ahora es marcharme a morir.

—¡Tonterías! No lo pusiste allí tú misma y te disgusta tanto como a los demás.

—No, pero mi magia me falló. Me falló por completo.

—Si se trata de eso, también le falló a Sally. No tiene por qué hacerse la santa. El trabajo de mantener esta casa libre de bruches era tanto suyo como tuyo. Mira, cariño, tómate las cosas con calma. Es absurdo hablar de morir, sólo porque una asquerosa de mente descarriada, de la cual estuve enamorado hace siglos haya decidido gastarte una broma de colegiala. Le romperé el cuello si la vuelvo a ver, verás si lo hago. Es de esas que no soportan ver a un amante suyo desechado, felizmente aparejado con otra mujer; sobre todo con alguien que es claramente más guapa que ella. Suénate la nariz, báñate los ojos y prométeme que no hablarás de marcharte hasta que yo mismo haya tenido ocasión de arreglar las cosas con ella.

—Muy bien, lo prometo-me dijo, sumisa—. Disculpame por mi aspecto horrible. Ya nada me importaba. ¿Pero quién es ella?

—Ya te lo he dicho.

—No me lo puedes haber dicho todo, porque si no es más que una mala mujer de tu época, ¿cómo llegó hasta aquí, y cómo ejecuta su magia?

—Como no entiendo de estas cosas, no puedo explicar mecanismos de este tipo Y si tampoco puedes tú...* bueno, pues, supongo que lo único que puedes hacer es consultar a tu diosa. Estaba visitando el pueblo en persona justo cuando el Intérprete y yo volvíamos de Sanjon.

—Edward, ¡no blasfemes!

—Cariño, no hago nada de eso. Voló por el arroyo del molino en forma de grulla con sus patas grises estiradas hacia detrás, y se posó encima del tejado de la Casa de los Disparates. Desgraciadamente había un árbol por medio, así que no pude ver lo que hizo allí; pero no creo que echara a volar y cuando llegamos se hubiera marchado. El Intérprete se puso todo nervioso y...

Pero Zafiro se había desmayado. La metí en la cama y luego fui a llamar a la puerta de Sally, quien salió de su dormitorio bien despierta y completamente vestida.

—¿Qué pasa?-me preguntó friamente.

—Zafiro se ha desmayado.

—Eso no es asunto mío. Tú le trajiste este apuro. Tuyo es el deber de quitársela

Entonces perdí los estribos.

—No, no vas a librarte de tus responsabilidades tan fácilmente. Fuiste tú quien me trajiste aquí, y fuiste tú quien me lanzaste a los brazos de Zafiro y fue tuyo el trabajo de apaciguar el bruch. Es tu mejor amiga y este mundo nuestro se supone que está gobernado por principios de amor perfecto. Si no vienes ahora mismo a poner las cosas en claro, voy a componer una sátira tan mordaz contra ti (en inglés, pero no por eso menos eficiente) que tu nariz se pelará y tu pelo se te caerá a puñados. Zafiro es buena...

Me interrumpió:

—Ninguna mujer buena guarda obscenidades en su armario.

—Peto es víctima de una broma pesada.

—A ninguna mujer buena se la hace víctima.

—Pronto lo veremos. Y si no te vas en seguida a sacar a Zafiro de su desmayo, le diré a todo el mundo que fuiste tú misma quien le plantó aquella pitillera.

Sonrió despectivamente, sonó la campana para que viniera una sirvienta y cuando apareció le dio instrucciones breves para que tratase a Zafiro. Luego dijo "buenas noches" y volvió tranquilamente a su habitación.

La podría haber estrangulado. Pero en lugar de eso, envolví rápidamente la pitillera en mi pañuelo y se la entregué a la sirvienta, sin dejarle ver lo que era.

—Cuando haga la cama de Sally mañana por la mañ*a, por favor, ponga esto debajo de su almohada-dije despreocupadamente—. Es un obsequio poético.

Se lo metió en el bolsillo sin hacer comentarios, inclinó la cabeza, fue en busca de restaurativos en algún sitio del piso de abajo, y luego me hizo señas para que la dejase sola

con Zafiro.

Cuando de nuevo me admitieron, Zafiro había recobrado su color y algo de su belleza serena. Estaba profundamente dormida y respiraba con normalidad.

—La ninfa no se despertará hasta mediodía de mañana—dijo la sirvienta—, a no ser que se la moleste.

Le di las gracias, y ella se marchó con un respetuoso "buenas noches".

Entonces me desvestí, me tumbé al lado de Zafiro y estudié su hermosa e infantil cara a la luz de la vela. No sé por qué, pero me pareció que como maga estaba desplazada; estaba claro que tenía talento e intuición y que era absolutamente sincera, y que había estudiado mucho, pero ¿era eso suficiente? La magia requería duplicidad, y no simplicidad. En cambio Sally... Pero, ¿estaba siendo sincero conmigo mismo? ¿Acaso era el atractivo de Zafiro hacia mí puramente físico, a pesar de la misteriosa compunción interior que me impedía desearla en la forma normal? No teníamos bromas, ni "pequeño lenguaje", ni charlas, ni ninguna experiencia o viejos amigos en común, y sin embargo cuando me la encontré llorando en la butaca me había sentido absurdamente conmovido. ¿Cuál era aquella versión de la Canción de Salomón que los remeros de Oxford voceaban en sus fiestas triunfales con la melodía de "Venid, todos los niños"

¿Por qué eres tan hermosa?

¿Por qué naciste así?

Nariz—perfecta, labios llenos

y dientes de marfil.

Tus ojos brillan tanto

tu fecho es una flor

¡oh ven conmigo a la cama

que así será mejor!

¡Qué sencillo resultaba el amor para Salomón o para los remeros de equipos universitarios! Pero yo no me sentía así con Zafiro, y ella no me hubiese aceptado de haber sido de este modo; al contrario, contaba conmigo como poeta para echar a volar y elevarme con ella en espíritu a un séptimo cielo psicoerótico muy por encima de mi alcance. Me encontraba en una situación enteramente falsa. Ahora, para complicar más las cosas, ella estaba en un apuro, en un grave apuro; e indirectamente, por mi culpa. Gimió y murmuró algo entre sueños, y me sobrevino otra oleada de ternura.

—No te preocupes, cariño—le susurré—. Puede que no sea un mago, pero a mí que no me vengán con que te van a tratar mal mientras aún esté yo por aquí.

Se Libra batalla

Veo-un-Pájaro, Pan de Higo, Estrella de Mar y yo llegamos a la frontera entre los dos pueblos cuando empezaba a amanecer. No había sentido mucho remordimiento al dejar a Zafiro; por lo visto todo iría bien hasta el mediodía, hora en que volvería a casa para ver cómo estaba.

Nos encontramos a los ejércitos rivales reunidos en filas irregulares, enfrentándose ya.

—Un excelente cuerpo de hombres— me encontré diciéndole a Estrella de Mar, profesionalmente—, y bajo un buen sargento-instructor podrían dar una impresión mejor. ¿No acostumbran hacer instrucción aquí?

Pero ésa fue otra de mis preguntas tontas. Resultó que la guerra entre pueblos tenía más en común una camavalesca versión del antiguo juego inglés de fútbol que con la guerra tal-como la conocía yo. Los combatientes, cuyas edades oscilaban entre los dieciséis y los sesenta años, iban todos bien untados de grasa y desnudos a excepción de unos calzones de cuero, manoplas, mocasines y cascos redondos de cuero, y su única arma era un garrote de lucha ligero acolchado en una punta. Los de Rabnon, que superaban en número a los de Zapmor en una proporción de tres a dos, iban todos teñidos con un zig-zag carmesí y blanco; los de Zapmor iban manchados irregularmente de ocre rojo y se habían ennegrecido las caras con corcho quemado.

El sol se levantó por encima de los montes del este, sonó una trompeta, y los sacerdotes se acercaron uno al otro, igual que en la ceremonia anterior. El sacerdote de Rabnon, sosteniendo un racimo de damascos de madera pintada, declamó:

—Hermano, ésta es nuestra prenda de guerra. Con la ayuda de la diosa,' la llevaremos hasta el parque de nuestro pueblo.

El sacerdote de Zapmor respondió como antifona:

—Con ayuda de la diosa la devolveremos al lugar de donde vino.

—La prenda de guerra es un símbolo del conflicto-me explicó Pan de Higo—. Rabnon tiene intención de llevarlo por la fuerza o con subterfugios al otro lado de la frontera dentro del territorio de Zapmor. ¿Recuerda la columna to témica con la figurilla de un dios de boca grande en su base, y la otra parecida en el parque de.Rabnon? Cada pueblo tiene su estatuilla de un dios y lo venera como el genio personal del lugar. La guerra terminará cuando se haya obligado a la estatuilla de un lado o a la del otro a tragarse la prenda de guerra. Una de las muchas reglas en nuestro código de guerra es que la prenda siempre debe mantenerse destapada y por encima del terreno; luego hay otra que obliga a todo hombre, una vez que su garrote se ha roto o le ha sido arrancado, a quedar fuera de acción durante el resto de la guerra a no ser que sus camaradas consigan recap— turárselo; y otra es que un capitán sólo puede luchar contra un capitán. Pronto lo irá comprendiendo.

Aparte de nosotros, habían aparecido otros diez magos de casas cercanas: seis hombres y cuatro mujeres. Cuando Pan de Higo me los presentó, me preguntaron con grandes muestras de interés:

—¿Qué le parece Nueva Creta?

—Desafía toda crítica-contesté cortésmente. (Ésta había sido también mi respuesta rutinaria a la pregunta: "¿Qué le parece nuestra Nueva Alemania?", cuando en 1937 Antonia y yo nos hospedamos en casa de unos amigos en Freiburg.)

Luego siguieron interrogaciones ansiosas sobre Zafiro y Sally; ¿por qué no habían asistido?

—Ah, ¿Zafiro? Está durmiendo, y Sally está junto a su lecho-dijo Pan de Higo que era quien llevaba la conversación—. No es nada de importancia, nada en absoluto. Si le place a la diosa, estarán las dos aquí esta tarde.

pero pude ver por su actitud que los rumores acerca del problema en nuestra casa ya les habían llegado.

Había algo un poco extraño en Pan de Higo aquella mañana. Le observé más de cerca y noté una ligereza de gestos poco corrientes en él, una rapidez en el habla, un destello en sus ojos normalmente tan sombríos. Quizás estaba drogado, pensé. Había estado charlando sin parar todo el camino, más que nada sobre la velocidad y hermosura de caballos célebres del pasado, con una mención honorable de su propio lustroso corcel. Algo le debía de haber pasado, o quizá estaba a punto de pasarle... ¿Acaso iba a ofrecerse como voluntario para la lucha, como ya habían decidido hacer otros dos jóvenes magos, uno por cada lado? ¿O era que su comportamiento simplemente reflejaba su nerviosa solicitud hacia Sally? Me recordaba vivamente a alguien; pero, ¿a quién? No era un parecido físico, pero una conducta idéntica... "Piernas" Doughty-Wyllie, claro, la noche antes de nuestro ataque a Montecasino. Piernas era un soldado de línea, y el más seco y taciturno de los mandos de nuestra compañía, que siempre andaba hablando sobre la superioridad del cerdo negro sobre todas las demás razas de Inglaterra. Era extraño que nadie más parecía haber notado el cambio en Pan de Higo.

Las cometas tocaron al ataque y se libró la batalla. Los de Zapmor atacaron con decisión para asegurarse la prenda, pero los de Rabnon no hacían más que tirarla de mano en mano hasta que Piel de Ganso, su más rápido corredor, la atrapó y emprendió carrera hacia un bosque justo dentro del límite de Zapmor. Había una avanzada de Zapmor de guardia allí, pero Piel de Ganso se desvió, pasó desapercibido y pronto se perdió por entre los árboles.

El capitán de Zapmor mandó corredores rápidos al bosque. Se extendieron y lo rodearon, pero no podían estar seguros si Piel de Ganso aún estaba dentro o si los distantes voceos de un vigía en un árbol significaban que se había ido y que se dirigía hacia un bosque más adentro del territorio de Zapmor. Los exploradores se lanzaron a la persecución y por fin cogieron y desarmaron a Piel de Ganso al salir del segundo bosque. No obstante, no encontraron la prenda en su posesión, y, según el código, les fue prohibido interrogarle acerca de ella.

Entonces siguió un juego de engaños y contraengaños. Los de Zapmor, haciendo ver que habían encontrado la prenda, levantaron un grito de excitación. Los de Rabnon, que la habían tenido durante todo este tiempo (porque lo que Piel de Ganso se había llevado al bosque no era la prenda sino un ramo de rosas) hicieron ver que habían sido engañados y se agruparon en torno al enemigo, que seguía gritando. Entonces una patrulla de Zapmor dio un rodeo y buscó con cuidado en el primer bosque hasta que encontró la trampa de ellos rasas. Les acogió una risa burlona desde lo alto de un árbol donde estaba situado un explorador de Rabnon.

Se estaba realizando una fuerte lucha con garrotes dentro del segundo bosque. Estrella de Mar y yo galopamos hasta allí y presenciarnos una escena digna de ver: los combatientes utilizaban los garrotes como lanzas sin punta para embestir, como porras para golpear, y como pértigas para saltar o echarles la zancadilla a sus adversarios. Eran increíblemente hábiles en su manejo; el choque de garrote contra garrote era incesante, mezclado con gritos, risas, alaridos de guerra y el ocasional y apagado estampido de un golpe bien dirigido contra un casco de cuero. A los de Rabnon les superaban en número en esta escaramuza y pronto tuvieron que retirarse, dejando a diez hombres desarmados. Cuando llegaron refuerzos, la lucha se convirtió en un intento por rescatar los garrotes capturados antes de que se los llevaran a Zapmor, pero se perdieron varios más en el esfuerzo.

Zapmor tenía los combatientes más fuertes y mejor disciplinados, pero Rabnon seguía en posesión de la prenda. Seguidamente idearon varias tretas para cruzar la frontera con y los de Zapmor no la percibieron hasta más o menos jgs ocho, cuando se había convertido en el centro de una avivada batalla que se luchó subiendo y bajando por un ano* «o, a tan sólo medio kilómetro del pueblo de Zapmor. Los ¿g Rabnon decidieron luchar hasta el final; sin embargo, por una inteligente concentración de sus reservas en un monte que dominaba el arroyo por el lado de Rabnon, el capitán de Zapmor consiguió poco después lanzar un fuerte ataque con— tja el centro del enemigo, pudiéndolo romper. El cuerpo de Zapmor agarró la prenda y se la llevó a un kilómetro o poco jpás del otro lado de la frontera, donde se encontraron con las reservas generales de Rabnon quienes lucharon contra ellos hasta que la pelea llegó a un alto. En este punto Estrella de Mar fue convocado apresuradamente para separar a dos combatientes, los dos desarmados, que parecían decididos a estrangularse mutuamente. La forma en que lo solucionó fue sencilla pero muy eficaz: les agarró los lóbulos de las orejas y dijo:

—¡En nombre de Nimué, apartaos!—. Se soltaron enseguida, atragantándose de risa.

Cuando ya eran las diez, la amarga lucha había traído a los de Zapmor a medio kilómetro del pueblo de Rabnon. desarmando a casi cincuenta del enemigo y sus garrotes estaban en el altar para mayor seguridad; esto hizo que los bandos rivales quedaron más o menos igualados en fuerza.

De ahora en adelante el ejército de Zapmor demostró poca finura en su táctica. Formó una especie de falange macado— nia, con la prenda colgando de un garrote en el centro, y se iba forzando el paso hacia adelante, metro a metro, por una ancha pradera. Pero el terreno estaba empapado y los de Rabnon les opusieron una furiosa resistencia. A las once solamente había adelantado un cuarta de kilómetro; pero poco después el ejército de Rabnon volvió a irrumpir, y a mediodía la prenda de guerra había sido traída a la vista de su pro* pia columna totémica. Acto seguido sonó el Cese el Fuego y los dos ejércitos se echaron al suelo jadeando, mientras que sus mujeres se apresuraron a administrarles besos, consejos, masajes, parches, comida y bebida. Un hombre de Zapmor se había roto la clavícula y otro se había torcido el tobillo— Veo-un-Pájaro y Pan de Higo se encargaron de ellos. Estos, aparte de unos rasguños sin importancia, unas magulladuras y solamente un caso de ligera conmoción, eran los únicos accidentes de los que hasta ahora se había dado parte.

Me había comido mi almuerzo de pan con queso en mi silla de montar; ahora intentaba encontrar el camino a casa atajando por un bosque de robles y unos prados pantanosos. Pronto mi caballo se hundió hasta las corvejones en fango y vi que entraba en una arboleda de alisos plantados en una ancha espiral. Una grulla que descansaba pensativamente sobre una pata, observó mi llegada. Puso la cabeza a un lado, pero no parecía alarmada. No había ningún edificio por allí, ni exvotos en los árboles, pero estaba claro que había entrado torpemente en una arboleda sagrada; tenía que salir en seguida y tomar el camino bueno. Cuando giraba mi caballo me pareció oír a la grulla rechinar agudamente en inglés: "¡¡Espera un momento, tú!"

Se me pusieron los pelos de punta. Nunca me había dirigido la palabra ningún pájaro, excepto loros, periquitos y un cuervo monosilábico domesticado.

Sin embargo cuando me volví, resultó no ser la grulla después de todo; la grulla había desaparecido. En su lugar había una anciana alta, la más vieja y sucia hechicera que jamás había visto; Jean'mère Michel, la centenaria fumadora de pipa de St Gran-des-Porcs, parecería de mediana edad y bien arreglada a su lado. Debía haber estado agachada en el fango detrás de uno de los árboles.

Mi caballito de lunares empezó a resoplar y a tiritar "¡Quieto, muchacho, quieto!" le dije, pero eso de nada sirvió. El demonio había entrado en" él. Enloqueció completamente y me hizo objeto de las tretas más feroces de los potros salvajes que jamás se hubieran visto en un rodeo del oeste: dar botes, precipitarse, zigzaguear, restregarme las piernas contra los árboles, saltar de lado como un gatito, intentar mordirme los pies. La vejarrona se quedó mirándonos, cacareando de risa.

—¡Dios te maldiga, bruja!-le chilló—. Cálrame esta bestia, ¿lo harás?

Cacareó más fuerte que nunca.

—¡Dios! ¡Qué bueno! ¡Esto sí que es bueno! "¡Dios te maldiga!", me dice.

A finales de los años veinte, después de que me hubiesen expulsado de Oxford, pasé un par de años en un rancho en Arizona. Como era el único británico a doscientos kilómetros a la redonda, de tiempo en tiempo los de allí, para gastarme bromas, habían incitado a bastantes caballos pícaros a que me asesinaran. Así que esto no me venía de nuevo; pero el fango era negro y pegajoso y me había propuesto que no me iba a arrojar. De algún modo conseguí conservar mi asiento hasta que la bruja se acercó cojeando, puso una mano descarnada sobre la cruz del caballo, y le murmuró algo en neocxe— tense. Al instante se portó bien, dio un relincho amistoso, y se puso a cortar la hierba fértil a sus pies.

—¿De dónde demonios ha salido usted?-le pregunté, jadeando y furioso.

—¡Primer Dios y ahora el Demonio!-me rechinó—. ¡Mi querido Teddy, no sabes lo que dices!

—Por favor, perdone mi mal comportamiento, pero es que usted me asustó. ¿Como sabe mi nombre?

—Es mi deber conocer nombres-me dijo—. Conozco los nombres de todos los de estos alrededores. ¿Qué te hizo entrar en mi recinto de grullas? Es estrictamente anti-reglamento.

—Soy forastero aquí. Estaba tomando un atajo...

—No necesitas preocuparte por Zafiro. Está bien. Habrá un lío tremendo con esto de la pitillera debajo de la almohada de Sally; y no es que piense que la chica no se merecía problema. Vale más que te quedes por aquí para ver la di' versión.

—¿Qué sabe usted de la pitillera? —Sé todo lo que quiero saber.

—¿No cree que tiene demasiadas pretensiones? ¿Sabe usted también por casualidad todo lo que yo quiero saber?

—Sí.

—¡Eso no lo creo!

—¡Mírate en mis ojos!

Los miré fijamente. Eran azules como perlas de mandarín y cortantes como agujas de ensacar.

—¿Ahora ya me crees?

—No puedo por menos que creerla. Pero cuando vuelva a mi propia época escéptica, ¿cómo sabré que...?

—¿Te gustaría hacerme una pregunta de prueba?

—Si eso no la ofende. —

Nada me ofende jamás.

Antes de poder hablar, me quitó la pregunta de la boca.

—Lo que vas a preguntarme es: "¿Quién mató a M. le Vicomte de Chose et Chose et Martinbault?" Me quedé boquiabierto.

—Bueno, ¿y quién fue?-balbuceé después de una pausa.

—Lo hice yo misma. Le corté el cuello con su propio cuchillo de caza. Luego lo castré. Después tiré el cuchillo al Alys.

—¡Oh! —Oh, ¿qué?

—¿Quién... quién es usted?

—Soy lo que elijo ser.

Me parecía oír la voz de Knut Jensen habiéndome al oído. Deprisa muchacho, recuerda tus modales, ¡o será peor para tí! Salté del caballo, me descubrí, extendí las manos, e hice una larga reverencia. Me sonrió maliciosamente.

—¿No había otra pregunta que querías hacerme, algo sobre Erica y el abrigo que llevaba puesto?

—E... eso, —le contesté, recayendo en mi tartamudeo infantil—. Co... co... cómo se llamaba.

—Si te lo digo, no intentarás romperle el cuello.

—Lo prometo.

—Era un *valicot* blanco.

Entonces todo me volvió a la memoria. El juiáo de las brujas en Aberdeen en 1597, sobre el cual había leído algo en alguna parte, cuando André Man confesó teniendo relaciones carnales con la Reina de Elphame quien tenía bien agarrado todo su oficio y quien asistió a un aquelarre de brujas montada en un caballo blanco. "Es muy agradable y será vieja y joven cuando le plazca", había testificado André Man. "Hace Rey a quien ella quiere y duerme con quien ella quiere". Las brujas la llamaban Nuestra Señora, y llevaba puesto un *valicot* blanco, que debe de haber sido un abrigo tejido con relieve o rayas.

—Entonces, ¿quien es Erica?-pregunté, confuso.

—Anoche afirmaste saber todo acerca de ella. No puede saberse más que todo. ¿Te va gustando Nueva Creta?

Me sonrojé, y dije lentamente:

—¿Por qué preguntarme, Madre?

—Las madres a menudo les hacen preguntas a sus hijos de las que ya conocen las respuestas.

—Oh, bueno; no es que esté realmente por encima de todo criterio. Aunque el pan es bueno y es buena la mantequilla, no parece en cambio que haya sal.

—Es por eso por lo que te mandé venir.

—¿Usted me hizo venir?

—Claro. Supongo que no pensarás que los magos habrían hecho algo tan peligroso sin mis órdenes.

—Y, ¿cuáles son sus órdenes para mí?

—De momento ninguna. Lo vas haciendo muy bien por ahora. Si te encuentras en algún apuro, consúltame.

—¿Aquí?

—En cualquier sitio. O, espera, te daré mi pase. Puede que quieras visitar un altar, o una casa de la risa, o incluso un burdel.

Buscó por entre sus sucios harapos algún tiempo y por —fin roe enseñó un medallón de cristal en forma de huevo. Después se agachó dolorosamente, recogió una pluma de grulla que estaba enganchada a un montecillo de hierbas, lo encerró en el medallón y me lo entregó.

Acepté su pase con gratitud y le besé la asquerosa mano, que más parecía una garra.

—Eres un buen chico-me dijo—. Te veré de nuevo un día de estos.

Le hice una profunda reverencia, di media vuelta, cogí a mi caballo por la brida, pero casi no me había dado tiempo a colocarme en la silla cuando de repente le dio una malintencionada patada en una anca. Se levantó, se encabritó y salió corriendo a todo galope; estaba tan ocupado procurando no perder mi silla que ni siquiera pude decirle adiós con la mano.

La cena de la paz

Unos minutos más tarde ya estaba de vuelta en Rabnon; Estrella de Mar salió corriendo a mi encuentro.

—¿Dónde ha estado?-me preguntó ansiosamente.

—Intenté llegar a casa por un atajo pero me entretuve.

—No tendría que haberlo hecho; podría haber rebasado los límites de la arboleda de alisos. ¿Se encuentra bien? Y ¿ha comido algo?

-.Estoy bien, gracias. Sí, he terminado mi comida. No me habrán esperado, ¿verdad?

—¡No, no! Renunciamos a tales formalidades en tiempos de guerra. ¿Qué le parece la lucha?

—Prefiero el estilo abierto de Rabnon, naturalmente; es más divertido presenciarlo. Pero probablemente habría dicho lo mismo de los montañeses de Escocia que recibieron una buena paliza en la batalla de Killiecrankie. ¿Quién va a ganar?

—Sólo la Diosa lo sabe.

—Eso sí que es verdad-le dije con decisión.

La trompeta sonó para que se rehiciesen las tropas, y ambos ejércitos corrieron a ocupar sus posiciones anteriores. Después de un segundo toque la lucha se reanudó. El ejército de Zapmor había cerrado sus filas y, con la prenda de guerra como estandarte, embistió hacia adelante.

El ejército de Rabnon los recibió con valentía, mas a pesar de todos sus esfuerzos les empujaron más y más atrás. Las chicas de Rabnon levantaban gritos de alarma y exhortación al ver al enemigo abrirse camino hacia adelante hasta la Otilia del parque. Por detrás de la contienda se ababa la voz del barbero de. Zapmor en una canción de triunfo improvisada:

Arriba con las ámelas
Que al parque irán a parar
Y abajo los quesos y rábanos
¡No se cómo los pueden tragar!

Abre-por-Favor, quien, como guardameta de Rabnan, había sido colocado todo el día frente a la columna totémica para protegerla de embestidas individuales, de repente se puso a bailar muy excitado y a levantar las manos hacia el cielo como en suplicación. Luego besó su garrote de lucha y de un salto se unió a la contienda con los cabellos erizados y saltados los ojos. Resultaba evidente que estaba chiflado, borracho de la Diosa a quien invocaba con bramidos mientras corría.

Arriba con los zapateros
¡Arriba y arriba Zapmor!

cantaba el barbero. Dando un salto prodigioso Abre-por-Favor se tiró sobre las espaldas de la apiñada falange de Zapmor, agarró la prenda de guerra, volvió a saltar hacia adelante, luego a un lado, y salió corriendo como una liebre, atravesando en zig-zag la ladera bajo el pueblo. La canción del barbero se fue apagando, pero Abre-por-Favor ya se había perdido de vista antes de que la mayoría de los hombres de *Zapot* pudiesen darse cuenta de lo que había pasado. Corrió cuatro kilómetros sin encontrar oposición y ya había llegado a la vista de las casas en las afueras de Zapmor antes de que las reservas generales se cerraran contra él. Aún así no mostró señales de cansancio: derribó a dos hombres de Zapmor con su embestida, echó por tierra a dos más con fuertes golpes sobre sus cascos, y logró abrirse paso. Por fin, en un sendero estrecho a sólo cincuenta metros de su objetivo, tres hombres emboscados le atraparon; pero tuvieron que llamar a su guardameta y a los ayudantes del guardameta que estaban en el parque antes de poderlo dominar y desarmar. Su última acción alocada fue la de echar la prenda al otro lado de un seto de poca altura, a un prado donde pastaban unas cuantas ovejas sin vigilancia.

Los hombres de Zapmor no fueron a recoger la prenda en leguida: estaban demasiado ocupados con Abre-por-Favor a quien tuvieron que empapar con agua fría, sacada con sus cascos de un estanque cercano, antes de que saliera de su trance alocado. Cuando fueron, no pudieron encontrarla en ningún sitio. Buscaron por el seto, buscaron por la hierba» miraron por entre las ramas de un manzano que había en el prado. No podía estar muy lejos, pero ¿dónde estaba?

No había nadie más por allí. Registraron metódicamente durante media hora, hasta que los exploradores de Zapmor volvieron corriendo, encontrándolos aún confusos. El capitán volvió a caballo e insistió que continuasen su búsqueda, mientras que él mantenía a sus hombres en vanguardia jugando al mismo juego de simulaciones que antes había empleado Rabnon. Dentro de unas cuantas horas habría terminado la guerra, y aunque por entonces no se hubiese encontrado la prenda, Zapmor habría al menos conservado honor y podría alegar un número mayor de prisioneros.

. Sobre las cinco sonaron las trompetas para la oración de la tarde en la que todo el mundo participó; después, por razones de táctica, el capitán de Zapmor dejó que forzaran a su falange medio kilómetro hacia atrás. Los hombres de Rabnon estaban intrigados por la ausencia de la prenda de guerra y sospecharon una estratagema; pero no se produjo ninguna. El día se iba acabando, la batalla se inclinaba fútilmente de un lado y de otro. Con un espíritu creciente de mal humor se intercambiaban golpes más fuertes y más encolerizados. Por cada lado se desarmaron varios hombres, pero pronto se dieron todos cuenta de que desde la heroica actuación de Abre-por-Favor la guerra había pasado fuera del control humano.

El único acontecimiento interesante durante esta lucha incoherente fue un reto a duelo por parte del capitán de Zap— mor a su número opuesto, quien lo aceptó con gratitud. Los capitanes lucharon a caballo, primeramente intentando arrojarse uno a otro utilizando los garrotes como lanzas, luego agarrándose en la silla. Pronto los dos cayeron del caballo y continuaron su pugna desordenadamente sobre la hierba. Lucharon a brazo partido al estilo del norte de Inglaterra, en el que todo vale, pero con la complicación adicional de sus garrotes, que los dos habían conseguido guardarse y que eran armas incómodas para la lucha cuerpo a cuerpo. Durante el duelo el mago de turno había ordenado una tregua general, y ahora los capitanes forcejeaban en el centro de un círculo denso, con las mujeres de Rabnon en primera fila, nerviosísimas con tanta emoción. La decisión quedó en duda hasta que Melocotones, sin poderse controlar por más tiempo, corrió hacia adelante y le gritó al capitán de Rabnon:

—Si le ganas, cederé a tus deseos. Esta noche, si me quieres. ¿Me oyes? ¡Te lo prometo!

Le fallaban las fuerzas pero hizo un esfuerzo supremo. Abandonando su propio garrote de lucha se agarró a la parte alta del de su oponente, que estaba debajo de él, cerró los pies y las rodillas alrededor del otro extremo y lo alzó hasta que las venas se le marcaban en la frente. Hubo un crujido agudo, la madera se astilló y ganó el duelo. Melocotones salió escapada del círculo para esconder su emoción, perseguida por sus amigos que la llenaron de besos. Esta era una victoria equivalente a la afortunada redada de prisioneros que había hecho Zapmor, pero no dio por terminada la guerra, que siguió prolongándose otra media hora.

El toque de queda sonó al anochecer y los ejércitos rivales se pusieron en fila uno frente a otro. Los sacerdotes volvieron a besarse, intercambiando una vez más figurillas como prenda de amistad y empezaron a cantar el himno de la paz, al que se unieron todos los demás.

—Y ahora ¿volvemos a casa?-pregunté a Veo-un-Pájaro.

—Esto sería muy descortés. Aún tiene que hacerse el estudio en la guena y pronunciarse el fallo, después de la gran cena de la paz. Será en Zapmor. El pueblo contra el cual se ha declarado la guena siempre proporciona el banquete, sea cual fuere el resultado. Naturalmente se espera que asistamos.

-.Pero creo que debería volver con Zafiro.

—No hay ninguna prisa. Está en buenas manos. Por cierto, Estrella de Mar, ¿dónde está Pan-de-Higo?

—No le he visto desde que se encargó del segundo caso de conmoción hará cosa de una hora.

—No era nada serio, ¿verdad?

—Francamente creo que no. Ya debería estar de vuelta.

—Había algo que le preocupaba a mi hermano-dijo Estrella de Mar, frunciendo el año. —A lo mejor empezó a preocuparse por Sally y volvió a casa. Si fue así, nos lo debería de haber dicho. Todo el día lo he notado raro.

—¿Y qué quieres?-suspiró Veo-un-Pájaro—. Quizá será mejor no hacer preguntas. Puede que su ausencia pase desapercibida*

No les conté nada acerca de mi presentimiento, pues no quería estropearles la fiesta, pero no pude menos que echar una mirada de ansiedad en dirección al recinto de grullas.

—¿Tiene alguna idea de dónde está?-me preguntó Estrella de Mar.

—¡Sólo la Diosa lo sabe!-le contesté pensativamente.

Miramos a los hombres de Zapmor desfilar hacia sus casas para lavarse y ponerse los trajes de gala. Los de Rabnon se dispersaron para hacer lo mismo. Luego cabalgamos por delante y les trajimos noticias a los habitantes de Zapmor de las últimas etapas de la guerra. Ya estaban haciendo los preparativos para el banquete que yo observé con interés y apetito. Ciertos de pequeñas mesas bajas en forma de corazón, cada una preparada con los utensilios necesarios para una comida de cuatro platos y provistas de una pequeña lámpara de aceite, habían sido trasladadas al parque y colocadas en círculos de tamaños variados. Ahora venían los niños, cargando con banquetas, unas negras, otras rojas, para

que se sentasen en las mesas con las piernas estiradas y la mesa entre las rodillas, al estilo campestre. Hubo filitas de cazuelas con barro que burbujearan alegremente sobre fuegos de carbón; los sirvientes, cantando en voz fúnebre, estaban descuartizando carne para los tornos de asar o machacando bifeecs para las parrillas. Había montañas de panes franceses; montones de queso de Mahón y de Bisre, filitas apiñadas de jarras de encurtidos, bandejas cargadas de carnes frías ya cortadas, enormes pilas de lechugas de hoja blanca, cestos llenos hasta el borde de cerezas, fresas, ciruelas claudias y melocotones, cajas llenas de cerveza embotellada. Las amas de casa transportaban tartas y pastas, hechas en sus casas durante el día para que se conservasen calientes en el horno de pan comunal que había allí cerca. La columna totémica estaba galardonada con flores, y a lo alto volaban fantásticamente cometas iluminadas en formas de animales, peces y pájaros.

Pronto llegaron los de Rabnon en masa, pero se esperaron cortésmente en la linde de un bosque cerca del parque hasta que les llamaron a cenar con un gong. Primero llegaron las mujeres, luego los hombres, luego los niños y por último los ancianos, todos en fila india, vestidos con sus trajes de gala. Se sentaron en las pequeñas mesas allí donde veían banquetas rojas; las negras que se alternaban con las otras estaban reservadas para los de Zapmor. Los sirvientes estaban demasiado atareados cocinando, cortando carne y ayudando con todo para hacer de camareros, pero los de Rabnon se ocupaban de que los de Zapmor tuviesen siempre los vasos y platás*repletos (y no al revés, como me habría imaginado) y desie un principio rio hubieron sentimientos de reserva o deVnimosidad entre las banquetas rojas y las negras, aunque tampoco había ninguna conversación. Entre los comunes, igual que entre los magos, hablar durante las comidas estaba prohibido.

Me había resignado con pena al régimen vegetariano de los magos, cuando roe di cuenta de que Estrella de Mar y Veo-un-Pájaro se estaban embuchando algo que se parecía notablemente a una empanada de bifeec y riñón. ¡Estupendo! Así que cuando lcfé magos se sentaban a comer con gente de otros estados se levantaba el tabú sobre la carne, ¿no? Rápidamente me aseguré un buen pedazo del asado, guarnecido con patatas asadas, coles de bruselas y salsa de rábano picante, pasé sin el *daña* hervido, y luego continué con tres o cuatro lonchas generosas de jamón condimentado con clavo, mayonesa y gambas en gelatina. Todo esto lo digerí con una botella de litro de cerveza negra fuerte. Zapmor era un sitio fenomenal, decidí. Luego siguió pastel de ciruelas, dulce de crema, postre y café solo. Zapmor era el sitio más fenomenal del mundo, decidí: ¡no era de extrañar que sus hombres luchasen tan bien!

Por fin hubo un ligero moviroento y un tintineo apagado al poner cada cual su cucharilla de postre o su cuchillo sobre la mesa; luego un silencio mortal. Invitado por el capitán de Zapmor, Estrella de Mar se levantó para hacer el estudio de la guerra y juzgar la lucha de aquel día:

—Mujeres y hombres, niños y ancianos de los Cinco Estados, ¡escuchad, por favor! Al principio esta fue una guerra agradable, pugnada con amor durante toda la mañana y las primeras horas de la tarde. Luego le faltó amor y espíritu, con excepción del noble interludio del duelo de los capitanes. El fallo aún queda oscuro y sin precedentes: la prenda de guerra ha desaparecido sin dejar rastro.

Miró severamente al capitán de Zapmor quien se levantó al instante en justificación propia:

—La desaparición de la prenda no nos dio ninguna ventaja. ¿Puede ser que el guardameta de Rabnon, no pudien— do forzarla en la boca de nuestra estatuilla, se olvidase hasta tal punto del código de guerra que utilizó la magia para hacerla desaparecer?

Todos los ojos se volvieron hacia Abre-por-Favor, quien dijo con desafío:

—Luché de acuerdo con el código. Cuando lancé la prenda invoqué a la diosa y le rogué que la guardase bajo su protección. Nunca me he entrometido con la magia. Soy un común y me quedo en mi estado. El capitán de Zapmor prorrumpió: —La prenda de guerra no fue hallada en el campo donde la tiró. Si alguien hubiese entrado hubiésemos visto su cabeza por encima del seto.

—Así es—contestó el capitán de Rabnon—. Ya que Zapmor debe de haber encontrado la prenda allí, pues no la encontró ningún guerrero de Rabnon antes que ellos, y ya que a ningún neutral le estaba permitido cruzar aquel distrito a causa de la guerra, y ya que todos los niños y ancianos estaban en sus casas; sin embargo, ya que no lo han encontrado, no pueden haberlo escondido o destruido des— honradamente.—Hizo una pausa, echó una mirada a su alrededor al mar de caras desconcertadas, luego de nuevo a Estrella de Mar; y se sentó.

Estrella de Mar pensó profundamente durante un momento, poniéndose el dedo meñique en la boca para inspiración; pero por lo visto sin éxito. Preguntó:

—¿Hay alguien presente que esté inspirado para concluir la frase del capitán?

Me hacía sentirme incómodo hacer la sugerencia tan obvia: lo que esta gente sencilla necesitaba era un curso de ficción policiaca del siglo veinte. Pero de algún modo había que romper el encanto. Me puse en pie, llamé con señas al Intérprete, e hice un pequeño discurso en inglés, que él retransmitió mientras yo me volvía a sentar. Lo que dije fue esto:

—Mi opinión de los luchadores de Rabnon y de Zapmor es tan alta que no puedo creer a ninguno de los dos capaces de actuar contra la costumbre ni contra la honra. Por lo tanto, la frase del capitán necesariamente debe concluir con... "Rabnon ha ganado la guerra".

Unas cuantas chicas dieron risitas y otros tantos ancianos se rieron para sí, pero todos los demás siguieron mirando impasibles, esperando que yo continuara.

—¡Explíquese!—dijo el capitán de Zapmor, un poco enojado.

Me levanté y dije:

—Lógicamente, sólo hay dos lugares donde puede estar metida la prenda de guerra: en la barriga de la estatuilla de Zapmor o en la barriga de la estatuilla de Rabnon. En cualquier otro sitio se hubiese encontrado hace tiempo. No obstante, como fue vista por última vez a corta distancia de este parque, son más las posibilidades de que haya ganado Rabnon la guerra que Zapmor.

El sacerdote de Zapmor hizo un movimiento como para ir hacia la columna totémica, pero se contuvo y volvió a sentarse.

—¿Está usted acusando a Abre-por-favor de haber efectuado un tiro mágico?—preguntó el barbero de Rabnon.

—Naturalmente que no; aunque no puedo negar que actuaba bajo inspiración. Todos estarán de acuerdo en que estaba borracho de la diosa.

—¿Entonces cómo cree usted que la prenda fue transportada hasta la barriga de la estatua?

—Ya que no pasó ningún forastero, y ya que ningún hombre de Rabnon estaba a un kilómetro de del lugar cuando desapareció, y ya que las ovejas no son animales inteligentes, y ya que el manzano en el prado no está hueco, y ya que todos los ancianos estaban en sus casas, la única conclusión posible es que había un niño en el prado cuando la prenda cayó cerca de di, y que se la llevó» protegido por el seto y consiguió meterla en la boca de la estatuilla sin ser visto. Pero no puede haber sido un niño cualquiera, o se hubiese quedado obedientemente en casa en uaa ventana alta. Tiene que haber sido un niño de inteligencia; y sólo puede haber un niño en Zapmor capaz de tal valentía y desafío.

Hice una pausa. El chico de Zapmor que había sido el cabecilla en la rebelión de la confitura de damascos se levantó, y yo volví a sentarme, contento de ver que no había hecho un papel ridículo.

Tenía alrededor de los siete años, y puesto que no se hacían discriminaciones entre comunes y capitanes hasta la pubertad, solamente llevaba tres cintas, en lugar de una, en los puños de su delantal negro; pero cualquiera podía ver que era un capitán nato.

Hablando con perfecta serenidad, dijo:

—El poeta del pasado es muy lista Por mi culpa se luchó una guerra contra nuestro pueblo, y cuando desde la ventana de mi dormitorio vi a Abre-por-Favor saltando heroicamente por entre los setos, con el ganóte en una mano y echando por tierra a cuatro de nuestros mejores hombres, mi corazón se volcó hacia ¿1. Abrí la ventana y me dejé caer sobre la pared del jardín y corrí por la pared y me deslicé pe» una barranca, y corrí atravesando nuestro prado. Allí miré a escondidas por el seto y observé su pelea desventajada. La prenda salió por encima del seto. La cogí, y corrí con ella hacia el parque. La columna totémica estaba desierta, ni siquiera estaban nuestro guardameta ni su ayudante: los dos habían ido a ayudar a los otros a dominar a Abre— por-Favor. Le hice una reverencia a la estatuilla del dios y dije: "Pequeño dios, con tu consentimiento, me fuerzan a comer confitura de damascos durante siete noches a la semana. Ahora come tú éstos por mí, te lo ruego, ¡y que no se te suba el gaznate, como ha hecho el mío! ¡Amen!". Dejé caer la prenda en su boca y me fui corriendo a casa. Como la diosa estaba conmigo, nadie se dio cuenta de mi salida ni de mi entrada.

—¿Por qué no confesaste tu acto desenfrenado?—le preguntó suavemente el sacerdote, al tiempo que iba detrás de la columna totémica, abría una puerta y sacaba las ciruelas de madera.

—Fue una riña particular entre la estatuilla y yo. Tan sólo durante este día el honor me había convertido en su enemigo, y la diosa estaba de mi parte. —Y se sentó en completo silencio.

Estrella de Mar resumió:

—La prenda de guerra ha sido ya hallada en la barriga de la estatuilla de Zapmor, por lo tanto Rabnon ha ganado justamente la guena. El verso de oro del poeta Vives se aplica a este caso:

La mano de un amigo es mi mano

el pie de un amigo es mi pie.

Que nadie dispute mi fallo. Es éste: puesto que Rabnon tiene la gloria de haber ganado la guerra que declararon ellos, tienen que comer confitura de damasco cada noche durante un mes entero para liberar a los niños de Zapmor de la obligación de volver a comerla de nuevo. Zapmor, por su parte, nombrará el camino donde fue desarmado Abre— por-Favor "Callejón de los damascos", y el prado donde echó la prenda "Campo de la prenda de guerra", en memoria de estos acontecimientos. En cuanto al niño que hizo comerse las ciruelas a su propia estatua: ha declarado la guerra contra los Suyos y no debe permaneoer ni una sola noche más en Zapmor.

El capitán de Rabnon se puso en pie y miró a una a otra cara. Al cabo de un rato anunció:

—El chico será bienvenido en nuestro pueblo. Algún día me sucederá como capitán.

La mujer del sombrero de pluma de perdz concordó:

—Puede vivir conmigo si quiere, hasta que cambie de estado. Y le encantan mis pajitas de queso.

La madre del chico dijo en voz queda:

—Tomadlo, ¡con mi bendición! Por mí, se lo puede quedar. Mi casa nunca podría aguantar al chico.

Así que todo quedó resuelto a la satisfacción de todos, y siguieron canciones y baile. Los festejos duraron hasta muy avanzada la noche.

El archivador jefe de Zapmor se plantó a mi lado y me bombardeó con preguntas sobre animales salvajes de mi época, ahora extintos.

Procuré contestarle lo mejor que pude, pero mi mente estaba distraída. Todo el tiempo me estaba preguntando: "¿Cuándo llegará la noticia de la muerte de Pan de Higo?". Pues en la noche antes de nuestro ataque a Montecasino, mientras que "Piernas" exponía las virtudes del gran cerdo negro, nuestro médico de regimiento, MacWhirter, me había tomado a un lado y me había dicho: "Venn-Thomas, hijito, oye mis palabras, te quedarás al mando de la compañía mañana a estas horas. A ese pobre hombre le han tocado las últimas".

El diseño

El baile no era de ese fácil de salón en el cual me hubiese gustado participar. Era baile folklórico, penosamente profesional, que los equipos de los dos pueblos ejecutaban alternativamente bajo el esplendor de unos brillantes arcos de luz alimentados con aguarrás. Me dijeron que los niños empezaban a aprender los pasos y las circunvoluciones a la edad de cuatro o cinco años pero que no llegaban a ser adeptos hasta doce o más años después. El estilo variaba según las costumbres matrimoniales locales; el pueblo monógamo de Zapmor practicaba bailes de garrotes de lucha, todo hombres, con acompañamiento de flauta, saltos muy altos y vueltas rápidas, y también bailes gráciles de flores, todo mujeres, utilizando mucho el movimiento de los dedos, al estilo indio, y el entrelazado complejo de las órbitas de las bailarinas. El pueblo poliándrico de Rabnon se especializaba en bailes orgiásticos: recuerdo particularmente *La abeja reina*, una ejecución salvaje al compás de la música de gaitas en el cual trece hombres sucesivamente cortejaban a una mujer, quien sin embargo, los satisfacía a todos, y *Las nueve damas*, en el cual nueve mujeres, bailando en corro, perseguían y atacaban a un transgresor borracho. Todos estos bailes eran religiosos y por lo tanto no debían aplaudirse como tampoco se aplaude el rito complicado de misa mayor en una catedral católica.

La inacción y el estómago lleno me produjeron sueña Estaba pensando si me dejarían volver a casa pronto, cuando un anciano se acercó a mí y me tocó el coda Era un excomún vestido con una blusa de labrador de lino azul, un sombrero de alas anchas y medias de ador cereza; evidentemente un hombre de Rabnon. Se alejó de nuevo sin decir palabra. Tuve la curiosidad de levantarme de mi banqueta (habían sacado las mesas antes de empezar el baile) y seguirlo hacia la oscuridad.

—Tengo un mensaje para usted-dijo, al cabo de un rato, entre un bostezo y un hipo.
—¿De quién?
—De una mujer que quiere que vaya a verla en seguida.
—Gracias, pero como usted es un anciano y además está bastante trompa, ¿debo tomarme su mensaje en serio?
—No le obliga nadie.

"Será Erica", me dije; "tiene amigos entre los ancianos. Vamos a ver, ¿voy, o no voy? Más vale que sí. He prometido no romperle el pescuezo, pero no habrá nada de malo en intentar persuadirla que deshaga parte del lio que ha armado".

Al anciano le pregunté:
—¿Dónde está esperando?
—Nadie me obliga a contestarle-me dijo bostezando nuevamente y volviéndose otra vez al parque.
—Es cierto-le dije—. Buenas noches.

"Bueno, me lo he buscado", pensé, vacilando, sin saber qué hacer. Al irse acostumbrando mis ojos a la oscuridad, encontré que estaba en un sendero entre dos setos de algún arbusto muy perfumado. Ya que estaba aquí podría seguir, para alejarme un poco del jaleo; el camino siempre me guiaría a la vuelta. Después de andar unos cinco minutos me detuve. El sonido de flautas llegaba muy apagado con la brisa; debían ser las mujeres de Zapmor otra vez. Me senté en el tronco de un árbol.

Aquí estaba mi oportunidad para un poquito de examen serio de corazón. ¿Qué clase de hombre era yo por instinto emocional? Suponiendo que lo demás era igual, si tuviese que elegir, ¿acaso viviría en Zapmor o escogería Rabnon? Me hubiese gustado conocerme mejor. Nunca había tenido la oportunidad, porque en mi propia época la elección no había sido clara: estaba complicada por la estupidez, la hipocresía y el aburrimiento de la serie general de monógamos y la tontería y baladronada borracha de los que suelen formar parte de los grupos poliándricos. Para ser preciso: ¿había yo amado alguna vez a Antonia, una mujer de un solo hombre, tanto como había amado a Erica, una abeja reina sin lugar a duda? Posiblemente no con tanta intensidad, y seguro que no tan locamente, y ¿de qué otra forma puede medirse el amor, sino por su intensidad y locura? Y, sin embargo, nunca había odiado a Antonia, ni por un solo momento, como había odiado a Erica al menos la mitad del tiempo que estuvimos juntos. Me parecía que hada años que no veía a Antonia (y, claro, literalmente hacía años, cientos de años, quizás hasta mil"s), mientras que había visto a Erica tan sólo anteayer, más joven y más traviesa que nurca. Antonia tenía mi corazón; pero también era justo admitir que Erica no había encendido últimamente lo que yo solía llamar su luz de luciérnaga, un resplandor casi fosforescente de sexualidad que espiritualizaba sus bastantes imperfectas facciones. En los viejos tiempos la podía encender y apagar cuando quería, y cuai do su brillo era intenso yo quedaba a su merced. Esperaba de vras que hubiese perdido esta habilidad; detesto desandar mis pasos andados en el amor, al igual que detesto volver a una casa de la que ya me he despedido para siempre. Había paz en mi amor por Antonia, una paz y una fe que no quería nunca turbar. Antonia era buena, en el sentido más simple de la palabra, y con un humor callado y constructivo; Erica era mala, con un ingenio hermosamente destructivo que hacía juego con la intensa aversión que yo sentía por mi época.

Ahora Zafiro confundía el problema; y Sally. Me sentía seguro con Zafiro, por equívocas que fueran mis relaciones con ella, y ella y yo estábamos apareados aquí, por acuerdo general. Sin embargo, creo que fue un sentido intuitivo de autoprotección lo que me empujó hacia mi pronta declaración de amor, advirtiéndome que si no me refugiaba en ella,

Sally tenía todas las de apoderarse de mí. Sally era una bruja, y yo sabía que también ella tenía un botón de luciérnaga bajo su pulgar si es que alguna vez quisiese apretarlo para mi provecho; pero primero tendría que eliminar a Zafiro, y yo no iba a permitirlo.

Reconsideré el problema de Erica. Real sí que lo era: de algún modo era la única persona real que había encontrado desde mi evocación, aunque se me ocurrió que era algo mis que de tamaño natural, y, en efecto, la hechicera me había insinuado que no era la Erica que yo había conocido, sino la Reina de Elfame en disfraz. Yo sabía que al final del siglo dieciséis la Reina de Elfame había hecho su amante a un tal André Mann "obligándole a hacer cosas que los oídos cristianos no deberían escuchar"-por cierto, ¿no se llamaba Andrew Mann el escritor con quien Erica ahora afirmaba haber tenido un amorío en Escocia?-y que "Tomas el Rimador" también había alegado una intimidad con ella un siglo antes. "Puede ser vieja y joven cuando le plazca". Pero ¿quién o qué era este personaje absurdo?

Hubo un pequeño movimiento en la zanja cubierta de hierba a sólo un par de metros de distancia, y un suspiro de cariño en voz baja. Eran Melocotones y el capitán de Rabnon, desnudos los dos, y entrelazados en un abrazo mutuo. Avergonzado, me levanté de un salto y me iba a marchar, pero Melocotones me llamó.

—¡Dénos una bendición de poeta!-me suplicó.
Estaba justo lo suficientemente borracho como para hacerme cargo de la situación. Levantando la mano, recité magis— tralmente en inglés:

*Bendita pareja de cisnes:
traed siempre nuevas alegrías
y nunca cantéis.
Vivid, hasta que deseos no queden,
hasta que d honor y la sabiduría
se marchiten.
Para que, queriendo alcanzar nuevas alturas,
vuestra ambición os lleve hasta morir
y que ni la edad ni el error
puedan nunca apagar con el este
estos ojos
con el norte
este corazón.*

—En el nombre de Nimué, Mari y Ana-terminé piadosamente en neocretense.
—Esto suena muy bonito, dijo Melocotones.
—Por favor, ¡no se vaya por nosotros!-dijo el atento capitán.
—Siento no poder quedarme: tengo una cita en el sendero-dije deprisa y me marché, acompañado por su agradecida despedida. Y con un recuerdo, que se contrastaba curiosamente, de los Crosby Golf links, cerca de Liverpool, donde un hermoso atardecer de verano me había sentado en la orilla de un bunker para fumarme un cigarrillo: ¡oh! ¡y qué forma tan obscena de expresarse, en un estallido de ultrajada modestia, de un marino y su chica que ya estaban allí abrazados!

La mujer me estaba esperando bajo un roble. Oí el sonido precipitado de una cascada. Salió a mi encuentro. No podía verle la cara, que estaba ensombrecida por una capucha, pero era demasiado alta para ser Erica, y demasiado joven para ser la hechicera. Estaba llorando en silencio Era la situación romántica clásica: una joven desconocida (hermosa, naturalmente) llorando bajo un roble en el bosque. Como la Ge— raldine de Coleridge, o la maga en uno de los romanees caballerescos. Cuando el caballero se aproxima a ella con muestras de una compasión cortés, le enseña su vestido en desarreglo, se golpea el pecho, y se queja de un caballero extranjero...

En cuanto habló me di cuenta de que era Sally.
—Ven pronto-me dijo—. Necesito que me ayudes.

—¿Más problemas? —Sí, es Pan de Higo. —¿Ah sí? ¿Cómo murió?

—¿Lo sabes entonces? Creía que era la primera persona en encontrarlo. ¿Quién te lo dijo?

—Mi dedo meñique, como solían decir en Francia; en realidad, pura intuición, una calidad que parece faltarles extrañamente tanto a Veo-un-Páparo como a Estrella de Mar. Ya tendrían que haberse dado cuenta temprano esta mañana de que Pan de Higo era un hombre condenado a morir. Pero cuéntame lo que pasó.

—Su caballo debe de haberse vuelto loco, lo debe de haber tirado brutalmente al suelo, la bestia volvió a casa abatida y con cara de culpable hace unas dos horas, con sangre por todo el hocico y las patas. Cuando lo monté y le di rienda suelta, me trajo aquí y encontré el cuerpo detrás de aquel árbol. Luego dejó caer la cabeza de un lado para otro y esperó que le matara, ¡pobre animal! Y así lo hice.

—¿Qué significaba Pan de Higo para ti?

—Estaba enamorado de mí, ya lo debías saber, y como es natural, una mujer no puede evitar sentir ternura hacia alguien que se enamora de ella y se porta irreprochablemente.

—Pero tú no estabas enamorado de él, por lo visto.

—¿Cómo podía estarlo?-me preguntó en tono de acusación.

Estaba temblando de pie» a cabeza. Yo sabía la razón, claro está, "por el picor de mi pulgar", como dijo una de las brujas de Macbeth, y me sentí extremadamente incómodo.

—Cada cosa a su tiempo-dije rápidamente—. Podemos discutir sobre nuestras emociones toda la mañana si quieres. Mientras tanto, ¿qué te propones hacer con el cadáver?

—Tú y yo tenemos que enterrarlo.

—Muy bien. Es una pena que tuvieses que destruir el caballo, pero regresaré en seguida a Zapmor y traeré el mío.

Pediré prestada alguna especie de mortaja y ataré el cadáver sobre sus espaldas. Estaremos en casa antes del amanecer á no perdemos tiempo. ¿Hay algún cementerio-en nuestro pueblo?

—No hay cementerios en Nueva Creta. Tenemos que enterrarlo aquí. En la choza que pasaste al subir el sendero encontrarás un pico y una pala.

—¿Qué te parece si buscáramos un sacerdote para que le dijera el oficio de difuntos?

—No es costumbre, Xodo lo que muere se pone bajo tierra y se cubre con césped sin ceremonias religiosas ni espectadores.

—Bueno, como quieras. Parece un poco precipitado e inhumano, pero si es la costumbre...

Volví a bajar al sendero, encontré la choza, busqué a tientas por allí dentro hasta encontrar las herramientas y pronto estaba ya de vuelta.

Sally estaba al lado de la cascada, dejando que el agua le salpicara las manos. El cuerpo de Pan de Higo se hallaba a poca distancia; estaba en un estado espantoso: la cara aplastada, una de las manos completamente mordida y desgarrada. El caballo muerto yacía a su lado; no tenía señal de violencia. Pero comprendí por lo que había dicho ella de que dejaba caer la cabeza de un lado a otro, que le había dado el descabello, la punzada en el cuello con la cual los toreros acaban con toros cansados; probablemente utilizó la lanceta que siempre llevaba consigo.

—¿También tenemos que enterrar el caballo?

—Sí.

—Mira, Sally. A mí no se me da muy bien la pala. Tardaré horas en terminar el trabajo. No me importa enterrar al pobre Pan de Higo, pero creo que podríamos al menos dejar el caballo para que dispongan de él los trabajadores locales...

—No, esto es imposible. Los dos cadáveres tienen que estar enterrados antes del amanecer, y no podemos llamar a nadie de la fiesta para que nos ayude. La diosa te dará fuerzas. Primero quita el césped y ponlo a un lado con cuidado.

Sally se deshizo las trenzas y empezó a peinarse, cantando suavemente. Me puse a trabajar de mala gana; pero bajo el césped la tierra era bastante blanda y no necesité el pico. Mientras se peinaba el cabello cantaba una balada de aventuras en las Tierras Malas. No pude oír los dos primeros versos, pero los siguientes decían algo así:

*Pasamos d canal,
cruzamos el Atlántico,
aquel gran canal,
del mundo el mejor;
viajamos seis semanas
de isla a ida,
llevábamos dona
y butifarrón.
Al llegar a New York
con las focas rugiendo
y gaviotas chillando
en la playa desierta,
les dijimos adiós
a la tripulación y al capitán remontamos el río
y pisamos la tierra.
Éramos Foca y Cardencha
Guante Rojo y Ciruelo
Roca Vieja, Nonte-mires
y Contestación, y Besitos y
Cardo, Caracol y Relámpago;
el capitán era Hola
el poeta era yo.
Los osos corrían
entre zarzamoras,
y en la noche acampamos
al pie de un tulipero.
Mas de pronto un tomado
que venía del oeste
cruzó por el bosque
más fuerte que el hierro...
Luchamos con salvajes,
cazamos bisontes,
Ciruelo fue herido,
en Hyde Park cayó.
Lé aplicamos un parche
y rezamos a la diosa,
pero a pesar de todo eso
muy pronto murió.
En la fresca Saratoga
encontramos un portento:
un águila devorando
un ciervo de dos cabezas;
nos quedamos cinco días,
yo bailé una penitencia,
con él pelo al rape
y pintado color cereza.
En Lago Champlain vimos
las estatuas gemelas
y escupimos en el suelo*

aluyentando maldicion
; conocimos a un salvaje
tatuado de serpiente
que nos obsequió con pasas
y un buen pato nos guisó.

Sólo puedo recordar unos cuantos versos más de esta parte de la balada (los aventureros se encontraron con problemas inesperados, con osos comedores de hombres cerca de las cataratas del Niágara) pero ningún verso completo, pues, aunque continuaba cavando constantemente, pronto empecé a no darme cuenta más que del ritmo; las palabras e incluso las notas se perdieron hasta que me quedé profundamente dormido y la voz de Sally parecía el tic alegre de un despertador barata Podía haber jurado que estaba en casa y en cama con Antonia. La lluvia repicaba en la ventana y pronto oí el ronroneo de una motocicleta por la carretera de la estación, seguido por un gemido adormecido del cuarto de niños que estaba al lado del nuestro y la voz de Antonia diciendo: "¡No es nada, cariño, vuélvete a dormir!", y luego: "¡Maldita sea ese joven médico con su motocicleta!". Pero el tic-tac se hizo más fuerte y más musical y me desperté para oír a Sally concluir su canción:

Corazones contentos
y vestidos rotos,
por el pasamanos
corriendo al bajar
pues el tiempo fue largo
en las Tierras Malas,
y, bendita sea Ana,
No volveremos a marchar.

—¿Quién escribió eso?-pregunté, para demostrar que estaba escuchando. —Pan de Higo.

—¿Crees que lo archivarán en oro? —Claro que no. Es lo que llamamos una balada de barbería. La canté para apaciguar su fantasma. No dejó ningún verdadero poema. Era demasiado escrupuloso para siquiera poner sus trabajos en arcilla, ni una línea de un verso, ni un compás de música.

—Ya, ya... Parece que ya he puesto a Pan de Higo bajo tierra. No me había dado cuenta de que era enterrador por naturaleza. ¿Y que hay del infortunado caballo? ¿Dónde cavo su fosa?

—Ya lo has cavado y tapado con el césped. Mira las ampollas en tus manos.

—¡Dios mío! ¡Las cosas que hago al dormir! Y además, un trabajo bien acabado. No me hubiese creído capaz de tal cosa, aunque cuando era niño una vez salí de la cama, me puse los patines y eché a correr por los largos pasillos de la Rectoría a oscuras. ¿Y ahora qué sigue?

—Pronto cabalgaremos hacia casa; puedes sentarte detrás de mí en tu caballo.

—¿Qué? ¿Ni lágrimas, ni oraciones, ni lápida, ni últimas palabras, ni nada?

—Está muerto. Ana tiene su cuerpo, y el asesino ha pagado su culpa. Daré cuenta de la muerte en Sanjon mañana; entonces publicarán su verdadero nombre y todo el mundo será libre de usarlo y decir de él lo que quiera.

—¿Y su alma? ¿Lrá al otro mundo?

—No hay otro mundo. Sólo hay Nueva Creta, donde su nombre sobrevivirá unas generaciones quizás en las barberías.

—Bueno, pues a mí me gusta pensar que cuando muera, mi alma liberada...

—¡Te gusta pensar! Eso no es lo mismo que saber. A los niños les gusta pensar que hay una isla al otro lado del mar donde mandan todos sus juguetes rotos para que los arreglen.

—¿Quieres dedr que vuestra religión no ofrece ningún consuelo de inmortalidad?

—Sólo la Diosa es inmortal.

—Eso es lo que nos gustaba pensar de Dio6.

—¡Os gustaba pensar! Todos los dioses tienen que morir al final. Se vuelven seniles y babean por la boca; sus sacerdotes roban las ofrendas y cuentan mentiras acerca de ellos. Luego sus templos caen en ruinas y entonces cierran los ojos. Sólo la Diosa vive para siempre, ¡bendito sea su nombre!

—¿Y ahora qué demonios estás haciendo, Sally?

Había tirado su capa, extendiéndola sobre la tumba de Pan de Higo, se había desabrochado el cinturón y se había quitado los zapatos de un puntapié. Ahora se estaba sacando el vestido y la camisa. No me contestó, pero se echó sobre la capa, desnuda como Eva, y me abrió los brazos imperativamente.

Tan inesperada fue su acción que me escandalizó y me paralizó.

—¡Ven aquí!-me dijo—. Ven a compartir mi capa; ¡es una obligación religiosa! Cuando un hombre muere violentamente, su fantasma tiene el derecho de probar el renacimiento. Sería impío de nuestra parte negárselo.

La miré incrédulo.

—Así que era ésto, ¿verdad?-dije al fin—. ¡Estas realmente haciéndome una oferta de lo que llamáis derecho a la paternidad, ¿no es así?

Tenía el rostro tenso de pasión; sus manos extendidas temblaban locamente.

—Ven a mí, adorado bárbaro-me dijo—. Te quiero, te quiero más que al mundo entero.

Hablé con toda la calma y brutalidad con que me fue posible:

—¡No, mi querida Sally! Admito que la Diosa te ha dado la gracia de unas hermosas piernas, brazos esbeltos, labios maduros y un pecho seductor. Admito también que tengo la sangre tan caliente como otro cualquiera. Pero hasta ahora nunca he cometido adulterio en la tumba de un muerto por invitación de su asesina, y lo que es más, me niego a hacerlo. Naturalmente no quiero frustrar las oportunidades del renacimiento de Pan de Higo; era un tipo estupendo, aunque un poco torpe. Paco no puedo aceptar tu invitación. No se hace esta clase de cosa en el sitio de donde yo vengo, por muy bárbaros que seamos. Búscate a otro para que comparta tu capa, a Estrella de Mar, si quieres. Quizá tenga menos escrúpulos. Zafiro dice que él también es uno de tus admiradores. Entonces, si Pan de Higo renace, al menos tendrá la oportunidad de tener un parecido de familia a sí mismo.

Nunca se le había hablado así. La espanté y momentáneamente la hizo volver en su juicio. Inclínandote un poco sobre el codo, dijo en un hilo de voz desigual:

—Pero me aseguré bien que me deseases. Le dijiste a la sirviente que pusiese tu espantoso obsequio de amor bajo mi almohada, y no volviste al lado de Zafiro a mediodía, cuando te estaba esperando. Y por favor no te preocupes por Pan de Higo. Muchas veces me dijo que estaba dispuesto a morir por mí, ¿comprendes? Y lo decía literalmente.

—¡Dios mío! ¿Así que embrujaste al caballo y mandaste a Pan de Higo a su muerte deliberadamente para conseguir un pretexto religioso con el que pudieses extender tu capa para mí?

Asintió con la cabeza, dio la vuelta y se escondió la cara entre los brazos. Entonces empezó a ocurrirme algo: noté que empezaba a ceder. Esta no era mi época, me decía a mí mismo, y Sally no mostraba ningún sentimiento de culpabilidad por lo que había hecho. Si de verdad sentía tanto por mí como demostraba, y si yo tenía una obligación religiosa de satisfacerla, quizá...

—Sally-dije.

Levantó la mirada y la luz de luciérnaga resplandecía en torno a ella, con tanta intensidad, con tanta malicia, que sentí un agudo dolor físico en la boca del estómago.

"¡Eso sí que no! ¡Eso otra vez, no!", pensé. "Terminé con esto para siempre el día que Antonia dijo que se casaría conmigo. Preferiría una muerte salvaje con un caballo loco como Pan de Higo, pobre desgraciado, que quemarme en este fuego verde".

En voz alta dije:

—Me voy a casa, Sally. Tu asesinato premeditado de Pan de Higo y tu manera de transferir la culpa al caballo puede

que sea asunto tuyo; pero también hay que tener en cuenta a Zafiro, y ella es asunto mío. La has tratado odiosamente, y espero que la Diosa te atormente como debiera.

—¿Cómo puede atormentarme más de lo que me está atormentando ahora?-gemía—. ¡Yo, una bruja de Nueva Creta, enamorada obscenamente de un demonio bárbaro del pasado!

—¿Quieres que busque a Estrella de Mar y te lo mande? —le pregunté fríamente.

Esto la hirió en lo vivo. Se levantó de un salto y empezó a embrujarme, corriendo por el claro, en dirección contraria a las agujas del reloj, a toda velocidad y completamente desnuda, con su larga melena negra volando y sus ojos de gata echando fuego. Fue una experiencia horrenda. Tenía la carne de gallina. Sabía lo que debía sentir un pájaro fascinado por una serpiente: por mucho que lo intenté no conseguí moverme de aquel lugar. Pero mi cerebro aún funcionaba normalmente y encontré que aún tenía el control de mis manos y de mi voz. Intenté mofarme de ella:

—La otra noche Erica Turner me dijo que realmente valía la pena presenciar tus diseños; aunque como magia no le párecían gran cosa. Tiene razón. He pagado dinero para ver espectáculos mucho peores en tabernuchos de El Cairo y Alejandría.

Pero se puso a girar aun más rápidamente, haciendo ruidos extraños y secos con la lengua y los dedos, golpeándose los pechos después de cada vuelta completa y poco a poco encerrándose a mí en su círculo.

Empecé a desesperarme. Un minuto más y me desgarraría en pedazos, o me atacaría sexualmente, o las dos cosas. ¿A quién le gustaría ser una araña macho cuando la asesina hembra empieza su noviazgo rítmico?

Busqué de un modo febril en mi mente para encontrar un desencanto ¿El encanto furtivo e íntimo contra el mal de ojo que los labradores de St. Jean usaban cada vez que pasaba el Vicomte de Martinbault?

Lo intenté, pero sin ningún resultado.

¿La señal de la cruz? ¿In hoc signo vinces?

También lo intenté, pero también sin resultado. O bien había perdido su eficacia desde el final de la era cristiana, o no lo utilicé con la fe suficiente. Soy cristiano sólo en virtud de mi bautismo de infancia.

Ya estaba casi encima de mí cuando recordé mi entrevista con la hechicera. Eché las manos al bolsillo y busqué el medallón. Aún estaba ahí. Lo alcé por encima de mi cabeza y dije solemnemente:

—¡En nombre de la Madre! ¡Librame y dame salvoconducto hasta la casa donde vivo!

Dio dos vueltas enteras más, abanicándose con el viento de su corrida, y luego otra media vuelta antes de que mis palabras penetrasen en su mente; entonces empezó a ir más despacio, casi tropezando al parar. Silenciosa y calmadamente empezó a deshacer el diseño, espiral tras espiral, malhumoradamente trezándose el pelo al mismo tiempo, con los ojos fijos en el suelo.

—Gracias, Sally-le dije, cuando hubo terminado y vi que ya podía moverme de nuevo—. Ahora ponte la ropa, sé buena chica.

Me obedeció dócil y modestamente, recuperó sus zapatos, volvió a colocarse la capa y se quedó esperando mis órdenes.

—Ahora vayamos a buscar a Veo-un-Pájaro y a Estrella de Mar y calbaguemos a casa.

Me dio el brazo y nos fuimos tranquilamente por el sendero hacia Zapmor.

Melocotones y el capitán aún estaban en la zanja cuando pasamos por allí.

—Perdonadme, queridos-le dije—. Me haréis un gran favor si termináis de hacer el amor junto a la cascada al final del sendero. Encontraréis dos montones de tierra allí, con el césped recién puesto. Extended vuestras capas sobre el pequeño, y dadle hospitalidad amorosa a un fantasma ofendido. Era un hombre bueno, y mi amigo.

Use el mio volado en pedazos con aquella bomba de Viernes Santo. Por cierto, ¿de quién es este dormitorio?

—Una chica muy mona que se llama Zafiro vive aquí. Ahora está fuera. Te gustará. Es un poco como una chica del colegio Lady Margaret Hall.

—¿Estás enamorado de ella?

—¡Qué pregunta tan inoportuna!

—Oh, Ned, ¿verdad que es divertido? Déjame mirar un momento el pasaporte. ¿Se me menciona a mí? Y tu foto ¿pareces menos criminal que de costumbre?

—No es esta clase de pasaporte. Y no voy a desatirlo de mi tobillo. No, ¡déjalo o te haré cosquillas hasta que grites! Se queda donde está. No me fio de dejárselo a nadie, ni siquiera a ti. Llevamos una vida muy precaria de ser y de no ser, y yo no quiero correr ningún riesgo. Un resbalón y podríamos caer a la nada.

—Me haces sentirme como la Sra. Discobolus en la pared con el Sr. Discobolus.

—No me había enterado de que conocías a Lear. Siempre me has dicho que tuviste una infancia sin versos ni cuentos. Anda, deja ya de charlar y estáte quieta. Voy a empezar a proceder seriamente besándote en la punta de tu nariz poco resplandeciente.

—¿Por que, poco resplandeciente?

—¡Si, cariño!

Dormí casi hasta la hora de comer. Cuando me desperté Antonia ya se había vestido y había salido del dormitorio. Ya debía de haber desayunado, por la hora que era. Era miércoles, el día que hacían fiesta los archivadores, así que no tendría al Intérprete para ayudarla. Pero siempre podría hacer señas para complementar su francés-el francés, después de todo, estaba relacionado de cerca con el catalán^a la base del neocretense-o pintar dibujos en un trozo de papel. "No, en papel no", recordé, "pero siempre se supo hacer entender perfectamente, incluso con aquel cocinero sudanés tan tonto que teníamos en Heliópolis".

Mientras me vestía, me preguntaba por qué Sally había evocado a Antonia. ¿Era por despecho? Como no había compartido su capa, ¿acaso había decidido que al menos no compartiría la de Zafiro? No, eso no podía ser cierto, ella no podía actuar por cuenta propia. Tenía que agradecer mi felicidad presente a la Hechicera. Todas las órdenes para evocación provenían de ella; Sally sólo pudo ser su agente. Pero lo que no entendía era como Sally lo había conseguido tan deprisa. Había estado fuera toda la noche, y cuando volvimos no podía hacer más de media hora que dormía cuando llamó Antonia a la puerta. Y sin embargo mi evocación, según el Intérprete, había durado desde el amanecer hasta el mediodía, y luego no me había despertado hasta bastante adelantada la tarde. Era evidente que Sally había progresado con su técnica, reduciendo el tiempo a unos cuantos minutos. ¿O era acaso que era más fácil evocar mujeres que hombres?

Salí en busca de Antonia. No estaba en el comedor, ni en el salón, ni en la terraza, ni en el estudio detrás del salón, donde me encontré yo por primera vez. Por una ventana vi a Veo-un-Pájaro paseando de un lado para otro en el jardín y le llamé:

—¿Has visto a mi esposa?

—No, no la he visto. Aún no ha vuelto de la Corte.

Había utilizado la palabra *donna* que en neocretense quiere decir "señora" o "amada" además de esposa, así que Veo-un—Pájaro había interpretado mal mi pregunta.

—No me refiero a Zafiro, sino a Antonia-dije.

—Oh, Edward, ¿es que se ha muerto?

—¿De qué está hablando?

—Creía que me decía que Zafiro ya no se llamaba Zafiro, sino Antonia.

—Si estuviese muerta no le preguntaría si la había visto. No, no me ha entendido en lo más mínimo. Le estoy preguntando si ha visto a una joven pasearse por aquí (Zafiro no, no tiene nada que ver con Zafiro) de piernas largas y aire decidido, con pelo oscuro y ondulado, con una falda a rayas amarillas y negras, una blusa blanca de manga corta, y zapatos de tacón negros. Se llama Antonia.

—Na ha habido nadie así por aquí desde la hora del desayuno.

—Entonces debe de haber llegado tarde para desayunar. En aquel momento llegó Estrella de Mar, y Veo-un-Pájaro le repitió mi pregunta.

-No, no he visto a nadie-me contestó—. Ni puede haber salido nadie por ninguna de las dos verjas antes del desayuno. Tienen el símbolo de no se acerque marcado en los dos lados.

—Entonces únicamente puede estar en el dormitorio de Sally. Antonia es mi esposa, ¿saben? de mi propia época. ¿Ya se ha levantado Sally?

—No.

Ahora Veo-un-Pájaro parecía asustado. Fui a la puerta de Sally y llamé. Poco después abrió la puerta, despeinada y alegre. Llevaba una bata roja de aspecto chino, y sus piernas no tenían señales de hierba pastel.

—Hola, ¿cómo va todo esta mañana?-me preguntó.

—Estupendo, gracias.

—Muy bien. ¿Quieres algo?

—Sí, quiero a Antonia. ¿Está ahí dentro contigo?

—¿Por qué tanta prisa?

—Parece ser que no ha desayunado. Sally me miró inescrutablemente.

—No, ni un mordisco. Estaré contigo en un momento. Ya debe ser casi la hora de comer. —Pero ¿dónde está Antonia? Quiero verla. —Ya te dije que estaré contigo en un momento. —No me gastes bromas, Sally. Está allí dentro contigo, ¿no es así?

—En cierto modo sí—. Cerró la puerta riendo suavemente para sí. Entonces volvió a entreabirla y me preguntó—: ¿Por qué, poco resplandeciente?

Entonces, claro, lo comprendí. No había sido Antonia: había sido Sally, *hipnotizándome* para crear una Antonia falsa de las memorias desparramadas que yo tenía de ella (como la falsa Elena, el *idolon*, que había precipitado la guerra de

Troya) dándole luego realidad física con su propio cuerpo. Había empezado este juego la primera noche que pasé junto a Zafiro. La conversación había sido invento mío, una de aquellas conversaciones unilaterales que a menudo se llevan a cabo en la mente con amigos o amantes ausentes; esto lo demostró la mención del Sr. y la Sra. Discobolus de Lear: en cuanto lo hube puesto en boca del idolon me había dado cuenta de que no era el tipo de comentario que había hecho la auténtica Antonia, e inmediatamente la corregí. Miré ferozmente a Sally.

—¡Vieja bruja!-dije entre dientes.

—¡Cuánto siento que no logaras defender por más tiempo tu virtud, cariño!

Me cerró la puerta en la cara y echó el cerrojo. Si no llega a aparecer Veo-un-Pájaro por casualidad en aquel momento, creo que hubiese derribado la puerta con el hombro, metiéndome en su habitación, y la hubiese estrangulada. Pero allí estaba, llamándose por señas, con su rostro amable y como de oveja, mirándose suplicante, y todo su cuerpo Saqueando.

—¿Qué pasa ahora, hombre?-pregunté mientras le seguía al salón.

—Acaban de llegar noticias de la barbería; sobre dos tumbas recién hechas junto a la cascada en Zapmor. Piensa que... Le falló la voz y se dejó caer en el sofá.

—Soy demasiado viejo para seguir enfrentándome con estas desgracias por más tiempo-dijo en voz baja—. heramos una familia tan feliz hasta hace tres o cuatro días.

—Espero sinceramente que no quiera usted implicar que he perturbado su paz... Yo no pedí que me evocaran... Me sonrió apenado.

—No Edward, no es usted, ano lo que ha traído consigo.

—¿Se refiere al bruch de Erica Turner?

—A eso me refiero. Sally me ha contado lo de la pitillera obscena de metal que fue encontrada en el armario de Zafiro.

—Entonces permítame corregirle. Yo no traje a Erica can— migo. Hace años que vive aquí. Me lo dijo ella misma.

—Eso no puede ser verdad: habríamos advertido su presencia mucho antes de ahora. Debe de haber venido con usted, agarrada a su cabello. Y ahora por lo visto, ronda otro bruch de su época por aquí, la mujer con falda amarilla y negra que usted dice que es su esposa.

—Sally puede explicarle esta aparición, si se lo pide. La creó ella misma, por razones que ella conoce mejor que nadie.

—Pero si el trabajo de Sally consiste en apaciguar los bru— ches, y no en crearlos.

—Estoy enteramente de acuerdo, y como veo que usted aún confía en Sally, me abstengo de hacer comentarios.

—Pues claro que confío en Sally. Esta época es la nuestra, no la suya. Todos confiamos el uno en el otro y esperamos confianza a cambio.

—Espero que el día siga bueno para usted.

—¿Eh?

—Mi querido Veo-un-Pájaro, ¿puedo darle un pequeño consejo amistoso?

—Hágalo, por favor.

—Es éste: le aconsejo que vaya a su habitación, recoja sus cosas, y luego se comunique en seguida con quienquiera que oficie en ocasiones como ésta y anuncie su intención de convertirse en anciano. Ya debe usted de ser lo suficientemente viejo como para llenar los requisitos, ¿verdad?. Bien. Me supongo que las cosas en esta casa se pondrán más y más confusas a partir de ahora hasta que me regresen a mi época, y luego todavía por bastante tiempo más. Escápese de los disturbios mientras aún pueda. Se sentirá perfectamente feliz en una casa de disparates, donde no tiene necesidad de tomarse las cosas en serio y donde nadie de fuera le tomará en serio a usted.

—Oh, pero Edward, mi querido amigo...

—¿Quiere decir que no quiere entrar en la institución local por miedo a encontrarse con Erica? No, Veo-un-Pájaro, no tiene por qué tener miedo. Erica está en todas partes y en ninguna parte. Allí estará tan a salvo como en el —otro extremo del mundo; o tan poco a salvo.

—Entonces, ¿quién es?

—Alguien a quien conoce muy bien.

Pues al hablar me estaba dando cuenta de que Erica no era un *idolon* de la misma espede que la falsa Antonia, y que de hecho no era otra de las bromas de Sally. La pitillera que Zafiro había encontrado en su armario mientras yo estaba en Sanjon era prueba concreta de ello. No: detrás de Erica se alzaba una magia más poderosa que cualquier magia que pudiese ordenar Sally, la magia de la misma Diosa encarnada en quien, por absurdo que parezca, tenía que creer por la lógica de mis recientes experiencias.

Veo-un-Pájaro vaciló. Luego volvió al tema de las tumbas. Me preguntó tímidamente:

—¿Es cierto lo de la tumba... que Pan de Higo ya no volverá a esta casa?

—Han pasado cosas tan extrañas aquí últimamente que no quisiera hacer una profecía sobre su vuelta. Si me pudieron evocar a mí del pasado remoto no veo por qué no se puede evocar a Pan de Higo del pasado inmediato.

—¿Está muerto entonces? ¿Lo enterró usted?-Su expresión era de terror.

—Sí, Sally me pidió que cavara las do6 tumbas. La más grande contiene a su caballo. El caballo se había vuelto contra él matándolo salvajemente. Luego le remordió la conciencia y trajo a Sally a la escena del asesinato. Ella lo destruyó. Luego pasaron varias cosas más. Al final dos amantes extendieron su capa sobre la tumba de Pan de Higo.

Se alegró un poquito.

—Ah, entonces el asesino fue el caballo, después de todo. ¡Bendita sea Mari! Corría un rumor de que a Pan de Higo le había dado un golpe un hombre de Zapmor a quien intentaba separar de su oponente y que murió a consecuencia de las heridas. Ahora lo comprendo toda Cuando usted intentó tomar un atajo para venir a casa atravesando los campos de agua, él debe de haber cabalgado para prevenirle de la arboleda sagrada, y accidentalmente debe de haber interrumpido las meditaciones de la grulla. La violación involuntaria siempre es castigada por una muerte violenta, y no es la primera vez que la diosa haya hecho del caballo su instrumento de venganza. Y, sin embargo, su muerte ha sido una muerte honorable; el amor entre hombre y hombre no ha sido roto, y el nombre de Pan de Higo brillará en los archivos. Pecó con buena intención.

No quise desengañarle.

—Usted me tendría que haber advertido lo de la grulla-le dije.

Estaba a punto de salir al jardín para darle la noticia a Estrella de Mar, cuando se detuvo con la mano en el tirador.

—Pero Edward, le imploro que confíe en Sally. Su falta de amor por ella nos ha causado a todos mucho dolor.

—¡Falta de amor!.-exclamé—. ¡Esto sí que está bien! Puede que le interese saber que anoche Sally me honró al ofrecerme los derechos a la paternidad, y que nuestro amor ya está consumado.

—¿Así que fue usted?

—¿Qué quiere decir, así que fue usted?

—Pero yo creía que usted y Zafiro tenían un acuerdo de amantes.

—Así es. Si Zafiro hubiese estado por aquí, las cosas habrían salido de otro modo.

Volvió al sofá con cara de desdicha.

—Creo que, después de todo, voy a seguir su consejo y pedir la ancianidad-murmuró.

—¿Qué pasa ahora?-pregunté.

—Estrella de Mar está profundamente enamorado de Sally, y yo sé, con la certeza con que sé cualquier otra cosa, que este golpe más le llegará al corazón. —¿Quiere decir que estará celoso de mí? —No, no es eso. No estuvo celoso de Pan de Higo cuando Sally le invitó a su dormitorio el viernes pasado. Los poetas nunca tienen celos. Pero se sentirá profundamente mortificado al saber que fue usted y no él quien fue invitado a compartir su capa sobre la tumba de su hermano.

No pude corregir este pequeño error sin decir más de lo que era mi intención.

—¡Eso es exactamente lo que intenté hacerle ver a Sally!-rugí, poniéndome el sombrero.

—¿Adónde va ahora?-preguntó.

—Voy a cabalgar basta Dunrena para encontrar a Zafiro. La situación aquí se está poniendo terriblemente complicada.

—¿Y cuando la haya encontrado?

—Entonces le advertiré que no vuelva nunca más, ni siquiera a recoger sus cosas. Los sirvientes pueden ocuparse de todo eso. Yo tampoco vuelvo. Me quedo con Zafiro.

—Pero parece que dice que ya no quiera a Sally después de todo; como si usted... no logro entenderlo.

—No intente entenderlo. Todo esto está completamente fuera de su alcance. Ni siquiera intente explicarle nada a Estrella de Mar; ya lo hará Sally. Recoja sus cosas y salga de aquí lo antes posible. Deje a estos dos aquí solos y que se figuren lo que quieran.

Me fui a la caballeriza y llamé a un mozo.

—Ensilla mi caballo y busca a alguien que me llene las alforjas con comida y bebida para dos días. Cuando el mozo volvió de la cocina, preguntó:

—¿Cree usted señor, que la bruja dará ejercicio a la yegua de la ninfa esta mañana?

—¿Qué? ¿Se ha ido Zafiro a pié?

—Supongo que sí, señor; yo no estaba por aquí cuando se fue; Ayer tampoco sacó la yegua; la bestia está inquieta.

—Pero si la bruja me dijo claramente que había cabalgado a la Corte.

—Debe de haberla oído mal, señor. Eso estaba mal. Parecía como si Zafiro tuviera intención, después de todo, de volverse un común, o de matarse: como si Sally la hubiese persuadido de romper aquella promesa que me hizo. Al mozo le dije:

—Me llevaré la yegua. Podré con los dos.

—¿Bastará con la cabezada?

—No, póngale una' silla.

Se abrió una ventana encima de nosotros. Podía sentir los ojos de Sally atravesando mi espalda, pero no. miré hacia arriba.

Quant

Un kilómetro más abajo, en la carretera, vi al Intérprete sentado en un portillo con escalones y roe paré para saludarle. Cerca de él estaba un viejo con el rostro como una manzana marchita que me observó con perspicacia.

—Éste será su doctor, colega Quant, ¿no es así?-pregunté en inglés. (Por cierto, que su nombre significaba "¿Cuánto?", pero siempre le recordaré como Quant) Habló él mismo.

—Sí, ése soy yo, señor Venn-Thomas, y estoy encantado de conocerle. Cabeza de Mazo, aquí presente, ha estado remitiendo informes detallados sobre su vocabulario y sintaxis ingleses que han aclarado muchos de nuestros más importantes misterios. Estamos realmente agradecidos por su ayuda. Por cierto, ¿puede dedicarme unos minutos?

—Me temo que no los suficientes para una discusión sobre participios pasados irregulares. Me marchó a Dunrena para encontrar a mi amiga Zafiro. —Sí, reconozco su yegua

¿Conoce a alguien en la Corte? —Ni un alma.

—¿Y sabe siquiera si es cierto que ha ido allí? —No, del todo no. ¿Puede usted darme alguna noticia de ella desde que marchó de casa? —Sí que puedo. Se vino directamente a mí para aconsejarse (Una mujer maga neocretense yendo a ver a un archivador para pedirle consejo! Pero el Intérprete se interpuso, radiante de admiración:

—Existe un parentesco sagrado entre él y ella, a saber, él es el hermano de su madre. Pero, *coeteris* porilms, todo el mundo viene a ver a mi colega Quant cuando necesitan un consejo, pues es el más práctico de los hombres, y también el más compasivo.

Quant me guiñó el ojo, casi imperceptiblemente; pero como era la primera vez que me guiñaban el ojo en Nueva Creta, me sorprendió. Implicaba un secreto del cual excluía su colega, cota que me pareció muy poco neocretense: desde mi llegada, todo el mundo me había estado dando a entender que la primera piedra de la sociedad era la franqueza absoluta entre hombre y hombre.

—¡Vaya!-me dije a mí mismo—, ¡por fin encuentro a un compañero de raza humanal

—Bueno-le dije a Quant—, si no puedo estar seguro de encontrar a Zafiro en Dunrena, sería tonto de llevarme su caballo hasta allí. Ya sé: ¿nos sentamos en algún sitio y aclaramos las inflexiones de la última época cristiana de verbo* irregulares y defectivos del inglés antiguo?

—¡Capital! Claro que sí.-Quant se volvió al Intérprete:

—Vamos, date prisa, o llegarás tarde.

—¿Estás seguro de que no puedo serte útil en nada más, querido?-rogó el Intérprete.

—Tu deber está en la sala de conciertos-dijo Quant con decisión—. Nunca me podría perdonar si pensara que habías retrasado la actuación por mi culpa. —Volviéndose de nuevo a mí, explicó:

—Mi colega Cabeza de Mazo toca el oboe. Lo toca conecta y desapasionadamente. No obstante, es un jugador de croquet estupendo, y en el croquet éstas son las cualidades que hacen ganar los partidos.

El Intérprete se despidió, sonriendo feliz; estaba claro que no había percibido la fuerza crítica del "no obstante" de Quant.

—Zafiro no se ha ido a Dunrena-me dijo Quant, cuando nos quedamos solos—. Ni siquiera ha dejado el pueblo; me encargó de decírselo en privado. No le harán falta ninguno de esos dos caballos. ¿Por qué no los lleva por el borde de aquel bosque y pasa por la barrera al prado que está más allá, los desensilla, y luego vuelve aquí?

Hice lo que me sugirió. El prado contenía una serie de vallas para practicar salto» y dejé a los caballos dando vuelta» juntos intachablemente, relinchando de placer en las vueltas. Luego Quant y yo cruzamos la carretera junto al portillo y anduvimos campo a través hasta que llegamos a una pequeña choza de tablas solapada» en una huerta de membrilleros.

—Aquí podemos hablar sin que nos molesten-me dijo, empujando la puerta y abriéndola—, y no me refiero a los participios pasados.

La chaza estaba amueblada con una mesa, dos sillas, una estufa de carbón y una litera.

—Acomódese, añadió sentándose,

—¿De quién es este sitio?-pregunté.

—Es una chaza de pintóse»; por eso está en una huerta de membrillero».

—No veo la relación.

—Lo» membrillero» son sagrados para Mari, quien inspira a nuestros pintores de pinturas mágicas. Como quizá ya sepa, tenemos dos clases de pinturas, la mágica y la popular. Los comunes pintan los letreros de sus casas y decoran la» mamparas de sus chimeneas y sus arcas con flores, frutos y animales, o con ilustraciones alegres de baladas de barbería; pero eso es casi todo. No, no se les permite hacer retratos de personas vivas; ni siquiera pueden hacer eso los magos, por temor a traer mala suerte. La pintura mágica se haeo en chozas de membrilleros. Las pinturas, los pinceles y los tableros están en el estante encima de su cabeza, si es que le apetece pintar.

—No lo haré; pero cuénteme lo de la pintura mágica.

—Es una forma de consultar a la diosa. El mago pinta un cuadro sobre un tema mítico, y cuando ya está hecho, la respuesta al problema, cualquiera que fuese, se encuentra en el cuadro.

—¿Qué clase de problema?

—Toda clase. Puede ser diagnóstico: por ejemplo, la causa

y la cura de una epidemia. O puede tratarse de amor. O de algún asunto de moralidad pública. Le daré un ejemplo sencillo. Hace unos años, fue hallado un cuerpo en un pantano de turba, bien conservado, y con un chaleco con botones de oro, de los que faltaba uno. En su bolsillo había una botella y también una caja de rapé. Los botones estaban hechos de monedas, pero el hombre que los encontró pidió permiso para ponérselos. Sostenía que hacía tiempo que habían sido convertidos de monedas en botones y que puesto que estaban acuñados a mano, no iban contra la costumbre. El problema fue referido a un consejo de magos, y sus quince miembros pasaron una mañana entera mirando los botones fijamente, pero ni uno solo se sintió inspirado para decir palabra. Por fin Vuelo de Abeja, que ahora es la madre de los hijos de Veo-un-Pájaro, y se ha vuelto anciana, se puso en pie. "Quizás los membrilleros tengan un mensaje para nosotros", dijo. Los otros se fueron al jardín y jugaron a cambeluk; era un jueves.

—¿Qué es cambeluk?

—Un juego bastante parecido al ajedrez o a las damas, para dos jugadores, que se juega con nueve piezas por lado: ocho comunes y un capitán; tendrá que aprenderlo. Vuelo de Abeja se marchó en seguida a esta misma choza, dijo una oración a Mari, y se puso a trabajar. Pintó la leyenda de Nimué, Dobeis y las ruedas de oro; y cuando hubo salido de su trance, se ató el tablero a la espalda y cabalgó hasta su casa. Esperó que terminara el torneo de cambeluk, porque nunca interrumpimos un juego si no se trata de una emergencia, y el consejo se volvió a reunir para mirar el cuadro. Allí estaba Nimué, con la manó posada en el acto de matar a Dobeis, y en el fondo había una tienda de licores. El hombre del chaleco, con la cara hinchada de tanto beber, se había arrancado uno de los botones y lo estaba entregando por encima del mostrador con la mano izquierda, mientras con la otra alcanzaba una botella. Desde la tienda un sendero serpenteaba por un pantano, y un cuervo revoloteaba en el cielo. Esto, naturalmente, fue decisivo: Estaba claro que los botones hablan servido de dinero y que uno de ellos había causado la muerte del hombre: se había emborrachado de camino a su casa y el pantano se lo había tragado.

—¿Qué pasó al final con los botones?

—Los enviaron a la Reina de las Brujas para purificarlos y luego los batieron, haciendo una lámina de oro para los archivos. No obstante, al que los encontró le fue permitido guardarse la caja de rapé, que se juzgó como obra de amor.

—¿Y por qué me ha traído a esta cabana? No sé pintar, y usted no es mago.

—Espero que venga aquí Zafiro.

—Muy bien, bábleme de ella.

—Pero primero, si me disculpas, le hablaré un poquito de mí. ¿O acaso quiere preguntarme algo antes de que empiece?

—Sí; me gustaría que pusiera la mano sobre este medallón y jurese que es usted Quant, el colega del Intérprete, y no sólo otra de estas fastidiosas ilusiones que me han estado engañando en estos últimos días. Su inglés es tan correcto y tan idiomático que sospecho un poco de usted.

Sonrió y tomó el juramento en neocretense.

—¿Se lo ha dado ella?-preguntó, muy impresionado por el medallón.

Asentí con la cabeza.

—En la arboleda de alisos-le dije.

—¿Parecía contenta de usted?

—Fue lo bastante amable como pata decirme que lo estaba haciendo muy bien.

—Es usted un hombre de suerte. Ahora escuche, e interrúmpame siempre que quiera. Primero le hablaré de mí. Soy lo que aquí llaman un *margoton*: que yo sepa no hay ningún equivalente en inglés. Significa alguien que, aunque sea miembro estimable de un estado, tiene la capacidad de pertenecer a otra Nosotros los margotones somos extremadamente raros, pero el poeta Vives era uno, y con eso hay precedentes suficientes. Nació en el estado de los magos, pero en los días de la inundación chipriota, cuando todos los capitanes de su distrito perdieron sus vidas, él tomó el mando y desempeñó el trabajo de rescate con la admiración de todos. "Desde entonces Vives montó un caballo tordo", dice la *Historia breve*. Yo nací en el estado de los magos pero tenía todas las marcas de un archivador, excepto una incapacidad temperamental para jugar al croquet, que jamás he podido superar.

luego, cuando me acordaba de mi hermano, de repente descubrí que también era poeta. Deliberé conmigo mismo sobre si debiera pedir el traslado a mi estado original; pero decidí que era tan archivador como poeta, y que por lo tanto no podría haber ninguna ventaja en el cambio. Además, cuando llegué a especializarme en inglés (una lengua que, según pienso yo, no puede leerse sin intuición poética) me di cuenta de que ya habían pasado los tiempos en que podía escribirse poesía auténtica en mi propia lengua... Creo que Cabeza de Mazo le mencionó nuestro hallazgo reciente: el montón de felicitaciones de Navidad de Liverpool, ¿verdad?

—Sí; fue casi lo primero que se me dijo después de mi evocación.

—Unos aventureros encontraron la caja en una cueva. Le encargué el trabajo de transcribir los textos antes de destruirlos (todo papel tiene que destruirse antes de que termine el año). En la misma colección había un libro manuscrito de poesía que yo tenía intención de transcribir personalmente. Cuando *descifré* los poemas (pues la tinta estaba muy descolorida en algunos sitios) encontré que tenían mucha más fuerza y agudeza que cualquiera de los que teníamos incluidos en nuestros Estatutos ingleses; pero al mismo tiempo me di cuenta de que su inclusión produciría un efecto

quebrantado? sobre el pensamiento neocretense. El libro tenía dos nombres escritos en la anteportada: el suyo y el de Erica Turner. —Tenía las tapas jaspeadas, ¿verdad? —No, las tapas no estaban. —Bueno, de todos modos, lo recuerdo bien. (¿Cómo demonios llegó a Liverpool? Esto debe de haber ocurrido mucho después de mis tiempos. Lo compré en Argel cuando estuve allí con Erica en 1932. Me había traído los libros conmigo, y un día, después de una discusión sobre integridad poética, me desafió a que copiara todos los poemas ingleses que conociera en los que el poeta había sido realmente sincero consigo mismo, sin guardarse nada. Encontré que no habían muchos. Pero así y todo, Erica se mostró muy mordaz con mi selección. Dijo: "No hay un solo hombre entre ellos que hubiese muerto dos veces seguidas por la misma mujer". Yo le pregunté: "¿Por qué dos veces?" "Una no es prueba de integridad", me dijo. Erica era una chica extraña).

—No se las enseñé a Cabeza de Mazo ni a nadie más, pero empecé a escribir poesía inglesa yo mismo. Como el inglés es una lengua muerta y mis poemas no estaban escritos para que los leyera nadie, no veía nada de malo en eso. De todos modos, me solucionó mi problema personal como margotón, y estaba contento de no haber cambiado de nuevo mi estado: si hubiese sido mago me hubiesen obligado a escribir en neocretense y a hacer circular mis poemas. Luego un día la diosa vino a hablarme de usted.

—¡Oiga, Quant! Ahora está usted en una posición que le permite pensar y hablar en términos de mi época además de la suya: no hay ningún otro hombre en Nueva Creta que pueda hacerlo. Así que me debe una explicación de sentido común de lo que quiere decir cuando dice: "La diosa vino a hablarme".

—Pero si usted ha tenido la misma experiencia. Le dio aquel medallón en la arboleda de alisos.

—Experiencia no es lo mismo que explicación. Tomé a la hechicera por una representante de la diosa, no por la propia diosa.

—Es una distinción sin diferencia. Siempre adquiere la forma de un ser viviente. ¿Conoce por casualidad la *litada*, uno de los mitos del mundo antiguo?

—Sí, ya lo creo. Lo leí en griego en el colegio.

—Entonces quizá recuerde que la diosa (realmente sólo hay una diosa, y no varias) algunas veces aparecía disfrazada de persona humana durante la guerra de Troya, e incluso en una ocasión, de hombre: era el príncipe Deífobo de Troya, justo antes de la lucha de Héctor con el campeón griego, ¿recuerda?

—Con todos mis respetos por Homero, nunca se me ocurrió tomarme la historia al pie de la letra.

—Lo hubiese hecho si hubiese servido en la guerra de Troya.

—Es posible. Siga.

—Bueno, ¿admite que para usted no es natural adorar a un Dios-Padre?

—Espere un momento. Es una declaración algo arrolla— dora. Para mi padre, por ejemplo, resultaba muy natural.

—¿De veras? Y ¿era un hombre feliz?

—Cuando no estaba preocupado por su alma o por sus cuentas.

—Sí, lo que quiero decir es que el Dios-Padre no está en la sangre como lo está la diosa; es un concepto artificial que sus antecesores han naturalizado lo mejor posible, pero debieran de haberle abandonado hace tiempo por intereses de cordura. El mayor problema de su época, la última cristiana, es la guerra científica ilimitada que a nadie le gusta pero que todos aceptan como inevitable; es un producto accesorio típico de la adoración de Dios. En los días arcaicos, siempre que la vida de las tribus se volvía demasiado monótona, la diosa, naturalmente, solía permitir a sus gentes que fuesen a la guerra; pero la mantenía entre límites decentes, aunque quizás no tan estrictos como ahora. Cuando sus antecesores se rebelaron contra ella, inventaron un Dios— Padre cuyo único asunto era la guerra (domingo, lunes, martes, miércoles y cada día) un demonio feroz que le robó el hacha de batalla y se lanzó a conquistar la humanidad. Desposeyó a la diosa de su soberanía, la convirtió en su esclava, y finalmente anunció que ya no existía.

—Si es tan poderosa como creen ustedes, los neocretenses, me sorprende que se sometiese a esto.

—No solamente se sometió, sino que además lo organizó ella. Verá: unos cuantos milenios de caos pueden significar muy poco para un inmortal, y ella tenía dos propósitos claros en su mente. El primero era que amaba al hombre y no quería que se sintiese encadenado y reprimido: lo emanciparía y le permitiría que cumplierse con su destino (así lo expresó ella irónicamente) dejándole que descubriera lo absurdo que era crear una deidad suprema en su propia semejanza fálica. Al final volvería voluntariamente a su gobierno. Su segundo propósito era demostrar la existencia en tí de ciertas capacidades intelectuales hasta entonces insospechadas por la mujer: la mujer daba demasiado por supuesto su superioridad sexual y le trataba como a un juguete.

—En teoría me parece tan natural adorar a un Dios como a una diosa.

—Exactamente: tenía que concederle al hombre el poder de teorizar, y esta fue una de sus teorías. Pero en la práctica una deidad masculina es una contradicción de términos. Pronto sus antepasados perdieron toda su fe en la sabiduría y en la justicia del Dios-Padre, e incluso empezaron a dudar de su existencia; unos cuantos volvieron en secreto al culto de la diosa. Pero otros se volvieron racionalistas y crearon un Dios de la Razón y del Saber como sustituto de la diosa del Amor y de la Sabiduría.

—¿Hasta qué punto en la historia nos lleva esta narración?

—A los días de Sócrates y Aristóteles. Puede que ya conozca los versos:

*Sócrates y su demonio
hicieron insurrección...*

Ya se los daré más tarde si no los conoce. El Dios de la Guerra aún mantenía su soberanía, y como el amor entre hombre y hombre había terminado (excepto en las fraternidades secretas aún promovidas por la diosa) también se convirtió en el Dios de los Ladrones. El tercer puesto en la Trinidad de Malhechores lo tomó el Dios del Dinero, a quien llamamos Dobeis.

—Parece que esté dejando a un lado el cristianismo.

—No es importante, excepto como síntoma de la fiebre espiritual del hombre: aportó una desviación más que un cambio. El cristianismo nació del intento predestinado de unos cuantos sabios judíos por regularizar y purificar el culto del Dios-Padre con una supresión completa del culto de la diosa; anatematizaron al Dios del Dinero e identificaron al Dios-Padre con Sabiduría, Justicia y Amor supremos. Pero pronto unos gentiles convertidos a la cristiandad, echaron a un lado a los sabios, y ésta vino a comprender toda clase de creencias contradictorias de todo, desde una teoría filosófica perversa del no-ser y un culto indiferente de la diosa como una casta Virgen, hasta una adoración pura del Dios de Ja Guerra. En su época, la Trinidad de malhechores ya era suprema en todo sentido práctico. Hay un famoso pasaje en verso en nuestros mitos de Nueva Creta:

"Decide la espada bramó el Dios de los Labradores;

"La Ciencia es la Verdad", chimió el Dios de la Razón;

"Y a cada hombre su precio cantó Dobeis;

"Lo demás son supersticiones", rugieron los Malhechores.

Nimúé oyó su coro...

Me parece a mí que el poeta de la Última Época Cristiana estaba comprometido, para conservar su integridad, a resistir, dudar, destruir y hacerse el tonto; solamente cuando se encontraba con un compañero poeta de su misma mentalidad» o con una mujer sobre la cual el espíritu de la diosa había descendido en secreto, sentía que aún no todo estaba perdido. ¿No es así?

—Más o menos.

—Cabeza de Mazo ya le ha contado los orígenes de Nueva Creta. Cuando llegaron al poder los sofócratas, en un tiempo de una desesperación casi universal, los argumentos de ben-Yeshu les persuadieron a fijar las colonias de las que se ha desarrollado nuestro presente sistema social. El Consejo Antropológico aceptó el argumento con el cual empezaba el famoso, aunque recargado, libro de ben-Yeshu: "La civilización ha sufrido una *crise de nerfs* global a resultas de un intento de desarraigar un elemento religioso vital de la herencia psicológica del grupo de sangre alpino dominante". En otras palabras, acordaron que si la humanidad iba siquiera a sobrevivir, había que restablecer a la diosa en su poder, y habían recogido los suficientes datos arqueológicos como para poder restaurar su culto con el detalle convincente.

Hizo una pausa y dibujó tares estrellas en el aire con el dedo, para dar a entender que había terminado su introducción histórica.

—Así que ahora estamos de nuevo en los días anteriores a la guerra de Troya-le dije—, sólo que con la ventaja de que el hombre ha aprendido el peligro de rebelarse contra la diosa; y que en el curso de su rebelión ha hecho cierto número de inventos útiles de los cuales aún se benefician ustedes.

—Este es el lado del haber en el balance:

Pues aquí la costumbre de los cinco dedos nos gobierna bien,

como dice Solero, pero también existe el lado del debe, que yo sólo pude apreciar después de leer su libro manuscrito. Me di cuenta entonces que desde los tres últimos intentos infructuosos de destruir el sistema neocretense desde el exterior (pues nunca ha habido una revolución interna) hemos vivido lo que su época, en perspectiva idealística, llamaba "la buena vida", y que realmente es una vida muy fácil. No quiero decir que no hayamos trabajado duro, y jugado duro, que no nos hayamos mantenido con buena salud física y espiritual, que no hayamos luchado nuestras guerras de un solo día, con entusiasmo y que no hayamos marchado ocasionalmente a la aventura en las Tierras Malas. Pero creo que con esto no basta.

—¿Se ha encontrado alguna vez con el "Grumbling Hive" de Mandeville? Parece ser que ben-Yeshu lo pasó por alto en su lista de utopías.
—No, no ha sobrevivido.
—Bueno, pues viene muy al caso. Él mantenía que la virtud (que definió como cada acto por el cual el hombre, contrariamente al impulso de la naturaleza, intenta beneficiar a su compañero hombre por un deseo racional de bondad) es a la larga perjudicial para la humanidad. Describe una sociedad poseedora de todas las virtudes que cae en la apatía y la parálisis, e insiste en que los vicios privados son beneficiosos al público.

—Esto, naturalmente, era una exageración del caso, una invitación al caos. Pero al menos es cierto que la intensidad emotiva del amor que sus poetas sentían por la diosa en la Última Época Cristiana no puede tener ningún equivalente tal como están las cosas ahora. Cuando Cleopatra escribió sus poemas, la cuestión aún estaba en duda aquí; todavía existía la vieja civilización al lado de la nueva, y nuestros comerciantes aún navegaban a Corinto volviendo con mercancías dudosas. Los poemas de Cleopatra son un ruego apasionado para no volver a caer en la anterior locura de la humanidad. Pero desde los días de Solero y de Vives y nuestros demás poetas legislativos, ¿qué podemos enseñar? Está Robnet, que vivió bastante más tarde, pero a él le trajeron de niño de las Tierras Malas de América y conservó algo de su natural salvajismo hasta la muerte; y murió joven ¿Quién más hay?

—La otra noche en el Santrepod, Erica Turner entró en la habitación... bueno, ya sabe lo de Erica.
Asintió con la cabeza.
—Pero aún no conozco esta parte de la historia.
—Zafiro había tocado algo de Alysín; me pareció poco sincero y se lo dije a Erica. Ella opina igual que usted: que desde los días de Cleopatra, la música y la poesía están en declive.

—¿Y qué dijeron Zafiro y Sally?
—Nada. Estaban dormidas. Todos menos yo estaban dormidos cuando Erica desafió el hechizo que habían puesto contra ella y entró.
—Era la diosa-dijo Quant.
—Ya lo había sospechado. "Puede ser joven y vieja cuando le plazca." Pero a mí, que me crié con la teoría de un Dios que es un ser sobrenatural de un resplandor deslumbrante, de tamaño portentoso y de voz de trueno, me resulta difícil que me intimide una diosa que puede aparecerse en la persona de Erica Turner.
—Ella no quería intimidarle-dijo Quant-como Atenea no quería intimidar a Héctor. Y además, ¿cree usted que le intimidaría un gigante celestial con voz de trueno? No puedo creer que sea usted esta clase de hombre, señor Y enn-Thomas.

Me reí.
—¡Fouché!-le dije—. Pero ahora hágeme de Zafiro. Dice que vino a pedirle consejo: ¿qué le contó?
—Lo de Erica en la Casa de los Disparates y cómo encontró una pitillera obscena de metal en su armario, y lo de las sospechas que tiene usted de Sally. No me guardó nada.
—Y usted, ¿qué le dijo?
—Le dije que no debía tener miedo: que donde estaba más a salvo era en el mismo vértice del torbellino. Utilicé esta expresión a propósito: y le diré por qué. Porque una noche, cuando estaba transcribiendo el último poema de su libro, la diosa entró en mi estudio con un abrigo de rayas blancas y zapatos verdes. Sabía quién era y me incliné. Erguida sobre mí, escribió en la arcilla justo debajo de donde yo había escrito su nombre, Edward Venn-Thomas: "Antes de que termine el año echaré con mi silbido esta semilla de viento para que al soplar caigan las ramas secas de mis árboles". Así que cuando leí el informe de Sally sobre su evocación, fue poca mi sorpresa. Pero guardé distancia y observé las colas de caballo en el cielo y escuché el sonido del viento en las acacias, hasta ayer, cuando la diosa me envió a Zafiro para consultar conmigo.
—Lo siento por Zafiro-le dije—, pero lo siento aún más por Sally. La diosa le ha hecho desempeñar el papel más difícil.

Quant suspiró profundamente.
—Ahora debo irme a casa para fumar en el atardecer-dijo, después de una pausa—. Cabeza de Mazo me estará esperando para llenarme la pipa. Es un buen hombre y un colega trabajador. Buenas tardes, señor Venn-Thomas. Gracias por su charla agradable.

Le detuve.
—Quant, ¿podría ver sus poemas en inglés?
Se metió la mano en el bolsillo del pecho.
—Me he tomado la libertad de traer uno conmigo. Lo escribí hace algún tiempo cuando la mente de Zafiro estaba obsesionada con advertencias de su dolor presente; los lazos de parentesco sagrado son muy fuertes, y en el poema expreso mi compasión. Como puede ver ya está grabado en plata, con la traducción al neocretense en el otro lado.
—¿Pero es que le permiten utilizar las hojas? No es oficialmente un poeta, ¿verdad?

—Como curador de los textos de la última época cristiana, transcribo en arcilla cualquier poema que se revele, y los magos los juzgan. Un Consejo ordenó que éste se grabara en plata: lo atribuyeron al poeta Marvell.
—¡Caramba! ¡Lo que es ser un margotón! Se rió.
—No puedo esperar que su opinión del poema sea tan favorable como la de ellos-dijo—. Puede que no crea siquiera que valga como poema, pero el consejo cree que está destinado a incluirse en los Estatutos ingleses.

Luego se marchó depiisa con una vergüenza de autor que me emocionó. Cuando hubo cerrado la puerta leí el poema, que estaba escrito en el estilo característico del siglo diecisiete, aunque nada parecido a los de Marvell, pero los editores de los Estatutos le habían atribuido también a Marvell poesías de varias otras manos, no todas tan hábiles como la de Quant.

*Un rayo de luz,
sobre el roble brillantado
que en nada se asemeja
a la grieta que ha encontrado
para poder entrar
en esta oscura estando,
redondo y dorado, gira alrededor,
plenipotenciario del sol.
Así pueda mi amor
hallar también una grieta
para romper en la tiniebla
de tu mente y tu dolor,
que no puedas confundirlo
y te levantes a abrirme
como abirías al sol.*

Le llamé:
—¡Eh, Quant!
—¿Sí?-me contestó desde el otro lado del campo.
—Gradas. Sí que vale como poema. Volvió y me estrechó la mano con gratitud, colocó de nuevo la hoja en su bolsillo y volvió a marcharse, canturreando suavemente para sí mismo.
¡Qué tipo tan agradable!

¿Quién es Edward?

Mientras Quant hablaba me decidí a vivir en el presente y pensar lo menos posible en mi propia ¿poca. Podría ser que estuviese años en Nueva Creta; o podría ser, quizá, que nunca me marchase y mientras permanecía aquí sería muy desagradable si no disfrutase de mi situación. Ahora, al menos, estaba libre de los aspectos más pesados de nuestra plutocracia caduca; la comida era saludable; la gente cortés; el campo magnífico. Tenía un caballo de pura sangre a mi disposición y tantas cosas que me podían divertir o interesar que, francamente, era absurdo ansiar con sentimentalismo el St Jean-des-Porcs tal como había sido, o el torbellino loco y anónimo de la estación de metro de Picadilly en la hora punta, o un sillón plegable, un paquete de "Old Golds", un vaso de "Tío Pepe" y la última novela de Simenon en mi propio jardín, bastante descuidado, detrás de mi casa en Sainte Véronique. En especial tenía que borrar de mi mente todos los lazos emocionales que me a Antonia; Antonia no formaba parte de esta vida, y mis pensamientos sentimentales sobre ella habían dado lugar a que Sally me engañara. Había sido muy tonto de mi parte igualar a Zafiro con Antonia; eran personas enteramente distintas. Y de muy mal gusto: me había portado algo así como un viudo que obliga a su nueva mujer a conservar fresca la memoria de su amada haciéndola llevar sus vestidos y ropa interior y haciéndola usar su mismo perfume.

- Cuéntame las últimas noticias-dijo Zafiro, entrando silenciosamente y sentándose en la silla que había dejado libre Quant.
- Estoy aquí y también lo estás tú, y eso es lo único que importa-le dije levantándome y poniendo mis manos sobre sus hombros.
- ¿De verdad es lo único?
- Ya has oído lo que he dicho.
- Dio un suspiro de alivio.
- Algo te ha cambiado, Edward. Lo noto en tu tacto. No es tan nervioso ni tan espinoso como antes.
- No te he estado tratando bien-le dije—. De ahora en adelante me portaré mejor.
- Me gusta oírte decir esto. No esperaba que te convirtieses en un neocretense en un día, y además los hechizos nos dificultaron mucho las cosas.
- No creo que haya más.
- Si tú lo dices, no habrá. ¿Cómo están todos en casa? ¿Cómo se han tomado mi marcha?
- Sólo he escuchado la opinión de Veo-un-Pájaro. Está algo desanimado y habla de volverse anciano.
- ¿Por mi culpa? Hace muy mal, aunque Vuelo de Abeja ha hecho exactamente lo mismo. Tenemos que impedirselo en seguida. Aún es demasiado joven y vigoroso para pasarse las noches jugando a billar en la Casa de los Disparates y las mañanas paseándose por allí sin hacer nada.
- Bueno, yo opino que es una decisión sensata. Está cumpliendo con su nombre: ya ve los buitres revoloteando por encima de las nubes. Y de todos modos, es más por Estrella de Mar que lo hace que por ti.
- ¿Pero qué le ha pasado a Estrella de Mar?
- Te daré la noticia lo menos bruscamente que pueda: Estrella de Mar cree que Sally debiera de haberle pedido que compartiese su capa sobre una tumba recién cubierta de césped.

- Zafiro emitió un sonido ahogado, con la mano en la garganta.
- ¿La tumba de quién?
 - Siento decirte que la de Pan de Higo.
 - ¡Oh, pobre Pan de Higo! ¿Es que le mataron en la guerra?
 - No, le maltrató su caballo.
 - ¡Que Ana tenga piedad de todos nosotros! Pero si estaba tan orgulloso de su comportamiento, y era un animal tan dócil...
 - Antes de que lo hechizaran.
 - ¿Hechizarlo? ¡No lo dirás en serio! ¿Y quién?
 - ¿No lo adivinas?-La miré con dureza.
 - No quiero intentarlo-balbuceó.
 - Sally, naturalmente.
 - No quiero creerlo, cariño, no quiero crerlo. Es absolutamente imposible. No me digas cosas tan horribles; son como aquellas historias de pesadilla del mundo antiguo. Pan de Higo amaba a Sally; y ella le amaba a él.
 - Lo siento, querida, pero eso es lo que ocurrió.
 - Pero, ¿por qué? ¿Qué razón puede haber tenido?
 - Quería una excusa religiosa para extender su capa para otro hombre.
 - ¿Para otro hombre?-preguntó en una voz estrangulada—. ¿Para quién?
 - Para mí, claro.
 - ¿Y lo hizo? ¿Y tú...? Oh, ¡esto es una pesadilla despierta! ¡Dime que no lo hiciste!-gimió Zafiro.
 - Claro que no. Al menos, sobre la tumba no. Pero esta mañana temprano me engañó mientras dormía haciéndose pasar por Antonia otra vez y viniéndose a la cama conmigo. Le di todo lo que me pidió.
 - Pero de verdad sólo me quieres a mí, ¿no es así?-susurró—. ¿Estás seguro de esto?
 - Sólo a ti-le dije—. Yo quería a Antonia, como ya sabes. Pero, como muy insensiblemente ha dicho uno de nuestros poetas: "aquello fue en otro país y, además, la moza está muerta". Te quiero a ti ¿tora. Y voy a intentar no olvidarme de tu advertencia: lo que me dijiste aquella primera noche, decidida a casarse juntos. ¡Sólo te pido que no llores! No soporto verte llorar.
 - No creo que jamás vuelva a derramar otra lágrima después de esto-dijo débilmente.

Cenamos en silencio; los dos pensábamos profundamente. Pero primero pintamos la señal de "no se acerquen", en tiza, sobre la puerta (tres grullas con sus alas levantadas en amenaza) y encendimos la estufa, pues la noche era fría y la lluvia salpicaba las hojas de los membrillos. Ahora que había decidido, por el bien de Zafiro, desechar mis viejas formas de pensar y convertirme en un neocretense, recordé el día en que me tragué mi orgullo insular al intentar hablar el francés como lo hacían los franceses, con todas sus habituales gesticulaciones y sus trucos vocales. "¿Estoy siendo deshonesto?", me pregunté. "¿Estoy simplemente desempeñando un papel de teatro? ¿O soy ése realmente yo?" No lo sabía.

En mi vida previa (tuve que referirme de nuevo a ella, pero con el énfasis en la palabra *previa*) había habido tres Edwards distintos, cada uno de ellos desarrollado en relación a una mujer distinta de la cual había estado enamorado. La primera de alguna importancia fue Virgilia, la hija de un fiscal de distrito de Carolina del Sur: tenía ojos azules y tirabuzones, y una forma fascinante de arrastrar las palabras, al estilo del Sur. Adoraba los caballos, el baile y el éxito. Por ella había cultivado estos dos primeros intereses hasta superar a mis rivales y consiguiendo así un nivel limitado del tercero. Por ella también, había jugado deliberadamente a ser un americano, incluso hasta el punto de beber— me litros de bourbon-en realidad no me gusta-gastar bromas pesadas a tiempo y a destiempo y seguir las hazañas de los Chicos Katzenjammer en el tebeo favorito de Virgilia con un fervor obsesional. Me llamaba "Ward" y le parecía muy interesante y un tipo que valía la pena a pesar de ser inglés, hasta que un día, decidida a casarse conmigo, me habló con sinceridad sobre el futuro y quedó muy consternada al descubrir que me rebelaba contra su definición del éxito. Para ella el éxito significaba la adquisición rápida de grandes cantidades de dinero conseguidas al vender a un precio alto las cosas que otro había producido a un coste bajo, y adoptar luego las costumbres de un nivel de renta alto, tal como vienen dictadas en las revistas de tonos de importancia y papel brillante. No pude cambiar sus puntos de vista, ni siquiera cuando intenté dárme las de europeo culto de antiguo linaje; ni pudo ella convertirme a los suyos, ni siquiera cuando me amenazó con darme el plantón. Le dije que mi educación en Oxford (había oído hablar de Oxford) me había hecho incapaz de vender siquiera un saco de maíz en un año de hambre; pero ella dijo: "{porras!, en ese caso su tío Henry me metería en el negocio de bebidas no alcohólicas y me ayudaría a conocer gente con influencia y que valieran la pena conocer". Así que le dije: "¡A la m... con tu tío Henry!", olvidándome por un momento que hay palabras que no pueden decirse a esas jovencitas americanas tan monas y esperar salirse con la suya. Y eso lo rompíó.

Me marché al día siguiente, y quince días tarde estaba de vuelta en Europa, en casa de mi padre, donde conocí a Erica; Erica con su ingenio como filo de cuchillo, su desdén absoluto por la opinión del mundo, su extraña mezcla de melindrería y basura, de engaño y sinceridad, su fácil y desdeñoso dominio de cualquier éxito social que quisiese lograr, desde saltos de ski a diseños de sombreros. Había bailado ballet y la primera vez que intenté bailar una rumba con ella me hizo sentirme como un pueblerino, a pesar de que yo me consideraba un bailarín; y la primera vez que jugué con ella al póker me dejó sin blanca, a pesar de que me consideraba un jugador de póker. Me enamoré de ella sin remedio e intenté adaptarme a su estilo haciendo el gamberro *déclassé* que traducías sus caprichos desenfrenados en acción, y adquirí un gusto por el *Pemod*, que tampoco era mi bebida. Entonces me convertí en Teddy; Ward quedó olvidado. Pero la adaptabilidad y el entusiasmo catalanes que había heredado de mi madre, quedaron moderados por el carácter testarudo de Yorkshire que había heredado de mi padre; y, al fin y al cabo, me había educado en Rugby y Oxford. Al final le pared terco a Erica (no quise tomar parte en su espantoso

plan de asesinar al Vicomte de Mar—también a mí tampoco le importaba si aún por diversión, quise entrar en el negocio de contrabando de drogas con ella) y rompió conmigo en la forma más fea y humillante que supo. Quizá debería explicar que el Vicomte se había enamorado locamente de Erica y se estaba poniendo muy pesado en nuestro pequeño círculo de gente. Cuando murió violentamente poco después, la policía achacó el crimen a uno de sus criados, un corso que confesó haber mutilado el cuerpo en un ataque de venganza, pero que insistía que el cuello ya estaba cortado cuando lo encontró. Ni a Erica ni a mí nos llamaron para dar testimonio; el criado cortésmente cerró el caso al suicidarse en su celda la noche de su arresto. Pero algo debía saber Erica sobre el asunto, pues había saltado a Suiza dos horas antes de que se diera parte del asesinato.

Luego vino Antonia. Su familia era anglo-irlandesa, pero los Sinn Féiners les quemaron su castillo de County Sligo cuando aún era una niña, y emigraron a un pueblo cerca de Oxford. Había ido a la universidad de Oxford un año después de que terminara mis estudios, y estudió historia. Lo que me gustaba de ella es que no tenía ningún talento especial. Aunque no jugaba nada mal al tenis, nadaba y bailaba estimablemente, podía manejar un caballo, y cosía y cocinaba bastante bien, ni escribía, ni hacía teatro, ni tocaba ningún instrumento musical, y las cartas la aburrían. Ocasionalmente bebía un Dubonnet o un jerez seco (por ella dejé de mezclar mis bebidas y volví a mis convencionalismos ingleses) y no tenía ni ilusiones ni ambiciones. Sus prejuicios, como el de negarse a llevar un abrigo de pieles, o a pasar la menor cosa por las aduanas sin declararla, o a entablar una gran amistad con un católico, eran todos medio humorísticos. Pero aunque no tenía talentos especiales, pude reconocer que tenía genio; el genio sutil y peculiar de ser ella misma, de conocerse a sí misma y de estar siempre por encima de las situaciones. Si decía algo ingenioso, como a menudo hacía, sus palabras venían tan sencilla y casualmente que uno no se daba cuenta, hasta que era demasiado tarde, de que merecían un aplauso. Antonia era, en efecto, una lady. El genio hace a la lady; los talentos a la gentle—woman. Me llamaba Ned, y yo era firmemente feliz con ella. Erica me había gobernado por medio del temor, y Antonia por medio del amor; Virgilia nunca me había gobernado, habíamos jugado juntos como niños demasiado crecidos.

Una noche Antonia me dijo, a propósito de nada, y en una voz tan convencional que no registré sus palabras hasta la mañana siguiente: "Pero al final, naturalmente, tenemos que comprender que somos personas separadas; no basta con sólo amarnos el uno al otro". No había querido decir que probablemente uno de nosotros sobreviviría al otro y tendría que vivir solo o bien tomar otro compañero; simplemente quiso decir lo que dijo. Todo eso estaba muy bien para ella: siempre había sido una persona íntegra, como creo que lo eran Virgilia y Erica cada una en su manera, completamente distinta. Pero yo había sido Ward, Teddy y Ned sucesivamente, y aunque estos personajes no eran históricamente irreconciliables, era un penoso trabajo el de desliar mi verdadero ser de entre ellos. Quizá Nueva Creta me brindaría la oportunidad de hacerlo; o ¿podía acaso ser que el Edward que estaba surgiendo poco a poco de mi amistad con Zafiro no era más que otra variedad histórica sobre el mismo tema?

Después de que hubimos recogido la cena, Zafiro y yo nos sentamos cerca del fuego, mirándonos uno a otro. Al fin hizo un ligero movimiento en su silla y sonrió, y me pareció que debía decir algo. Le hablé de mí mismo. Le pregunté:

—Peto, ¿quién es Edward? Primero tenemos que aclarar esta cuestión.

Parecía que había estado esperando esta pregunta y que ya tenía la respuesta formulada en su mente.

—Como eres poeta-me dijo—, te giras hacia la diosa como se giran las flores hacia el sol. Cleopatra, hablando en su nombre, lo expresó de otro modo en su "Canción de luz".

No hay poeta que yo no retuerza como luz en mi manos, de infinitas hebras de colores que al fin se funden en blanco.

La diosa, está diciendo, es capaz de millares de manifestadores: y el poeta se adapta sucesivamente a cada una de ellas hasta que al fin los colores del arco iris se integran en la luz pura del cielo, que llamamos blanco.

—¿Y qué me dices del negro, el negro del eclipse?

—¿Par qué preguntas eso?

—Porque aunque la diosa bendice, también se reserva el poder de maldecir. —Pero solamente maldice lo que es malo.

—¿No distinguís lo que es simplemente malo de lo que es perverso?

—La diosa expulsó la perversidad cuando puso pie en Nueva Creta. La perversidad era la ilusión del bien levantada por la Trinidad de Malhechores. Y ha desaparecido sin dejar rastro; sólo queda el bien; esta ha sido siempre nuestra creencia aquí.

—¿Y sigue siendo tu creencia? —Sí.

—¿Dirías que Sally es mala?-le pregunté, yendo al grano.

—Por lo que dijiste tú, debe ser muy mala.

—Ahí es donde te equivocas. Sally no es mala; si lo fuera, no sería bruja. ¿No es el deber de los brujas destruir lo que es malo?

—Entonces digo que es una bruja mala. ¿De qué otro modo podrías explicar su crueldad y falta de amor?

—La otra noche definí el mal como una rareza o un error, un fallo en la función natural, el quedarse fuera de lo normal. Existe otra clase de bien que está tan por encima de la normalidad como por debajo de ella está la maldad; y esa clase de bien sólo puede conocerse en relación a otro concepto, que es la perversidad. La diosa expulsó la perversidad de Nueva Creta en nombre de este bien supremo, y la ocasión quedó señalada por el retomo voluntario del hombre a su culto. Hace ya muchos siglos que habéis tenido paz en Nueva Creta, paz y amor, y siempre que ha aparecido el mal, vuestras brujas lo han destruido; pero al par que vuestras memorias de los viejos tiempos de perversidad se desvanecían, vuestra noción del bien gradualmente quedó reducida del bien supremo a la normalidad. Vuestros poetas y vuestros músicos han dejado de honrar a la diosa como se merece; su decisión de sembrar un viento con el fin de cosechar un torbellino, demuestra claramente que lo normal no basta para satisfacerla.

—Pero aún no has definido la perversidad. Si no es un fallo en la función natural, y si no es la normalidad, entonces, ¿qué es?

—Es el medio por el cual el bien supremo se contrasta con lo meramente normal.

—Entonces, ¿quieres decir que Sally es el instrumento de perversidad de la diosa?

—Sí. Eso quiero decir.

Guardó silencio un momento y luego dijo: —Bueno, supongo que eso es lo que quiso decir Cleopatra con el verso:

Cuando el agua apesta, rompo la presa, con amor la rompo.

La bondad normal se estanca y se vuelve acostumbrada y la diosa demuestra su amor destruyendo la costumbre al reintroducir la perversidad.

—Me temo que sí.

—Pero, ¿y luego qué? ¿Será la consecuencia una vuelta a los mismos horrores, faltos de amor, que han rayado tu cara y tus manos? ¿Volverán los Tres Malhechores?

—Estoy seguro de que no. La diosa nunca se repite. Esto será una cosa completamente nueva.

—¿Qué clase de cosa?

—No tengo la menor idea. Pero ¿qué estabas diciendo de las rayas en mis manos?

—Están completamente sombreadas y esgrafiadas con las arrugas del dolor y del pesar; las nuestras están marcadas con sólo cuatro líneas principales. Me enamoré de tu cara y de tus manos en seguida que las vi; me recordaban un poco el abrigo de mi abuelo. Cuando era joven se fue de aventuras a las Tierras Malas de África, fue separado de sus compañeros por una tormenta de polvo y estuvo perdido durante meses; cuando volvió, su abrigo había quedado rasgado por mil espinas, pero cada rasgadura estaba cosida de nuevo con esmero. Lo colgó en el altar de Nimué en Sanjon, y allí permaneció hasta su muerte.

—Tu cara me atrajo por la razón opuesta. No puedes imaginarte lo asombroso que es ver la cara de una mujer ya formada tan lisa y sin sombras como la de un niño.

—Pero ahora, si se me forman líneas y sombras, ¿me seguirás queriendo? Me reí.

—¿Acaso quieres, después de todo, que te siga viendo como te vi por primera vez?

—Sí se conserva así fresco tu amor hacia mí, no me importará.

—¿Nos quedamos aquí esta noche?

—Yo me he de quedar. Tengo que pintar.

—Entonces querrás estar sola. De todos modos ahora ha dejado de llover y tendré que llevarme los caballos a casa; están en el prado al otro lado de la carretera. ¿Tienes algún recado para los sirvientes acerca de tus cosas?

—No, Edward, no vayas a casa: tengo miedo de lo que pueda pasar. Baja los caballos por la carretera y diles que troten a casa. Lo entenderán.

—¿Habrás terminado tu pintura a medianoche?

—Espero que sí. Necesito dormir.

—¿Quieres que vuelva entonces?

—No, por favor, no lo hagas. Sólo hay una litera, pero por la mañana cabalgaremos juntos a Dunrena. El último día del Rey empieza mañana al toque del atardecer, y ya que he decidido continuar siendo lo que soy para ti, tendré que asistir. Buenas noches, y no te vayas tarde a dormir. Cualquier casa te recibirá bien. Vuelve pronto. Lo harás, ¿verdad?

Le temblaban los labios.

—Pero no comprendo. ¿Por qué no podemos compartir la litera? No quiero separarme de ti en un momento así. —Intenté abrazarla—.

—No-dijo, respirando con dificultad—. No, ¡no puedes tocarme! Aún no. Ahora estás atado a Sally.

—¿A Sally? ¡Qué tontería! No tengo intención de volver a verla jamás.

—Te dio el derecho a la paternidad y tú lo aceptaste; así que tú y yo nunca podremos volver a dormir en la misma cama hasta que...

—¿Hasta qué?

Continuó en una voz tan fría y baja que me asustó.

—Hasta que extienda mi capa para ti sobre la tumba de Sally.

La casa de los disparates

Cabalgo hasta el puente, con la yegua de Zafiro trotando detrás de mí, luego desmonté y envié a los dos caballos a casa. Al pasear por las calles desiertas de Cordero Cornudo me sentía perplejo y triste. Las últimas palabras de Zafiro se repetían con un eco de advertencia en mi mente, pero la amenaza de asesinato me preocupaba mucho menos que la insistencia de que nuestro amor debía consumarse. Ahora sabía con más claridad que nunca que yo.no deseaba esto: lo habría estropeado todo. Cayeron unas cuantas gotas más de lluvia. ¿Habría una posada de pueblo? No recordaba haber visto ninguna ni aquí ni en ninguno de los pueblos que había visitado. La puerta de una casita estaba abierta y eché una mirada adentro. El interior me recordaba irresistiblemente la portada de una novela de la primera época victoriana, *La casita del tejedor*, que había leído de niño. Una plácida escena doméstica vista justo antes de entrar la vecina corriendo, todo despeinado el cabello, con la noticia de que los reclutadores de ejército de Bristol están en el pueblo. La mujer de la casa hilando, un joven trabajando un telar de mano, una muchacha de mejillas sonrosadas arreglando una camisa, otra bordando un chaleco, un hombre algo viejo en la esquina de hogar de fuego contándoles un cuento con el dedo índice levantado dramáticamente; la caldera hirviendo a fuego lento en la repisa interior del hogar, el gato dormido sobre la esterilla. Durante un rato me quedé escuchando el cuento:

Ocurrió un día, alrededor del mediodía, dirigiéndome hada mi barca; me sorprendió mucho ver la huella descalsa del pie de un hombre en la orilla, que se veía muy claramente cobre la arena. Me quedé estupefacto, o como si hubiese visto una aparición. Escuché, miré a mi alrededor, mis no pude oír nada, «u ver nada. Me llegué hasta un terreno levantado para mirar más lejos. Fui arriba y abajo de la playa, pero estaba todo liso, y no podía ver más impresión que aquella sola...

No queriendo interrumpir en aquel punto de perpetua emoción, proseguí mi camino en silencio. "Estos pueblolerinos trabajan todo el día y toda la noche", me dije, "y no porque los explote ningún hacendado o dueño de molino tirano, sino, supongo, porque su economía atrasada no les permite aflojar ni por un momento. O quizá porque realmente les guste trabajar, ¡pobres desgraciados! Pero ningún periódico de la tarde con la lista de los caballos de mañana, ni quinielas de fútbol para rellenar, ningún cine a la vuelta de la esquina, ningún programa de variedades en la radio, ni noticias de las nueve de la noche, ni siquiera las nueve de la noche. Nada, sólo trabajo y costumbre, y más costumbre, y vuelta a la costumbre, y de premio, el Tio recitando su cuento de la huella en la arena a la hora de acostarse. ¡Terrible!" Pero héme aquí rompiendo mi resolución de dejar en paz el pasado; además, ni siquiera estaba seguro si mi sarcasmo iba dirigido a mi propia época o a Nueva Creta. "El mejor sitio para ti esta noche es una casa de disparates", me reproché. "El pase de la Hechicera te dejará entrar".

En la Casa de los Disparates me detuve un momento en el porche y escuché. Se oía mucho ruido adentro, griterío y disputas, puntualizadas ocasionalmente por chillidos agudos de risa. Llamé a la puerta, pero como no vino nadie a abrirme, la abrí de un empujón y pasé a un gran vestíbulo, amueblado con cinco percheros cada uno con un tipo diferente de sombrero, una mesa con refrescos, incluyendo bocadillos de pasta de anchoa (uno de los cuales probé) un barril de cerveza, un espejo largo de pared, varios taburetes altos, y unos cien roperos espaciosos cada uno pintado con un símbolo que representaba el apodo de su dueño. Empujé con suavidad una de las tres puertas de cristal con cortinas de seda y me asomé a una habitación grande llena de mujeres de edad avanzada. Nueve de ellas estaban en cucullas formando un ruedo con las manos extendidas al nivel de sus caras. En el centro, a unos cuatro palmos del suelo» una cabeza humana sangrienta giraba lentamente sobre lo que parecía una corriente de aire ascendente. Me retiré en el acto, pero una de las espectadoras corrió detrás de mí.

—¡Eh!-gritó, atrapándome por el cuello—. ¿Qué haces aquí, jovencito? —De visita-dije blandamente.

—¡Vuelve conmigo a la habitación de las mujeres!-me ordenó, y me arrastró hasta allí.

—¡Mirad, queridas, lo que tenemos aquí!-gritó—. Estamos de suerte esta noche.

Hubo un risoteo de alegría, se rompió el ruedo, la cabeza cayó al suelo y rodó por debajo de una silla y unas cuarenta mujeres se apiñaron a mí alrededor. Empezaron besándome y dándome palmaditas y luego pasaron a ofrecerm ecaricias aún más embarazosas.

—No quisiera infringir la costumbre, señoras-dije en voz muy alta—, pero les estaría muy agradecido si me dejaran tranquilo hasta que haya tenido la oportunidad de presentarme. Vuestras atenciones me abruman.

Chillaron de risa y empezaron a desabrocharme la chaqueta y los pantalones y a sacarme los zapatos.

—¡A Mariposa le toca la primera paliza!-gritó alguien—. Ella le vio primero, y luego le tocará a Dos Vacas, a Cabe— za-en-el-Aire y a Agarra-Fuerte.

—No, estás equivocada querida: Agarra-Fuerte está a la cabeza de la lista esta noche.

—¡Señoras, señoras!-supliqué, esforzándome por abrocharme de nuevo—. ¡Denme una oportunidad, les digo!

En estos momentos Mariposa y otras dos me habían arrancado la camisa y una mujer vieja con la cara caoba y pendientes de plata me había desabrochado el ánturón y me estaba quitando los pantalones con afán. Le di un puñetazo fuerte en la mandíbula y la arrojé al suelo. Dio un chillido de rabia, pero antes de que tuviese tiempo de volver a embestirme, metí la mano en el bolsillo del pantalón, saqué el medallón de cristal y lo agité por encima de mi cabeza.

—¡Paren!-grité entre el alboroto—. ¡En el nombre de la diosa! ¡Paren!

Se apartaron en el acto. Dos de ellas, que habían descolgado unos azotes dé nueve ramales de un soporte en la pared y los estaban blandiendo amenazadoramente sobre sus cabezas, volvieron a colgar los antipáticos objetos con arrepentimiento. Todas me volvieron la espalda cortésmente, dándome la oportunidad de ajustarme la ropa.

Di un suspiro de alivio. "¡Justo a tiempo!" Así debió de sentirse el soldado en el cuento de Hans Andersen cuando sacó el esquivo en el cadalso.

—Debe perdonarnos-dijo Mariposa—. Naturalmente le tomamos equivocadamente por un transgresor y nuestra intención era tratarle como es costumbre. No teníamos idea de que estaba bajo protección.

—No, perdónenme a m!-le dije-por introducirme aquí sin antes enseñar mis credenciales. Y usted, señora, a quien golpeé, espero no haberla herido...

La mujer de cara caoba se acarició la mandíbula y sonrió, mostrando los dientes.

—No es nada, jovenzuelo; ni hablar. Tendrías que ver la de golpes de codo doblado y puñetazos que vuelan por aquí las vigiliass de los martes cuando ya estamos en la tercera ronda del whisky. Pero has tenido suerte de que no te rematara un buen golpe antes de que metieras mano al bolsillo de tus pantalones; te hubiese tejado tieso.

—¿No eres tú el tipo del pasado?-preguntó la mujer que llamaban Agarra-Fuerte—. Ya me lo parecía. Hemos oído hablar mucho de ti últimamente. Apuesto a que sabes un par de cositas que nos divertirían. Un nuevo chiste o jueguecito, verde, algo de verdadero contrabando. ¿No crees que deberías pagarnos por la desilusión que nos has causado al no ser un transgresor?

—¡Oh, callaros! ¡No sois más que un par de viejas zorras! —dijo una mujer de aspecto distinguido que resultó ser Vuelo de Abeja, la madre de los hijos de Veo-un-Pájaro—. ¿Es esta forma de hablarle a un hombre que está bajo la protección de la grulla?

—Gracias por su apoyo» anciana-le dije—. En este momento no puedo decir que me sienta de humor para entretener a sus amigas. Y de todos modos, no parece que yo pueda enseñarles nada. ¿Qué estaban haciendo con aquella cabeza que está debajo de la silla?

—Oh, es de Claudio.

—¿Y quién éra Claudio?

—Usted le conocía bien: era Pan de Higo. Cuando quedó registrada su muerte cogimos prestada su cabeza de la tumba en Zapmor (la bruja Sally nos la desenterró) y le hicimos contestar unas cuantas preguntas. Nos estaba describiendo el panorama de la Casa Mágica. ¡Qué historia tan divertida! Pero está enfadadísimo con usted por haberle negado la oportunidad de haber renacido como el hijo de Sally. ¿Le gustaría pedirle disculpas?

Recuperó la cabeza de debajo de la silla y me la ofreció a mí. Los sinceros ojos marrones de Pan de Higo miraban a los míos fijamente y sin brillo.

Rehusé el obsequio y la sugerencia con un escalofrío, y aunque sentí que esperaban algún comentario inteligente, lo único que pude decir fue:

—¡Nunca se me avisó de lo que debiera esperar de este sitio!

—Es que nunca se avisa a nadie-dijo Vuelo de Abeja— ni siquiera a personas que eligen convertirse en ancianos y esperan con ilusión una apacible continuación aquí de su vida previa. Se sabe, claro está, que entre las cuatro paredes de esta casa no estamos atados a la costumbre y que a veces se oyen ruidos extraños que se escapan por entre las persianas cerradas y a los cuales trae mala suerte prestar atención. Pero siempre resulta una sorpresa para los nuevos encontrar que lo que ocurre aquí es tan diferente de lo que ocurre fuera como lo es Ana de Nimué. Estamos libres de hacer más o menos lo que nos plazca entre nosotros desde el mediodía hasta la medianoche. Luego volvemos, como buenos niños, a la casa-dormitorio al otro lado de la calle para dormir y desayunar. Aquello queda sujeto a la costumbre de fuera, así que siempre descansamos bien por la noche. Por las mañanas vamos de visita, a no ser que lleuva, claro.

—¿Entendí bien cuando Agarra-Fuerte dijo que armaban peleas aquí una vez por semana?

—¡Que Ana me bendiga, sí! A menudo dos o tres veces por semana. Hay muchas mujeres que disfrutan de una buena camorra para todas, pero siempre las llevamos al dormitorio sobrias y con sus ojos amoratados y labios hinchados bien curados. Verá, de niñas nos tienen bajo una restricción perpetua, y cuando nos hacemos mayores nos mantenemos voluntariamente en la costumbre, pero Ana no quiere que muramos sin haber probado la libertad.

—Me inclino a pensar que la licencia llega un poco demasiado tarde. ¿Qué ocurre, por ejemplo, si una de ustedes se enamora desesperadamente de un joven de fuera? ¿Cómo

puede satisfacer su pasión? ¿o quizá no se da nunca este caso?

—Si hoy fuera la vigilia de viernes-dijo Mariposa-no nos hubiese hecho esta pregunta. Puedo asegurarle que no pasamos hambre por nada. Vuelo de Abeja nos evoca duendes de asnos y nos los transforma en jóvenes de nuestra elección; y a nosotros nos transforma en muchachas a veces, sólo por divertimos.

—¿Y qué hay de los viejos?

—Ellos también se lo pasan bien, pero como casi todos son impotentes, generalmente recurren a lo que nosotros llamamos pequeñas marranadas con sus duendes. Ana es generosa: observa y se rie.

Agarra-Fuerte aún estaba esperando algo. No se me ocurría ningún nuevo juegucito verde para ella, pero recordé dos o tres viejos chistes verdes de mi época con Erica que cayeron muy bien. Ella y Dos Vacas me pegaron en la espalda con entusiasmo y me pidieron más.

—¡Otro día, señoras, otro día!-supliqué.

Vuelo de Abeja me acompañó a la habitación de los hombres, donde una vez más enseñé mi pase y fui recibido con hospitalidad.

—Si tiene tiempo-me dijo, al reunirse con sus amigas— vuelva a vernos antes de irse a casa.

Miré a mi alrededor. Aparte de unos frescos asquerosamente eróticos en las paredes y la ausencia de periódicos y revistas, el lugar me recordaba la sala de fumar del Ateneo, no sólo por su forma y tamaño, sino también por sus muebles en piel y roble. Los frescos, que hubiesen hecho parecer la Casa de los Dos Hermanos en Pompeya tan respetable como el recibidor de una casa de huéspedes en Bournemouth, estaban ejecutados delicadamente en amarillo, violeta y un tono rosado particularmente venenoso de guisante de olor.

¡Vaya con las pequeñas marranadas! ¡Y yo que había creído tiernamente que la vejez adornecía el apetito sexual!

—Toma un cigarrillo, hijo-dijo un capitán alto y enflaquecido, ofreciéndome su pitillera—. Aquí fumamos a todas horas.

—Gracias, ya sabré dónde recurrir de ahora en adelante— le dije, encendiendo uno—. ¿Qué es todo aquel alboroto de allí? (Señalé con la cabeza a una mesa al otro extremo de la habitación donde se estaban reuniendo muchos ancianos).

—Oh, nada de particular. Tigre-Tigre, uno de nuestros ex-aichivadores, acaba de inventar un jugueto travieso, completamente contrario a la costumbre, y los chicos se están ^virtiendo con él.

—¿Qué clase de juguete?

—Lo llama una máquina de vapor modela Es una reconstrucción en oro de una máquina de la Última Época Cristiana que apareció en una cantera hace unos años. Tigre— Tigre aún no está del todo satisfecho con él, pero funciona. Muy ingenioso. Se echa agua normal en un tanque que hay detrás y se calienta con un pequeño fuego de coñac, y entonces pita y se dispara el vapor y las ruedas dan vueltas. Es un tipo muy listo. El otro día descubrió cómo hacer papel, o al menos jura que es papel; pero parece que algo no está bien porque también ha hecho tinta y la tinta empapa el papel cuando escribe.

—¿Cuál es su interés particular, si me permite la pregunta?

El ex-capitán sonrió y se levantó de hombros.

—Viví una vida muy enérgica antes de retirarme. Aquí me gusta estar me al lado del fuego calentándome las espaldas y leyendo un poco; he aprendido a leer desde que he venido aquí. Más que nada leo libros de contrabando escritos por ancianos. Existe una buena biblioteca de tales libros en la sala de billar, aparte de los Cien Volúmenes usuales. De momentos estoy interesado en la astronomía; se han hedió muchos redescubrimientos últimamente sobre las distancias y el peso de las estrellas. Imagínese, las estrellas pueden realmente pesarse; ¿no es un hecho sorprendente? Y naturalmente, muy en desacuerdo con nuestra mitología. Esperamos un día poder reconstruir un pequeño telescopio; por ahora sólo hemos podido conseguir una lente bien conservada, pero necesitamos dos. Estamos muy lejos de poda fabricar cristal óptico. ¿No sabrías tú nada acerca de este proceso, ¿verdad?

Moví la cabeza.

—Y si lo supiera-le dije-no creo que se lo dijera. ¿No es más divertido descubrir las cosas que esperar que se las digan?

Asintió, aunque un poco desilusionado.

—¿Han hecho algún reinvento de una época más tardía que la mía?-pregunté—. Yo soy de la Última Cristiana.

En aquel momento un espantoso alboroto estalló en la otra habitación: un ronco bramido agonizante de hombre, ahogado en seguida por gritos histéricos de mujeres. El ex-capitán me sonrió, secamente.

—Debe de ser el joven Veo-un-Pájaro a quien están iniciando en los hábitos de la casa. Si conoce a Vuelo de Abeja, le pondrá a prueba con bastante salvajismo: creerá que ha llegado su última hora.

Me quedé escandalizado:

—Pero eran amantes, ¿no es así? por lo que él me dijo, la pareja más idílicamente consagrados de Nueva Creta.

—Al amante hay que enseñarle la otra hoja de la labra, como decimos, y Vuelo de Abeja no va a matarle. Todos tenemos que pasar por esta clase de apuros cuando venimos aquí. Pero me estabas preguntando sobre reinventos... Vamos a ver. No, nada de gran interés. Tenemos alguna información sobre algunas máquinas como el aportador y el de— fax, pero están muy lejos de nuestro alcance: precisan metales poco corrientes, y un complicado sistema nebuloso fisivo. Aquí nos limitamos a las juguetes: no somos ambidosos.

—¿Qué es, o qué era el aportador?

—Era un aparato para crear una discontinuadón temporal y escenas fotográficas del pasado en una esfera limitada de tiempo y espacio; pertenecía a la época pantisocrática. Y el cic-fax era un invento complicado, inventado unos dentos de años más tarde, para la siembra artifidal de una espede por otra, a través de lo que llamaban inflexión cromosomáti— ca; de esta forma fueron producidos varios nuevos animales extraordinarios, incluyendo los conejos-osos que aún estaban rondando por las Tierras Malas de la India hace uno o dos siglos.

Un estallido ensordecedor de la habitadón de las mujeres;

luego un silencio momentáneo y muchas risas. Luego otra vez el espantoso bramido de Veo-un-Pájaro.

—Creo que ahora están extintos-prosiguió el ex-capitán con calma-junto con el ruiseñor-buitre y el mandril-nombre negro. Quizá sea para bien; hicieron mucho daño en las cosechas de las granjas fronterizas. Ah, un momento, por favor; te presento a Pie Cornudo, nuestro aburrido experto en la psicofilosofía de la Última Época Cristiana.

Pie' Cornudo, un ex-archivador de pelo matoso y voz de staccato, me vino con una lluvia de preguntas sobre monoidis— mo, nulibrismo y la ilusión traumatropical, a ninguna de las cuales pude contestar, aunque hablaba el inglés bastante bien. Mi ignorancia le irritó y dijo que debería darme vergüenza saber tan poco sobre el único campo en el que se había lucido mi época.

Le dije que no dijese disparates aunque viviese en una casa de disparates, si no quería que le golpeara. Esto le serenó, pero no detuvo el torrente de preguntas.

—Al menos deberá saber algo sobre el concepto humanitario del progreso, ¿no?

—Sí-le dije—. Sí que sé algo. Me educaron con él. Debería definirlo como un viaje lleno de baches con ningún destino en particular, considerado como algo mejor que el punto de origen putativo sólo porque aún no se ha llegado allí y porque sólo Dios sabe o bien lo que ocurre allí o si...

—¿Conoció alguna vez a Dios?-interrumpió. Parecía descontento de que hubiese intentado contestar a su pregunta.

—Nunca-le dije-aunque he conocido dos personas que aseguran haberle conocido. Uno era un viejo francés que estaba yendo a pescar al río Alys, como llamaban al riachuelo que pasa por Sanjon, cuando se encontró con Dios, junto con San Juan Bautista y Santa Úrsula, si sabe usted quiénes son. Los santos le dijeron que dejase de tomar bebidas fuertes y que sólo comiese pan y verduras y dijeron que si obedecía, viviría hasta la edad de ciento un años y se iría derecho al paraíso. Dios no dijo nada, pero parecía sabio. Mi otro informante fue una científica inglesa que conoció a Dios en un bosque.

—¿Qué clase de científica? ¡Sea más preciso!

—Era una autoridad sobre el carbón y Dios le dijo que escribiese un mensaje a los obispos de Inglaterra de su parte: debían interceder por el uso de métodos anti-conceptivos en gente casada.

—¿Y eso qué tenía que ver con el carbón?

—Nada. No hubiese mencionado el carbón de no ser por usted. No podía darme ninguna descripción clara del aspecto de Dios pero dijo que la trató con mucha amabilidad.

Pie Cornudo emitió una risa ronca.

—No es un asunto risible-le dije—. El francés ciertamente vivió hasta ciento un años, aunque no puedo decir si se fue derecho al paraíso; y los obispos también finalmente sacaron una aprobación precavida de los métodos anti-conceptivos.

—Es usted el hombre más ignorante que jamás he conocido-dijo Pie Cornudo.

—Prefiero ser ignorante a tonto-dije yo—. Y le voy a pedir que no me haga más preguntas. Ande, márchese y tómese un trago; el aliento le apesta.

—Así se habla, jovenzuelo-dijo el ex-capitán—. A ese tragón vamos a hacerle que se trague una pastilla de jabón en el cuarto de aseo, ¿quieres?

Afortunadamente en este momento un grupo jovial de ancianos me arrebató y me llevó al cuarto de billar para que les enseñara las reglas de *snooker*. Bajo mi dirección pintaron un juego de pelotas con los colores apropiados y luego les enseñé a jugar y les hice una demostración de algunas tiradas de destreza.

Me tuvieron en la sala de billar varias horas, importunán— dome con whisky y cigarrillos, y me divertí mucho de un modo tranquilo hasta que alguien hizo sonar un gong y la reunión se deshizo en el acto. Hombres y mujeres se agolparon todos juntos en el vestíbulo donde cantaron un pequeño himno a Ana y luego, como había dejado de llover y brillaban las estrellas, cruzaron la calle para irse a sus camas, dejando los sombreros colgados en los percheros. Veo— un-Pájaro estaba entre la muchedumbre, y parecía un alumno nuevo después de un jolgorio estudiantil; no me atreví a hacerle señas.

Como no tenía nada de sueño, me quedé atrás y me ocupé algún tiempo en la biblioteca donde estudié los Estatutos Poéticos Ingleses que— era el único libro que pude encontrar en inglés. En el Suplemento me encontré con mi propia *Retractación*, un poema primerizo que hacía mucho tiempo ya había desechado, por encontrarlo artificial y poco

sincero, y otro más reciente, en los estatutos en sí, pero reescrito con torpeza y atribuido al "poeta Tseliot". Tseliot era un personaje compuesto de principios del siglo veinte que se había tragado a casi todos sus contemporáneos cercanos, incluyendo a W. B. Yeats, Vachel Lindsay, W. H. Davies y Rupert Brooke y se decía de él que murió de insolación a una edad temprana mientras predicaba el evangelio de la belleza por las calles de Dublín.

Cuando el reloj del vestíbulo tocaba las dos, volví a la habitación de los hombres y me quedé dormido en el sofá. Sí, vaya, ¡un reloj! y ni siquiera me había dado cuenta. "Un tipo listo, este Tigre— Tigre" le murmuré al gato blanco de la Casa de Disparates que era sordo y que estaba ronroneando fuertemente en mi oído, muy orgulloso de sí mismo. "Pronto rein— ventará el impuesto sobre la renta, si Ana no va con cuidado".

Nace el viento

Me levanté, me lavé, desayuné con algunos restos de co— mida, fumé un cigarrillo y oí sonar el reloj en el vestíbulo. ¡Las nueve ya, y le había prometido a Zafiro que iría temprano a la barraca de los membrilleros! Debí dormirme; ¿por qué no podría haberme ido a dormir a medianoche? Me marché deprisa. Cuando salí al callejón pasaba un sirviente con un carro de bueyes, y se quedó aterrado; no debería haber nadie en una casa de disparates a aquella hora, ni siquiera un anciano. Me sacó la lengua, dio un gruñido, puso los ojos en blanco y extendió las manos para representar cuernos, con los pulgares plantados en las sienes: el procedimiento conecto a seguir al enfrentarse cualquiera con algo extraño o de mal augero. Le sonreí alegremente, le saludé en el nombre de Mari, y le enseñé mi pasaporte; pero no dio muestras de que se estuviera tranquilizando y se marchó andando hacia atrás, todavía haciéndome muecas y emitiendo sonidos amenazadores hasta que finalmente le perdí de vista.

Después de atajar por el parque hacia la Casa Mágica, corrí a los establos.
—Quiero mi caballo-le dije al mozo-y también la yegua de la ninfa Zafiro.
Me ensilló el caballo y lo condujo hasta la salida, sin decir palabra.
—Gracias. Ahora el de la ninfa.
—Lo siento, señor. La ninfa ya no existe. Esperamos a otra dama pronto, y a dos más, poetas, para restablecer nuestro establecimiento.
—¿Que Zafiro ya no existe? ¿Quién se lo dijo?
—La bruja Sally, señor. Convocó un consejo de madrugada para los magos de la vecindad al que fue citada la ninfa; y de resultas, creo entender que ha dejado de ser miembro de su estado.
—¿Se encuentra aún en el pueblo?
—Ha muerto, señor, y va a renacer en Dunrena, o así me han informado.

No hice ningún comentario; busqué por dentro de mis bolsillos para darle una propina, pero al no hallar más que mi pañuelo y el medallón, me limité a darle unas "gracias" de disculpa y me marché con el caballo. ¡Qué insolencia la de Sally! ¿Y por qué se había sometido Zafiro a la sentencia? ¿No había dicho nada en defensa propia? Estaba seguro de que si les había contado al consejo todo lo que sabía, nunca le hubieran podido demostrar culpable. Quizá la culpa de esto la tenía yo: por mi sugerencia de que Sally era el instrumento de la perversidad elegido por la diosa. Estaba claro que Zafiro había decidido aceptar su destino. Me sentía furioso.

Cerca de la barrera, Veo-un-Pájaro y Estrella de Mar me llamaron desde los matorrales. Detuve el caballo.
—Hola, Veo-un-Pájaro-dije—. ¿Cómo está esta mañana?
Me sonrió con tristeza.
—Nadie-me dijo-tiene por qué hacer caso de lo que digo ahora; esto al menos es un consuelo. Coco ya sabe, he dejado esta casa. Sólo he vuelto a recoger unas cuantas cosas.
—¿Le gusta la otra hoja del hacha?
—Me acostumbraré pronto. Dicen que el primar golpe es el peor. Parece como si te cortaran la parte superior de la cabeza con el hachazo, justo por encima de los ojos. Pero una vez que te han dado el golpe, los acontecimientos agradables o desagradables solamente te afectan indirectamente. Cuando Vuelo de Abeja se hizo anciana, sentí profundamente nuestra separación; ahora no la siento en absoluto. Anoche me alegré de que la cama en mi cubículo fuese estrecha. En su forma extraña, Ana es muy generosa.

—Y usted, Estrella de Mar, ¿cómo le van las cosas?
Me miró como atontado, humedeciéndose los labios con la lengua, y dijo:
—¡Mi cariñosa enhorabuena!
—Muchas gracias, Estrella de Mar, pero, ¿qué he hecho yo para merecerla?
—¿No es verdad, entonces, lo de usted y Sally?
—No sé lo que le habrá contado Veo-un-Pájaro. Todo lo que necesita saber es ésto: que no compartí la capa de "Sally" sobre la tumba, y que no tengo la menor intención de volver a verla, aunque esto signifque cambiar de estado. No tiene por qué perder las esperanzas por mí. No soy ningún rival para sus afectos. Pero si quiere mi consejo, es este: ¡apártese de ella o se quemará como hizo su hermano! Esta mujer tiene fuego griego en el cabello.

Estrella de Mar nunca había entendido bien mi neocretense chapurrado, y tuve que repetirme. Esta vez hablé más claramente.
—Dígale a Sally que me marchó, que he terminado de una vez para siempre con esta casa, y que voy a Dunrene a cambiar de estado y vivir con Zafiro. ¿Ha comprendido?
Esto le puso aún más triste que antes.
—Pero ella le quiere; ¡no puede vivir sin usted!-gimió—. Nunca me invitará a su cama, nunca.
Veo-un-Pájaro sonrió anchamente:

—Soy un huevo con el cascarón cortado-dijo— y comprendo plenamente lo irremediable de esta situación. Bueno, supongo que le veré esta noche en Dunrena; voy a tener que asistir.

Arreó a mi caballo amistosamente en el trasero y lo envié a toda prisa camino abajo En el portillo donde había conocido a Quant giré y me llegué a medio galope hasta la barraca de los membrilleros para asegurame de que Sally no le había mentido al mozo de cuadra. La puerta estaba abierta. ¡Zafiro!-llamé, pero no hubo respuesta. Se me ocurrió que quizás había terminado su cuadro y se lo había dejado allí; así que desmonté y entré para echar un vistazo. No encontré nada hasta que, cuando ya estaba saliendo de nuevo, por casualidad golpeé la mesa, y un tablero delgado de olmo, de más o menos un palmo y medio cuadrado se salió de un soporte que había debajo de la tabla de la mesa y cayó al suelo con estruendo.

Lo recogí. Era el cuadro de Zafiro y el tema era la eliminación de la Trinidad de Malhechores por Nimué. Reconocí a Machna, el dios de la ciencia, de la nariz afilada, aguantando un puñado de maquinaria rota; a Pili, el dios de los ladrones, de mirada furtiva, con hojas de papel arrugadas esparcidas por detrás suyo; Dobeis, el dios gordo del dinero, con monedas de oro que iban cayéndosele por un agujero del bolsillo de su pantalón. A la izquierda del cuadro la joven diosa, montada sobr é un caballo blanco, estaba arrastrando los tres cuerpos hacia un río con una cuerda atada alrededor de sus cuellos. Por encima volaba una bandada de grullas. En aquel lado del río todo era desolación: casas quemadas, cosechas desparramadas, esqueletos de animales y pájaros, cuerpos hinchados; pero al otro lado las cosechas eran altas y abundantes, los animales lustrosos, la gente activa y radiante, las casas sin daños.

Levanté el cuadro a la luz y estudié su fondo; luego vi que la prosperidad tenía sus límites. La escena fértil estaba limitada por otro río, medio escondido por los alisos, y más allá de los árboles pude entrever un cielo aborregado» y un monte con dos figuras desnudas corriendo de la mano: un hombre y una mujer con las caras apartadas, perseguidos por una serpiente que blandía un garrote en un nudo de su cola. Me disgustó el aspecto de aquel cielo. "Va a haber una tormenta de espanto allí antes de una hora", me dije. "Y ¿quién son aquellas personas? ¿Zafiro y yo? ¿O cualquier mujer y cualquier hambre? Parece como si corrieran a refugiarse en aquella cueva debajo del acerolo. Esperemos que

lleguen allí antes de que les hiera la serpiente. {Pobre Zafiro! cuando salid de su trance y miró su pintura debe de haber sabido que hay que cruzar un río limoso y lleno de obstáculos, con un montón de dificultades al otro lado".

Volví a colocar el cuadro en el soporte, salí y cerré la puerta detrás de mí. Al girarme casi tropecé con Ñervo.
—¡Hola!-le dije—. Saludos en nombre de Mari. ¿Que está haciendo aquí, si me permite la pregunta?
—De camino a Dunrena-me dijo muy animado—. La agrupación que manda nuestro pueblo ha marchado por delante; estaba a punto de adelantarlos. Luego le vi a usted cruzar por los campos. Vine a darle las gracias. Sólo eso.
—¿Darme las gracias? ¿Pero por qué?
—Ha sido usted muy amable connigo. Me ha dado un nuevo apodo Ñervo el Audaz. Por esto le estoy sumamente agradecido. Si a un hombre se le concede un nuevo apodo, lo acepta sin dudar. Así lo hago yo ahora. Es como si me despertara por la mañana y accidentalmente me pusiera la camisa del revés. Sería poco prudente y poco agradecido si me la cambiara.

—No veo la relación.
—Es muy sencillo. La mala suerte me amenaza bajo mi antiguo apodo. Usted me lo cambia; se impide la mala suerte. O la mala suerte me amenaza en mi camisa de trabajo, pero por casualidad me la pongo del revés. La mala suerte se golpea contra mi pecho, encuentra el botón vuelto para adentro» no puede desabrocharlo. La mala suerte se retira. Sólo eso.

—Me pregunto por qué no se pone siempre la camisa de trabajar del revés y se cambia el apodo diariamente.
—Eso sería de cobardes-me dijo. No proseguí el tema.
—Yo también voy a Dunrena-le dije—. ¿Me daría el placer de su compañía? —Naturalmente.
Volvíamos a la carretera y seguimos adelante en dirección a Rabnon.
—Qué estupidos campos de trébol-dije—. ¿Cuál es el secreto?
—No hay secreto. Devolvemos a la tierra lo que tomamos de la tierra. Sólo eso. Simientes plantadas en un día de suerte y bien arrolladas. Oraciones por la mañana y por la

noche y las plagas bajo control. Ningún secreto. ¡Nol El trébol tiene un aspecto estupendo, ¡bendita sea Mari! Y bien pensado, también lo tiene el dañá... Aunque...

—Aunque-repitó un minuto o dos más tarde.

—¿Hay algo que le preocupe, Nervo?-le sugerí.

—Sí-me contestó—. Ojalá supiera lo que es. Este es el problema. ¿Qué puede ser? Los comunes trabajan con afán y rezan con afán. Mis asuntos personales están en orden. Aquel pequeño asunto del bruch está solucionado. La diosa ha enviado lluvia ni mucha ni poca. Y sin embargo me temo que haya algo que anda muy mal. Sólo un presentimiento. Nada que pueda señalar con el dedo.

—¿Acaso es usted demasiado cortés para sugerir que tenga algo que ver con mi llegada a su pueblo? Si cree que se trata de esto, por favor dígalo, no me ofenderé.

Nervo apartó la mirada al decir:

—Hace un momento vino a verme un carretero con gran terror. Creyó haberle visto salir de la Casa de los Disparates.

—Pasé la noche allí.

—¡No puede ser!

—¿Y: por qué no?

—Es muerte segura encontrarse en una casa de disparates entre la medianoche y el mediodía.

—Puede ser, pero mi caso es especial. Estoy protegido. Admito que fue una tontería por mi parte asustar al carretero; supongo que tendría que haberme dibujado una señal de «mire a otro lado» en la frente.

No hizo más comentarios hasta que hubimos atravesado ruidosamente las calles empedradas de Rabnon. Luego dijo con voz preocupada:

—Dígame una cosa. ¿Qué está ocurriendo en la Casa Mágica? La salud de Cordero Cornudo depende de los magos. Sólo eso. Y están volando rumores extraordinarios.

—¿Qué está diciendo la gente?

—Casi no me atrevo a decírselo.

—¡Vamos!

—Que usted se trajo consigo un bruch; que este bruch ha hechizado a sus cinco compañeros; que ya ha eliminado a tres de ellos; que no descansará hasta que la casa esté vacía. Y ya sabrá lo que eso quiere decir.

—Me temo que no.

—Hay una rima popular:

*Cuando en una casa de cinco
ya no queda nadie vivo,
mirad a Jos délos,
mirad nacer en d norte d viento.
Pero hasta tal momento
trabajad, y estad contentos.*

Sólo eso. Es tranquilizante. Todo va bien mientras nuestros magos están en su casa. Y así seguirá siempre mientras todos trabajemos, y trabajemos con afán. Luego hay una vacante en la Casa Mágica; ¿y qué ocurre? El lunes próximo la reemplazan, y la advertencia pierde su fuerza. Pero hoy es jueves, ¡y cuente! Aparte de usted, ¿cuántos magos quedan? Sólo dos. ¡Un desastre! ¿Qué pasaría si algo les ocurriera a dios?

—Gracias, Nervo. Ayer ya tuve el presentimiento de que el pueblo se estaba poniendo nervioso con mi presencia. Así que he decidido marcharme, aunque renuncio a toda responsabilidad por lo que ha pasado. Ahora voy a Dunrena, y ninguno de ustedes tendrá que verme más. Resulta violento ser uno de los polluelos de la Madre Carey y presagiar tormentas. No obstante, si quisiera saber exactamente lo que ha estado pasando...

Dejé de hablar. Nervo se había vuelto pálido como la muerte había caído de su caballo castaño y se había tirado sobre la hierba en la orilla de la carretera, donde yacía como si estuviese muerto. Trueno Rojo flotó la nariz contra su cara con lástima durante medio minuto, y al no obtener respuesta, empezó a caminar carretera abajo. Le alcancé, lo até a un árbol y me quedé mirando a Nervo completamente aturdido.

—Vamos, hombre, ¡levántese por favor! Perdóneme si accidentalmente dije lo que no debiera. Soy un extraño aquí.

Allí permaneció, postrado e inmóvil, y cuando me hube asegurado de que respiraba y no estaba padeciendo, monté mi caballo y seguí mi camino. ¿Qué le había podido decir para afligirse de tal modo? ¿Podría haber sido mi mención de la Madre Carey? ¡Qué ridiculez!

La carretera estaba repleta de gente que iban a pie o a caballo a Dunrena, treinta carros de burro llenos de ancianos, y una multitud de niños atropados detrás de un sacerdote. Cada pueblo y ciudad había enviado una agrupación de veintidós hombres y mujeres, que consistían en un capitán, un mago, doce comunes, seis sirvientes y dos archivadores. Los hombres llevaban fardos pesados, postes de tiendas de campaña, rollos de lona blanca, ollas y paraguas; las mujeres solamente paraguas y mochilas. Primero adelanté a la de Rabnon, luego a la de Zapmor, intercambiando saludos amistosos con ellos al pasar; luego a la agrupación de nuestro propia pueblo. Me alegré de ver a Quant marchando a la cabeza; hice andar mi caballo a su lado.

—¿No les falta un capitán y un mago?-le pregunté.

—De momento. Pero Sally se ha adelantado y Nervo tenía un asunto que arreglar y prometió alcanzarnos pronto.

—Vaya inconveniente; porque yo le dejé tumbado cara abajo al lado de la carretera, como a un kilómetro atrás.

—¿De veras? Espero que no esté enfermo.

—No creo. Pero me temo que dije algo que no debiera haber dicho. De repente se echó sobre la hierba y se negó a moverse.

—¿Qué fue lo que le dijo? Pero quizá será mejor que lo deletree, o puede que nos haga echar a todos de cara al suelo.

—Mencioné el personaje legendario llamado Madre c-a— r-h-y. Le hablé en neocretense, utilizando la palabra *mam* en lugar de *madre*.

—Qué mala suerte; da la casualidad que es un nombre terriblemente sagrado. Tiene usted que estar bajo protección. Es la diosa del Viento, y cuando los iniciados oyen su nombre pronunciado en los Misterios, se tiran al suelo en seguida y esperan hasta escuchar el desencanto. De no hacerlo así la diosa los soplaría hasta el otro lado de la luna.

—¡Por Dios! Más vale que vuelva con mi caballo a pronunciar el desencanto. ¿Cuál es?

—Por desgracia estoy bajo juramento de no decir, deletrear, o siquiera insinuarlo.

—Eso es terrible. ¿Le dejamos hasta que la hierba le crezca por encima?

—Un poco de hierba no le hará daño-dijo Quant secamente—. Desgraciadamente sólo hay una persona capaz de deshacer el encanto, y es la alta sacerdotisa, y a ella no se le está permitido pronunciar el hombre ni el desencanto más que una vez al año en la fiesta del ahecho; pero el trigo aún está bastante verde. De todos modos no lo ponga de pies o la diosa le soplará al otro lado de la lima.

—¿Usted cree esto, Quant?

—¿Lo de soplarnos al otro lado de la luna? Bueno, es nuestra forma de hablar. No sé hasta qué punto tomarlo al pie de la letra, porque nadie ha osado jamás infringir la orden. Lo único que pudo decir es que las personas que infringen otras leyes, mueren de otras maneras.

—¿Cómo murió Zafiro?

—Ah, pues le dieron una dosis de la droga que llamamos letea. Su transgresión fue involuntaria, así que renacerá una común. Si hubiese guardado aquel asunto metálico en secreto porque lo admiraba, entonces se hubiese tratado de un claro lapso de gusto y hubiese renacido una sirviente. Claro que el estado de los sirvientes es tan honorable como el de los comunes, pero como no poseen, por definición, ningún gusto propio, se les permite adornar sus viviendas con cuanto basura reluciente les plazca. No obstante en los dos casos la falta es venial y no mortal. Para un transgresor mortal no existe el renacimiento. Al ser malo, y saberse malo, es hipnotizado por una bruja quien le ordena que se tire a un precipicio.

—Entonces, ¿existe una pena estatutaria para cada forma de transgresión? Me gustaría ver su código.

—No, no tenemos códigos, ni abogados, ni jueces. Cada caso lo escucha el estado del transgresor como si fuera el primero y el único, y dejan que éste pronuncie su propio fallo después de escuchar su propio testimonio.

—No le acabo de comprender.

—Una persona puede haberse persuadido a sí misma de que estaba en su derecho al hacer esto o aquello; es únicamente al relatarlo a sus vecinos cuando puede asegurarse.

—¿No hay nunca errores judiciales?

—No creo que pueda responder a esta pregunta; no hay penas, ¿comprende?

—Pero, ¿no es la muerte una pena?

—Entre nosotros no. Es un obsequio.

—Ya veo-dije, dudoso—. Bueno, ¿dónde cree usted que pueda encontrar a Zafiro?

—No debe llamarla más por este nombre, pero va a renacer como hija de mi hermana, que en paz descanse, que ahora es una común en Dunrena. Mi hermana se sentenció a muerte por una transgresión tan venial como ésta. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Qué fue lo que hizo?

Mostró su mal genio en el croquet y tiró su mazo a un macizo de tulipanes. Se quejó de que Cabeza de Mazo le estaba dando consejos y quitándole las ganas de jugar. Todo el mundo quedó aliviado cuando se marchó; no tenía la hechura de una archivadora.

—Bueno, Quant, ¿no le parece que debería volver con Ñervo?

—¿Por qué? ¿Qué bien espera hacerle?

—Podría intentar pronunciar la palabra al revés.

—No puede haber nada de malo con intentarlo-dijo Quant en un tono nada comprometedor—. Pero probablemente tendremos que edificar una barraquita por encima de él y esperar el equinoccio del otoño.

Diez minutos más tarde estaba de vuelta en las afueras de Rabnon. Ñervo aún estaba tumbado, el rostro pálido, en la misma posición, y con hormigas trepando por todo su cuerpo. ¡Pobre idiota! ¡Y además, capitán! Por un instante tuve la tentación de ponerlo de pies. Luego recordé que se había molestado en darme las gracias por su nuevo apodo, y decidí que, bajo las circunstancias, sería ingrato hacer que le soplaran al otro lado de la luna, fuese esto lo que fuese. Además, quizá yo mismo sintiese la corriente de aire.

—¡Que vuelva la palabra que pronuncié hace un momento!-dije; pero no ocurrió nada. Luego probé: "YERAC MAM", en tonos no muy convincentes.

Ñervo se movió penosamente, y repetí la palabra con más convicción. Dio resultado. Se levantó de golpe, hizo nueve reverencias hacia el norte como un mono sobre un bastón, y corrió a montar su caballo.

No parecía asustado ni incomodado en lo más mínimo, y reanudamos nuestra conversación en la penúltima frase. Por lo que pude apreciar ignoraba por completo lo que había ocurrido.

—Una cosa muy extraña, señor-me dijo—. Hay hormigas trepando por mi cuello. Decididamente extraño. Deben de haber llegado hasta ahí subiendo por los cascos del caballo. Me preguntó qué presagiarán. ¿Lo sabe usted por casualidad?

—Será mejor que consulte con Sally o Estrella de Mar-le dije—. No soy ninguna autoridad sobre presagios. Pero, adivinando, diría que las hormigas en el cuello presagian el nacimiento de un viento.

¿Me acostumbraría algún día a las maneras de cuentos de hadas que tenían los neocretenses? ¡Qué ingenuidad de fe tan fantástica! Y sin embargo, sin tal ingenuidad, ¿qué fuerza tenía la religión? Y sin una religión fuerte, ¿qué restricciones podrían imponerse sobre las picardías individuales? Nada efectivo a la larga, como bien mostraba la historia. Entonces, para llevar lo que los filósofos llaman "la buena vida", sin crimen ni pobreza, ¿acaso la gente tiene que ser prácticamente idiota? Eso parecía: realmente, me dije, sólo durante una época como la última cristiana se exigía el pleno y constante ejercicio del ingenio. El dinero era la mejor amoladera para la inteligencia individual, y en la centuria americana a la que estaba comprometido a mi vuelta (a no ser que quisiese renunciar totalmente a mi inteligencia y emigrar a Rusia) iba a ser probablemente la única amoladera. La libertad de creencia religiosa que teníamos prometida era, naturalmente, una contradicción de términos. Allí donde una autoridad secular central, basada íntegramente en el dominio del dinero, se imponía sobre todos los miembros de una nación, tranquilizándoles con la seguridad de que sus creencias religiosas eran de su propia incumbencia privada mientras no se rompía la paz, los verdaderos valores religiosos desaparecían. No podía existir una verdadera religión excepto en una comunidad teocrática. Y cuando, como en América, se había repudiado incluso una monarquía constitucional, el último vestigio andrajoso de la teocracia primitiva, no quedaban más valores que los monetarios. Cuanto más rico es el hombre, más agudo su ingenio; cuanto más agudo es su ingenio, menos lo es su sentido de la religión. Por otra parte, cuanto más rico es el hombre, mayor es la necesidad de consolidar su posición social, y ésto sólo se consigue con una restauración simulada de los valores reemplazados. Así pues, cuanto más agudo es el ingenio, más majestuosa es la ida a misa, un fenómeno que los americanos señalan con orgullo. ¡Desventurados los hombres ricos de (Cafarnaum)! Pero tuvieron su premio sobre la tierra, y aunque Jesús declaró que ningún hombre podía servir a Dios y al Becerro de Oro, sino que debían someterse de todo corazón a la ley mosaica, la ley en sí tintineaba con monedas de oro y plata. Bueno, yo sólo era un pobre europeo, un recusante incorregible, a quien no reservaban ninguno de los asientos más altos en la sinagoga. Ni tampoco Rusia me seducía en lo más mínimo: el régimen era antipoético. No obstante, si tuviese que elegir entre la idiotéz neocretense y el super-ingenio americano, era lo bastante simple como para elegir lo primero y evitar las úlceras de estómago, las serpentinas y los trajes de domingo. ¡Pero vamos! Se levantaba el viento: empezaban a ocurrir cosas, incluso en Nueva Creta.

Adelantamos a nuestra agrupación no lejos de Dunrena. Reconocí el lugar: era Martinbault-les-Dames, en mis tiempos una ciudad medieval amurallada, de la cual el Viconte había derivado su título. Ahora habían desaparecido las murallas y la mayor parte de la ciudad estaba edificada alrededor del labio de un enorme cráter, de más o menos un cuarto de kilómetro de diámetro, cerca del emplazamiento original. Quant no pudo decirme cuándo o cómo se había producido el cráter (a mí me sugería la explosión de un vasto depósito de municiones) pero oí a los sirvientes hablar con pavor del pez profético que subió en respuesta a una plegaria desde las profundidades insondeadas de sus aguas.

Un palacio de mármol blanco y suave, con chapiteles cónicos y jardines formales, dominaba la ciudad. Marchamos hacia sus puertas festoneadas. Ñervo a la cabeza, y yo cerrando la marcha con desgana. Había sido mi intención irme en seguida a la ciudad en busca de Zafiro (Quant me había dado el nombre de su sustituida hermana) pero Ñervo protestó diciendo que sería una vergüenza si entrábamos en el recinto del palacio sin un mago.

—Quédese conmigo hasta que aparezca la bruja-me suplicó con lágrimas en los ojos.

—Yo no soy ningún mago instruido-le dije-y no sabré lo que se espera de mí.

—No importa. Usted monta un caballo blanco. Eso bastará para conservar nuestro honor. Recuerde; nuestro honor está en peligro. Las cosas extrañas que han estado ocurriendo en la Casa Mágica, ya sabe. Ya se habla en Zapmor de una guerra contra nosotros. Esto podría muy bien hacerlos salir con sus conchas. ¿Y qué diría la Reina al notar la ausencia del quinto estado?

Entonces sacó una bandera de seda con el emblema del pueblo (un cordero con cuernos) la ató a un palo que se alargaba telescópicamente hasta unos seis palmos de longitud y dio la señal para que empezara a tocar la banda. Bajamos por un columnata embaldosada entre rosas rojas y blancas al compás de la Marca de Brian Boru hasta que, dando la vuelta a una enorme mimosa color de amatista, nos encontramos a la vista del palco real.

El Rey, más que un poco bebido, con una pequeña corona dorada tambaleando sobre su pelo rojo vivo, animaba el desfile y apedreaba a cada agrupación con dulces. Llevaba puesta una camisa de seda blanca con puños morados, calzones blancos hasta la rodilla y una faja morada. A su alrededor estaban sentadas doce hermosas jóvenes, las ninfas del mes, todas vestidas de diferentes colores con tocados emblemáticos; y la Reina, con una corona mucho más majestuosa y una túnica escarlata y otro, estaba entronizada e inmóvil encima de él.

Al pasar, Ñervo mandó girar la cabeza a la derecha y tres terrones reales de nougat volaron desde el palco. El primero hirió a Quant en el hombro, el segundo falló, el tercero me rozó la rodilla. Quant en seguida se alejó y se reunió con un grupo en un cercado a la derecha del palco. Siguiendo sus señas desmonté, entregué mi caballo a un sirviente, y seguí su ejemplo.

—Estamos de suerte-me dijo en voz baja Quant—. Nos dan sitios reservados en la representación real de esta noche.

Al entrar en el cercado, un sirviente nos ofreció bebidas en pequeños vasos medicinales.

—¿Qué es esto?-le pregunté, olfateando con sospecha.

—Para adormecer sus sentidos, señor. —¿Y para qué quiero yo adormecer mis sentidos?

—Contra la fatiga de ver pasar tantas caras nuevas.

—Ya las he visto a todas antes-le contesté, devolviéndole el vaso.

Las vistas de Dunrena

Los contingentes desfilaron por delante del palco real toda la mañana: algunas habían venido del otro extremo del reino, que cubría la mayor parte de lo que había sido el sur de Francia. Las observamos durante una hora, más o menos, hasta que la puntería del Rey empezó a alocarse. Entonces una de las ninfas le entregó un arcabuz de juguete que soltaba una descarga de dulces cuando apretaba el gatillo, y lo mantuvo continuamente cargado. Poco a poco el recinto se fue llenando con su bolsa.

Quant me dijo que estábamos libres de marcharnos cuando gustásemos y se ofreció a acompañarme a ver a su anterior hermana. Me alegré de marchar; ya me estaba aburriendo. Cuando salíamos del recinto por la barrera de atrás, un criado nos dio a cada uno una pluma de ganso con la punta roja para ponernos en el sombrero como billetes de readmisión.

- ¿Lleva usted pintura de grasa?-le pregunté a Quant.
- Claro que sí. ¿Para una señal de "mire a otro lado"?
- Sí, por si nos topamos con Sally. Me pregunto por qué no se habrá presentado aún.
- Yo también me lo pregunto. Es cosa inaudita que un mago se ausente de un desfile.

Debía haber unas treinta mil personas en Dunrena aquel día, más de diez veces su población normal, y se estaba erigiendo una ciudad de lona en el Gran Parque. Las tiendas no se estaban colocando en líneas rectas sino en una espiral que se estaba agrandando constantemente con las nuevas llegadas. Cada tienda hacía volar la bandera de su puebla Cuando pasamos por allí, el silencio me sorprendió: no había gritos, ni canto, ni música; todo el mundo hablaba en voz baja, e incluso enroscaban penosamente las estacas en el césped en lugar de usar martillos. Quant comentó:

*Cuando las hormigas se enjambran,
ni el menor sonido se oye
Y cada una conoce su tarea.*

Su hermana vivía en la Vieja Ciudad.
—Es un barrio monógamo-me dijo—, aunque allí las esposas tienen la costumbre de intercambiar maridos de vez en cuando, lo que hace que el ambiente sea menos severo que en Zapmor. Su nombre es ahora Pulgar Ancho, no sé por qué. No la he vuelto a ver desde el incidente con el mazo, pero me han dicho que vive por esta calle arriba.

Pronto vimos la señal de su casa, y entramos en la cocina sin llamar; en Nueva Creta no llamaba nadie, excepto en las puertas de los dormitorios. Debería haber reconocido a Pulgar Ancho en seguida por su gran semejanza a Quant: las mismas mejillas sonrojadas como manzanas, nariz afilada y boca burlona. Después de un saludo formal, tomó a su hermano de la mano:

- ¿Cuál es su apodo y su pueblo?-le preguntó.
- Soy Quant, un archivador de Cordero Cornudo, bajando por la vía del tren. Y este es mi amigo Venn-Thomas, un poeta del pasado.
- Me alegra conocerle-dijo—. Me dicen que antes de morir, yo también pasé unos años en Cordero Cornudo, entre tulipanes y aros de croquet. Pero, ¿dónde está el amigo que ha mencionado?

Cuando me borré la señal de "mire a otro lado", reconoció mi presencia con una reverencia. Yo se la devolví.

- Pasen a la habitación de hilar, ¡hagan el favor!-dijo.
- Me dicen la han bendecido con una hermosa hija-observó Quant mientras la seguíamos.
- Sí, ¡bendita sea Mari!-dijo Pulgar Ancho, sentándose a su torno de hilar y poniéndose a trabajar con un enredo de lana negra—. Es una niña preciosa, nació esta mañana después de desayunar y ya me llama "Madre". Al anochecer ya será una mujercita; pero de momento la criatura encuentra la vida un tanto extraña.

- ¿Cuál es su apodo?
- Estoy esperando uno, pero por ahora sin éxito.
- ¿Por qué no llamarla Procelaria? le pregunté.

Hizo ver que no oía.

Repetí la pregunta en voz más alta.

- Un poeta tiene el derecho de otorgar un apodo-dijo— pero, ¿no tiene ninguno de mejor presagio?
- La diosa lo puso en mi mente-le expliqué—. Y después de todo, las procelarias resisten los vientos más fuertes.
- Lo acepto-dijo, resignada.
- ¿Podemos verla?

—La pobre criatura no está muy presentable, pero si insiste...

Nos acompañó a la habitación contigua, donde Zafiro estaba sentada en un parque, destrozando una muñeca. Iba vestida con un camisón ancho blanco^ el pelo suelto^ y un collar de margaritas alrededor de su cuello.

—Hombres buenos-murmuró, dándonos una vaga sonrisa de Ofelia. Luego nos tendió la mano—. ¡Tengo una ampolla, dos ampollas!-dijo con orgullo.

Quant la arrulló, sacó una caja de rafia llena de bolitas de anís del bolsillo de su chaqueta, y se la cambió por la muñeca rota. La abrió con torpeza y luego empezó a hacer rodar los caramelos una y otra vez dentro de la tapa.

- ¡Cómetelas, son muy buenas!-dijo Quant, y poco después ella probó una con la punta de la lengua.
- Sí, buenas, ¡muy buenas!-dijo, como un eco, y se embutió un puñado en la boca—. Hombres buenos-dijo otra vez, el azúcar babeándole por la barbilla.

Cuando amenazó con manosearme con sus manos pegajosas, me aparté con repugnancia. Ceceó, sonriendo con timidez.

- ¿Le guztaría ver miz braguitaz de volantez?
- Creo que debería dejarla ahora-dijo Pulgar Ancho—, Se está haciendo mayor algo más deprisa de lo que yo esperaba, y está tan crecida y bien formada y podría fácilmente hacer alguna travesura si no la tengo tranquila. Sí, creo que a mediodía ya estará lista para la iniciación.

Volvimos al cuarto de hilar y tomamos un vaso de cerveza lager con nuestra anfitriona; pero Zafiro armó tal alboroto que Pulgar Ancho tuvo que excusarse casi en seguida.

—Se está volviendo muy pilla ahora: hace ver que necesita atención, y yo sé que realmente no la necesita.

Así que nos despedimos. Al salir, le pregunté a Quant:

- Eso no es más que un juego, ¿verdad? Zafiro, quiero decir Procelaria, en realidad me reconoce, ¿verdad?
- ¡Cielos, no! No sabe en absoluto quién es usted al igual que Pulgar Ancho no sabe quien soy yo. Muerto es muerto, y renacido es renacido. He aquí todo el significado de la historia de Robnet. Murió como poeta y se convirtió en el sirviente de Fand, pero él no tenía idea de que en un tiempo la había amado. El que se convirtiese en su sirviente fue una coincidencia trágica, nada más. Si está pensando en cambiar su estado y convertirse en el amante de Procelaria, vale más que se lo piense dos veces; es muy poco probable que volvieran a aparejarse.

—Así que Sally se ha salido con la suya, después de todo, ¿no?-exclamé débilmente.

—Es inútil oponerse a una bruja.

Con Zafiro arrancada de mi lado en esta forma absurda y horrible, me sentía completamente perdido; y lo que era peor, parecía como si Sally se hubiese apoderado de mí, no me soltaría jamás. Intenté no dejarle ver a Quant la fuerza del golpe que había recibido. El también sentía agudamente la pérdida de Zafiro, y yo lo sabía, pero tenía consuelo en su religión: podía invocar a la diosa y alcanzar una paz interior que estaba muy lejos de mi propio alcance. ¿Dónde podía buscar consuelo? La diosa me resultaba extraña; aunque le demostré mi reconocimiento *de facto*, no la llevaba en mi corazón a todas partes, como hacían los neocretenses. Ni siquiera se me había iniciado en mi estado, aunque disfrutaba de sus privilegios, y no estaba en absoluto seguro de lo que quería ser; mi posición era tan honoraria como la de un personaje menor de la realeza a quien le ha sido otorgado un Doctorado de Ley Civil en una universidad extranjera. Por un momento mi sentimiento de frustración se convirtió en ira ciega. Volvería a ganar a Zafiro, por las buenas o por las malas, aunque con el esfuerzo tuviese que hacer añicos todo aquel lugar.

—¿Adónde vamos ahora?-pregunté a Quant lo más alegremente que pude—. Supongo que no iremos al recinto, ¿verdad?

- Donde diga.
- Me gustaría saber dónde está Sally.
- Pensé que no quería encontrarse con ella.
- No quiero, pero estaré intranquilo hasta que lo sepa. ¿A qué hora salió esta mañana?
- Cuando el destino de mi sobrina ya estaba decidido. Las dos se fueron juntas a caballo antes del desayuno.

—¿Está usted seguro de esto? Entonces, ¿dónde murió Zafiro?

—Aquí en la Corte. Tuvo que besarle la mano a la reina, y transferirle su insignia a otra ninfa del mes. Es por eso que salieron tan temprano. Sally vino con ella, para escuchar su último deseo y ocuparse de la yegua después de su muerte.

—Oiga: ¡Quant!

—¿Sí?

—¿Dónde están los establos reales?-pregunté muy excitado.

—Le llevaré allí. ¿Por qué?

—Porque creo que sé cómo se hizo Zafiro las ampollas en las manos, pero quiero asegurarme. Si estoy en lo cierto, entonces estoy salvado.

Me miró solemnemente, y asintió con la cabeza.

—Sí, cavando-concordó—. ¡Que Ana tenga piedad de todos nosotros! ¡Esto es serio!

Cuando llegamos a los establos llamó con una palmada al mozo del día, y éste vino corriendo en seguida.

—Llévanos al lugar donde guardáis los caballos extraviados o sin dueños-le dijo. El mozo nos enseñó una hilera de boxes.

—Esos tres vinieron esta mañana, señor-dijo—. Uno color castaño, y dos blancos como leche.

—¿Qué hay del castaño?

—Es el caballo del cual se deshizo esta mañana temprano el Lord Chambelán. Debía estar embrujado, sin duda, Cuando le pusieron la silla puso las orejas hacia atrás y mostró sus dientes. Los otros dos los trajeron un poco más tarde.

—Sí, gracias, los reconocemos.

También nos reconocieron a nosotros y nos saludaron con un relincho. Quant despidió al mozo de cuadra y yo me acerqué a la yegua de Zafiro.

—Quieta, muchacha-le dije—. No, lo siento, ¡hoy no tengo manzanas! Solamente quiero ver tus alforjas... Oiga, Quant, ¡cheche un vistazo a esto!

Le entregué una caja plana de madera. La abrió. Contenía una tabla de arcilla cubierta de escritura neocretense.

—¿Quiere que se lo traduzca?-me preguntó.

—Sí, haga el favor.

Se aclaró la garganta y leyó con voz temblorosa:

"Mi amor querido:

"Puedo volver a llamarte así porque estás de nuevo en libertad. ¿Por qué no viniste temprano a la barraca de los membrilleros, como habías prometido? Pero tu respuesta ya nunca me llegará: habré muerto cuando leas esto. SaÚy actuó con rapidez; convocó un consejo, y yo tuve que sentenciarme a muerte. Traje mi yegua a la barraca y salimos en seguida. Me sentía muy desdichada; no te había dicho adiós. Antes de llegar a la carretera que tuerce hacia Zapmor, me echó en cara cruelmente: "si le quisiste, ¿por qué no se lo diste todo? ¿No hice bien en comerme lo que dejaste en tu plato?". En su voz había malicia, y una malicia mayor creció en mí. Recordé el *aer* de Cleopatra. *El niño goloso*, y resolví emborronarle la cara con él. Torciendo mi dedo meñique ante ella empecé: "¡Escúchame! Cleopatra..." Entonces, de repente, me di cuenta de que había un paro en una rama y me callé.

—¿Por qué hizo eso?

—Tenemos un proverbio: "Si ves un paro, piensa dos veces, luego piensa otra vez". El paro trae un mensaje de la diosa.

—Comprendo, Siga. Continué:

"Sally no había visto el paro. Se volvió hacia mí y dijo obedientemente: "Estoy escuchando". Habiendo pensado dos veces, volví a pensar y le di las gracias a la diosa en mi corazón por poner a Sally bajo mi poder al revelarme que su nombre secreto era Cleopatra. "¡Cleopatra!", dije, "Me voy a Zapmor. ¡Ven conmigo! Y no vuelvas a hablarme hasta que te dé permiso". Me obedeció mansamente. Cabalgamos deprisa y cuando llegamos al claro había intentado embrujarte, le dije: "¡Cleopatra, busca un pico!". Se fue a buscar uno. "¡Cleopatra, saca el césped de la tumba de Claudio, y cava!". Obedeció. Cuando hubo descubierto el cuerpo, faltaba la cabeza. "¿Dónde está la cabeza, Cleopatra?", le pregunté. "La tienen en la Casa de los Disparates", me contestó malhumorada. "Le estás estafando a Ana sus derechos", le dije. "¡Paga tu deuda, Cleopatra!" Me entregó su lanceta, se arrodilló y bajó la cabeza en sumisión. "¿Cuál es tu último deseo, Cleopatra?", pregunté. "No renacer", contestó. "¡No extenderás ninguna capa sobre mi tumba!" La apuñalé en la nuca, la tendí al lado del cuerpo mutilado de Claudio, volví a echar la tierra y extendí el césped sobre la tumba. Luego cabalgué hasta Dunrena, y registré su muerte. Escribo esto en los establos reales. ¡Adiós, mi amor! Estos son tiempos tristes.

"Zafiro

El único comentario que hizo Quant fue: —Estrella de Mar tendrá las manos llenas hasta que llegue el lunes el relevo.

—Si dura hasta entonces-le dije, mientras nos alejábamos lentamente. —¿Y ahora, adónde?

—Francamente, no me importa-dije, sintiéndome muy desgraciado—. ¿Una iglesia?

Quizás allí encontraría algún consuelo. Ante todo, quería librar mi mente de la imagen de Zafiro liquidando a Sally con un descabello, como una asesina. —Muy bien-concordó Quant. —¿Es una iglesia aquello que hay ahí? —¿Se refiere a aquella casa con las lunas nuevas pintadas en las ventanas? —Yo las hubiese llamado lunas viejas. —Las ve usted del revés; pero desde dentro se ven recién estrenadas. No, aquello no es exactamente una iglesia; es la Casa de la Luna, donde viven los locos sagrados. Adoran a la Luna en cualquier forma, como ellos quieran, haciendo reír a la diosa con sus extravagancias solemnes; y ellos mismos se rien también, naturalmente, tan fuerte como ella. Son las personas más felices de Nueva Creta y desprecian al mundo exterior porque no es tan sagrado como la Casa de la Luna. Los cuidan un sacerdote y una sacerdotisa. Los locos no crean problemas, ni siquiera en tiempos tempestuosos. Nunca sueñan con salir por temor a disipar su santidad.

—¿No rompen nunca las ventanas?

—Eso sería destruir el símbolo que más aman. Son locos, no malos.

Nos detuvimos delante de la iglesia de la liebre, donde se estaba celebrando una misa. Enseñé mi pase en el porche y entré. Hubo un sonido agudo de caramillos. Ocho hombres con cuernos, vestidos de verde, estaban dando grandes saltos alrededor de un altar cuadrado, coronado por una cesta de ahecho, y la congregación estaba agachada en el suelo, dando palmadas a tiempos con los caramillos. Al ir más deprisa el ritmo, los hombres verdes saltaban más y más alto: un encanto para hacer que el trigo creciese, me supuse. La sacerdotisa estaba apartada de ellos, acariciando un lebroncillo, y los labios se le movían en silencio al rezar. Me apoyé en un contrafuerte y miré a mi alrededor. Con excepción de siete nichos en las paredes, cada uno con una réplica galardorada de uno de los ídolos del distrito, y un bastidor lleno de macías, la iglesia era tan cuadrada y estaba tan vacía como un granero de diezmos: ni tan sólo tenía ventanas de vidrio de color, ni frescos. Sin cambiar la melodía, el baile siguió y siguió y los hombres verdes no mostraban ninguna señal de cansancio. Uno de ellos saltó casi tan alto como su propia estatura y se le veía una espuma amarilla en los labios. La sacerdotisa prestaba poca atención: se descubrió uno de los pechos e hizo ver que amamantaba al lebroncillo.

Pronto me cansé de aquello y volví a salir.

—¿Dónde está el burdel más cercano?-le pregunté a Quant

—¿Y por qué eso?

—Necesito alguna distracción, cualquier cosa. Ningún burdel podría ser más aburrido que aquella iglesia.

—Subiendo la calle; la casa con los amentos pintados en el estuco. Acaban de colocar una lámpara en la ventana para enseñar que está abierta.

—¿Qué ocurre allí?

—Ya sabe, lo corriente. Es una especie de puesto de socorro donde uno va cuando no está enamorado de nadie en particular pero se siente infelizmente lascivo. A eso se le llama el ataque de amento, y no es ninguna vergüenza. El lugar lo dirige una sacerdotisa y sus empleados son sirvientas y sirvientes bien parecidos. Los mantiene en un estado continuo de celo, preparados para cualquier persona que entre. Hay una sala masculina y otra femenina.

—¿Cualquier persona? Yo creía que los humos no podían mezclarse.

—Y así es. Pero cualquier persona que visita un burdel se convierte en miembro del estado de los sirvientes durante aquel tiempo; porque ir allí implica un fallo en discriminación. Sin embargo, no se admite a los magos.

—Me han dicho que mi pase vale. ¿Viene conmigo?

—No, gracias. Yo no estoy enfermo.

Le enseñé mi pase al portero alto quien, después de examinarlo con cuidado, me ató un brazal con cuatro cheurones en mi brazo derecho. "El amento nos hace a todos sirvientes", me citó sentenciosamente. "¡Pasa por aquí, hombre! Pronto te pondremos bien". Pasamos por delante de un enorme falo de porcelana, con un tinte muy realístico, que dominaba la sala de entrada, empapelada horrendamente, y luego pasamos por un largo pasillo color carne hasta llegar a una piscina abierta. La acera ancha que la rodeaba estaba embalsada con ladrillos brillantes en azul, negro y amarillo, y alrededor había una hilera de cabinas con techos y balcones como sus puertas. Llegaba un fuerte olor a almizcle del agua tibia. Cuando entré, varias muchachas desnudas se deslizaron en la piscina y nadaron lánguidamente como en un ballet acuático de Hollywood, mientras otras posaban en la orilla, como *startlets* de la Paramount, echando miradas sofocantes en mi dirección. Me quedé sin saber qué hacer. "Buenos tipos, pero qué tontas parecen", pensé.

—Eres un extraño aquí, ya veo, y algo tímido-dijo el portero—. Puedes jugar con dos o tres chicas a la vez si quieres.

Me acompañó a todo lo largo de la piscina perfumada hasta a un café pseudomoro al otro extremo, pero se detuvo para abrir una de las cortinas de esbina, descubriendo una vasta cama de bronce con una colcha negra de seda pesada y los cabezales y almohadas de *up* amarillo brillante.

—Es más—continuó—, no admiran mucho a un hombre que se satisface con una sola. Ah, ¡ahí viene la sacerdotisa!

Se retiró, y la sacerdotisa, una enorme mujer con aspecto de prima donna, pecho de paloma y un kimono chillón, se acercó a mí con andar patoso y me saludó con una mirada de conmiseración, sosteniendo una gran bandeja de café incrustada de nácar. Dejó la bandeja sobre una mesa de sándalo en una alcoba taladrada y me sirvió una taza de café turco fuerte, en la que dejó caer una pildorita negra.

—Para aumentar sus placeres—me dijo, sacando una silla con patas doradas retorcidas y tapizado rojo afelpado, e indicándome que me sentara—. ¿Le gustaría nadar primero, o está usted seriamente enfermo?

—A decirle verdad, señora—le dije, ojeando la cafetera chata llena de dragones y la taza de bronce esmaltado, con horror y fascinación—a decirle verdad, vine aquí por pura curiosidad.

—Oh, pero eso es totalmente contra la costumbre. Estoy bien segura de que está usted enfermo; tiene un aspecto terrible, y de todos modos, no puede marcharse ahora sin hacerle los honores a Nuestra Señora de los Amentos.

—Pero si soy un mago no llevo esto—le dije, tocándome el brazal—y realmente...

—¡Qué encantador para las empleadas! Este es un honor inaudito, ¡bendita sea la diosa que le envió! Daré intru— ciones al portero para que no admita a nadie hasta que haya usted terminado del todo. Pero ahora le dejaré; se sentirá más en su casa cuando me haya ido—. Con una reverencia se marchó.

Cerré los ojos, me bebí el café asquerosamente dulce de un trago, y me levanté para irme. Casi en seguida una especie de niebla etérea se extendió ante mi vista: todos los colores de una pompa de jabón, y aquí y allá resplandores dorados como estrellas. Se me doblaron las rodillas. Me dejé caer de nuevo en mi silla. Las *starlets*, viendo que la droga había hecho su efecto insidioso, subieron silenciosamente los escalones dando saltitos y en fila india. Luego empezó a sonar un violín, una cortina de terciopelo negro cayó detrás de ellas y una por una desfilaron ante mí con abanicos color rosa de plumas de avestruz, dando vueltas lentas y sinuosas bajo un foco de luz y con música agitanada. Sería deshonesto pretender que esta exhibición crudamente lujuriosa me dejó impasible. El arco iris loco de estrellas y colores se arremolinaba ante mis ojos, realizando el efecto emocional. Sin embargo, no podía dejar de sentirme algo avergonzado ("y además, a esa hora del día", me recordé) y por un momento me pregunté qué demonios podría decirle a Antonia a mi vuelta. Pero aun con Antonia a mi lado a menudo había soñado mi sueño Tepetido de las Mil y una noches, una reliquia de la adolescencia, en el cual yo era un sultán entre su harén complaciente, en un decorado parecido a éste, para despertar siempre con una aguda desilusión antes de haber podido hacer mi elección entre la delgada y presumida rubia de pechos altos, la rolliza muchacha de diez y siete años con el pelo abigarrado y rizado y la sonrisa amistosa, y la exquisitamente frágil princesa india dé piel color de miel con muñecas y tobillos enjoyados y la perla solitaria colocada en el ombligo.

Esta vez parecía estar decretado que tenía que terminar mi sueño, de una vez para siempre, para nunca más volverlo a soñar. Nuestra Señora de los Amentos me lo estaba entregando sobre una enorme bandeja de nácar, y hubiese sido descortés rechazar su bien intencionado obsequio simplemente porque mi gusto en decoración interior difería del suyo o por culpa de una leyenda atesorada de mi fastidio poético en cuestiones de sexo. Una escena de la última guena centelleó por mi mente: el devoto sargento mayor Clegg, con su cara sonrojada y escandalizada, dando cuenta de irregularidades en el alojamiento de la compañía, cuando estábamos estacionados en Nottingham. "Soy un soldado viejo, capitán Venn-Thomas, señor, y no me gusta tratar a mis hombres con demasiada dureza; pero, con perdón señor, aquel alojamiento no es ni más ni menos que una cochina casa de putas. He arrestado al cabo Stukes. ¿Quiere verle ahora, señor?"

{Pobre Stukes con tu ataque de amento! ¿Y qué fue lo que me había dicho? "No se puede detener a la naturaleza, señor".

"Pero mi buen Stukes..."

Me pregunté vagamente qué había contenido la pildora. ¿Un compuesto de hashish e hipomanes?

No hubo necesidad de indicar mi elección: las *starlets* sabían por intuición cuál de ellas deseaba y pronto mis favoritas se acercaron a mí dando saltitos, y me medio acompañaron, medio transportaron a la Gran Cama de Ware, con sus rechonchos cupidos dorados y perillas de bronce grandes como urnas, cerraron las cortinas de amapolas y granadinas detrás de ellas y me desnudaron con dedos expertos.

Quant estaba esperando pacientemente afuera en un banco cuando salí una hora más tarde. Me sorprendió ver que no había clientes esperando entrar.

—Creía que toda la ciudad estaría haciendo cola a montones—le dije.

—No, esta enfermedad no es nada común; normalmente empieza con una depresión repentina. Alguien se encuentra con un bruch, o tiene una pesadilla, o una mujer o marido muere repentinamente, o se pierde a un amante. A nadie le gusta cambiar de estado ni siquiera durante una hora, pero una visita a un burdel devuelve el equilibrio a la gente. ¡Es una experiencia saludable! En una alegre mañana de fiesta como hoy, las chicas no esperan visitas, así que la sacerdotisa generalmente les da acceso a sus compañeros de empleo en la sala de mujeres. Que desilusionadas han debido estar cuando les dijo que no estaba enfermo. ¿Y qué suerte tuvo con su juego?

Me sonrojé.

—No puedo quejarme—le dije.

—He pasado más de una media hora agradable con la sacerdotisa. No obstante, como todos los sirvientes, tiende a estar demasiado a la defensiva. Un buen jugador defiende y ataca simultáneamente. ¿Quiere que juguemos ahora? ¿O ha jugado ya bastante?

Afortunadamente, en este momento, sacó una tabla de cambeluk, que me salvó de más posibles apuros.

—No me debe de haber comprendido bien—le dije—. Por mi parte no llegué a jugar a cambeluk con la sacerdotisa. Solamente hablé con ella tomando una taza de café.

—Entonces venga en seguida a aprender el juego.

Como ya me había dicho Quant antes, todo el mundo en Nueva Creta jugaba a cambeluk. Parecía tan sencillo como las damas, también tenía pocas reglas, y una tabla mucho más pequeña; pero era engañosamente complejo, y después de las jugadas iniciales ningún juego se parecía a otro en lo más mínimo. Jugué varias partidas con Quant, pero no gané ningún juego, aunque generalmente se me dan bien estas cosas. Uno de mis primeros actos al volver a nuestra época fue visitar a un abogado de patentes y hacerle registrar los reglamentos; así que puede que aún muera rico.

Las mujeres salvajes

Et Teatro Real estaba lleno a rebosar, y pude apreciar una expectación tensa estreno a la que yo había asistido. Nadie se reía ni jugueteaba, ni llegaba nadie tarde, ni se intercambiaban saludos con amigos al otro lado de la sala. Aunque aún no había señales de que iba a empezar la función, todos estaban sentados en entre el público, más abrumadora que en cualquier noche de silencio y pálidos, las manos sobre las rodillas, las cabezas echadas un poco hacia adelante, moviéndose sólo ocasionalmente para tocarse un cuello estrecho o rascarse una oreja molesta. Parecían prisioneros en el banquillo de los acusados en un juicio de asesinato en masa. Sacerdotes con túnicas blancas se paseaban solemnemente subiendo y bajando los pasillos, balanceando incensarios que echaban humos aromáticos de romero y mirto. £1 teatro tenía una cúpula, pero aparte de esto estaba edificado más o menos sobre el modelo de un teatro griego. No tenía palcos ni galerías ni tampoco foso para la orquesta, y su cabida era de unos mil hombres y mujeres sobre sus filas de bancos curvados de madera. Quant y yo estábamos sentados juntos más o menos hacia la mitad de las filas.

—¿Han llegado ya el rey y la reina?-pregunté en un susurro diminuto por un lado de la boca—. No los veo pe» ninguna parte.

—Están detrás de la cortina-me dijo en voz baja—. ¡Silencio!

No se me había ocurrido que ésta iba a ser una función real en el sentido litoral, aunque Quant me había perfilado brevemente el ballet cuando volvíamos al recinto en el atardecer, después de un agradable paseo alrededor de la laguna.

—Trata de la sucesión al trono-me había explicado—. Como ya sabe, el reinado de siete meses del rey termina esta noche, y está destinado a morir a no ser que la diosa le conceda el favor del renacimiento como su otro yo. Pero no puede renacer como su propio sucesor, así que tiene que haber un interregno, por corto que sea, y durante éste una víctima, que es un niño, le sucede en el trono y en la cama nupcial. En el primer acto presenciará la Adoración de la Esfinge, el Baile de los Pervertidos Sagrados, el Último Día del Rey, su Advertencia y (si la diosa es compasiva) la Remisión. El segundo acto contiene la Seducción de la Víctima, Asesinato de Risas, la Comida de los Muertos, el Despojo del Rey, y la Investidura de la Víctima. El tercer acto empieza con su Advertencia; luego pasa rápidamente por Las Transformaciones, y al final las Mujeres Salvajes le hacen pedazos. Luego hay el Epílogo: el rey renace como su otro yo y reina serenamente durante el resto del año.

—¿Quiénes son estas Mujeres Salvajes?-le había preguntado—. ¿Las ninfas del mes?

—No, son encarnaciones de las nueve Facetas de la diosa: Tres Doncellas, Tres Gracias y Tres Destinos. Aparecen después de los pervertidos sagrados.

—Pero si me habían dicho que a vuestros pervertidos siempre se les mataba...

—Y así es, pero renacen como doncellas de Mari, y viven sin beneficio de estado en un convento detrás de este teatro. Los demás hombres no pueden acercarse a ellos, ni siquiera verlos, excepto durante el ballet; es más, son tan sagrados que significa la muerte para cualquier hombre ser tocado por ellos. No obstante, tienen muchas amigas entre ancianas y hacen vestidos de corte y bordados para la reina y sus ninfas. La diosa tiene una consideración tierna hacia los pervertidos (no los pervertidos innaturales de su época que despreciaban alas mujeres y preferían a muchachos), sino hacia los pervertidos naturales, que la aman tan extravagantemente que quieren ser uno con ella, en forma de mujeres. Los pone en escena como una demostración aterradora de su poder; se sabe que los hombres que no llegan a amarla como se merece, están expuestos a morir y a renacer como pervertidos. Muérdase el pulgar cuando aparezcan, ¡no se olvide!

Me había preparado para un espectáculo que no me iba a concernir de cerca. "Soy un súbdito leal de Jorge VI, rey de Gran Bretaña y sus Dominios en Ultramar, y Defensor de la Fe, por la Gracia de Dios", me recordé. "Aquel borracho pelirrojo con la pistola de caramelos no significa nada para mí". Pero había menospreciado el poder del ballet que estaba a punto de presenciar.

Se atenuó la luz, y entraron nueve sirvientes inexpresivos, con uniforme real, llevando cada uno una vela encendida y colocándolas en las lámparas de cristal que servían de candilejas. Entonces sonó el toque; había empezado la noche del viernes.

El Lord Chambelán, un tipo flaco vestido color carmesí, apareció por detrás del telón. Levantando la mano con un gesto propiciatorio, se inclinó hacia adelante y sopló fuerte tres veces. El teatro se quedó helado, en absoluta inmovili— dad, y empezó a flotar por el aire una melodía quebrada y embrujadora que provenía de una sola flauta de caña y de ninguna parte en particular, quizá del techo. Las cortinas se corrieron en silencio, y un suspiro de temor se levantó del público, como un soplo de viento casual en un día sofocante.

La adoración de la esfinge

La reina estaba de pie, inmóvil entre las alas desplegadas de una esfinge de mármol que se agachaba frente a nosotros, sobre un pedestal alto en el fondo del escenario lba vestida con un jubón de manga corta, ador cobre con botones verdes, una faja recargada de joyas, y una falda de volantes de rayas blancas, amarillo-verdosas y escarlata, con un dobladillo ancho bordado con frutas y flores. Llevaba los pechos desnudos; su pelo amarillo oscuro caía en brillantes tirabuzones; alrededor del cuello llevaba una cadena con diminutas calaveras, y sobre la cabeza una corona elevada con cuernos de plata retorciéndose alrededor de un espejo de oro pálido. En la mano derecha sostenía una estrella de cinco puntas. Una serpiente con manchas, de unos tres palmos de largo, se enrollaba sobre su brazo izquierdo.

Durante un corto tiempo no pasó nada; luego se oyó un arrullo suave, el batir de alas, y entró una manada de palomas que revoloteó alrededor de su cabeza, y salió de nuevo. Una pantalla dorada que se extendía a todo lo largo del escenario se dividió, y las mitades se deslizaron hacia atrás lentamente, en direcciones opuestas, descubriendo tres grupos de adoradores encarados hacia la reina. A la derecha siete niños con túnicas azules estaban agachados a cuatro patas; en el centro había cinco jóvenes, desnudos de cintura arriba, con faldillas rojas y hachas de mango de marfil; a mano izquierda siete ancianos con túnicas blancas se apoyaban sobre sus varas de oficios. Se inclinaron ante la reina en señal de adoración, que ella reconoció elevando suavemente la estrella muy por encima de su cabeza; los diamantes clavados en la estrella cogieron un rayo de luz y relucieron espléndidamente. Levantó y bajó la estrella tres veces, entre pausas, luego movió la cabeza para sonreír graciosamente y por turno a los niños, a los hombres de las hachas y a los ancianos. La pantalla volvió a deslizarse, ocultándolos.

Había caído bajo el encanto del ballet, tan profundamente como cualquier neocretense y dejé de apreciar los detalles de la maquinaria de escena; mis facultades críticas me abandonaron, y mi cuerpo se puso tan rígido que no podría haber vuelto la cabeza para mirar a Quant aunque hubiese querido.

EL baile de los pervertidos sagrados

La actitud de la reina cambió repentinamente. Con movimientos furtivos de serpiente escondió la estrella en su jubón, sacó una máscara de aspecto maligno, medio rosa, medio verde, con una sonrisa cruel y ladeada, y agujeros para los ojos con rebordes azules, y se la pegó a la cara. Entonces los pervertidos, ataviados con una grotesca mezcla de vestidos masculinos y femeninos, entraron al son de una música alocada y disonante, revolcándose y haciendo cabriolas, o bien patéticamente solos, u obscenamente en parejas. Inmediatamente cada hombre entre el público, incluido yo, se puso el dedo pulgar en la boca y se lo mordió; pero las mujeres siguieron inmóviles. La reina descendió, saltó con ligereza por encima de la pantalla y pasó por entre los pervertidos, animándoles en su brinco, que se volvieron más y más salvajes hasta que era un suplicio mirarlos. Se arrancaron sus vestimentas superiores, hostigándose con navajas y azotándose uno a otro con látigos anudados. La sangre chorreaba de sus cuerpos gordos, y bailaron en un éxtasis de continuo crecimiento, girando y girando como peonzas. La reina permaneció en el centro balanceándose, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, mientras que la serpiente se enrollaba inquietantemente alrededor de sus brazos y de su cuerpo. Exactamente así, sólo que sin la serpiente, había permanecido Erica una noche en un café de Montpamasse observando encantada una lucha con botellas que ella misma había provocado entre dos pintores alemanes empapados de cerveza.

Un son de trompetas se elevó dulcemente por encima del alboroto, que se fue muriendo hasta convertirse en un quejido desagradable. Los pervertidos frenaron hasta parar en seco, hicieron muecas de sonrisa y se marcharon corriendo. La reina se quitó la máscara, y echó a la serpiente culebreando tras ellos. De la derecha avanzó una pareja de heraldos con uniformes magníficamente bordados en oro, que repitieron el son de trompetas. La pantalla se había dividido para dar paso a la reina y ahora, de nuevo graciosa y bella, se sentó sobre un trono de mármol en la base de la esfinge.

El último día del rey

Los heraldos tocaron un tercer son de trompetas y el Rey, mi rey, entró con pompa, sobrio y confiado, con todas sus galas; seis ninfas del mes caminaban delante de él, y seis leñadores, vestidos con hojas de roble, cerraban la marcha. Llevaba un abrigo de siete colores, calzones de ante, un cinturón ancho con flecos, y botas coloradas de media caña y tacón alto. Un par de astas, cada una de siete puntas, brotaba de sus rizos pelirrojos.

Las ninfas le acompañaron al trono, donde se humilló frente a la reina, le besó el pie sumisamente, para levantarse después y colocarse en su sitio a su izquierda. Durante un tiempo estuvieron sentados en gran gala, inmóviles, hasta que la reina señaló a los leñadores quienes empezaron a bailar hacia adelante emitiendo un suave tintineo con unas campanillas de mano. Uno entregó al rey un arco, y cada uno de los otros una flecha larga con punta de oro y talón morado; cayeron agachados y jadeando como perros al pie del trono. Ó rey se levantó, estiró el arco y, con la reina dirigiéndole la puntería, tiró una flecha hacia cada uno de los cuatro puntos del compás, y la quinta directamente hacia arriba: esto expresaba el dominio del cual disfrutaba a través de su matrimonio con ella. La reina colocó una hacha de doble filo entre las rodillas del rey.

Las campanillas de mano volvieron a tintinear, acompañadas par un pequeño tambor que no se veía y un instrumento de cuerda algo así como un dulcimele. El rey y la reina avanzaron, cogidos de la mano, para efectuar un *pos de deux* ceremonioso, el rey mateando el ritmo al pisar con sus botas. El paso se fue acelerando gradualmente, hasta que la reina permaneció dando piruetas salvajes y el rey, frenándose con sus pisadas, se fue quedando mucho más atrás. Echó las manos al aire en un gesto de abandono, luego se cayó sobre una rodilla, y entonces la reina se dividió en dos: su ser gracioso, y su maligno ser enmascarado. La música volvió a calmarse, y las dos reinas bailaron dando vueltas pomposas alrededor del rey, los brazos levantados. Él permaneció aterrorizado e inmóvil, mirándolas hasta que la reina maligna desapareció dentro de la reina graciosa.

La advertencia

El dulcímele trinoó una melodía ligera y adormecedora, y desde abajo se elevó un lecho de juncia y hierbas. La reina acompañó al rey hasta el lecho, le quitó las astas, le desabrochó el cinturón y descansó su cabeza pelirroja sobre su falda. La música se fue muriendo y todo quedó oscuro, con excepción del tenue resplandor de las candelijas.

"¡Uuuu-uuuu-uuuu!" Un búho blanco entró volando silenciosamente, salió volando de nuevo dando una serie de embestidas cortas y rápidas rozando el lecho de vez en cuando con sus alas. El rey estaba medio dormido. Las ninfas se escabulleron, y la reina, lenta y dulcemente trasladó la cabeza del rey de su falda a una almohada de hierba; luego se adentró de puntillas entre las sombras y llamó con señas a nueve figuras oscuras y agachadas con sombreros cónicos. Avanzaron en tres grupos de tres, con movimientos retardados, casi imperceptibles; el búho revoloteó sobre ellas dando gritos funestos, y salió volando. Una media luz azul se extendió por el escenario y el rey se despertó aterrado con el estallido de una música jadeante que helaba la sangre. Las nueve figuras tiraron al suelo sus oscuras capas y bailaron amenazadoramente en un ancho círculo alrededor del lecho. Las tres primeras eran muchachas adolescentes con vestidos estrechos, color verdoso, que les llegaban a la pantorrilk; las tres segundas eran mujeres de pechos llenos, con corpiños color cobre y faldas cartas de colores vivos; luego habla dos damas de edad avanzada vestidas de sucio luto; y la última era una espantosa vieja arrugada en harapos sin forma que bailaba sola con agilidad, en dirección opuesta a las agujas del reloj, en el exterior del círculo. La música se incrementó aún más horriblemente y pasó un escalofrío por el público.

La remisión

El rey se sentó bien derecho, volvió a ponerse las astas, se abrochó el cinturón y viéndose abandonado por la reina y las ninfas, miró a su alrededor con pánico frenética Intentó ahuyentar a sus visitantes con muecas y gesticulaciones, pero eso solamente les hizo aumentar su furia. Gradualmente se cerraron sobre él, voceándole y haciendo castañetas con los dedos, y casi se habían echado sobre su garganta cuando, desesperado, se sacó un cuerno de caza del cinturón e hizo sonar una llamada fuerte de reunión de tropas. ¡Qué bendito alivio trajo aquel tantarárá argentino!

Al sonido de gaitas y redoble de tambor entraron de un salto los cinco hombres con hachas, disfrazados con altos tocados que parecían panes de azúcar y que les cubrían las caras, con agujeros para los ojos rodeados de espirales color azul vivo y con botones redondos pintados como cabezas sonrientes de maniquies en lo alto. Llevaban ligas que tintineaban con pequeñas campanillas de plata. Bailando un vivo baile escocés dactílico, y haciendo girar las hachas sobre sus cabezas, se echaron sobre las Mujeres Salvajes. Los dos movimientos de baile se entremezclaron, pero finalmente prevalecieron las gaitas y los tambores, y la tenebrosidad azul dio paso a una luz blanca. Las Mujeres Salvajes se retiraron, y los hombres de las hachas andaron a paso de marcha arriba y abajo tranquilizadoramente, y luego alrededor del lecho, terminando en una fila ordenada al pie del mismo.

Con esto terminó el primer acto, pero no hubo intervalo.

La seducción de la víctima

La reina estaba de pie, como al principio, entre las alas de la esfinge, y el sonido quejumbroso de la flauta de caña recogió el hilo de la historia. El rey se había acomodado tranquilamente sobre el lecho, protegido por tres ninfas en su pie y tres en su cabecera; los hombres de las hachas, como en la primera escena, adoraban a la reina, colocados entre los niños y los ancianos. Ella recibió sus devociones agitando suavemente la estrella, luego señaló imperativamente hacia la derecha y todos desfilaron por el escenario lentamente, primero los ancianos, luego los hombres de las hachas, y finalmente los niños; pero antes de que hubiesen acabado de salir, la luz se oscureció, volvió la tiniebla azul y de la izquierda entraron merodeando las Mujeres Salvajes. El trío más joven se echó de pronto sobre el último niño, que era más alto y más robusto que los otros, y le cogieron por la túnica. Peleó desesperadamente por reunirse con sus compañeros que ya estaban desapareciendo, y miró a la reina con un gesto de súplica; pero vio con espanto que se había vuelto a poner la máscara maligna, y el trío central saltó hacia adelante, cerrándole el paso. Las seis mujeres dieron piruetas a su alrededor al son seductor de flautas, y mientras la luz cambiaba de blanco a verde, de verde a oro y de nuevo a blanco, cada una se acercó a él, le hizo una reverencia y le dio un obsequio: una manzana, una concha, una campana, una pelota, un espejo y una copa de plata. Los aceptó con ilusionado asombro, y ya no volvió a intentar escaparse.

Asesinato de risas

Los tambores redoblaron majestuosamente, y la reina señaló el trono vacío, prometiendo al niño con gestes estilizados que sería el sucesor del rey y su amante. Retrocedió, protestó, suplicó, lloró, pero sin resultado: él era la víctima elegida, el sustituto del rey, y finalmente se inclinó aceptando mudamente su destino. La reina descendió y permaneció de pie, rodeada por las Mujeres Salvajes, que interpretaron una danza orgiástica llamada asesinato de risas, tan horrible y obscena que no voy a intentar describirla. Quise cerrar los ojos, pero los párpados no me obedecieron, y me vi forzado a presenciar la danza hasta el final.

Comida de los muertos

Siguió una pausa larga y aterrizante unas voces graves, bajas y lúgubres cantaron un canto fúnebre y espondaico, y algunas mujeres sollozaron silenciosamente. Las voces poco a poco se oían más cerca, pero la esperada procesión fúnebre no se veía llegar. Lo único que podía verse fue una ligera agitación sobre el lecho donde yacía el rey, al desprenderse de su cuerpo algo negro y peludo, algo que parecía un cruce entre un mono y un renacuajo: su fantasma. Se agitó desesperadamente bajo la fuerte luz roja que le enfocaba desde arriba, y con asco vi que aún estaba conectado al rey por medio de un largo cordón umbilical rojo que salía de su garganta. £1 espantoso tercer trío entró rápidamente e intentó agarrar el fantasma. Éste luchó como un lucio en un anzuelo, pero Cloto y Laquesis lo cogieron con firmeza, mientras Atrops cortaba el cordón umbilical con un par de tijeras de podar. Luego todas dieron un chillido penetrante de lamentación. Creo que cada mujer del público también debió chillar como se chilla en una pesadilla; el agudo ululado me atravesó como un cuchillo. El fantasma se volvió débil en sus manos, y mientras Atropos lo sentaba sobre su huesuda falda, sus harapientas hermanas le alimentaron con las rojas comidas de los muertos: langostinos, salmonetes y arándanos y forzándolo a abrir bien la boca, un pequeño chorro de sangre de la cabeza cortada de un cerdo negro. Luego lo abofetearon, le pegaron y le hicieron correr fuera de su vista. Se escapó de ellas y volvió farfullando al hecho, donde hizo unos intentos imposibles de volver a entrar en el cuerpo del rey, primero amadrigándose en la boca, luego en el ombligo, y por último en la ingle; desconcertado y frustrado, empezó a dar saltos bailando como un mono enfadado y agitando sus

pequeños puños peludos.

El despojo del rey

La luz roja aún ardía, y poco después salió de mala gana la víctima, empujado hacia adelante por las tres Gracias. Le incitaron a que despojase al rey de sus galas; pero seguía modesto y avergonzado, y aun cuando se armó de valor, las amenazas burlonas del fantasma le asustaron en cada intento. Por fin lo agarró por las dos muñecas y lo tiró sobre el lecho; desabrochó el cinturón del rey, le sacó las botas, le quitó las astas, y exhibió triunfalmente su botín. Luego, despacio, despojó el cuerpo de su abrigo y calzones y se los probó, muy contento con su ajuste. Un gemido ronco pasó como un eco por la sala, y el lecho, sobre el cual se había vuelto a subir el fantasma, se fundió poco a poco fuera de la vista.

La investidura de la víctima

La luz se volvió blanca y fuerte. Los hombres de las hachas entraron, ya sin disfraz, para desearle a la víctima felicidad y rendirle honores con una gaita estrepitosa, blandiendo sus hachas por encima de la cabeza, colocándolas después a sus pies como los rayos de una rueda y saltando vigorosamente por encima de ellas. Luego los seis niños, sus compañeros, le agasajaron, coronándolo con guiraldas y paseándolo en hombros. Después los ancianos, golpeando el suelo con sus varas, bailaron, algo tiesos, una pequeña gira de homenaje. Mas una música salvaje y disonante anunció la llegada de los perversos—nuestros pulgares nos saltaron automáticamente a la boca—y entraron corriendo, baboseando por encima de la víctima, abrazándolo y acariciándolo. Se escabulló de aquel tacto mortal con asco, pegándoles y dándoles patadas, pero ellos no hacían más que mirar a la reina, que había entrado silenciosamente, con su máscara maligna, y estaba ahora de pie, balanceándose detrás de la víctima, animándoles y agitando con una risa muda. Por fin intervinieron los hombres de las hachas: formaron fila, recuperaron sus hachas del suelo y echaron a los perversos.

De nuevo entraron, los heraldos, tocando sus trompetas, y la víctima fue investida solemnemente como rey, al son de música majestuosa. Habiéndose postrado ante la reina, que se encontraba ahora sentada graciosamente sobre su trono, subió lentamente los tres escalones, haciendo una pausa en cada uno, mientras que la música se volvía más fuerte y aún más majestuosa. Era un himno de coronación en el que se unieron todos los participantes, pero no pude distinguir las palabras: no parecían neocretenses. La víctima triunfante se sentó sobre el trono, y las doncellas se adelantaron a abrocharle el cinturón, ponerle las botas y coronarlo con las astas. El himno finalizó, sonaron unas campanas de mano, y entraron los leñadores para entregarle su arco y cinco flechas. Éstas las disparó como había hecho su predecesor, y la reina colocó el hacha entre sus rodillas.

Entonces los leñadores, los hombres de las hachas, los niños, los ancianos, las doncellas y las Gracias se unieron en una danza complicada, acompañados por el sonido de una gran variedad de instrumentos; formando espirales, prismas, estrellas, figuras de ocho y otros diseños de significación religiosa. Después la reina y el nuevo rey descendieron de su trono y efectuaron una danza nupcial, fría y ceremoniosa al principio, pero que se fue acelerando gradualmente hasta un clima pasional, mientras que la luz se iba atenuando constantemente. Así terminó el segundo acto.

La Advertencia de la Víctima

Otra pausa larga y desalentada, y cuando de nuevo se intensificaron las luces, la víctima estaba reclinada lujosamente sobre el lecho real, con todas sus galas y con la reina a su lado. Estaban observando ociosamente a los niños que daban volteretas acompañados por la alegre música de caramillos, y luego a los ancianos que simulaban una lucha utilizando las varas como garrotes. La víctima aplaudía con deleite infantil. Pero después de este corto intermedio la luz de nuevo se hizo azul y se oyó una advertencia: "¡Uuuu-uuuu-uuuu!", seguido por estallidos de música disonante y la desbandada salvaje de los perversos. La luz flameó y murió. Entró el búho, haciendo huir con gritos en todas direcciones a los perversos. Vagó sin rumbo por el escenario ululando funestamente; la reina volvió a colocarse la máscara maligna. La víctima, aturdida, se volvió hacia ella para tranquilizarse, pero retrocedió con terror al verla haciéndoles señas a las Mujeres Salvajes para que salieran de las sombras. Entraron despacio, merodeando, y la reina se levantó del lecho, abandonando la víctima a su destino. En seguida empezaron a embrujarle, del mismo modo en que habían embrujado a su predecesor. Aterrado, hizo sonar su trompeta para que vinieran los hombres de las hachas, quienes entraron con los tocados que les cabeceaban, y las ligas tintineantes. Las gaitas volvieron a sonar, guerreado contra la estridente música de las brujas; pero esta vez las Mujeres Salvajes no iban a quedarse frustradas sin su presa. Desarmaron a los hombres con facilidad y los hicieron huir en desorden.

Las Mujeres Salvajes se acercaron más con un baile de chillidos y gritos. El lecho se balanceó y empezó a hundirse, pero la víctima agonizante salió de un salto. De nuevo le acorralaron despiadadamente, y una de las doncellas se precipitó sobre él y le arrancó el cinturón, luego otra le estiró el abrigo, hasta que quedó despojado de toda su ropa excepto un par de ligas plisadas y una estrella brillante que cubría sus genitales. Se quedó jadeando y desconsolado.

Las transformaciones

La música disonante de brujas cesó repentinamente, y las Mujeres Salvajes se quedaron heladas, con los pies separados y los brazos en jarras, mientras que una luz verde—amarillenta, que no parecía terrestre, ardía desde lo alto. La reina estaba de pie entre las alas de la esfinge, completamente desnuda con excepción de su corona de espejos de luna. La víctima despojada se hundió en el suelo en acto de adoración ante ella, y mientras yo miraba, mis últimas defensas se vinieron abajo: también yo la adoraba sin reservas como la encarnación visible de la diosa que es nuestra Madre, Novia y Amortajadora universal. Me sobrevino una extraña alucinación: vi dos réplicas gigantes de mí mismo, de pie a cada lado del escenario, como las estatuas heráldicas que sostienen un escudo. Uno era de piel pálida y pelirrojo como yo mismo, el otro de pelo negro y piel oscura. Se miraron el uno al otro con un odio intenso, cada uno empujando una daga en su cinturón. "Yo soy mi peor enemigo", pensé esquizofrénicamente. "Esto siempre lo he sabido. Pero, ¿por qué? ¿Será porque él y yo estamos enamorados de la misma mujer distinta?" El corazón me golpeaba contra las costillas: la reina estaba sufriendo una serie de transformaciones corporales, convirtiéndose por turno en todas las mujeres que yo jamás había amado, cada una captada en el momento de su más intensa belleza, pero todas calmadas y sonrientes. La última en aparecer fue Zafiro, tal como la había visto cuando me había dicho adiós en la puerta de la barraca de los membrilleros. "Sólo la quiero a ella ahora", pensé, "y no tengo más rival que mi ser de piel oscura".

Alegro por la graciosa sonrisa de la reina, la víctima bailó el ballet de los Trece Meses, mientras que la luz y la música cambiaban con cada transformación. Interpretó el Chivo, el Remero, el Viento, el Halcón, el Recogedor de flores, y la Tormenta. Mi alucinación íntima persistió vivamente, y en la crisis de la séptima transformación, cuando me había hecho sobresaltar un repentino relampagueo, los gemelos fantasmagóricos desenvainaron las dagas, se echaron a un lado simultáneamente y parecían fundirse con el cuerpo de la víctima. En seguida se dividió en dos: a su pálido ser de la Estrella se unió un oscuro ser de Serpiente con una culebra de joyas enrollada por su ingle. La Estrella y la Serpiente se encaronaron, luchando con puñales entre relampagueos fugaces, estrépito de truenos y el rugido de la lluvia, hasta que la Estrella cayó apuñalada; sentí como si el puñal me atravesara la garganta y como si estuviese derramando mi sangre vital.

La tormenta se abatió y la Serpiente reanudó triunfalmente el ballet. Interpretó la Lanza, el Salmón, la Cosecha de vino, el Jabalí, la Oleada, el Hombre que se ahoga; y luego se quedó quieto, temblando y en expectación. De nuevo saltó la Estrella, vengándose de la Serpiente—de mí—por su propio asesinato. Yo volví a morir por vez segunda, con el puñal hundido en mi corazón. Todas las luces se apagaron.

Muerte y 'persecución de la víctima

Las Mujeres Salvajes estaban bailando alrededor de la víctima, dando vueltas igual que las agujas del reloj y luego en dirección contraria, pero poco a poco el movimiento en dirección contraria se fue alargando más, hasta que finalmente giraban más y más en este sentido, sin freno, y la víctima cayó primero de rodillas, luego de manos y rodillas y por fin se tumbó en cuclillas como un montón de carne moribunda. Poco después su fantasma se escapó del círculo con apariencia de pez, pero Atropos lo siguió en forma de grulla, lo persiguió acá y allá hasta que volvió al círculo arremolinado y se fundió de nuevo con la víctima. Se escapó por segunda vez, zumbando, en forma de moscón, pero Atropos lo persiguió en forma de golondrina y lo hizo volver. Se escapó por vez tercera en forma de liebre, y ella lo persiguió en forma de galgo. Por fin se escapó en forma de cervatillo, y

Atropos, agarrando una lanza de tres puntas, echó a todo el tropel de Mujeres Salvajes tras él. Todo volvió a sumergirse en la oscuridad, y por encima de las risas y gritos de sus perseguidoras se elevó el largo y melancólico gemido de muerte de la víctima. Me sentía hundir, cayendo más y más deprisa en la nada, y la voz insolente de Erica vibraba en mis oídos: "Ni siquiera basta morir dos veces por una sola mujer; ¡un poeta debe morir tres veces!".

El Epílogo. El Re-nacimiento del Rey

Mi espíritu regresó lentamente a su sitio, y me encontré de nuevo en el teatro. Había comenzado el Epílogo. Unas voces lúgubres y graves estaban cantando un canto fúnebre, mientras que las mujeres sollozaban en silencio, pero sólo pude escuchar los últimos compases. Poco después un violín tocó una pequeña melodía como un plañido, con frecuentes interrupciones, y el lecho volvió a elevarse con el fantasma peludo del rey durmiendo sobre él. El fantasma despertó, se frotó los ojos y dio unos saltos sin rumbo hasta que, al intensificarse las luces, vio a la reina vestida con una capa blanca, sentada sobre un sillón partero, con seis ninfas del mes agrupadas atentamente a su alrededor. Se escabulló bajo sus faldas y desapareció.

La reina padeció sus rítmicos dolores de parto acompañada por la música angustiada de violines y gaitas. Por fin sacó al fantasma con alegría de debajo de sus faldas como un bebé recién nacido, y empezó a amamantarlo. Las ninfas cantaron un pean agudo para dar la bienvenida al recién nacido rey, y tres de ellas lo mecieron en un abanico de ahechar y se lo llevaron al son de una nana.

La luz siguió intensificándose, los hombres de las hachas reaparecieron y dieron saltos en éxtasis alrededor de la cuna al lado de la cual estaban inclinadas las ninfas; y tan bien saltaron que por fin el viejo rey emergió, sonriente y robusto, para que lo vistieran las ninfas con su abrigo de colores y sus calzones de ante. Pero aunque sus facciones no habían cambiado, ahora tenía la piel oscura y el pelo negro: era su otro ser, su gemelo. Los heraldos tocaron las trompetas con todas sus fuerzas, y las ninfas lo acompañaron a su asiento al lado de la reina. Vestido de nuevo con sus galas, hizo volar las cinco flechas en prenda de su domicilio, y el telón cayó sobre los hombres de las hachas, los leñadores, los niños, los ancianos y las ninfas, todos bailando una zarabanda de celebración.

Los nueve sirvientes inexpressivos entraron en fila y apagaron las candelijas. Volvió a reaparecer el Lord Chambelán quien indicó con un movimiento de la mano, que el silencio había llegado a su fin.

Me estiré, estornudé, y salí de mi trance, encontrándome a Quant inclinado angustiosamente sobre mí, tocándome el pulso con los dedos.

—¿Está usted bien?-me preguntó—. Creí que se había ido.

—No es nada, nada en absoluto-farfullé. Luego recobré el dominio de mí mismo—. Pero oiga, Quant, ¡qué atterradoramente bailaba la víctima! Es difícil creer que no era más que una muerte simulada.

—No lo era-dijo Quant—. Las Mujeres Salvajes aún se están banqueteeando con sus carnes.

El torbellino

A la salida del teatro, Quant se despidió.
—¿No volverá a ver a Cordero Cornudo?-me preguntó.
—No, le prometí a Ñervo que no volvería. Me han dicho que no soy nada popular allí.
—Entonces, ¿qué es lo que va a hacer?
—Me voy a casa de Pulgar Ancho, a ver si Zafiro,... si Procelaria, es ya mayor.
—¿Y luego?
—Hoy es viernes, ¿verdad?
Suspiró.
—Sí, es viernes; pero si está pensando en una unión de viernes, le va a resultar muy difícil.
—La diosa es piadosa-sugerí.
—Cuando le place. Adiós, hombre, y ¡buena suerte! Ya que va a tomar aquella dirección, es poco probable que nos volvamos a encontrar. Y yo que tenía tanto que preguntarle, ¡y tanto que enseñarle!
Nos abrazamos al estilo francés, y él se marchó desconsolado; me quedé mirándole, sintiéndome yo mismo bastante desdichado. Pero aún no le había visto por última vez. Volvió tímidamente para preguntarme:
—Edward, ¿podría usted hacerme un favor?
—Pero, Quant, claro que sí, cualquier cosa que esté en mi mano.
—Aquel poema mío, que habla de la luz que brilla a través de la grieta: ¿por casualidad lo recuerda?
—Sí, palabra por palabra. Tengo buena memoria verbal cuando se trata de poemas que significan algo para mí.
—Entonces me alegro mucho, porque esto es lo que iba a pedirle: cuando regrese a su época (como supongo que hará tarde o temprano) ¿podría publicarlo en algún sitio bajo su nombre? Verá usted: me siento algo inseguro con respecto a la propiedad de lo que He hecho. Si pudiese pensar que se había publicado en la Última Época Cristiana, tendría la conciencia tranquila.
—Lo haré con mucho placer y, si tengo suerte, quizá le pueda sacar un par de guineas, para comprarle a mi mujer un encendedor nuevo. Incluso Dobeis resulta útil a veces.
—Saludos afectuosos a su mujer-me dijo, y se marchó despacio, sonriendo como un colegial. Esta vez no volvió y después de orientarme me abrí camino a través de una densa muchedumbre hacia la Ciudad Vieja.
Mientras caminaba, estaba pensando en la impresión absolutamente distinta que me hubiese llevado de Nueva Creta si me hubiesen devuelto a mi época la noche de mi evocación. Mi visita a la Casa de los Disparates ya había sido bastante inquietante pero, después de todo, reflexioné, era lo más natural que la gente pudiese librarse de los lazos de la costumbre en alguna época de su vida, y mejor tarde que temprano. En mis tiempos habían sido los jóvenes los que se insubordinaban creándose problemas duraderos, y los viejos los que se esperaba que se comportasen con una devoción innatural en una época en la que importa poco cómo se comportan mientras ocultan decentemente sus locuras. Lo que se me atragantaba, sin embargo, era la exhibición de asesinato ritual y canibalismo que acababa de presenciar. ¡Pensar que una gente tan hermosa, pacífica, sensible y bien-humorada se había criado con la idea de que aquel espectáculo horripilante era normal y justo! Me escandalizó pensar que la diosa a la cual acababa de someterme voluntariamente y con amor era aún, como en tiempos prehistóricos, la Vieja Cerda que se comía sus lechones...
Me detuve un momento en la entrada de un patio, e intenté ordenar las cosas en mi mente. Una muchacha de unos quince años con una capa oscura se acercó a mí.
—Estás pensando profunda y amargamente-me dijo—. Lo sentí al pasar.
—Sí-le contesté—. Estaba pensando en la víctima y en las Mujeres Salvajes.
Sus ojos verdes y dientes blancos relucieron bajo la luz de un farol.
—Yo misma era una de ellas-me dijo—. ¿Qué es lo que te preocupa?
—Soy del pasado-le dije—. Quizás hayas oído hablar de mí. En el teatro hice las paces con la diosa (jamás había rendido mi corazón a ninguna deidad) pero ahora que sé que asesinaron a la Víctima y después se la comieron, siento una revulsión escalofriante; quisiera retractarme. En mi época hicimos muchas cosas asquerosas, pero al menos pusimos la raya ante el canibalismo.
—¿Te parecería mejor que nos comiésemos sacrificios simbólicos de pan y vino?
—Bueno, ¿y por qué no?
—Porque él sacrificio del solsticio estival debe ofrecerse voluntariamente, y no hay ninguna barra de pan ni botella de vino que pueda hacer tal cosa. Esta noche la gente toma pan y vino en imitación a nuestra fiesta; pero si no la hubiésemos celebrado realmente, no tendría valor la imitación. La Víctima encontró su destino por su propia y libre voluntad; era mi querido hermano. Si no muriese ninguna víctima en nombre del pueblo, los campos se volverían estériles.
—¿Cómo puedo creer esto?
—Antes de despedazarlo, le cortamos el cuello y recogimos su sangre vital en una vejiga. Esta sangre se mezclará con el agua de la cisterna real, y a cada ciudad y pueblo del reino se llevará un tarro para rociarlo sobre los campos antes de la siega del otoño, y así santificarlos. Mi hermano murió por amor a la diosa y a todos nosotros, y cuando los labradores lloren por él durante el rito de rociar los campos, sus lágrimas traerán las lluvias invernales de la luna, fuente de todas las aguas que dan vida. Y trabajarán durante el resto del año doble, agradecidos por el amor que les demostró.
—Ya veo: "Es propio que un hombre muera por el pueblo". Pero, ¿por qué era necesario comerse sus carnes?
—Como signo de reverencia; los cuerpos normales se an— tierran. Pero su premio es el mayor que pueda ganarse un hambre: el de ser incorporado en las carnes vivas de la Madre de nueve caras.
—¿Y el rey? ¿Cuándo morirá?
—El rey muere cuando vence su plazo. La víctima de aquel año será perdonada en lugar de reinar sólo durante una hora; y será el viejo rey quien baile las transformaciones, y santifique los campos con su propia sangre. Es debido a la tremenda cantidad de este sacrificio que la costumbre neo— cretense prohíbe matar con violencia en cualquier otra ocasión, incluso en la guerra. Si se anulase el sacrificio se cometerían asesinatos bajo el más mínimo pretexto, ¿y dónde estaríamos entonces?
Me acordé de los cuerpos esparcidos sobre el Monte Casino, donde yo había sido casi el único superviviente sin heridas de mi compañía; y del ataque de bombas volantes sobre Londres, donde había sostenido abierto un saco para que un voluntario echara dentro los pedazos sangrientos de un niño; y finalmente de Paschendale donde, a finales del verano de 1917, había muerto mi hermano mayor en la batalla más sangrienta, inmunda e inútil de la historia; de niño había visitado su tumba poco después de terminar la guerra, y el terror de aquel paisaje horrible, anegado en agua con sus enormes y apiñados cráteres causados por bombas me había obsesionado durante años.
—La diosa sabrá-le dije por fin a la muchacha, y ella asintió gravemente con la cabeza.
—Estás buscando a Procelaria-me anunció.
—Así es; ¿cómo lo sabías?
—Yo lo sé todo, como te dije en la arboleda de alisos. La encontrarás cerca de la laguna, consultando con mis peces.
Se alejó saltando, antes de que me diera tiempo de postrarme ante ella. Pero no quería arriesgarme: hice mi reverencia solemne como si aún estuviese allí, como un cumplido a su omnipresencia.
Cuando de nuevo me volví hacia la calle, me topé con el Intérprete.
—Ah, qué coincidencia en extremo tan afortunada-me dijo—. A saber: temí que resultaría ser usted cómo la aguja en el pajar. He corrido hasta aquí con toda urgencia en su busca.
—¿Más problemas? ¿Le ha ocurrido algo a Estrella de Mar?
—Por desgracia ha adivinado usted mi noticia. Estrella de Mar ya no existe. Esta tarde los sirvientes le hallaron sin vida junto a la cascada en el Monte de Los Poetas, no lejos de nuestra casa.
—Me apena, pero no me sorprende. ¿Se mató él mismo?
—Oh, señor, ¡qué sugerencia tan tonta! ¡Que un neocretense se mate a sí mismo!
—Bueno, ¿cómo murió entonces?
—De un corazón roto, y sin deseo de renacer. Dejó tras sí una tabla de arcilla de versos. Yo no soy juez de poesías; soy un archivador, pero un especialista en la lengua inglesa. A mí me suenan mal y forzados. Los tengos en la cabeza. ¡Escuche!
Moviendo el dedo para marcar el ritmo, recitó:

*Arroyos que por el monte
más sagrado soléis correr
para agradar a mi Musa,
tan sólo por complacer,*

*y en él aire perfumado
con flores de brezal
eleváis vuestras lisonjas
frías, blancas, de cristal;
con garganta ardiente vengo
buscando en el agua faz,
donde mi orgulloso Musa,
si viene, pronto vendrá.*

Haciendo una mueca dijo:

—¿Acaso no son éstas incoherencias y bastante malas? Bueno, ya lo ve: un buen lío. Y lo que es peor: el entrar en la ciudad, con intenciones de implorarle a la bruja Sally que volviese, me encontré con mi colega Quant, que partía con la noticia de que la bruja ya no existe. ¡Tampoco ella! Ahora sólo nos queda usted para estar en la brecha, y evitar la calamidad haciendo guardia en la Casa Mágica. Mas mi colega Quant me asegura...

—Quant vuelve a tener razón-le dije con impertinencia —v. gr., p. ej., salvo error y valga la frase, no pienso volver a Cordero Cornudo bajo ninguna condición.

—Pero, señor, es la costumbre...-gorjeó el Intérprete virtuosamente.

—Eso dígaselo a otro.

—¡De seguro que lo haré, señor!

Se marchó deprisa echándome una mirada de desagrado, y yo continué mi camino hacia la casa de Pulgar Ancho.

Con bastante frecuencia, cuando estoy medio dormido, me encuentro leyendo un libro. Siempre está escrito en diálogo corto, muy interesante, muy ingenioso, y el autor y sus personajes continúan sorprendiéndose uno a otro durante toda la página y la mitad de la siguiente. Cuando me despierto recuerdo algunos pasajes tentadores, como, por ejemplo:

j... y entonces, horror! de pronto entró la señora Blackstone enseñando acusadamente el cuerpecillo que sostenía entre las pinzas de las tenazas de cocina.

—Así que la raptó-dijo alguien, *como* quien sabe algo.

—¿A quien raptó? Ja, ja! No, la señora B. no! Nadie ha raptado jamás la señora B.

Ahora me sentía de nuevo como si estuviese leyendo aquel libro, pero con la reserva crítica de que cuando saliera de mi sueño seguramente no le encontraría sentido ni siquiera en el poema de Estrella de Mar, que (aunque mi traducción tiene un ligero parecido al estilo de Housman) sonaba magnífico en el original ni tampoco en la defensa del asesinato ritual que había hecho la diosa Nimué.

Pronto llegué a la casa de Pulgar Ancho, y Pulgar-Ancho estaba en casa. Me saludó como a un viejo amigo, y me ofreció lo que había en su despensa. Tenía hambre y me comí bastante pan y queso y casi toda una tarta de grosellas. Cuando le expliqué que tenía que reponer mis energías nerviosas después de las visitas al burdel y al Teatro, me frió, además, un par de huevos.

—¿Cómo está Procelaria?-le pregunté por fin, limpiándome la boca.

—Oh, muy mayor. Casi no la reconocería. Unos primos de mi marido que viven en Rabnon la han sacado para ver los festejos; uno de ellos es el guardameta de quien se habla en cada barbería del reino, Abre-por-Favor, el luchador loco. Admira muchísimo a Procelaria, y creo que ella se siente adulada. Y no es que yo quiero que esto pase a ser otra cosa, porque tengo esperanza de que demuestre ser monógama, como nosotros (no quisiera por nada perderla ahora, es una niña tan cariñosa) y se establezca aquí en la Ciudad Vieja con un buen marido. Ojalá hubiese ido con ellos para vigilar que no haga travesuras, pero quería hilar un poco. Es tan joven aún, esta misma tarde ha sido iniciada; ni siquiera tiene aún su aguja de oro para el pañuelo.

—¿Le gustaría que se la vigilase?

—Mucho; además, el privilegio es suyo, puesto que usted le dio el nombre. Haga lo que le parezca lo mejor para la pobrecilla. Seguramente estará en la laguna dando de comer a los peces.

—Bueno, adiós, Pulgar Ancho.

—Adiós, poeta. Deje una bendición sobre esta casa.

—Que sea este el último tejado de Dunrena que vuele cuando sople el viento.

Un ruido tremendo de cantos y gritos bajó flotando por la brisa nocturna: parecía como si el cuatro y el catorce de julio hubiesen coincidido por casualidad, pero encontré la laguna casi desierta. Reconocí a Abre-por-Favor en seguida por su altura y por su traje rojo y blanco de Rabnon. Estaba de pie al lado de una glorieta de madreSelva-¡qué fuerte huele la madreSelva por la noche!-y se estaba fanfarroneando de sus hazañas ante sus tres familiares, que le estaban admirando. La modestia no era un vicio neocretense, y parecía evidente que el relato iba dirigido a impresionar a Zafiro. Zafiro llevaba puesto un vestido de campesina, con una falda ancha color gris-río y una chaqueta azul ceñida con botones de oro en los puños; estaba desmigajando pan para los peces. Vi con alivio que ya estaba cansada de Abre-por-Favor.

Me acerqué y les saludé.

—Soy Venn-Thomas, un poeta del pasado-les dije—, y la madre de Procelaria me ha pedido que la vigile esta noche; es joven y le falta experiencia, así que podría fácilmente contravenir la costumbre. Esta es mi comisión, y este mi privilegio puesto que fui yo quien le impuse su nombre.

Todo el mundo pareció incomodarse; Abre-por-Favor parecía realmente enfadado.

—¿Acaso quiere estropear nuestra reunión?

—¡Por Mari que no!

—Pero usted no es de los nuestros. Los humos no pueden mezclarse. ¿Cómo quiere que celebremos si está usted aquí?

Le fruncí el ceño.

—Al menos que no sea fanfarroneándose de sus hazañas, cuando el mérito se debe a la diosa, quien, por razones que sólo ella conoce, le inspiró aquella furia alocada. Así que no intente cacarear, pollito, que su Madre podría picotearle; y su pico es tan cortante como una espina.

—¡Qué sabe usted de la costumbre, o de la diosa, bárbaro del pasado! En la barbería de Rabnon es cosa sabida que usted le causó la muerte a nuestro mago Claudio, que pasó una noche solo en la Casa de los Disparates, ¡y que se trajo un bruch en el pelo para hacernos daño!

—Procelaria-dije, dándole la espalda a Abre-por-Favor con un gesto de impaciencia-tu madre me ha encargado que te cuide. Si has terminado de darle de comer a los peces, ven conmigo y deja a este hombre que pida perdón a Ana por sus palabras desmedidas.

Abre-por-Favor se enfurruñó.

—Procelaria-dijo—, tienes que escoger entre este monstruo y yo.

—Procelaria-dije—, tienes que escoger entre las órdenes de tu madre y la arrogancia de este hombre.

—¿Ha traído algo que demuestre que le dio estas órdenes? —me preguntó con cautela.

Abre-por-Favor y sus tres primos se aprovecharon en seguida de sus palabras.

—Sí, ¿dónde tiene la prenda?-gritaron al unísono—. Usted es un bárbaro, y todos los bárbaros no hacían más que decir mentiras y hacer crueldades.

Si llego a estar en mi propio *anno domini*, hubiese arremetido contra aquel imbécil y lo hubiese echado a los peces, pero aquí no podía hacer eso. Tampoco había necesidad; me di cuenta de que aunque él tenía una buena mano que jugar, yo tenía el *comodin*.

—Si la diosa no hubiese tenido confianza en mí-le dije en un tono de arrogancia—, ¿cree que hubiese causado mi evocación del pasado? Habla usted como un niño de tres años. La diosa es inmortal no hubo nunca un tiempo en que no fuera omnipotente. Yo soy su poeta, y al insultarme a mí, su invitado, también la insulta a ella. Ahora dense las manos formando un círculo a mi alrededor: usted, Abre-por-Favor, y ustedes tres. En nombre de Mari, ¡obedezcan!

Me obedecieron, aunque de mala gana. Utilizando la fórmula correcta, se podía hipnotizar a los comunes para que hiciesen cualquier ridículo.

Extendí la mano y toné piadosamente estas palabras:

—¡Divina Mari, unida en trinidad a la sagrada Niña Nimué, y a la Sagrada Madre Ana; guardiana omnipotente del cielo, la tierra y el mar, ama de los Cinco Estados, patrona también de los hombres de la luna, de los medio-hombres y de los ancianos; la victoria está en tu nombre divino. Tú eres la única fuerza de tus magos; pues sin ti nada puede ordenarse, conjurarse o inventarse. Diosa, te adoro por divina, e invoco tu nombre. Concédeme amorosamente el ruego que hago a tu deidad: que la hija Procelaria esté Ubre de venir conmigo, sola, a comer de mi plato, a beber de mi vaso, y que estos cuatro necios que dudan de tu poder permanezcan aquí, dándose la mano, sin poder romper este círculo hasta que los primeros rayos del sol doren las torres blancas de tu ciudad de Dunrena!

Me agaché y salí del ruedo.

¡Procelaria!-llamé.

Corrió hacia mí, sonriendo, y nos marchamos, dejando a sus compañeros bajo la madreselva como pegados con cola; sus expresiones eran tan tontas que parecían gallinas hipnotizadas al colocarles los picos sobre una línea trazada con tiza.

—¡Espera un momento, hija mía, y deja que te mire!

Era increíble lo distinta que era de Zafiro, aunque sus facciones no habían cambiado; no llevaba aquel peso del saber en su mente ni hacía aquellos gestos pensativos y predeterminados; los ojos le brillaban con humor. Estaba tan hermosa como siempre, y no es que le faltase ni pizca de ingenio-la anchura de su frente lo demostraba-sin embargo, le faltaba astucia. Cuando la miré, mis sentimientos se sosegaron: desapareció la pasión ficticia, y quedó un amor profundo y anhelante, el amor que había sentido hacia ella a primera vista; lo reconocí ahora por el amor que un padre siente hacia su hija única. Siempre había procurado con esfuerzo ocultar mi sentimentalismo: es más, lo había enterrado bajo tantas carretadas de cinismo insensible, para evitar que brotase, que muy raramente recordaba su existencia. Ni siquiera Antonia se daba cuenta de lo apasionadamente que siempre había ansiado tener una hija. Teníamos tres hijos, y eso estaba muy bien, naturalmente, y no me hubiese desprendido de ninguno de ellos, pero en cada nacimiento había rezado para que fuese una niña. La llegada de nuestro tercer hijo casi nos había enajenado, porque ella dijo alegremente: "Tres hijos; ¡pues sí que estoy orgullosa! Ahora ya podemos parar, ¿verdad Ned?" Por fin sabía lo que me había arrastrado con tanta fuerza hacia Zafiro: se parecía a Antonia, pero también a las fotografías descoloridas de mi madre cuando era niña; era, en efecto, exactamente como hubiese podido ser una hija mía.

Levanté a Procelaria en el aire y la besé suavemente. Ella se rió de placer.

—¿Por qué hiciste eso?-me preguntó—. Pero me ha gustado-añadió—, me hace sentirme segura.

—¿A dónde vamos desde aquí?

—A cualquier sitio.

—¿Has visto algún pez?

—Ya lo creo que sí. Cuando esparcí mi pan, todos sacaron las cabezas, hasta la gran abuela blanca; (era la primera vez en muchos meses, según me dijeron mis primos; se creían que estaba muerta) y abrían las bocas así, muy redondas, como si estuviesen diciendo O O O! Eso trae muchísima suerte; ¡y hoy es mi cumpleaños!

—Vamos hacia el ruido, ¿quieres?

—No me gusta el ruido, pero tú me cuidarás, ¿verdad?

Me cogió del brazo, y nos marchamos por encima de los labios del cráter, atravesando luego los jardines del palacio, pero cuando llegamos a la gran espiral de tiendas de campaña, no nos aventuramos hasta el bullicio de aquel maní— coraio, sino que nos quedamos debajo de un árbol cerca de un macizo de malvarrosas. Todo el mundo llevaba una rama de encina y estaban todos casi totalmente borrachos con el vino tinto de los pequeños barriles que se habían espitado frente a cada tienda. Jamás había visto hacer el payaso tan desenfrenadamente, ni siquiera en el Rancho-Bar-XL de Arizona en Nochebuena, donde las chicas al menos estaban sobrias y se esforzaban noblemente por conservar la decencia del festival.

Durante algún tiempo nos miramos, divertidos e incrédulos, hasta que Procelaria me tiró de la manga y exclamó:

—Deprisa, vámonos corriendo algo va a ocurrir, algo nuevo y terrible.

—No, cariño-le dije—. Las personas honorables nunca hacen ésto.

—Entonces podemos andar. Pero marchémonos en seguida. Me di cuenta del terror que estaba empezando a hacerla temblar.

—En ocasiones como esta, un lugar es igual que otro-le dije—. Nos quedamos aquí.

Pero sabía que su instinto estaba en lo cierto. Poco después de que hubo hablado, una masa de regocijadores se conglomeró en el borde de las tiendas, como abejas cuando se enjambran. Por su aspecto parecían todos comunes o capitanes, y a su alrededor una nube excitada de archivadores y sirvientes saltaba y cantaba pero los magos se habían retirado y marchaban hacia un altar situado sobre una loma que había detrás de los establos reales. Poco después el enjambre se movió tambaleándose hacia nosotros.

—¡Ahí está-chilló el Intérprete en neocretense—. ¡Ahí está el bárbaro, haciendo magia debajo de aquel árbol!

—¡A por él, chicos y chicas!-gritó Nervo—. Nos han envenenado nuestra tierra. ¡Echaos sobre él, machacadle hasta que se quede sin vida, pero por el amor de Ana, no derramáis su sangre!

Cogí una rama de encina que alguien había descartado. Despacio y con deliberación, para no mostrar mi alarma, tracé un ancho círculo alrededor de Procelaria y de mí. Acercándola más a mi lado, grité con todas mis fuerzas:

—¡Arriesgaos si queréis, a entrar en este círculo! ¡Un bruch os entrará por las orejas y se comerá vuestros sesos!

—¿Qué dice? ¿Qué está diciendo el bárbaro? ¡No le entendemos! —Y zumbaban enfadados.

Levanté la mano.

—En el nombre de Ana-ordené-¡guardad silencio mientras hago mi profecía!

Guardaron distancia y poco a poco fue cesando el griterío. Bufé tres veces agudamente, como había visto hacer el Lord Chambelan, y se quedaron más quietos que la muerte.

—Cretenses de los Cinco Estados-exclamé—. Soy un bárbaro, un poeta del pasado, pero no irrumpí en vuestras tierras fértiles como un negro-mandrill de las Tierras Malas. Fui evocado por los magos de Cordero Cornudo por la orden de la misma Bendita diosa; y ahora estoy a punto de afectar el trabajo que me ha confiado.

Sentí cómo mi pecho se hinchaba con un aflujo divino, y mi voz sonó inhumanamente fuerte, no ya mi voz. Hablé en el más puro neocretense; algunas de las palabras ni yo mismo las entendía.

—Tengo un mensaje que comunicaros: ¡escuchad bien! La diosa es omnipotente, la diosa es toda sabia, la diosa es enteramente buena; sin embargo hay momentos en que se pone su máscara de maldad y decepción. Hace demasiado tiempo, neocretenses, que ha resplandecido sobre vosotros con su graciosa y desnuda cara; la costumbre y la prosperidad os han cegado y no veis ya su belleza. En mi época bárbara, un tiempo de gran oscuridad, llevaba una máscara perpetua de crueldad para los incontables renegados de su servicio, y se la quitaba, raramente y en secreto, sólo para los locos los poetas y los enamorados.

»La sabíamos sabia, lo sabíamos buena, y nos volvíamos hacia ella en nuestra desesperación por aquellos tiempos, con un amor más profundo y más vivo que vosotros, afortunados hijo* de la luz, jamás podáis conocer, con todas vuestras oraciones diarias y vuestra fácil obediencia al divino orden que ella ha restablecido después del caos. Sin embargo sus mercedes son infinitas, y está decidida ahora a no reteneros más de la sabiduría que nosotros distrustábamos a causa del oleaje de maldad por el que nadábamos. Me ha hecho venir del pasado, como semilla del disturbio, para dotaros con una cosecha de disturbios, ya que el amor y la sabiduría verdaderos solamente brotan de la calamidad; y los primeros frutos de su siembra son los desastres que han vaciado la Casa Mágica de Cordero Cornudo. Y ésta es la señal profetizada para su torbellino, y su vértice será el círculo en el cual esta criatura de procela y yo nos encontramos ahora. Os atraparé aquella ráfaga funesta, os faltará la respiración y enfermaréis, y llevaréis la infección a cada ciudad y pueblo de este reino; los pájaros migratorios y los insectos la llevarán aún más lejos, a todos los reinos de Nueva Creta; y los síntomas de la infección serán un picor en la palma, los ojos encogidos, y la lengua bifurcada.

»¡Sopla, viento del norte, sopla! Llévate contigo la seguridad; levanta los antiguos tejados de sus vigas; desgarrar las ramas podridas de los alisos, de los robles y de los membrilleros; rompe las bañeras de la Casa de la Luna y deja en libertad a los locos; manda al Rey volando a la laguna; ¡echa a las estatuillas de los dioses postrados sobre sus parques! ¡Mirad! La diosa Mari se pega la máscara funesta sobre la cara, y sus pervertidos sagrados saltan en éxtasis. ¡Sopla, viento de norte, sopla, a voluntad de la Madre Carey!

Mi voz se había elevado hasta parecer un mugido de toro, y al oír el nombre de Madre Carey, todos se echaron de cara al suelo. Hubo un ligero movimiento entre la hierba en el exterior del círculo, y de pronto se levantó un viento amarillo que empezó a correr a nuestro alrededor con una violencia cada vez mayor formando una espiral que se iba ensanchando.

—Ahora debo irme-dije—: mi trabajo ha terminado. —No me dejes-exclamó Procelaria-¡rio me echas al viento! ¿Adónde vas? —Vuelvo a mi pasado.

—Entonces llévame contigo. Tú me diste mi nombre; y estoy bajo tu custodia.

El viento ya estaba bramando monstruosamente; ofuscó el paisaje iluminado por la luna con una niebla sulfúrica, y oí el estallido de ramas muertas en el parque, y el desgarrar de tejados en la Ciudad Vieja. Una figura frenética de blanco y morado pasó disparada por el aire sobre mi cabeza en dirección a la laguna: ¡el Rey! Sin embargo, aunque parecía extraño, ni una sola tienda de campaña fue arrancada de sus cuerdas tirantes y las malvarrosas sagradas casi no se movieron, aunque el rugir quebrantador parecía estar despedazando el cielo.

Agarré fuertemente el medallón, y cuando me volví hacia Procelaria sabía que no debía ni podía dejarla atrás.

—Cógete de mi pelo-le ordené-cógete fuerte con las dos manos y no te sueltes, ¡pase lo que pase! —Se agarró a mí pelo allí donde se me riza encima de las orejas, y dijo: —Vete, estoy lista.

Entonces hablé, extendiendo las manos en señal de súplica:

—Ana, Madre, ¡llévame a casa! ¡Devuélveme a mi propio umbral!

El rugido se fue muriendo en la distancia, perdí el conocimiento, y la próxima cosa que supe fue que de algún modo el medallón se había quedado pegado a otra cosa y que no podía metérmelo en el bolsillo. Lo giré, y encontré que no se trataba en absoluto de un medallón riño del tirador de una puerta; y que no tenía bolsillos.

Me encontraba completamente desnudo delante de mi propia puerta de entrada, titiritando de frío con el viento de la noche. Al abrir la puerta, oí la motocicleta-la motocicleta del joven médico-que aún doblaba la curva cerca de la estación. Después de escuchar un momento, subí silenciosamente las escaleras a la luz de la luna, y entré en mi tras— alcoba. Encontré un par de pijamas, limpios me los puse, y estaba a punto de entrar en el dormitorio cuando, con un sobresalto, recordé algo. Con mucho cuidado me pasé un peine por el cabello y volví a colocarlo sobre el tocador de donde lo había cogido.

—Espera aquí, Procelaria-susurré—, sólo un momentito.

Antonia se movió entre sueños al meterme yo en la cama a su lado.

—¡Qué frío estás cariño! ¿Dónde has estado? ¿En el cuarto de baño?

—En un sitio llamado Nueva Greta-le dije.
—Por favor, reenvíe a la dirección actual-murmuró vagamente; y luego, incorporándose sobre un codo:-Oye, Ned.
—¿Tonia?
—Si fueras un verdadero amigo, me comprarías un cepillo nuevo de marfil. Nunca me he sentido realmente una dama desde que el mío voló en pedazos con aquella bomba de Viernes Santo.
—Soy un amigo verdadero, y te compraré el cepillo, cueste lo que cueste.
—Entonces bésame, Ned-me dijo, dejándose caer sobre su almohada.
Tres golpes suaves sonaron en la puerta.
—¿Qué demonios es eso? Parecía que llamaban.
—Te toca hablar a ti-le dije—. Ahora dices: «¡Bienvenido— nida Procelaria!». —¿Por qué?
—Porque voy a regalarte aquel cepillo de marfil.
—Bienvenida Procelaria-repitió obedientemente, abrazándose fuerte.
—Bienvenida, hijita-añadió con un susurro.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

23/01/2012